



Aviso Legal

Revista

Título de la obra:

Cuadernos Americanos

Director:

Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar:

Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985). México.

Datos de la revista:

Año IX, Vol. LIV, Núm. 6 (noviembre-diciembre de 1950).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México.
<https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

6

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACION BIMESTRAL

Ave. Rep. de Guatemala N° 42
Apartado Postal 905
Teléfono 12-31-40

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

ADMINISTRADOR
DANIEL RANGEL

EDICION AL CUIDADO DE
R. LOERA Y CHAVEZ

AÑO IX

6

NOVIEMBRE - DICIEMBRE
1950

INDICE

Pág. IX

CIA. MEXICANA DE AVIACION S.A.

A SU ALCANCE 23
CIUDADES PRINCIPALES DE MEXICO,
LOS ANGELES, CAL. Y LA HABANA, CUBA

Mexicana de Aviación, la primera línea aérea de México le ofrece vuelos diarios entre 23 de las más importantes ciudades de la República; une México con La Habana, Cuba y pone a su disposición el servicio directo más rápido a Los Angeles, Cal.

Para recreo o negocios aproveche los rápidos servicios de Mexicana.

Para boletos y reservaciones comuníquese a la Oficina más cercana de Mexicana de Aviación o consulte a su Agente de Viajes.

Oficinas en México:

BALDERAS Y AVENIDA JUAREZ

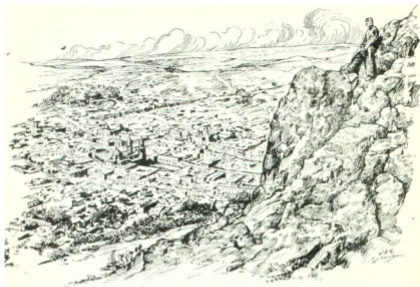
Tels. 18-12-60 y 35-81-05

MEXICANA
DE AVIACION



Agentes de: **PAN AMERICAN WORLD AIRWAYS**

M-00A



ZACATECAS

Quando en la mitad del siglo xvi, se presentaron ante la mole de granito del cerro de la Bufa, Cristóbal de Oñate, Juan de Tolosa, Diego de Ibarra y Baltazar Tuño de Bañuelos, y fueron informados por los naturales de las riquezas que atesoraban esas montañas, plantaron sus primeras viviendas y comenzaron a explotar sus entrañas.

Poco a poco fué surgiendo como milagro de gnomos la ciudad que se desliza por la cañada y trepa por sus flancos, hasta formar un oleaje de construcciones pétreas.

Pronto entró en auge, llegó a su apogeo y por el siglo xviii, todos los ricos mineros dotaron a la ciudad que los colmaba de relucientes tejos de oro y plata, con monumentos, tanto civiles como religiosos, que son orgullo de la patria y del arte.

Tuvo al fin su decadencia y quedó silenciosa mostrando como un recuerdo de sus pasados días, sus plazas, sus calles y sus vericuetos que esperan un pincel hábil y sabia pluma que describa sus grandezas, sus hechos históricos y sus leyendas.

Hoy en nuestros días, tal parece que surge a la vida moderna, despertando de un sueño que muchos años la tenía envuelta.

Visite usted esta reliquia de la Colonia, viajando en los

FERROCARRILES NACIONALES DE MEXICO

que le ofrecen comodidad y seguridad.

UN PRODUCTO BASICO DE LA INDUSTRIA NACIONAL



La lámina de acero es un producto de **ALTOS HORNOS DE MEXICO, S. A.**, que constituye la punta de apoyo fundamental para la industrialización de México. Con este acero, laminado en frío, se fabrican los más importantes productos que nos sirven día tras día, satisfiriendo necesidades y elevando nuestro estándar de vida.

La lámina de acero se utiliza para hacer realidad muchos de los centros característicos de la vida moderna: cámaras transportes urbanos, tubería sanitaria y tubería para agua, refrigeradores, estufas, lavadoras, muebles metálicos y miles de artículos más grandes y pequeños - que forman parte de ese conglomerado de comodidades que es la vida civilizada.

ALTOS HORNOS DE MEXICO, S. A., para producir esta lámina de acero, cuenta con grandes instalaciones que atienden a acero y hierro mexicanos utilizando los sistemas más avanzados a modo de lograr la mejor calidad del producto. Utiliza para elaborar sus acero, mineral de hierro, carbón, piedra caliza y otros fundentes mexicanos, defendiendo así el papel de Industria Nacional Básica que, con materias primas mexicanas, elabora productos destinados al consumo de muchos indios mexicanos y hace posible la aplicación de obras públicas tan importantes como gasoductos y aeropuertos.

ALTOS HORNOS DE MEXICO, S. A.

SEDE DE LA OFICINA No. 30 MEXICO, S. A.



Consuma
Cerveza
bebida por excelencia,
sana y nutritiva.

ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA

ALAS EXTRA



*se destacan
entre los
de su categoría*



35c cajetilla



**CUANDO TENGA SED
NO HAY COMO
COCA-COLA BIEN FRIA**



¿Acepta usted cualquier refresco? ... ¿Tiene usted confianza en cualquier Marca? Por supuesto, la respuesta es "no"! Pureza absoluta en la elaboración de un refresco es un requisito indispensable ... una de las razones por la que más personas toman Coca-Cola que cualquier otra marca de refresco. En cualquier parte, usted puede tener la seguridad de que Coca-Cola es pura, saludable, deliciosa y refrescante.



PETROLEOS MEXICANOS •
Productores, Refinadores,
y Distribuidores de
Petroleos y sus derivados.



A pesar de la devaluación de nuestra moneda y del consiguiente aumento en el costo de la maquinaria agrícola, vehículos de transporte, aperos, etc., así como del aumento sensible en el costo de la materia prima y su industrialización, el azúcar se sigue vendiendo en México al precio más bajo del mundo. Si consideramos el costo de este preciado alimento, podemos apreciar claramente que los aumentos que han venido teniendo no guarda relación con el de los demás artículos de consumo diario. Este fenómeno se debe a la organización y esfuerzo de la industria azucarera para mantener, dentro de los límites que le fijan los demás factores que intervienen en los costos de producción, los precios más bajos posibles en beneficio del público consumidor. Su labor es digna de encomio y su esfuerzo merece la simpatía y apoyo de todo el pueblo mexicano.

UNION NACIONAL DE PRODUCTORES DE AZUCAR, S. A. de C. V.

Cante 15-5o. piso.

México, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 6 Noviembre-Diciembre de 1950 Vol. LIV

I N D I C E

	Págs.
NUESTRO TIEMPO	
FRANCISCO AYALA. Libertad y Tecnología	7
✓ ALVARO FERNÁNDEZ SUÁREZ. Divergencia y Confluencia de Oriente y Occidente	24
DANIEL COSÍO VILLEGAS. Reflexión Coreana	45
<i>Revolución Industrial en México</i> , por VÍCTOR L. URQUIDÍ	59
 AVENTURA DEL PENSAMIENTO	
PABLO GONZÁLEZ CASANOVA. Conocimiento de América. (Apuntes Sociológicos)	71
MANUEL MÁRQUEZ. Algunos Problemas del Acto Visual	86
MARGARITA NELKEN. Arte Abstracto-Arte Figurativo-Arte Funcional	120
<i>Ciencia Económica y Ciencia Política</i> , por RENATO TREVES	136
 PRESENCIA DEL PASADO	
JUAN COMAS. Panorama Continental del Indigenismo	147
VÍCTOR MASSUH. Hostos y el Positivismo Hispanoamericano	167
JOSÉ LUIS MARTÍNEZ. La Emancipación Literaria: Doctrinas y Realizaciones Hispanoamericanas	191
<i>Un Viajero Iluminado</i> , por RAFAEL HELIODORO VALLE	210

	<i>Págs.</i>
DIMENSION IMAGINARIA	
ANDRÉS ELOY BLANCO. A un Año de tu Luz .	221
ADOLFO SALAZAR. Juan Sebastián Bach, Maestro Cantor	230
MAXIME LEROY. Balzac. Conmemoración de Aniversario	248
ALFREDO CARDONA PEÑA. Pablo Neruda: Breve Historia de sus Libros	257
<i>Una Novela Desconocida</i> , por MANUEL PEDRO GONZÁLEZ	290

INDICE GENERAL DEL AÑO



Todos los artículos de CUADERNOS AMERICANOS son rigurosamente inéditos en todos los idiomas.

Se prohíbe su reproducción sin indicar su procedencia.

COMPRE CERTIFICADOS DE PARTICIPACION

Si dispone usted de ahorros no tenga su dinero atesorado o improductivamente invertido. Compre Certificados de Participación, pues el dinero que usted invierte se utiliza para la creación o desarrollo de industrias fundamentales para la economía del país.

La Nacional Financiera, S. A., ofrece a usted la mejor oportunidad para invertir su dinero, a través de sus Certificados de Participación, títulos que, además de brindar rendimientos satisfactorios y ser fácilmente negociables, significan para México certeras perspectivas de progreso.



NACIONAL FINANCIERA, S. A.

Venustiano Carranza No. 25.

Apartado 353.

México, D. F.

(Autorizado por la Comisión Nacional Bancaria en Oficio No. 601-II-7399
de 25 de abril de 1948).

NOVEDADES

DE

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

BREVIARIOS

Núm. 31.—*Forkel*.—Juan Sebastián Bach.

Núm. 32.—*Halbwachs*.—Las Clases Sociales.

Núm. 33.—*Millares Carlo*.—Historia de la Literatura Latina.

BIBLIOTECA AMERICANA

Fernández de Oviedo.—Sumario de la Natural Historia de las Indias.

Dario.—Cuentos Completos.

Bataillon.—Erasmus y España.—2 vols. empastados con ilustraciones.

TIERRA FIRME

Benítez Vinuesa.—Ecuador, drama y paradoja.

Picón-Salas.—Pedro Claver, el Santo de los Esclavos.

ECONOMIA

Hicks y Hart.—Estructura de la Economía.

Cantillón.—Ensayo sobre la Naturaleza del Comercio.

Silva Herzog.—Tres Siglos de Pensamiento Económico. (Antología y Notas).

Lamas.—Ahorro y Préstamo para la vivienda familiar.



SERVIMOS PEDIDOS POR CORREO REEMBOLSO

DIRIJASE A:

PANUCO 63

MEXICO 5, D. F.

Produciendo
ACERO PARA MEXICO



La confianza de quien
construye se basa
en los materiales de
calidad que usa

Calidad

de nuestros productos
que satisfacen las normas de la
Secretaría de la Economía Nacional y
además las especificaciones de la A. S. T. M.
(Sociedad Americana para Pruebas de Materiales)

CIA. FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.

OFICINA DE VENTAS EN MEXICO: BALDERAS 68 - APARTADO 1336
FABRICAS EN MONTERREY, N.L.: APARTADO 206

ALGODONERA FIGUEROA,
S. A.

EDIFICIO "AMERICA", DESP. 104
TORREON, COAH.



REPRESENTANTES EN MEXICO, D. F.:

AGENCIA FIGUEROA, S. A.

AV. 16 DE SEPTIEMBRE NUM. 6, 7º PISO

MEXICO, D. F.

TELS.: 10-48-65 Y 36-12-32, 36-12-33.

OLLAS DE PRESION EKCO

BATERIAS DE ALUMINIO
MOLDE MILAGRO



ALUMINIO EKCO,
S. A.

Calle Diez núm. 185,
San Pedro de los Pinos, México, D. F.
Teléfonos: 15-05-28 y 15-34-80.

FABRICANTES DE ARTEFACTOS
DE ALUMINIO
OLLAS DE PRESION

ACADEMIA HISPANO MEXICANA



SECUNDARIA Y
PREPARATORIA

Externos

VIENA 6.

TEL.: 35-51-95

KINDER - PRIMARIA
Medio Internado - Externos.

REFORMA 515 (LOMAS)

TEL.: 35-05-62

MEXICO, D. F.

REVISTA DE HISTORIA DE AMERICA

PUBLICACIÓN SEMESTRAL DE LA COMISIÓN DE HISTORIA DEL
INSTITUTO PANAMERICANO DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

Director: Silvio Zavala. Secretario: Javier Malagón Barceló.
Redactores: Agustín Millares Carlo, J. Ignacio Rubio Mañé,
Ernesto de la Torre, Susana Uribe.

CONSEJO DIRECTIVO

José Torre Revello y Sara Sabor Vila (Argentina).—Guillermo Egulino (Bolivia).—Guillermo Hernández de Alba (Colombia).—José María Chacón y Calvo y Fermín Peraza Sarauza (Cuba).—Ricardo Donoso (Chile).—J. Roberto Páez (Ecuador).—Lewis Hanke y Bert James Lovvenger (Estados Unidos de América).—Hafnel Hellsdoro Valle (Honduras).—Jorge Basadre y J. M. Vélaz Picasso (Perú).—Emilio Rodríguez Demerzi (República Dominicana).—Juan E. Pivel Devoto (Uruguay).

Suscripción anual, 4 dólares o su equivalente en moneda mexicana. Toda correspondencia relacionada con esta publicación debe dirigirse a: Comisión de Historia (R. H. A.), Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Avenida del Observatorio 192.

Yacubaya, D. F.

República Mexicana.

LIBRERIA M. GARCIA PURON Y HNOS.,

A. EN P.

CIENCIAS, FILOSOFIA, ARTE
Y LITERATURA



Encontrará usted además la Revista CUADERNOS AMERICANOS
y los libros que edita.



Visítenos en Palma 22 (entre Madero y 5 de Mayo)
Ericsson 13-37-53. - Apartado postal 1619 - MEXICO, D. F.

EL COLEGIO DE MEXICO
Y
HARVARD UNIVERSITY

publican trimestralmente la

NUEVA REVISTA DE
FILOLOGIA HISPANICA

Director: AMADO ALONSO
Harvard University

Redactores: Dámaso Alonso, Marcel Bataillon, William Berrien, Américo Castro, Antonio Castro Leal, Fidelino de Figueiredo, Hayward Keniston, Irving A. Leonard, María Rosa Lida de Malkiel, José Luis Martínez, Agustín Millares Carlo, José F. Montesinos, Marcos A. Morínigo, S. G. Morley, Tomás Navarro, Federico de Onís, Alfonso Reyes, Ricardo Rojas, José Rojas Garcidueñas, Manuel Toussaint y Silvio Zavala.

Redactor bibliográfico: *Agustín Millares Carlo*

Secretario: *Raimundo Lida*

Precio de suscripción y venta:

En México: 35 pesos moneda nacional al año; en el extranjero: 6 dólares norteamericanos. Número suelto: 10 pesos moneda nacional y 1.75 dólares respectivamente.

Redacción:
EL COLEGIO DE MÉXICO
Nápoles 5, México, D. F.

Administración:
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Pánuco 63, México, D. F.

CLASICOS Y MODERNOS

CREACION Y CRITICA LITERARIA



VOLUMENES PUBLICADOS:

- 1 LITERATURA ESPAÑOLA. Siglo XX.
Por Pedro Salinas \$ 12.50

- 2 PAISAJES Y LEYENDAS, TRADICIONES Y COSTUMBRES DE MEXICO. Segunda Serie.
Por Ignacio M. Altamirano \$ 12.50

- 3 LITERATURA MEXICANA. Siglo XX. Primera parte.
Por José Luis Martínez \$ 15.00

- 4 LITERATURA MEXICANA. Siglo XX. Segunda parte.
Por José Luis Martínez \$ 10.00

- 5 LITERATURA ESPAÑOLA. Hasta finalizar el Siglo XV.
Por Agustín Millares Carlo \$ 17.50



SON EDICIONES DE
JOSE PORRUA E HIJOS, SUCS.
 MEXICO, D. F.

CUADERNOS
AMERICANOS
AÑO IX VOL. LIV

6

NOVIEMBRE - DICIEMBRE
1950

MÉXICO, 1º DE NOVIEMBRE DE 1950
REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH GIMPERA
Antonio CARRILLO FLORES
Alfonso CASO
Daniel COSIO VILLEGAS
Eugenio IMAZ
Manuel MARQUEZ
Manuel MARTINEZ BAEZ
Alfonso REYES
Manuel SANDOVAL VALLARTA
Jesús SILVA HERZOG

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Administrador
DANIEL RANGEL

Edición al cuidado de
R. LOERA Y CHAVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

- Francisco Ayala* Libertad y Tecnología.
Alvaro Fernández Suárez Divergencia y Confluencia de Oriente y Occidente.
Daniel Cosío Villegas. Reflexión Coreana.

Nota, por Víctor L. Urquidí.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

- Pablo González Casanova* Conocimiento de América.
Manuel Márquez Algunos problemas del Acto Visual.
Margarita Nelken Arte Abstracto-Arte Figurativo-Arte Funcional.

Nota, por Renato Treves.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- Juan Comas* Panorama Continental del Indigenismo.
Víctor Massub Hostos y el Positivismo Hispanoamericano.
José Luis Martínez La Emancipación Literaria II.

Nota, por Rafael Heliodoro Valle.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- Andrés Eloy Blanco* A un Año de tu Luz.
Adolfo Salazar Juan Sebastián Bach, Maestro Cantor.
Maxime Leroy Balzac, Conmemoración de Aniversario.
Alfredo Cardona Peña Pablo Neruda: Breve Historia de sus Libros.

Nota, por Manuel Pedro González.

ÍNDICE GENERAL DEL AÑO

INDICE DE ILUSTRACIONES

	Fronte a la pág.
El abrazo del amor. Frida Kahlo	128
Tristán e Isolda. Carlos Mérida	—
El filósofo. Germán Cueto	—
La artista viaja de incógnito	—
Paisaje. Francisco Rodríguez Caracalla	—
Paisaje de Santa Rosa en ocre. Ricardo Martínez	—
Cabeza y manos. Geles Cabrera	—
Pintura infantil	129



FOTOGRAFADOS DE M. IRIARTE

República de Chile No. 13.

Tel.: 13-16-83.

MEXICO, D. F.

Nuestro Tiempo

LIBERTAD Y TECNOLOGIA

Por Francisco AYALA

Progreso técnico y progreso moral

UNO de los más transitados lugares comunes de nuestro tiempo consiste en la afirmación de que los progresos técnicos —asombrosos, en verdad— conseguidos durante los últimos decenios, han tomado la delantera al proceso de perfeccionamiento espiritual de la humanidad, dando lugar al desequilibrio que actualmente existe entre la cultura material y la cultura moral, desequilibrio al que le serían imputables las distorsiones dolorosas del mundo que vivimos. Sólo así se explicaría el hecho atroz de que los frutos más estupendos del ingenio humano se vuelvan con tanta frecuencia en contra del bienestar de los hombres, el hecho de que los inventos poderosísimos mediante los cuales se multiplica en proporciones fantásticas la eficacia de cualquier acción sean aplicados con tan impávida frialdad a empresas destructivas, a la obra del mal.

¿Es correcta semejante interpretación de nuestra realidad histórica? ¿Está bien fundada la esperanza que bajo ella se oculta de que, pasada la transitoria etapa cuyas víctimas somos, alcance la humanidad un grado de desarrollo moral parejo a sus adelantos técnicos, y de que, por consiguiente, éstos sean aplicados, en fin, con invariable y seguro tino, a objetivos plausibles, nobles y benéficos? O, dicho en otras palabras, ¿es cierto que la historia constituye —en su conjunto, y pese a cualesquiera retrocesos parciales o a perturbadores desniveles— un proceso único de elevación progresiva en todos los aspectos de la vida humana?—. Pues no otra cosa que esta convicción progresista alimenta aquella esperanza de perfeccionamiento moral ajustado y proporcionado al ritmo de los modernos adelantos técnicos.

Que en este terreno, en el campo particular de la técnica, existe una grandiosa línea de avance —interrumpida a veces, sí, y aun con ocasionales retrocesos, pero en suma realizando un solo proceso progresivo que va desde el hacha de sílex hasta la desintegración del átomo—, es un hecho que no parece cuestionable. La técnica se apoya en un saber de tipo práctico: ese tipo de saber que permite un manejo adecuado de las fuerzas naturales. Sólo manipulándola según sus propias leyes objetivas puede alcanzarse un dominio de la naturaleza; y el correspondiente conocimiento —un conocimiento de índole funcional, no de índole esencial, cual es el que proporciona la ciencia—, así como el conjunto de dispositivos o instrumentos que en él se basan, son impersonales y presentan un carácter acumulativo. Cada nueva invención presupone inexcusablemente la serie completa de todas las invenciones precedentes en un escalonamiento inalterable, que hace absurda cualquier inversión, e inutiliza el descubrimiento casual cuando todavía no existe el plano técnico previo sobre el cual podrían erigirse sus implícitas derivaciones. Es, pues, comparable la técnica a un edificio, cada uno de cuyas partes superiores descansa sobre el fundamento ofrecido por todas las que están debajo. Por lo que a la técnica se refiere, resulta así innegable el progreso de la humanidad desde la Prehistoria hasta el presente. Y los espectaculares adelantos de nuestro tiempo, en ese progreso ha adquirido una velocidad vertiginosa, hacen de todo punto innecesaria, por lo evidentes, cualquier mayor argumentación.

En cambio, sería ligereza dar por probado sin más un progreso moral paralelo, que de modo alguno va implícito en el desarrollo técnico. El mundo moral tiene sus propias leyes, independientes de las que rigen a la naturaleza, y apenas está condicionando por éstas, a través de los cambios externos de las formas de vida. Si las variaciones históricas alteran los contenidos concretos de la norma moral, la decisión frente a ella, la elección entre el bien y el mal, es y será siempre cuestión del individuo, y no una cuestión particular cualquiera, sino una cuestión cuya radicalidad reduce a proporciones nimias la importancia del progreso técnico y anula —o mejor, insume, absorbe— el sentido pleno de la historia universal. Difícil sería sostener en términos de rigor que haya un progreso moral de la humanidad; pues el problema de la moral se plantea de raíz

siempre de nuevo para cada hombre y en cada instante de su vida, como el problema que es de su libertad y destino.

Siendo así, no hay fuera de la conciencia del hombre, obligado por esencial condición a ordenar su conducta según criterios morales, una posibilidad general de progreso, ni nadie que no esté cegado por el prejuicio de la ideología progresista, nadie que contemple de cara los hechos, sostendrá que a lo largo de la historia pueda advertirse especie alguna de proceso congruente y continuo de mejoramiento moral comparable a la línea de incremento incesante de las capacidades técnicas que nos confieren un creciente dominio sobre la naturaleza. La vista del uso que suele hacerse de las nuevas y tan poderosas máquinas sugeriría más bien un retroceso de la moralidad general, conforme aumentan nuestras capacidades técnicas. Pero también esto —apresurémonos a declararlo— sería a su vez una ilusión. Desde el ángulo de la estricta ética, como también psicológicamente, es más abominable quien se complace en asustar a un niño para gozar de su terror que el soldado de aviación encargado de lanzar cuando se lo ordenen, accionando el correspondiente resorte una carga de bombas, o el jefe de estado mayor que ha combinado esa operación dentro de un plan conjunto. Las consecuencias, sin embargo, son de un alcance cuya comparación resultaría irrisoria: por un lado, un niño que ha debido pasar instantes de angustia; por el otro, cientos o acaso miles de criaturas muertas, mutiladas, desalojadas, reducidas a la desesperación.

A menos que hiciéramos depender el juicio moral de los meros resultados de la acción —lo que sería insensato— tendremos que aceptar la idea de que el aumento de daños y sufrimientos que la nueva técnica ha traído consigo no depende de un retroceso moral, ni tampoco de un desnivel ocasionado en el rezago de la cultura moral respecto de la cultura material, y que, por consiguiente, no podrá esperarse de un supuesto progreso futuro de la moralidad general la eliminación, o la atenuación al menos, de esos males.

El hombre está colocado en cada situación de su vida, a cada paso, frente a una opción ética, y libremente ha de resolverse por el bien o por el mal. Lo que hace la nueva técnica mediante la que el hombre moderno actúa es agigantar las consecuencias prácticas de su decisión, buena o mala. Claro está que un criminal armado de una ametralladora resulta más peli-

groso, más terrible, más nocivo que si estuviera armado de una estaca, pero no por eso es más criminal que si ultimara a sus víctimas a garrotazos.

La máquina contra el hombre

¿QUIERE decirse con esto que el problema no tenga remedio? ¿que debemos apechugar con las consecuencias funestas del progreso técnico a cambio de las ventajas, no menos tangibles, ya que nos proporciona, o bien renunciar a éstas por vernos libres de aquéllas, deshaciendo las máquinas portentosas que el ingenio humano ha producido?

No es la primera vez en el curso de la historia reciente que el progreso técnico plantea tal cuestión. Conocida es, por ejemplo, y bien conocida, la reacción contra las máquinas que, a principios de la era industrial, sumieron a tanta gente en condiciones de espantosa miseria. Como entonces, tampoco ahora sería solución la de destruirlas, haciendo retroceder la línea del progreso a estadios anteriores. No siquiera resultaría factible: el progreso técnico obedece a leyes objetivas, y apenas podría operar la voluntad humana saliéndose de ellas. Pero si consideramos que en semejante coyuntura se manifestó—como ahora, aunque en otras proporciones y con caracteres distintos—una amenaza contra el hombre surgida de los progresos conseguidos por él en su empeño de encadenar para propio beneficio las fuerzas de la naturaleza y así dominarla; y si consideramos que dicha amenaza fué conjurada entonces sin renunciar a los descubrimientos técnicos perturbadores, obtendremos una razonable esperanza de escapar a aquel dilema, conservando las ventajas de la técnica actual y eliminando sus peores consecuencias.

Para llegar a este resultado será preciso que investiguemos con algún detalle las causas inmediatas de los males ligados, por su magnitud abrumadora, a los inmensos recursos y colosal eficacia aportados por el progreso técnico. Ya hemos excluido la disparidad entre ésta y la cultura moral como razón del desajuste: sería pueril querer atribuirlo a un progreso de la moralidad la solución, siempre relativa, del problema suscitado en el siglo XIX por el industrialismo incipiente; si llegaron a ser más soportables y dignas las condiciones de vida del pro-

letariado, no fué porque la gente se hiciera mejor, ni habían sido tampoco unos seres particularmente perversos los empresarios ingleses de las primeras hilanderías mecánicas. Es en otro terreno, según veremos, donde reside el *quid* de la cuestión.

Las amenazas de la moderna tecnología

Es indudable que los recursos técnicos de multiplicada eficiencia puestos al alcance de tendencias antisociales—el criminal armado de ametralladora— aumentan en igual proporción su peligrosidad. También lo es que, en manos, incluso, de quienes deben usarlos para el cumplimiento de una función social, pueden resultar ocasionalmente dañosos por efecto de tensiones psíquicas desgobernadas. Pero las grandes amenazas que pesan sobre la conciencia del hombre contemporáneo, abrumándolo y llenándolo de angustia, no provienen, ni del delincuente que al asaltar un banco puede barrer a una desprevenida multitud con las ráfagas de su ametralladora, ni tampoco del policía nervioso o sádico que se entrega a análogos excesos. Las grandes amenazas que se ciernen sobre nuestras cabezas y que dimanan del progreso técnico son aquellas que comprometen la seguridad colectiva y la libertad individual; son la guerra y la esclavitud personal.

Quizás se pregunte: Pero con eso ¿estamos acaso frente a males nuevos? ¿Pueden, entonces, achacarse a la técnica moderna? — Sólo quien desconozca hasta qué punto están ligadas la guerra y la técnica, y en qué medida depende, por otra parte, el control político-social de la técnica material, hará argumento de tales preguntas. Mas, antes de seguir adelante, pongamos de relieve algunos hechos, que son del dominio común, pero cuya importancia debe destacarse en conexión con nuestro tema.

1º El progreso técnico ha convertido definitivamente los conflictos militares entre Estados en "guerra total". La situación de guerra afecta inmediatamente a la totalidad de la población, en el doble aspecto de que la totalidad de la población participa en el esfuerzo bélico, y de que la totalidad de la población está expuesta por igual a los riesgos de la guerra. Por último, la bomba atómica, con su posibilidad real y sus proyecciones míticas de destrucción del mundo, cierra el cuadro de terror en que las nuevas capacidades técnicas nos tienen encerrados.

2° La perspectiva de la guerra mantiene y acrece el control social del Estado sobre la población, llevándolo a aplicar sobre ella un exceso de medios técnicos cuya eficacia intrínseca suprime por sí sola, prácticamente, toda libertad político-social del individuo. El particular es hoy, de hecho, un esclavo del poder público; un esclavo, pudiera decirse, de la máquina del Estado.

Para quienes han vivido antes de 1914 y, recordando las condiciones que prevalecían entonces, establezcan de pronto la comparación con las del presente, tienen que adquirir un cariz espantoso todos esos rasgos que, más o menos acusados, son comunes a cualquier Estado actual:

a) El particular, sea súbdito del Estado o extranjero, no puede entrar ni salir de sus fronteras sin autorización expresa del poder público. Esa autorización, que muchas veces le es negada, y que resulta condicionada siempre, depende con frecuencia del arbitrio de funcionarios inferiores, y exige en cualquier caso una larga, costosa y penosa tramitación.

b) El particular no puede disponer de sus bienes fuera de la frontera del Estado, y dentro de ella, sólo con infinitas limitaciones que hacen precaria y, en ocasiones, irrisoria esa disposición.

c) El particular tiene que someterse a registros numerosos y técnicamente ineludibles, de tal modo que todos sus movimientos son controlados constantemente y pueden ser interferidos en cualquier momento por el Estado.

d) El particular depende económicamente del Estado, que controla todas sus actividades lucrativas, que tiene poder y medios tan abundantes como fáciles para enriquecerlo o arruinarlo a su arbitrio, y que, en fin, está facultado hasta para concederle: o negarle el permiso de trabajar y ganarse la vida.

Quedan apuntados tan sólo algunos de los rasgos más comunes, y ya tenidos por obvios, de la actual relación entre el particular y el Estado, omitiéndose aquellos otros que pudieran parecer como casos exagerados, o como resultado de tendencias políticas intencionalmente dirigidas contra la libertad individual. Puede calcularse —y, por desgracia, muchos ejemplos prácticos lo ilustran— la tremenda eficacia que estos normales medios de control social proporcionan a los regímenes de ideología antiliberal, a los grupos de índole violenta cuando llegan a detentar el poder político. Sin esto, y por su sola

virtud, la técnica actual de la administración pública hace del hombre contemporáneo un esclavo del Estado—un esclavo sin ninguna esperanza de manumisión o fuga, y hasta conformado a su situación lamentable. Pues ¿a quién le produce escándalo, a quien subleva hoy la vejación continua y proteica a que la maquinaria de un Estado omnipotente y omnipresente somete a la población? Tan natural parece ya que sería necesario describir la vida cotidiana del hombre medio en cualquier país subrayando las irrupciones del poder público para que muchos se dieran cuenta de todo lo intolerable que a diario toleran.

Pero bastará para nuestros fines con señalar ciertos efectos del progreso técnico, a los que corresponderá la calificación de malos si es que los valores de libertad y dignidad del hombre representan algo positivo.

Efectos contradictorios del progreso técnico

LA suma de los dispositivos, máquinas, ingenios diversos y, en fin, inventos de todas clases que componen la moderna tecnología han elevado al infinito los recursos de control social en manos del poder público, frente al cual el particular se encuentra inerme. A los perfectísimos sistemas de identificación y vigilancia, los grandes medios de comunicación cuyo monopolio tiene el Estado, y la fuerza organizada con un armamento incontrastable ante el que sería ridículo el más ligero conato de resistencia, se agrega el manejo de todo el aparato económico, complejo y flexible, dentro de cuyos engranajes se desenvuelve la actividad del particular, y, todavía, el dominio eminente de cuantos elementos técnicos permiten desenvolver la propaganda y ejercer así la sugestión psicológica sobre las multitudes, apoderándose en fin de sus mentes, dirigiendo sus voluntades, captando su conciencia.

En principio, nada censurable, sino muy plausible, hay en el hecho de que todos esos recursos se encuentren a disposición, no de grupos sociales que pudieran abusar de ellos en ventaja propia, sino de una administración pública, impersonal y apta para aplicarlos al servicio de la comunidad entera. En principio, los medios de una policía irresistible tendrían que habernos aportado el bien de la definitiva pacificación interna

con un orden jurídico perfectamente garantizado; la economía organizada y controlada, el de una justa, solidaria coordinación de sus factores; y el dominio eminente por parte del Estado de las técnicas de difusión y propaganda en masa, el de un fomento y extensión de la cultura, al abrir oportunidades diversas de educación, de ensayo y tanteo, de desarrollo libre, competitivo y sin trabas, ante el público, a las minorías creadoras y conservadoras de valores.

Pero no ocurre así en la realidad práctica. La realidad práctica nos muestra que los medios de vigilancia y compulsión del Estado se emplean para luchar contra los adversarios del gobierno, inmovilizarlos y aniquilarlos, de modo que las variables constelaciones de poder en la política interna de cada país determinan quién ha de ser considerado a cada momento como el enemigo público al que debe aplastarse; la realidad práctica nos muestra que la dirección gubernamental de la economía se encamina a favorecer a unos sectores de la población en detrimento de otros, a unas actividades en detrimento de otras, y que cuando esta política económica obedece —lo que no siempre ocurre— a una inspiración objetiva que se pretende intachable, ella consiste en administrar la nación como un colosal negocio en competencia despiadada con la gerencia de otras naciones rivales; la realidad práctica nos muestra que las técnicas de difusión en masa dominadas por el Estado se dedican a ejercer una propaganda gubernamental y nacionalista cuyos extremos la ponen en contradicción con la universalidad de los valores de la cultura.

Ahora bien, si sopesamos con cuidado los datos de esa situación, llegaremos a concluir que, contra su primera apariencia, no responde en verdad a las exigencias intrínsecas del progreso técnico; y aún más: que dicha situación contradice las que serían consecuencias naturales de tal progreso, implícitas en la esencial estructura de la moderna tecnología. Así, la propaganda gubernamental por medio de la radio —para ceñirnos a lo más común— está dirigida, de una parte, a la población del propio Estado, y de la otra, al exterior, con distintos contenidos, y a veces opuestos; en conjunto, responde a una actitud exclusivista, dictada por intereses locales, inconciliables con los de otros Estados. De ahí la preocupación de los gobiernos por eliminar del éter a ciertas radioemisoras extranjeras, y el propósito de impedir a sus súbditos que las escuchen,

poniendo en juego para lograrlo los eficaces medios de control policial a su disposición. Es un ejemplo de cómo puede violentarse la técnica, cercenando sus implícitas exigencias en un sentido perverso, no requerido sino, al contrario, vulnerador de lo que demanda la ley intrínseca del correspondiente dispositivo. El alcance de la radio es universal; pero los Estados, desde su particularismo, pretenden apropiársela y monopolizarla para sus fines, tornando en malos aquellos buenos efectos que de su invención podían esperarse. A resultado análogo llegamos echando un vistazo a la vida económica. La clausura de la economía en sistemas nacionales cerrados—para dejar a un lado todas las perturbaciones e injusticias que ocasiona el entrecruzamiento de motivos de política interna en la dirección de la economía—produce excesos y carencias, descompensaciones absurdas, de las que padece la población, y cuyos ejemplos están en el ánimo de todos. Aquí se pudre el cereal por falta de comprador y los enfermos están privados de indispensables medicamentos; allí sobran los artefactos eléctricos y falta la corriente para accionarlos; más allá se carece de carne, de manteca, y no se sabe a donde exportar los automóviles. . . La experiencia del fascismo evidenció el fracaso de las pretendidas autarquías económicas; pero el control de la economía por el Estado mantiene una situación descabellada, fuente de perturbaciones de las que estuvo libre la humanidad cuando, en el siglo anterior, todavía la técnica no había avanzado tanto. No es, sin embargo, a la técnica, sino a la organización de la economía por unidades nacionales cerradas, a quien debe culparse de ello. La economía basada en el moderno industrialismo contiene, implícita, la organización en un plano más amplio—no, por el contrario, tanto más reducido—que aquél sobre que se extendió espontáneamente en la época del gran despliegue capitalista. . .

*Inadecuación entre el progreso técnico
y la organización política del mundo*

Esto nos permite sospechar que existe una inadecuación, una disparidad, desajuste e incongruencia en las condiciones de nuestro mundo actual; pero no, como suele creerse, entre la moderna tecnología y el estado de la cultura moral, sino entre el desarrollo alcanzado por la técnica material, y la organiza-

ción política del Occidente, que sigue siendo, en esquema, la misma del siglo XVI, la misma que todavía en el XIX consintió una continuación normal del despliegue histórico, pero que ahora, ante las consecuencias tecnológicas del despliegue cumplido, resulta obstrusiva y produce situaciones trituradoras, ya que esos mismos Estados cuyos equilibrios y combinaciones pudieron entonces efectuarse de modo fructífero a base de los medios de poder relativamente cortos correspondientes al nivel técnico de su época —y, por lo tanto, dentro de la política prescendente, limitada y abstencionista del liberalismo— se han tornado totalitarios por fuerza del nuevo nivel técnico logrado, y como tales actúan, con deliberación o sin ella por parte de sus gobernantes.

El progreso técnico del último medio siglo ha sido, en efecto, descomunal: alterando las relaciones del hombre con el medio geográfico, de modo que, en proporción a sus recursos, cambia el tamaño del planeta, ha achicado hasta lo indecible sus territorios; y Estados que hace cien años, por el vehículo más veloz, no podían recorrerse de frontera a frontera en menos de semanas de viaje, se atraviesan hoy en muy pocas horas. Pues bien, ese progreso técnico, a la vez que reducía así sus territorios, ha aumentado en medida no menos intensa sus posibilidades de control social y, por consiguiente, la presión oficial sobre la población establecida en ellos, que si antes debía costear mediante contribuciones moderadas los gastos de una administración sucinta casi por completo desentendida de las actividades económicas, tiene ahora que soportar el peso abrumador de burocracias empleadas en controlar con universal competencia y plenitud de atribuciones todos los aspectos de la vida social.

Contraídos así los territorios de los Estados, y agigantada al mismo tiempo la presión del aparato político-administrativo montado sobre ellos, resultan contrasentidos tan flagrantes como el de que el hombre actual pueda hacer en horas contadas una travesía intercontinental, pero llenar las formalidades burocráticas exigidas para emprenderla le costará meses; de que los medios de transmisión le permitirían estar informado al instante de cuanto en el mundo ocurra; pero, de hecho, recibe esa información —cuando la recibe— adulterada y deformada según los intereses de la constelación política bajo cuyo control se halle; de que el despliegue de la industria debiera garan-

tizarle un disfrute armónico de bienes de uso y consumo superiores en conjunto a los de cualquier otro período anterior en la historia, pero la economía dirigida le somete a privaciones súbitas que producen una general sensación de zozobra, fondo cotidiano sobre el que se erige, sumado a la presión asfixiante del aparato oficial y a la perspectiva de una guerra-milenio, la angustia que hoy oprime a la gente, y que constituye el rasgo característico de nuestro tiempo, rasgo que puede descubrirse repetido en los más diversos planos de la vida social y de la cultura, desde los consultorios de psico-análisis popular hasta la literatura sádica y hasta las más abstrusas especulaciones de la alta filosofía.

La atmósfera en que vive nuestra generación, oprimida en su libertad y amenazada en su seguridad, procede, según entendemos, si no originalmente, por lo menos en cuanto a su condicionamiento y general determinación sociológica, de la gran incongruencia entre el alcance de la tecnología que el hombre contemporáneo domina, y el radio tan corto de las estructuras políticas desde las cuales, en forma descompasada y autónoma, se manejan sus claves. Las perturbaciones y constantes incongruencias del funcionamiento multiplican su efecto enervante por el de la expectativa tensa de una gran catástrofe, que el propio nerviosismo puede precipitar.

La soberanía de los Estados nacionales

CONVENDRÍA preguntarse ahora, con la vista puesta ya en las posibles soluciones, si esa incongruencia entre la moderna tecnología y la organización política de un mundo dividido en pequeños Estados nacionales supone un conflicto insuperable de dos órdenes igualmente justificados y legítimos. Y, si consideramos que, por su carácter instrumental, el progreso técnico contiene en sí mismo, en su probada eficacia, su propia justificación, el problema se habría reducido a examinar la razón y fundamento que puedan tener las pretensiones de los Estados a controlar, cada uno por su parte, el aparato tecnológico.

Tales pretensiones están basadas, como es obvio, en el principio de soberanía. Y claro está que no podemos dilatarlos aquí en un examen de las conexiones históricas en que se establece y adquiere eficacia práctica dicho principio mediante el

que se afirma la ilimitación de facultades del poder soberano. Bastará recordar que en su origen renacentista y en su desarrollo hasta bien entrado el siglo XIX la ilimitación del poder soberano del Estado fué siempre entendida, como es lógico, para dentro de lo que es competencia propia del Estado según su esencial naturaleza; es decir, dentro de la esfera política, sin que pudiera afectar al orden de la moral y religión, de la cultura, de la economía, ni, en suma, a la libertad del individuo. Soberanía era y tenía que ser facultad absoluta de decisión para el cuerpo político en materia de Estado y, cardinalmente, el derecho a declarar la guerra y concertar la paz. Sólo al hacerse totalitario en el curso del siglo actual, el Estado ha puesto mano en todos los órdenes de la vida social, dirige la economía, violenta las conciencias por la propaganda y la coacción, quiere regir las costumbres, y hasta se mete a definir e imponer cánones en materia de arte. Para todas estas intromisiones en terrenos que nada tienen que ver con la esencial naturaleza y competencia del Estado, suele invocarse falazmente el principio de soberanía, y ello, en momentos en que éste ha perdido ya toda su eficacia práctica en lo que es su verdadero campo. Si todavía después de la primera guerra mundial pudo seguirse manteniendo durante un cierto lapso la ilusión, ya hoy, tras la segunda, nadie pretenderá que los Estados nacionales continúan dueños de una decisión soberana sobre la guerra y la paz, ni que sean capaces de determinar por sí mismos sus propios destinos. Las decisiones políticas fundamentales se han concentrado en dos grandes centros de poder mundial, que polarizan toda la tensión y sostienen el orden en sus respectivas zonas, mientras que los Estados nacionales, así exonerados de su soberanía actúan con histérica meticulosidad sobre sectores de la vida social que por su propia índole debieran estar sustraídos a su intervención, con resultados tan perturbadores como opresivos.

Hacia el restablecimiento de la confianza

LA concentración de las decisiones políticas fundamentales —soberanas— en grandes centros regionales del planeta, tal como ha surgido de la segunda guerra mundial, es un resultado forzoso del progreso tecnológico en el aspecto relativo al

material y a la organización general del esfuerzo bélico. En cuanto a él se refiere, puede bien decirse que se ha restablecido la adecuación entre la técnica y el encuadre social correspondiente. Y así, puede estarse seguro de que, dentro de los respectivos ámbitos, ninguno de los dos grandes poderes mundiales consentirá que veleidades "soberanas" de los Estados implicados comprometan la posición o debiliten los recursos del bloque. Sin embargo, puede esperarse de la magnitud de éste que su control político-social sobrepasará demasiado los límites de lo indispensable a los fines de su alta política. Lo malo es que, entre tanto, los Estados pretendidamente soberanos, mantienen por su cuenta un control que excede en mucho a la necesidad; y así se da el caso frecuente de que, so pretexto de servir la política general inexcusable del bloque a que pertenecen, se convierten en ejecutores demasiado celosos de sus consignas o lineamientos de principio, poniendo todos los recursos técnicos modernos a la tarea de ejercer sus sevicias, e implantando hábitos de rigor y crueldad que más responden a una complacencia morbosa en las atrocidades que a necesidad alguna, a la vez que involucran en tales procedimientos a cuantos elementos son considerados, por circunstancias variables de la política interna, como adversos al gobierno local.

Todas las perturbaciones aludidas, y otras por el estilo, no sólo arruinan la libertad del ciudadano y la dignidad del hombre, convirtiéndolo en un esclavo de la empresa nacional que tan desproporcionados medios de poder detenta, sino que también comprometen la seguridad común, al crear condiciones que a la postre han de resultar explosivas. Para no mencionar sino un nuevo y diferente aspecto: el control —manejado, como todo control, restrictivamente— de los movimientos migratorios por parte de los Estados ocasiona desequilibrios de población cuya peligrosidad es incalculable. ¿Quién ignora la parte que cupo a estos desequilibrios, presiones y tensiones en la causación de la segunda guerra mundial?

Cierto es que la agrupación política alrededor de los dos grandes polos del poder mundial ha eliminado en gran medida, por no decir completamente, la posibilidad de conflictos internacionales complejos como los que se ventilaron en 1914-18 y en 1939-45, y que la amenaza del milenio atómico se remite a un eventual conflicto entre ambos bloques. Pero este conflicto será tanto menos probable cuanto más se eliminen los motivos

de ansiedad, de exasperación e inquietud que hoy prestan a nuestra existencia ese marcado tono de angustia tan apropiado para provocar las catástrofes mismas que se temen. Hacer que la tecnología moderna, patrimonio fabuloso que la humanidad actual tiene a su disposición, no sea para ella un instrumento de tortura sino, razonablemente, fuente de bienestar y de comodidades capaces de facilitar la vida, será tanto como librar al hombre contemporáneo de muchos cilicios—algunos de los cuales, sin duda, se han hecho ya costumbre en su carne, y quizás apenas le duelen, pero lo agarrotan e inficionan—, y propiciar la seguridad colectiva mediante una atmósfera de distensión general, donde el temor que hoy aflige, consciente o subconscientemente, a las multitudes ceda ante una actitud de mayor confianza, sentimiento que—entiéndase bien—comienza siempre por ser confianza en sí propio y, por consiguiente, significa fortaleza, y no debilidad.

El camino a seguir

SE plantea ahora, para terminar, la cuestión de procedimiento. ¿Acaso resultará indispensable, si es cierto que las causas sociológicas de los principales trastornos de nuestro tiempo radican en una inadecuación entre la organización política del mundo en Estados nacionales y el despliegue tecnológico alcanzado a la fecha, será, pues, indispensable entonces suprimir los Estados nacionales substituyéndolos por otro tipo de organización política, ya que no estamos dispuestos a hacer renuncia de nuestras magníficas adquisiciones técnicas?— En modo alguno.

El hecho de que una institución se haya hecho obsoleta no quiere decir que sea inadaptable a las condiciones históricas cambiadas ni incapaz de rendir de otra manera buenos y aun excelentes servicios en una nueva fase. El Imperio romano siguió operando de una manera que hoy nos parece fantasmal, pero no por eso menos efectiva, durante toda la Edad media, y aún se prolonga en la moderna hasta bien entrado el siglo XIX; y la Constitución inglesa, una antigualla medioeval, ofreció modelo al moderno constitucionalismo en la lucha contra la monarquía absoluta. Los Estados nacionales aglutinan sentimientos demasiado profundos como para que nadie pueda, sensatamente, pensar en borrarlos de un plumazo; ni tampoco sería bueno suprimir las diferencias nacionales dando un paso más

en la vía de la uniformidad que tan árida chatura impone a la sociedad en que vivimos. Dejemos, pues, que las naciones perduren; no pensemos siquiera en privarnos de semejante bien, ni en echar por la ventana los tesoros culturales vinculados a ellas.

En realidad, lo único indispensable es sustraer a los Estados la competencia que, abusiva aun cuando tal vez inevitablemente, se han venido arrogando, de modo especial durante los últimos cuarenta años, sobre sectores de la actividad humana cuya importancia y volumen tanto ha incrementado el progreso técnico; por lo tanto, restablecer, adaptada a las nuevas circunstancias, la situación fundamental del siglo XIX, que fué, justo es reconocerlo, al mismo tiempo que la época clásica de las nacionalidades, una de las etapas en definitiva más armónicas y fructuosas de toda la historia.

Haciéndolo así, nos habremos limitado a servir la exigencia implícita en la propia estructura tecnológica del presente, de la que deberemos también extraer las directrices particulares. En lo que sigue, sólo me propongo aportar levisimas sugerencias, aducidas por vía de ejemplo, y expuestas con toda clase de reservas.

1º Unificación técnica de los medios de pago. Se trataría, meramente, de llevar a la práctica las previsiones y de dar pleno vigor a los mecanismos e institutos ordenados al efecto en la U. N., restaurando, dentro de las condiciones de la finanza actual, el sano principio del sistema del siglo librecambista, autorregulado sobre un patrón unitario. La unificación de los medios de pago por sí sola desmantelaría en lo esencial los artilugios del control de cambios montados por cada uno de los Estados con el propósito —ilusorio, por supuesto— de imponerle al resto el valor que arbitrariamente asignan al oro fabricado en retortas y alambiques nacionales. Toda la complejidad de dichos artilugios quedaría con eso reducida al simple efecto de las clásicas tarifas aduaneras.

2º Supresión gradual —por zonas— de las aduanas entre países limítrofes, mediante uniones como las que ya se bosquejan. De este modo se ampliarían los ámbitos de la economía por crecientes integraciones cuyos últimos resultados son, como es sabido, generalmente ventajosos.

3º Sistema unificado de identificación, documentación y control personal, con universal validez. Durante el siglo XIX

era excepcional la exigencia de documentación que hoy constituye una especie de manía obsesiva. El emigrante, por ejemplo, sólo necesitaba embarcar para irse a otras tierras en busca de trabajo; y el 4 de agosto de 1914 a muchos viajeros les sorprendió, sin piezas de identificación, en países extranjeros que entraban en guerra. No sería aceptable, para la actual sociedad de masas, prescindir de los perfeccionados controles que ahora se usan; pero sí, en cambio, muy recomendable unificar el sistema de identificación de modo tal que, en posesión de un documento personal válido en todos los países, el particular no viera obstaculizados sus movimientos sin causa derivada de ilegítima conducta por parte suya. Un poder supremo común, como es el constituido por cada uno de los dos grandes bloques mundiales, de igual modo que ha requerido la unificación de los armamentos y la coordinación militar, exige también una policía común, organizada sobre la base de los principios de orden público que el bloque reconoce.

4° Garantía efectiva de la libertad de información y de creación cultural mediante exenciones internacionales que impidan a los gobiernos cerrar según sus veleidades el acceso y utilización de sus fuentes. Algunas de las trabas existentes hoy —mala circulación de los libros editados en el extranjero, eliminación total o parcial de sectores de la producción cinematográfica...— dimanarían de los dispositivos establecidos por los gobiernos para controlar la economía en dirección autárquica, y desaparecerían con la unificación de los medios de pago. Para obviar otros obstáculos —del tipo de la censura— podrían arbitrase medios más prácticos que la mera prohibición formal, tantas veces inoperante; medios tales, como acaso, una norma agregada al régimen de la Unión Postal Universal que negara facultad a las administraciones nacionales para rechazar los envíos hechos desde el exterior, responsabilizándolas pecuniariamente ante los remitentes por los envíos no cursados... Pequeñas medidas de este género son a veces más eficaces que las solemnes declaraciones.

Nada impide, tras de reformas de sentido análogo, reclamadas como lo están por la fuerza misma de los hechos, que los Estados sigan desempeñando su función propia, ni que las Naciones continúen su natural desenvolvimiento. Es probable que aquella función y este desenvolvimiento prosigan, más bien,

sin los atascos ocasionados ahora por el exceso de unos medios superiores y muy concentrados, cuya aplicación tiene que resultar embarazosa y opresiva. En todo caso, no tardaríamos en ver aliviarse la presión psíquica bajo la cual está viviendo la humanidad, y disminuir los torturadores efectos que suelen imputarse a la moderna tecnología y cuya eliminación esperan algunos de un perfeccionamiento moral colectivo logrado, acaso, por persuasivas exhortaciones.

DIVERGENCIA Y CONFLUENCIA DE ORIENTE Y OCCIDENTE

Por *Alvaro FERNANDEZ SUAREZ*

FABRE, aquel genio paciente, nutrido de amor a la naturaleza, consumió pródigamente años y trabajos, y refinó exquisitas astucias, para conducirnos a una gran perplejidad, que es el campo abierto donde suelen desembocar los caminos largos de la sabiduría, fatigada en el desbroce y la exploración de esta "selva oscura" donde hemos caído. Una experiencia de Fabre consistió en cortarle los palpos y las antenas a la chicharra de las viñas, la presa cuyas carnes vivientes y paralizadas destina el esfego languedocino al alimento de sus larvas. El raptor, cuando le faltan estos habituales tirantes, por los que remolca a su víctima hacia el nido, no sabe qué hacer, y renuncia a la presa con tanto esfuerzo cobrada. No se le ocurre tirar de otro miembro cualquiera, por ejemplo de una pata trasera. Y sin embargo, el mismo esfego que, ante tan mínima dificultad —mínima para la inteligencia de un hombre común— dejaría perecer a su prole y moriría él mismo —si de ello dependiera su vida— demuestra una ciencia asombrosa en la solución de otros problemas que hubieran desalentado la pericia del mejor anatómico. Así, el esfego languedocino sabe operar a su víctima hiriéndola en los centros nerviosos exactos —cuestión de décimas de milímetro— de un solo lancetazo, asestado en la confusión de una lucha muy agitada, a fin de inmovilizar al insecto, sin causarle, empero, la muerte, porque si muriera, el cadáver envenenaría a las larvas del asesino. E incluso es capaz de una ciencia quirúrgica más refinada: sucede a veces que la chicharra —bestia talluda, poderoso gigante— a pesar de la inyección paralizadora, empieza a mover sus temibles mandíbulas, con riesgo para el cazador y para su prole. Entonces el esfego se vuelve, aferra la cabeza de la chicharra, manipula en su cráneo, comprime el centro nervioso —y ningún otro— que inmoviliza las tenazas, y deja vivo al animal.

¿Cómo ha logrado el esfego languedocino esta ciencia? Innúmeras coincidencias hubieron de conjugarse para llegar a este resultado. Fabre aprovecha tales hechos, y muchos otros, para apedrear al viejo Darwin, negando que un proceso tan complicado pueda ser el milagro de la casualidad. Pero no es esto lo que nos importa a nosotros sino preguntarnos, más bien, cómo siendo el insecto tan sabio en un caso es tan estúpido en otro.

Hay una bien conocida estupidez del instinto, comparado con la inteligencia, inventora e improvisadora de soluciones, aunque más limitada en ciertos aspectos. Pero hay también una estupidez de la inteligencia.

Y ambas estupideces—que conviven con una prodigiosa sabiduría—obedecen a una causa similar: a los carriles y formas procesales en que, al menos en cuanto atañe al entendimiento humano, cuajó la experiencia, y también el instinto, si no se admite para éste la inspiración de algún Ordenador oculto. Decimos que el insecto no discurre sino que repite automáticamente ciertos actos, ante determinadas situaciones, solicitado por un impulso que heredó de sus antepasados. ¿Pero no hay también automatismo de la inteligencia? Evidentemente sí. Está ya en los breves lógicos del lenguaje, y lo hallamos, igualmente, aunque en otra forma más consciente, en los delicados artilugios para razonar fabricados por la Matemática. Porque la Matemática es un aparato multiplicador de la inteligencia, mejor aún, una máquina de volar, gracias a la que nuestra razón puede emprender viajes interestelares, describir laberínticos arabescos en lejanías donde el sentido común no tiene jurisdicción, y regresar de esos periplos con un botín de verdades a las que luego acata y confirma sumisamente la experiencia. Parece cosa increíble. Y hay en esto—casi innecesario decirlo—dos ventajas: que se vuelven hacederas empresas de que la inteligencia desnuda sería incapaz, y que toda labor del pensamiento se realiza con una incalculable economía de esfuerzo. Pero es preciso registrar también una desventaja, la misma del estúpido esfego, al que deja perplejo e impotente la ausencia de los cabos de remolque con los que tiene la costumbre de arrastrar a la chicharra. Así, en cuanto nos colocan ante situaciones para las que no sirve nuestro habitual instrumento de razonar, nos obstinamos sin embargo en usarlo, y resolvemos torcidamente los

problemas, o no les vemos salida, quizá muy sencilla para otros ojos, para otra modalidad formal del pensamiento.

Esto nos sucede muy a menudo cuando nos enfrentamos, no ya con el mundo de la materia inerte, donde los objetos del conocimiento permanecen, o hacen como si permanecieran, iguales a sí mismos, sin aparente magia transmutativa, y en relativa simplicidad de sus datos, sino con este otro mundo de las cuestiones más específicamente humanas, como la filosofía del hombre y la sociología, para las que no suele ser un guía infalible nuestra lógica común, formada en el campo de ejercicio de las cosas.

Una de nuestras manías lógicas—traída del mundo inerte—es la dialéctica, en el sentido extenso de la palabra, que nos ata a la superstición—tan útil en otros aspectos—del número 2. La superstición de ciertos números cabalísticos—como el 7, el 12, el 3 (fausto y divino), el 13 (infausto), y tantos otros—ha desaparecido de nuestros hábitos de razonamiento más acreditados, aunque subsista en la vida afectiva. Pero el 2 continúa presente, y su poder es soberano, incluso en las tareas más severas del pensamiento. El 2 nos domina y nos aterra. El 2 se nos manifiesta, constantemente, en forma de dilemas trágicos, en una cerrada opción, sin escape. Tropezamos con él en todas partes, y no sabemos librarnos de este duro señor, de este demonio, el último de los demonios, el de la *vida o muerte*, el *yo* (nosotros) o tú vosotros, el *sí o no*, el maniqueo *bien o mal*, *paraíso o infierno*, *Cain o Abel*, los hermanos eternamente enemigos, *macho o hembra*, *noche o día*, *cielo o tierra*... En cuanto se nos presenta esta alternativa sencilla, propendemos a acatarla sin discusión, no sólo porque se ajusta a una experiencia lógica milenaria, cuajada, y muy a menudo fecunda, sino—y esto es importante—porque excita emociones cuyo origen es insondable y yace en la misma lucha de los individuos y los grupos por la supervivencia. Nuestras fuerzas pasionales se encrespan en el acto, ante estos dualismos, como si les tocaran un clarín de guerra, oído desde antes de que nacióéramos, cuando éramos aún una posibilidad escondida en nuestros antepasados. Es la explicación de que cualquier forma de pugilato, en el que se enfrenten dos bandos, nos comprometa inmediatamente, aunque no nos importe a la luz de la razón serena (por ejemplo, cuando alguien va por primera vez a un partido de fútbol, sin conocer siquiera el juego ni el nombre de los equi-

pos). En cambio, una lucha de sujetos múltiples, no polarizada, nos inquieta quizá más, pero nos enardece menos, porque nos resulta más difícil "tomar partido", y es más raro que suscite en nosotros el placer celular, la furia sagrada de las contiendas duales.

Y he aquí cómo, la lógica —que por su naturaleza se dice fría y neutra en sus operaciones cisorias— viene a establecer una correlación con las potencias ciegas, de las que, por cierto, recibe siempre —y no sólo en este caso— su poder operativo, y aun creador, porque la pasión es la sangre del pensamiento.

Este prefacio, tal vez demasiado largo, no nos parece, sin embargo, innecesario para preparar el tema. Porque tenemos que propiciar, en algunos de nuestros lectores, otra fuerza emocional, a cuyo amparo podremos hablarles sin soliviantar una anticipada repulsa, puesto que vamos a enfrentarnos con la magia apasionante, y aun frenética, del número 2, en una de sus manifestaciones contemporáneas más destructoras. Se trata de la oposición entre Oriente y Occidente. Nada menos. Ya las dos palabras —que aluden a dos puntos cardinales con resonancias propensas a despertar ecos de antagonismo— bastarían, sin otro contenido, para erizar los espolones de la pasión polarizadora. Con mayor motivo cuando en este esquema sencillísimo se juegan, efectivamente, intereses muy suspicaces de toda índole, materiales y morales, del pasado y del presente, legítimos y espurios, que forman un conjuro sangriento a los demonios del *tú o yo*, en una lucha *a vida o muerte*.

En efecto, la oposición entre Oriente y Occidente se presenta en esta forma trágica, de elementos contrarios, con pasión maniquea, y por eso no se le encuentra más salida que la guerra. El pensamiento general —y sobre todo la emoción general— ve, desde el principio, a "dos mundos" —lo que alude a una distancia astral— y a cada uno de estos mundos se atribuyen categorías contrarias que varían según los intereses y afectividades del que habla o juzga; y así uno de esos mundos es el reino de la democracia y de la libertad, y el otro es el imperio de la tiranía totalitaria; en el primero rige la libre iniciativa económica y en el segundo el comunismo; en éste la espiritualidad, y en aquel el materialismo. . .

En cuanto a la posibilidad de tender algún puente sobre este abismo, aun como hipótesis, suena a traición, o cosa de mal agüero, a ofensa sacrilega. Sin embargo, cuando dos sis-

temas se oponen y formalizan entre ellos una rivalidad tan sostenida es porque algo los une, pues son capaces, al menos, de enfrentarse en un terreno común, y de dialogar en el lenguaje de la hostilidad. Sólo los que en algo se parecen pueden reñir de este modo. . .

Pues bien: aquí veremos, en primer lugar, qué elementos son comunes a los dos sistemas, el de Occidente y el de Oriente, y cuáles los separan de verdad. Luego examinaremos las perspectivas, no precisamente de una síntesis formal —generalmente desconfiamos de las síntesis formales que son matrimonios sin amor, cosa de la lógica— sino más bien de una aproximación objetiva que, en ciertas líneas de desarrollo, puede llegar a la confluencia. Naturalmente que confluencia no significa, por sí sola, reconciliación, pues ésta demandaría algo más que el hecho objetivo de un encuentro automático de las corrientes.

Lo que es común

ANTE todo trataremos de saber de lo que hablamos. Decir que tenemos ante nosotros dos sistemas, el de Oriente y el de Occidente, es invocar un hecho meramente geográfico, y que por sí solo no justificaría, razonablemente, ninguna pugna de religión. En realidad estamos ante dos esferas de contenido muy complejo, y nos será difícil encontrar las respectivas notas caracterizadoras capaces de abarcar, a la una y a la otra, en toda su extensión. Por lo que se refiere a la esfera comunista, incluye a naciones de estructura real tan diferente como Checoslovaquia —industrializada y de cultura occidental— y China, un inmenso país de Oriente, de economía agraria, a cuya lengua es muy difícil verter los conceptos políticos más familiares del pensamiento de origen europeo. ¿Puede regir, de hecho, el mismo sistema en China y en Checoslovaquia? Por lo que se refiere a Occidente es obvio que comprende piezas tan diversas como el capitalismo norteamericano, poseído de un gran celo ortodoxo, y el semi-socialismo británico; y en lo político, una gama que va desde naciones cuya democracia es formalmente irreprochable hasta dictaduras de hecho y regímenes autoritarios. Sin embargo hay una nota cuya presencia en uno de los sistemas y cuya ausencia en el otro marcan una distinción definidora —aunque parcialmente negativa— de la mayor importancia. En efecto,

preside en el sistema de Oriente una doctrina común, y una iglesia con rígidos dogmas y no menos rígida disciplina, cuyos fieles repiten en todas las latitudes ideas y palabras iguales, sin más cambio que el idioma. En Occidente no existe semejante unidad ideológica ni parecida disciplina eclesiástica.

Aquella doctrina tiene su centro de potestad en la Unión Soviética, y presenta dos elementos muy diferentes por su origen y por su naturaleza: uno, es la estructura teórica, los fundamentos y las líneas intelectuales; el otro es el contenido local, las influencias de lugar, es decir, los aportes rusos a la elaboración e interpretación del pensamiento comunista.

El primer elemento o más bien grupo de elementos —intelectuales, teóricos— es el que registra más contenidos comunes a un lado y a otro de la Cortina de Hierro, empezando por las raíces doctrinales y de ambiente intelectual que son las mismas para el comunismo y para las concepciones vigentes en las naciones y pueblos del Oeste. El parentesco de origen, singularmente entre el capitalismo liberal más ortodoxo y el comunismo, es una verdad obvia, aunque no suele recordarse con mucha frecuencia —salvo por ciertos doctrinarios de la derecha— que en ello tienen un interés específico —porque hay vínculos de sangre que las familias respetables suelen relegar a una discreta sordina.

El padre de ambas criaturas —padre por lo que tiene de factor apolíneo, macho— es el pensamiento filosófico racionalista y científico. La madre —madre por lo que tiene de base nutricia— es la civilización industrial, como conjunto de fenómenos objetivos cuyo ambiente ha gestado determinados reflejos emocionales y automatismos comunes de pensamiento.

Hablemos ahora del padre.

El socialismo marxista se proclama a sí mismo "científico". Pero el capitalismo se presenta como "natural", lo que —luego lo veremos— viene a ser la misma cosa. No es dudoso que la ley de Newton ha creado una fuerte sugestión en el pensamiento de los primeros economistas liberales, en cuanto ofrecía la más bella armonía automática, por el juego espontáneo de sencillas fuerzas físicas del Universo. El paralelismo entre el orden celeste y el orden social basado en la libertad, regocijaba a los capitalistas de principios del siglo XIX, porque prestaba al sistema la estabilidad eterna de la naturaleza, lo hacía ineluctable, ahistórico, y además tan reconfortante armonía tranqui-

lizaba las conciencias. Cierta que, vistas las cosas de cerca, esta belleza no dejaba de acusar algunos horrores de detalle. Pero bastaba "elevarse", y contemplar el conjunto a distancia, para que el mal se resolviera en bien, sino completo actualmente, al menos con una vocación de creciente y automático mejoramiento, hasta alcanzar la perfección del mejor de los mundos posibles. Era el progreso. De tal modo, los capitalistas liberales huían de la Historia. Marx se empeñó, precisamente, en restituirlos a la Historia, y lo hizo con lúcida pasión. Descubrió otra ley que no era la de Newton —en cuanto ésta supone un eterno girar concertado al compás de la música de las esferas— sino la ley del materialismo dialéctico. Pero aquí capitalismo y comunismo se encontraron. Ambos hicieron una invocación a Darwin —es decir, a la ciencia— para justificarse, para buscar, sobre todo, una base de firmeza inmovible. Marx y sus discípulos saludaron en Darwin al sabio que revelaba, en el campo de la Biología, el fundamento científico y natural de la lucha de clases que no vendría a ser sino la expresión social de la lucha de las especies. Pero los capitalistas liberales vieron igualmente en Darwin a su profeta científico pues describía la ley conforme a la cual se produce, en la naturaleza, la selección de los individuos más aptos, lo mismo que en la sociedad humana. El liberalismo económico era, justamente, el sistema que dejaba en plena libertad de juego a esta ley de la vida, y no el socialismo, que interfería en ella con gratuitos sentimientos pretendidamente humanitarios y a la larga funestos para la sociedad y para la misma especie cuyo progreso natural se pretendía trabar con aquella interferencia. De nuevo había sido rescatada la índole ahistórica, natural, del liberalismo.

Pero una y otra posición parten de la misma actitud frente al hombre. Ambas contemplan al hombre como fenómeno o haz de fenómenos, lo incluyen en el universo de las cosas, lo tratan como objeto de la naturaleza y de la ciencia. Es decir: lo examinan de afuera para adentro. No de adentro para afuera. Este modo externo de contemplación excluye, tiende a excluir o cuando menos descuida, a una serie de elementos del hombre integral que no pueden ser apresados por tales métodos lógicos, propios de las disciplinas del pensamiento referentes a las cosas, e impropios para captar la más específica realidad del hombre. Esto iba a tener importantes consecuencias en el espíritu que informaría tanto al capitalismo como al comunismo.

Empero, para matizar nuestro juicio —so pena de incurrir, también nosotros, en la dogmática del número 2— será preciso anotar que ni el liberalismo ni el comunismo eran absolutamente consecuentes con su principio básico, naturalista o científico, en la contemplación del hombre. No podían serlo, afortunadamente. El fondo humanista-cristiano de nuestra cultura constituía, en torno a ambos, una atmósfera de gran peso, y en parte —en particular por lo que atañe al socialismo— estaba en su misma base emocional. Marx, en *El Capital* y en su correspondencia, manifiesta su preocupación por el hombre integral, no el *homo economicus*, ni el *homo historicus* materialista, sino el otro, el real, más complejo que el de la biología, el de la economía, o el de la sociología marxista. Y si este hombre no existiera, es lo cierto que tampoco hubiera existido el marxismo pues no fué una operación intelectual, mecánica y fría, la que hizo Marx cuando escribió su obra magna, ni era el gélido gusto de un juego de entendimiento lo que le dió fuerza para vivir una vida de miserias y privaciones al servicio de su ideal, y le impulsó a lanzar apóstrofes apasionados. Llenos de fuego, contra la injusticia. Fué el hombre de corazón, el apóstol, el amador y el odiador, el lírico (Marx escribió poemas de amor muy delicados), el judío, movido por un viento del desierto. Y sin todo eso, aunque se hubiera hecho el milagro imposible de la teoría marxista, ésta no habría desencadenado la poderosa tormenta que agita hoy al mundo.

Sin embargo, es evidente que las concepciones teóricas fundamentales, tanto del capitalismo como del marxismo, con su contemplación naturalista o científica del hombre, iban a ejercer una influencia, en muchos aspectos antihumana, en el desarrollo de ambos sistemas.

Y ahora, después de haber tratado del padre de estos hermanos cainitas, hablemos un poco de la madre, es decir, de los factores ambientales y modos de vida que habrían de penetrar insidiosamente en las ideas y determinar ciertas actitudes características de la civilización industrial moderna.

Las ideas toleran toda inconsecuencia. Se puede profesar el humanitarismo teórico, y ser un demonio de resentimiento y de odio al prójimo, y también lo contrario es posible. Pero, en cambio, nuestras líneas principales de fuerza emocional, los sentimientos, imponen la consecuencia, y en este sentido son mucho más lógicos que las ideas. Existe igualmente una zona subideal,

de semi-pensamientos, cuyo poder es también muy grande, gestados por el impacto incesante de los hechos exteriores y la ciega constancia de múltiples reacciones motivadas por la sollicitación diaria del vivir. Este mundo subideal crea axiomas implícitos que luego se traducen en convicciones y dogmas cuajados, en nuestro mecanismo de pensar plenamente consciente y expreso.

Ahora bien: el medio cultural, que es la base nutricia de estas actitudes y sus consiguientes conductas, fué el mismo para el capitalismo y para el comunismo teórico, así como para cualquier otra forma ideológica nacida en la civilización industrial. Esta civilización —toda ella— ha sido construída bajo la inspiración del utilitarismo del comerciante, con su libro de cuentas, donde se inscriben, en último extremo, sumas de dinero. Pero el dinero es el único bien que puede ser acumulado indefinidamente sin que ahite al poseyente y sin que su demasía se le aparezca como un mal pues ni siquiera ocupa lugar, como los demás bienes. Así, la mentalidad dineraria identifica el "más", la abundancia, con lo bueno. Es una mentalidad cuantitativa, como lo es también, por otra parte —y aquí se corresponden y se refuerzan, el dinero y los fundamentos intelectuales de ambos sistemas, capitalista y comunista— la mentalidad científica. Pero la acumulación de dinero —o de cualquier otro bien— una vez cumplidos sus fines más expresos, sus fines frutivos, no puede quedarse así, en un estado de suspensión, carente de otra virtualidad, de otra dinámica, y entonces sugiere fatalmente un ulterior objetivo para su fuerza: ese objetivo ulterior es el poder. El "más" de la civilización industrial se convierte en poder, y el poder es su último fin, que hace las veces de trascendencia.

El hecho es patente para el capitalismo. ¿Lo es también para el comunismo? Sin la menor duda. El comunismo concibe al hombre como fenómeno o haz de fenómenos, como objeto científico o tratado con métodos y esquemas científicos; para hablar un lenguaje más moderno: lo concibe como una cierta modalidad de condensación de la energía (hechas las salvedades a que nos hemos referido en otro momento). ¿Qué hacer con este hombre-energía? La respuesta viene por sí misma: aumentar indefinidamente, lo más posible, el número de unidades humanas, y dotarlas de una energía creciente, de la mayor energía que podamos. Esto es lo bueno. Y no otra cosa nos dice el comunismo —y también otras formas de pensamiento socialista— con su moral de un mayor "bien" (léase una mayor ri-

queza, es decir, una mayor suma de energía, incluso intelectual, desde luego) para el mayor número.

Esta serie de "mases" parece necesariamente buena, y como tal se muestra ante nuestra mentalidad cuantitativa. Pero es prudente desconfiar de tal evidencia, y quizás conviniera examinarla en actitud crítica, como examinaríamos cualquier otra proposición que nos pareciera dudosa desde nuestro primer encuentro con ella. Su defecto está, justamente, en que toma al hombre en términos de Física. Enfrentémonos ahora con un ejemplo de las consecuencias a dónde nos lleva este modo de enfocar la realidad humana. Supongamos que, racionalmente, desde un punto de vista técnico y económico, la mejor solución para organizar el trabajo, en un mundo mecanizado, sea la unidad productora gigante en una ciudad también gigante. Un *ingeniero social*, atento únicamente a estos datos, no vacilaría en montar todo el sistema de vida a base del mayor rendimiento con el menor consumo de energía. Pero quizá nuestro *ingeniero social* haya desdeñado que el tipo óptimo de organización desde el punto de vista del rendimiento afecta de un modo desfavorable a la personalidad de los individuos y a su aptitud para vivir una vida más alta y más rica. En este otro aspecto convendría más, probablemente, organizar el trabajo y la vida en general de un modo que favoreciese la independencia efectiva de la persona y abriese campo a sus posibilidades de diferenciación, aunque esto representara una aparente pérdida de energía social, una prodigalidad irracional. Empero esa pérdida, en un saldo futuro, podría sernos devuelta con un insigne beneficio, no sólo porque se crearía un orden objetivo, un modo de vivir más propicio al florecimiento de ciertos valores, sino también en cuanto quizá se evitase el aniquilamiento de la civilización misma en un choque monstruoso de las energías acumuladas y polarizadas.

Pues bien: tanto el capitalismo como el comunismo descuidan este cariz esencial del problema humano, por efecto de la mentalidad de poder (a la que se llama eficacia) que preside a ambos sistemas. Ciertamente hay una diferencia de método y de fin inmediato en el modo de administrar la mentalidad de poder; pero no la hay en el fin último. El capitalismo, por lo mismo que aboga por la iniciativa de los individuos, se ve obligado a tolerar cierta incongruencia y desorden en el aprovechamiento de la energía, y en este desorden quedan espacios indem-

nes donde el hombre integral sobrevive o trata de sobrevivir, a veces muy maltrecho. En uno de estos espacios se instala la libertad política. Por el contrario, el comunismo, siempre más radical y consecuente, apuró el principio, fué más allá, y practicó una racionalización más afinada, y no vaciló en oprimir al hombre integral justamente a fin de salvar y beneficiar al *homo* cuantitativo de su predilección. Es el llamado "totalitarismo de izquierda". Pero es justo decir que el comunismo no incurrió jamás en la inconcebible estupidez de hacer del "totalitarismo" un fin en sí: la necesidad de proclamar un mal como objetivo es un título de honor que corresponde al fascismo. Pero, sin duda, lo que se llama régimen totalitario (sería más exacto, en este caso, decir opresión del individuo con fines sociales) está ya, en potencia, dentro de los principios y de los factores sub-ideales alojados en la civilización industrial.

Toda la civilización industrial tiene, sea cual fuere la organización que asuma, y mientras no sea extirpado su actual espíritu cuantitativo y de poder, una vocación "totalitaria", por las mismas posibilidades de acción y de dominio que brinda. Está claro que esta civilización ha permitido distraer caudales formidables de energía, de sus cauces eternos, para transferirlos a la esfera humana. Por esta causa, la Historia, que antaño, aun manejada por el tirano más celoso, debía contentarse con operar superficialmente, está hoy en condiciones de invadir incluso a la misma naturaleza, y hacerla ingresar en la mesnada del poderoso. De ahí resulta que la esfera de lo social y de lo político adquiere una fuerza y una complejidad que abruma y disminuyen al hombre como individuo, y no hay modo de eludir su presencia, la presencia de la Historia, porque nos alcanza a dondequiera que vayamos. *Candide*, en nuestro tiempo, aunque se fatigue de la perversidad y de la tontería humanas, no puede ya retirarse a cultivar su *jardín*, porque no hay ningún *jardín* exento, donde pueda uno vivir al abrigo de las salpicaduras del oleaje histórico.

Lo que es diferente

HEMOS visto qué elementos son comunes a los dos "mundos" enemigos. Ahora vamos a examinar las notas más destacadas que los diferencian.

Tenemos una inmediata apariencia: en uno de los sistemas, el de Occidente, subsiste la propiedad privada de los medios de producción, y en el otro, si aun perdura en ciertos lugares, está destinada, por principio, a desaparecer.

Para los comunistas tal es el único y verdadero abismo entre ambos sistemas, pues desdeñan las otras diferencias que relegan a la jerarquía de meras "superestructuras". Pero se da el caso de que también para los capitalistas más caracterizados sea ésta, en el fondo, la gran diferencia, aunque finjan una pasión ardiente por otros intereses de tipo ético y político, como la libertad, que no se cuidaron de defender, con tan encendido amor, cuando el enemigo era el nacionalsocialismo, el fascismo, el falangismo, a los que dieron una acogida llena de complacencia.

Y sin embargo, lo que distingue a un sistema del otro, en el orden económico, es mucho menos importante de lo que pudieran suponer comunistas y capitalistas.

Por de pronto, ya hemos aludido, aunque rápidamente, a los matices intermedios, como el laborismo británico y los regímenes socializantes que dominan en otros países. En lo económico y social, incluso los gobiernos autoritarios de derecha han desportillado los dogmas capitalistas, afectando a su estabilidad más de lo que esos gobiernos han deseado.

Finalmente, cuando tratemos de la confluencia en las líneas de desarrollo de Oriente y Occidente, veremos cómo el capitalismo, singularmente por el oscuro imperio de la evolución técnica y por otras causas, se verá forzado a dimitir en sus posiciones dogmáticas y reales.

La nota diferenciadora más importante es, a nuestro juicio, la vigencia, en ciertas partes de Occidente —no en todas— de un tipo de Estado más o menos respetuoso con los llamados Derechos del Hombre. En Oriente, aunque estos derechos constan a veces en la expresión formal de las constituciones, no tienen la efectividad ni el sentido que aun sobreviven en algunas naciones occidentales.

Al mencionar los derechos humanos, no podemos dejar de decir que, a nuestro parecer, representan la conquista más valiosa y sorprendente de la civilización occidental, y su título más noble ante las demás civilizaciones y ante el futuro. Son tantos que apenas si sabe uno cómo acometer la enumeración de sus bienes, y máxime si se hace, como debemos hacerlo aquí,

a modo de inciso. Ante todo, la esfera de la libertad política permite la formación, la subsistencia y la acción (ésta cada vez menos efectiva) de ejemplares humanos cuyo papel es inventar nuevas actitudes, suscitar herejías, vivir en perpetua gestación de heterodoxias. O de otro modo: ejemplares que desempeñan, en lo social, la función de los individuos "mutantes" en las especies biológicas. En una comunidad respetuosa de los Derechos del Hombre, Sócrates no hubiera sido ejecutado, como lo fué en la comunidad democrática, pero no liberal, de Atenas. Tales derechos encuentran su justificación más seria en esta verdad: que el hombre no cabe íntegramente en el Estado ni siquiera en la sociedad.

Es un hecho que el sistema oriental no respeta, en los individuos, esta jurisdicción franca, y propende a incluir al hombre íntegramente en la comunidad. Si tal actitud prevaleciese de un modo definitivo, se habría destruido la creación moral más valiosa de la cultura de Occidente, la única, en este orden, cuya originalidad, sino como doctrina filosófica (hay precedentes en el budismo por ejemplo) como articulación jurídica y como práctica positiva, no puede serle disputada.

Ahora bien: ya hemos dicho que este desdén por los derechos humanos proviene, en parte, de los mismos fundamentos de la civilización industrial, en cuanto concibe al hombre de afuera a dentro, con ojo analítico, como fenómeno natural. Y esto lleva a tratarlo como objeto, a pesar de que tal idea esté corregida por un sentimiento filantrópico, pues la misma filantropía induce a identificar el bien humano con la cría de ejemplares robustos, sanos y "felices". No importa que se aspire a producir un tipo humano no sólo dotado de un cuerpo sano, bien nutrido y bello, sino incluso bien abastecido intelectualmente y con una sensibilidad apta para vivir fruitivamente la cultura. Aun esto no es suficiente porque se limita a un zoologismo superior, pero zoologismo al fin. Esta actitud, llamémosla positiva, en el modo de considerar al hombre, explica que el comunismo no haya vacilado en arrasar la esfera de los derechos del individuo cuando vió en ellos un obstáculo para sus fines de filantropía positivista.

Pero, aparte de este factor determinante del desdén por la libertad humana en el "mundo" soviético o comunista, hay otro que no tiene ninguna raíz común con Occidente, en cuanto no proviene de los orígenes intelectuales de los dos sistemas ene-

migos sino de causas locales, concretamente rusas. Como ha hecho observar Toynbee, en el desarrollo de las dos civilizaciones cristianas, la de Oriente y la de Occidente, se produjo una diferenciación fundamental cuyas consecuencias alcanzan a nuestro tiempo. La Roma de Oriente confundió, en la persona del emperador, la potestad civil y la suprema potestad eclesiástica. Este hecho imprimió a la sociedad política bizantina un carácter "totalitario" en cuanto la esfera de la conciencia pasó a ser un negocio de Estado. Porque la funesta consecuencia de esta confusión es que hace de la sociedad política una iglesia y de la iglesia una parte del Estado, de tal modo que la comunidad absorbe al hombre íntegramente, incluso con sus sueños íntimos, con sus aspiraciones religiosas. En Occidente, esta propensión de todo poder (que no es sino el afán de desarrollarse hasta el límite posible), ley ordinaria de los Estados orientales, se manifiesta también, pero aquí la Iglesia, por fortuna, no logró devorar al Estado ni el Estado pudo tampoco devorar a la Iglesia. Ambos se mantuvieron en permanente conflicto. De resultas de este conflicto se llegó a un pacto de división de esferas, a virtud del que ambas potestades se repartieron sus respectivas jurisdicciones sobre el hombre. Esta lucha, que nunca cesó, fué un estímulo para la elaboración de una doctrina política—que puede encontrarse en Santo Tomás de Aquino, en Suárez, en el P. Mariana, para no citar sino los ejemplos más familiares a nuestra memoria—en la que se rastrea lo que, más tarde, en el siglo XVIII, habría de ser formulado como los Derechos del Hombre. Claro está que la Iglesia no quería concederle la libertad al hombre. Sólo pretendía que el Estado no lo absorbiese por entero, y que le dejase su parte en el gobierno humano. El racionalismo liberal del siglo XVIII—y es la novedad de su obra—lo que hizo fué abrir al hombre no sólo la jaula del Estado sino también la clausura que aspiraba a imponerle la Iglesia. Pero esto no hubiera sido concebible—como nunca lo fué en la Antigüedad—si antes el Estado y la Iglesia no estuvieran divididos, lo que hizo posible separar, con gran nitidez, el campo de la conciencia, reservado al hombre no político, del campo donde el Estado tiene jurisdicción sobre el individuo.

Ahora bien: el Estado ruso—zarista o comunista—no conoció esta experiencia, no pasó por esta educación histórica, y conservó, por el contrario, el teocratismo oriental. El comu-

nismo soviético lo que hizo fué instalarse en este aparato teórico y prestarle la asombrosa eficacia con que dotan a todas sus máquinas la racionalización occidental y la técnica moderna.

La confluencia

HEMOS expuesto, en una breve síntesis, los caracteres fundamentales comunes a los dos sistemas, el de Oriente y el de Occidente, y también los rasgos de mayor entidad que los diferencian.

Ahora nos planteamos una tercera cuestión: saber cuál es la dirección espontánea que informa al movimiento evolutivo de ambas esferas antagónicas. ¿Domina la tendencia a un desarrollo paralelo que excluiría la posibilidad de un encuentro en un futuro previsible? ¿Domina la tendencia divergente? ¿O bien, por el contrario, la tendencia convergente?

A nuestro juicio no cabe duda: lo que hay de común en ambos "mundos" enemigos—en esencia, la objetivación del hombre y la técnica científica— prevalece sobre todos los demás factores, y propende a efectuar una aproximación de Oriente con Occidente, una aproximación de hecho, independiente de la actitud deliberada y de la voluntad de los hombres. Incluso el propio antagonismo, cuanto más se agudiza y extrema, más favorece y acelera este fenómeno de confluencia.

Tomemos, para esclarecer la tesis, la primera diferencia registrada en nuestro trabajo: el sistema económico y social. En este punto las corrientes de aproximación se perciben sin ningún esfuerzo. Está claro, por un lado, que el comunismo soviético, desde los días de su frescor revolucionario hasta hoy, ha hecho concesiones, no precisamente teóricas, pero sí de orden metodológico o de medio—que no por eso dejan de ser fundamentales— al espíritu de eficacia del capitalismo, a costa del espíritu propiamente socialista (en el sentido justiciero y humano del concepto). Como ejemplo tenemos los estímulos de orden económico y otros privilegios concedidos a los técnicos, a los trabajadores cuyo rendimiento es excepcional. Sin duda el socialismo puro continúa siempre en el horizonte, a la espera de una lejana aurora, mientras el presente, el duradero presente, reclama un incremento, a toda costa, de la riqueza y del

poder de la comunidad. Nada dice contra este hecho que en gran parte sea debido a la competencia de poder con Occidente, manifiestamente hostil. Por su parte, el capitalismo liberal no sólo cede ante la presión de las fuerzas políticas de tendencia socialista sino que, por su propia iniciativa, sacrifica diariamente los principios a las conveniencias del momento. Los mismos que erizan todas sus suspicacias cuando un acto intervencionista les lesiona, invocan al Estado para que les proteja y restrinja la libertad de los demás. El capitalista quiere que el Estado no meta la nariz en sus asuntos, si éstos marchan prósperamente; pero exige del gobierno que acuda a salvarle y cargue con las pérdidas cuando la situación se ha vuelto ruinosa. Se afirma el derecho de libre iniciativa económica en el orden interno, pero ello no obsta para que se reclame una protección arancelaria abusiva frente al exterior. Cada cual quiere que se libere tal sector, en el que se siente fuerte, y que se ate corto tal otra actividad en que se siente débil y necesita amparo. Esto hace del sistema económico de Occidente un galimatías—más notorio aún en el orden internacional—de contradicciones, disputas y conflictos de intereses que cierran el paso a toda solución estable y decisiva.

Esta situación conflictual de sus fuerzas internas da al capitalismo una fluidez mucho mayor que la del comunismo, más rígida y firme a causa de la muy avanzada racionalización de su estructura. De ahí una consecuencia: que el movimiento de aproximación entre ambos sistemas presenta un trazo más inclinado, un ángulo más agudo, por parte del capitalismo, si consideramos las dos líneas opuestas de desarrollo como inicialmente paralelas.

Es un hecho que el capitalismo vive en perpetua oscilación entre la crisis de escasez de bienes y la crisis de subconsumo. No obstante logra hacer frente a la primera con regulaciones más o menos eficaces, con diversos estímulos a la producción, y a la segunda con inyecciones periódicas, de carácter inflatorio, especialmente relacionados con la preparación para la guerra y con la guerra misma. Nada impide que este juego pueda prolongarse indefinidamente, y aun ser afinado lo suficiente para evitar una coyuntura revolucionaria. Pero ya de por sí representa, en los hechos, la introducción de un mecanismo regulador que implica un cambio muy importante, comparado con las posiciones teóricas del liberalismo económico.

La técnica, con sus progresos, hubiera podido ser mortal para un capitalismo rígido, como se concebía en el siglo pasado, porque estaba llamado a desembocar en esta paradoja: un mundo de abundancia, con montañas de productos, rodeadas por muchedumbres de hambrientos faltos de medios para adquirir los bienes más necesarios. Pero esto no sucede. Los brazos que no necesita la fábrica, dotada de mejores máquinas, los absorbe en buena parte una mayor burocratización de las empresas, y las necesidades del aparato de ventas, incluso la propaganda. El resultado es la desproletarización y un crecimiento de las clases llamadas medias en los países técnicamente más desarrollados. Por otra parte el juego capitalista primitivo —con su excesiva oferta de trabajo— ha sido interferido y modificado por el sindicalismo que logra una progresiva disminución de la jornada y un aumento, también progresivo, de los salarios.

En suma: el capitalismo arbitra, solicitado por presiones y requerimientos de su propia vida, soluciones empíricas que le permiten sobrevivir, aunque a costa de una evolución que llega, en algunos países, hasta diversas modalidades de estatización del crédito y de ciertas ramas de la economía.

Pero el factor más poderoso en el cambio del sistema capitalista es la preparación para la guerra y sobre todo la guerra misma, en cuanto provoca un derroche formidable de riqueza cuyas consecuencias son aumentos exorbitantes en los impuestos, suficientes para debilitar a determinadas clases sociales. Esto se ha visto, particularmente, en Gran Bretaña, con motivo de la segunda guerra mundial. En los Estados Unidos, que es el foco del capitalismo ortodoxo, el sistema salió reforzado —en todo caso enriquecido— de la experiencia bélica, pero esto se debe a que los efectos del conflicto se mantuvieron en un grado medio, favorable. Un esfuerzo norteamericano seguramente determinaría iguales resultados destructores del sistema que en el Reino Unido.

Por lo demás —y sería un poco larga de razonar esta afirmación— si tomamos en conjunto a toda la civilización industrial, tanto en Oriente como en Occidente, la técnica moderna, con la velocidad que imprime a los procesos sociales, no tardará en dejar a retaguardia de la realidad viva, no sólo al capitalismo sino también al comunismo.

Veamos ahora lo que sucede con la otra diferencia: la que se refiere a los derechos humanos, vigentes en algunos de los países de Occidente y negados en todas las naciones del sistema oriental.

Aquí asistimos también a un proceso de confluencia en las líneas de desarrollo. Pero, desgraciadamente, este movimiento no se produce en doble sentido: no es el comunismo soviético el que evoluciona hacia una mayor libertad; es el sistema occidental el que acusa un fenómeno de anemia progresiva de las libertades humanas, en parte porque se reduce la esfera libre del individuo, y sobre todo porque la libertad parece destinada a caer en desuso por falta de usuario.

Sucede algo muy grave, algo que surge de la indole misma de la civilización industrial y del espíritu de poder y mera eficacia cuantitativa que la informa. En esencia se trata de que el maquinismo y la organización montada para adecuar a él la vida, seleccionan a un tipo humano de personalidad decreciente, e ineficaz para el ejercicio de la libertad política, y esto tanto en Oriente como en Occidente.

Una anécdota puede introducirnos amablemente en el cogollo del fenómeno. Un comerciante neoyorquino le decía a uno de nuestros amigos:

"Aquí, un empleado no puede llegar tarde a la oficina".

"¿Por qué?".

"Porque aquí funciona perfectamente el despertador, y también funcionan perfectamente el ferrocarril metropolitano, el elevado, los ómnibus, y los ascensores del "building" donde el empleado trabaja".

"¿Y si cae enfermo?".

"Entonces funciona perfectamente el teléfono".

El comerciante neoyorquino estaba en lo cierto: la civilización industrial, en aquella gran ciudad, alcanzó el grado óptimo de desarrollo y perfección, en su línea cuantitativa y de poder. Por eso Nueva York y en general los Estados Unidos suscitan esas típicas reacciones de extremo entusiasmo y de extrema repulsa, aun en la misma persona. Por un lado, aquel medio, dentro de los presupuestos de la civilización industrial, es el mejor, mucho mejor que el de otras ciudades y países donde no floreció con la misma riqueza o ha sido imitada, y cuyos mecanismos son insuficientes o funcionan mal, lo que da a la vida los inconvenientes del maquinismo sin sus ventajas,

y esto añade al vivir un suplemento de ansiedad y de suplicio. Por otro lado, empero, aquella modalidad de existencia determina en muchos un particular estado de vacío, de angustia, e impone una tensión excesiva. Es que la civilización industrial no sólo requiere la perfección en sus máquinas sino también en el hombre que ha de servirlos. Es decir: la máquina pide una moral maquinista, pues hay una moral del arado de madera y de la espada, y otra moral de la fresadora y del aeroplano. De otro modo: el hombre debe adaptarse a los procesos específicos de una civilización de máquinas. En el caso de la anécdota, el comerciante neoyorquino alude a la virtud de la puntualidad. Pero no es la única—naturalmente—que las máquinas exigen sino otras muchas características, y no todas relacionadas con el cumplimiento de las obligaciones sino también con el goce de los derechos, incluso con el disfrute de los bienes. Así, en determinada coyuntura, por ejemplo en período de crisis—y un poco en cualquier otra circunstancia—puede ser inmoral no cambiar el automóvil, no renovar la batería de cocina, no vestirse de tal o cual manera, no alimentarse con conservas o, en general, vivir de un modo diferente del usual dentro de la clase o grupo social a que se pertenece. Con esto queremos decir que la técnica moderna, por lo demás como cualquier otra, impone al hombre determinado molde, y selecciona automáticamente al tipo humano más adecuado para vivir en un medio maquinista.

El hacha pide habilidad y fuerza física. Por su parte, la máquina de la civilización industrial—y empleamos aquí la palabra con un alcance extensivo que comprende no sólo a la herramienta sino también a la organización dentro la cual esa herramienta es utilizada reclama un tipo humano cuya conducta se ajuste al funcionamiento rítmico y exacto de los aparatos y de la sociedad toda. La máquina impone al hombre un mimetismo: le obliga, quiera o no quiera, a parecerse a ella. Este hombre de la era neotécnica ha de ser regular y constante en sus movimientos y lo más uniforme posible en el trabajo, en el consumo, en las ideas, para que el ajustado ritmo del conjunto no se altere. Esto no puede lograrse ni se logra sin una disminución de la personalidad. Sobre el tipo así seleccionado actúa un factor muy poderoso de uniformación: la propaganda moderna, armada de técnicas psicológicas y mecánicas—que son siempre monopolios o cuasi monopolios—capa-

ces de crear estados de sugestión colectiva a bajo nivel y, cuando así conviene, prácticamente unánimes. De este modo se va formando un dogmatismo social (dejemos a un lado el dogmatismo político) que asume inevitables manifestaciones de intolerancia, de persecución, y hasta de furia hostil contra los grupos y los individuos disidentes, y aun sólo diferentes. Por eso, aunque subsistan los cuadros formales del liberalismo político—como es el caso de los Estados Unidos—la dogmatización social crea un totalitarismo efectivo. La exasperación de este proceso nos llevaría al aniquilamiento real de la libertad—fueren cuales fueren las normas constitucionales vigentes—en cuanto desaparecería el tipo humano capaz de vivirla.

Ahora bien: desde el punto de vista de la civilización industrial de poder este tipo humano de personalidad disminuido es el más eficaz. Por esta causa las naciones que lo tienen en mayor número están llamadas a prevalecer sobre las demás, lo que traslada la selección interna al campo internacional, y encamina al mundo entero hacia una era dogmática, antiliberal.

Esta evolución espontánea se ve acelerada por la misma rivalidad entre Oriente y Occidente que al resolverse en una prueba de fuerza obliga a los dos bandos a echar mano de todos los procedimientos capaces de aumentar su poderío. Pero ya hemos dicho que la lógica del sistema identifica—no sin razón—el aumento de poder con el rendimiento máximo, y éste se obtiene cuando el tiro humano funciona de modo semejante a las máquinas. Por lo demás, la guerra, aunque sea una guerra por la libertad, no puede eludir las características intrínsecas de toda guerra: violencia, coacción sobre los individuos, sumisión al poder, uniformidad de las conciencias, exaltación del odio a expensas de la razón, arrogante imperio de la tontería y de la mentira. Finalmente, toda lucha suscita la imitación entre los antagonistas, como tantas veces se ha visto en la Historia.

En resumen: la confluencia de Oriente y Occidente, al menos en sus principales líneas de desarrollo, es un hecho objetivo—no voluntario—gobernado por fuerzas ciegas cuya virtualidad se excita, paradójicamente, a causa del odio, de la tensión y más aún de la violencia entre ambos sistemas.

Este razonamiento nos ha llevado a una vértice inquietante para quienes tengan una verdadera conciencia humanista.

¿Pero será forzoso entregarse dócilmente, con ánimo fatalista, a esta dinámica de nuestra civilización? De ningún modo. El tema, por lo mismo que presente mayores complejidades, brinda también caminos de esperanza, pero no podemos internarnos ahora en ellos porque entraríamos en un terreno frágil, extendido, abundante en conjuras, y situado fuera de los mojones que acotan nuestro actual propósito, limitado a la divergencia y confluencia entre Oriente y Occidente, en las condiciones presentes del mundo.

REFLEXION COREANA

Por Daniel COSIO VILLEGAS

ME TEMO mucho que los latinoamericanos hayan carecido del tiempo y la gana para meditar sobre el paralelo 38. Además de nuestra poca inclinación a tomar los asuntos internacionales como tema serio y reiterado de reflexión, no ayuda ni estimula una prensa exuberante en noticias y enteca en valoraciones. Hasta puede servir de momentánea excusa la repugnancia a ver con ojos nuevos problemas que parecen viejos, repugnancia a descubrir, comprender y dominar esos nuevos valores que salvan del error o la incompreensión.

Quiero suponer que la mayor parte de la gente libre de la América Hispánica sienta que no vale la pena preocuparse por Corea mientras sea un problema "local". Un número menor creerá que Corea, como antes Berlín y China, son casos lamentables del enconado forcejeo entre dos imperialismos. Todavía un grupo menor, el más preocupado, condenará abierta o íntimamente la intervención yanqui, tanto más repugnante —dirá— cuanto que la abriga con el manto augusto de una organización creada para mantener la paz. Y en todos, más, lógicamente, en las mujeres, habrá sobresalto e indignación ante la sola idea de que sus hijos o hermanos puedan ir a una guerra tan ajena a los intereses nacionales como es distante el teatro donde se desenvuelve.

Libreme Dios de creer que quienes así piensan y sienten carecen de razón; es más, para interpretar la actitud de esos latinoamericanos, no puede dejarse a un lado una multitud de consideraciones, obvias, en cierta forma, pero siempre atendibles. Una de ellas, que nuestros países —;de nuevo a destiempo!— no acaban todavía de cimentar su nacionalidad cuando son llamados a olvidarla para entender el mundo de hoy y obrar en él. Otra, que Estados Unidos, imprescindible abanderado de una de las tesis en disputa, no ha logrado disociarla del signo estacionario o regresivo que tiene para los espíritus abiertos. Estados

Unidos tampoco ha logrado convencernos de que su causa es la nuestra, entre otras razones, porque cada vez se aleja esa amistad entre iguales que haría sentirnos partícipes en el conflicto y no comparas de un sainete. Y, sin embargo, nada de eso, tan real, tan doloroso y tan grave como es, nos releva de la obligación de pensar y de elegir nuestro camino.

EL HECHO de si fueron los norteos o los surianos quienes iniciaron las hostilidades es bien secundario; para la mera comprensión del problema (no, por supuesto, para su historia), lo es también si los norteos fueron instigados por los rusos y si cuentan o no con armamento y oficiales soviéticos; y puede entenderse mejor la cuestión si prescindimos ahora de la intervención yanqui y de su justificación o injustificación.

Lo esencial es darse cuenta de que la lucha entre norteos y surianos no se parece en nada, absolutamente en nada, a las mil que ha habido en México, pongo por caso, entre liberales y conservadores, o entre zapatistas y carrancistas; en Argentina entre federales y unitarios y en Chile entre pipiolos y pelucones. Esos conflictos nuestros, en efecto, eran guerras civiles, guerra entre hijos de una misma madre; pero con todo lo bárbaro y execrables que fueron, el resultado de la victoria de uno u otro bando jamás comportaba la pérdida de la nacionalidad, la pérdida de México como nación, o de Argentina como país independiente; al contrario, produjeron a todo lo largo del siglo XIX la depuración y el fortalecimiento de la independencia nacional. Esas guerras civiles nuestras, además, tuvieron un sentido y una razón de ser: aumentar la libertad individual, o reconquistar la perdida temporalmente. El liberal luchaba contra el conservador para librar al hombre común de las clases privilegiadas, de un gobierno que no era suyo, de una autoridad designada, pero no libremente elegida, de impuestos arbitrarios y desiguales; el porfirismo tuxtepecano, de una generación de grandes hombres que no daba pronto acceso al poder a otra generación de hombres anónimos; el maderismo, de una tiranía que había acabado con todas las libertades públicas; y el zapatismo quería liberar al peón del campo de la opresión del gran terrateniente. Sin hacer mucha memoria y menos acudir a los libros de historia, me atrevería a decir que no hay una sola guerra civil de los países latinoamericanos que no trajera como resultado directo afirmar

nuestra nacionalidad, y que no haya tenido por origen o como consecuencia ampliar la libertad individual.

El caso de Corea es radicalmente distinto: el triunfo de los norteños no afianzaría la nacionalidad coreana, sino la haría desaparecer; del mismo modo, no ampliaría la libertad individual, sino la suprimiría. ¿Qué ocurriría si los surianos triunfaran? No se acabaría la nacionalidad coreana; subsistiría, al menos teóricamente. En cuanto a la libertad, podría haberla en la medida en que los coreanos la apetecieran, pues no desaparecería el concepto de ella, y, por ende, la posibilidad de lograrla. La razón de todo esto es nueva pero sencilla: los norteños no hacen la guerra como coreanos, sino como comunistas, y para los comunistas carece de sentido la nacionalidad y la libertad; es más, considéranlas estorbos de su causa. No habrá, ni puede haber, un comunista que se atreva a desmentir esa afirmación; hacerlo significaría ignorancia de la teoría marxista, o deseo infantil de engañar.

El comunista puede defender la causa norteña con otras muchas razones, y algunas buenas y válidas; pero no puede sostener que su sistema fortalezca la nacionalidad y amplíe la libertad individual. Puede decir, por ejemplo, que la nacionalidad es real en la metrópoli, y mito en la colonia. Puede decir también que la libertad individual se pierde no sólo en el estado comunista, sino en el país burgués gobernado por una tiranía del tres al cuarto. Y para demostrar una y otra cosa, podrá amontonar sin gran esfuerzo ejemplo tras ejemplo hasta levantar una montaña impresionante; pero no podrá demostrar jamás que los conceptos de independencia y libertad son contradictorios con los de imperialismo y tiranía; a la inversa, el comunismo los excluye. Esto sin insistir en que por cada ejemplo histórico que el comunismo sacara a relucir, se podría señalar otro adverso a su tesis. Es más, los ejemplos de mayor significación, los de nuestra experiencia y nuestra historia, serían contrarios a la tesis comunista. Todos los países hispanoamericanos vivieron bajo el régimen colonial de España o Portugal, y, sin embargo, el único resultado cierto y final fué que brotaran veinte países donde antes no había ninguno. Y fué también un resultado innegable que en cada uno acabó por florecer una libertad individual antes desconocida. El comunista podría contestar que así ocurrió porque a lo largo del siglo XIX fué nacionalista el tono general del Mundo Occidental, mientras que hoy el *dernier*

crie rebaja la importancia de la nacionalidad para anularla mañana. Es un buen argumento, agudo y no carente de fundamento; pero volveremos a él más tarde. En fin, puede el comunismo plantear la duda, y hasta en forma desgarradoramente dramática, de si algún valor pueden tener la independencia y la libertad, sobre todo menguadas por el imperialismo y la tiranía ocasional, cuando el hombre vive en la miseria o en la desigualdad. De hecho, el comunista la da por resuelta asegurando que el sacrificio de la independencia y la libertad son un precio módico para conseguir el bienestar material igual, y el moral de enaltecer al hombre por su trabajo y no por la posesión de bienes.

Este es el gran señuelo del comunismo; este, al parecer, su irresistible atractivo, pues, en efecto, ¿qué hombre puede dejar de comprobar la desigualdad económica y quién dejar de resentirla? A estos dos hechos, dentro de la experiencia y la comprobación de cada hombre y de cada día, debe agregarse el razonamiento simplista de que para conseguir el bienestar igual basta con repartir la riqueza actual, sin preocuparse de seguir creándola indefinidamente, y cada día con el sudor de la frente. Es incontestable que, una vez desatado por la civilización contemporánea, el demonio de la riqueza se le metió al hombre hasta la intimidad de su ser, primero, para apetecerla desorbitadamente, después, para engendrar en su pecho la envidia y el odio cuando otros la consiguen antes o mayor. Por eso la desigualdad de fortunas ha llegado a ser el peor agravio, y por eso se inclina el hombre con tanta presteza al despojo de la riqueza ajena. Si pudiera ser en esto un poquito más racional, le surgiría la duda de si le satisfará perdurablemente una nivelación que de modo inevitable, como toda línea media, se hará apenas un poco más arriba del pobre, pero por debajo de la mayoría. Por eso, y porque el hombre es hombre y no simplemente bruto, porque siempre tiene un costado noble, acabará por redescubrir la verdad alentadora de que no vive sólo de pan, y, en consecuencia, llegará a dudar de si no valdría más ser menos rico, y hasta decididamente pobre, con tal de ser algo libre. Otra cuestión es la de cómo puede resolverse a fondo, sin imposturas o espejismos, ese endemoniado problema de colmar de riquezas a todos los hombres. Desde luego debe descartarse la solución de que pueda hacerse la fortuna de todos con una riqueza que, por definición, es de pocos. Repártase en buena hora la riqueza de los ricos si

con esto se extirpa en el pobre la envidia y el rencor; pero después, tendrá que abrirse paso esta sencilla verdad: si muchos han de ser los ricos, debe crearse, porque no existe, mucha riqueza. Y me temo que ni aun así pueda llegarse a la satisfacción plena. Esta vendrá de la riqueza en la proporción que se quiera suponer; mas tendrá que venir en parte de restarle valor a la riqueza, de no desearla y de no tenerla como la única fuente de la dicha, del honor y del poder. Y en esto, debe confesarse y debe proclamarse a gritos, ¡qué miserablemente corto se ha quedado el cristianismo, una religión, una filosofía, una moral justamente inventadas para exaltar el valor del espíritu en desmedro del material.

No interesa seguir adelante; basta con plantear la duda para sacar estas conclusiones importantes: el comunismo acaba fatalmente con la independencia y con la libertad; pone en duda que éstas puedan existir práctica, realmente, en un mundo dominado por el imperialismo y en países que pueden caer bajo la tiranía; ofrece como compensación de la libertad y de la independencia perdidas, la ganancia de un bienestar igual, cuyo nivel y cuya satisfacción permanentes parecen dudosos si han de juzgarse por el "experimento" ruso, que ha durado ya treinta y tres años.

Y VOLVAMOS a los nortefios y surianos, no vayan a pensar que los hemos olvidado: ¡tan fugazmente importantes son los pobres!

Estados Unidos y Rusia mantienen una lucha de poder, sin duda alguna. Cada uno defiende sus intereses, su predominio en el mundo y quizás alguna opinión y ciertos gustos. Esa lucha puede desembocar hoy o mañana en una guerra; pero no en una guerra internacional, *entre* naciones, sino en una guerra en la cual habrá naciones de parte de Estados Unidos, y "clases" o bandos del lado de Rusia. No es la primera vez que un grupo con un sentido universal se opone a una guerra nacional. Los socialistas europeos deseaban abolir la guerra, y creyeron que si los trabajadores franceses y alemanes se negaban a ir a ella, Francia y Alemania, aun queriéndolo, no podrían combatir entre sí. Fracasaron cuando la ocasión se presentó en 1914, porque el sentimiento nacional privó sobre el de clase o grupo.

Si en esta guerra fría o paz helada, Rusia cuenta con tiempo, con ingenio y con suerte, las cosas pueden ocurrir muy de

otra manera. Los señores Thorez y Cachin no irán a la guerra hirviente, y tratarán de que todos los miembros de la C.G.T. francesa tampoco vayan; pero no harán una huelga de brazos caídos en las oficinas de reclutamiento y en las fábricas; para impedir que la nación francesa vaya a la guerra, tratarán de hacerse del poder nacional de Francia, y para ello, provocarán una guerra civil, entre ellos, los comunistas, de un lado, y los "burgueses" nacionalistas del otro. Se apoderarán de la radio, del teléfono y del telégrafo; paralizarán los ferrocarriles, los auto-transportes y campos de aviación; abandonarán las fábricas, destruirán los arsenales; combatirán al ejército y a la policía; privarán a las ciudades de agua, luz y alimentos; harán todo eso y más hasta lograr sustituir al gobierno nacional. Francia dejará primero de combatir y luego de existir como nación; y claro que no habrá ya guerra entre los comunistas franceses y los rusos: ambos, como hermanos, ayudarán al triunfo de su bando en la guerra civil que habrá estallado en Italia y Bélgica, en Estados Unidos e Inglaterra. A la hora del conflicto los comunistas rusos tratarán de que en todos los países aliados de Estados Unidos ocurra al mismo tiempo lo que ha ocurrido ya aisladamente en Checoslovaquia y China, y lo que se pretendía que ocurriera en Corea, al invadir y vencer los nortefños a los surianos.

Ese proceso imaginado por los partidos comunistas explica por qué Rusia, que como nación sólo produce diez millones de toneladas anuales de fierro, provoca las iras de Estados Unidos, que produce ciento cinco millones. Rusia no está jugando a que ella, con Polonia y Checoslovaquia, y en veinte años China, lleguen a producir más fierro que Estados Unidos, Francia e Inglaterra, Brasil y Venezuela; su juego es que cada partido comunista nacional paralice la producción de los países adversos mediante una guerra civil de sorpresa. De lograrlo, será ya inútil la producción *nacional*, cualquiera que ella sea, pues no será puesta al servicio de la nación.

El juego de Rusia es, pues, destruir la nacionalidad haciendo triunfar en cada país al partido comunista. El interés de Estados Unidos es conservar la nacionalidad de todos y cada uno de los países aliados posibles, porque en los diez o quince años próximos, Estados Unidos será el vencedor indudable en una guerra de naciones contra naciones.

CON ESTOS antecedentes absolutamente indispensables para entender el problema, puede ya plantearse en firme la cuestión de nortños y surianos.

En primer lugar, cabría preguntar a los latinoamericanos si sienten todavía la nacionalidad de sus respectivos países, si creen necesario mantenerla, y el grado del sacrificio a que están dispuestos para hacerla guardar; o si, por el contrario, juzgan que este hecho histórico carece ya, o carecerá pronto, de valor y de sentido.

En segundo lugar, debería preguntárseles si aman la libertad individual, si la encuentran útil, valiosa, si la consideran, como antes lo decían porfiadamente, la condición misma de la existencia del ser humano y de una sociedad también humana. En tercer lugar, habría que preguntarles si su sed de riqueza es tal, que, para apagarla de golpe, aun cuando quizás sólo momentáneamente, están dispuestos a sacrificar una independencia nacional y una libertad personal para cuyo logro supieron en otra época poner esfuerzo, talento y sacrificio.

No sé, por supuesto, lo que dirían los historiador-s; pero me parece que desde fines del siglo XVIII hasta hoy, la historia de la América Latina sólo tiene un sentido que la hace inteligible: es una lucha tenaz, amarga y cruenta por conseguir la independencia y la libertad. La paz, la igualdad, el progreso material, no han sido metas primarias, sino secundarias, no, si se quiere, secundarias en importancia, pero sí en cuanto a la primacía de su logro: los liberales mexicanos, por ejemplo, creían que la independencia y la libertad conseguidas en las guerras de Reforma e Intervención traerían la paz y la prosperidad. Nuestros países no han hecho hasta ahora una sola contribución de primer orden a la civilización y a la cultura occidentales; son confusos, desordenados; caminan dando bandazos sin saber del todo qué quieren, a dónde van, o abandonan ideas y propósitos y los reemplazan con otros sin mayor justificación; arrastran por años de años los más apremiantes problemas sin llegar a resolverlos plenamente; no son fuertes ni ricos; y eligen o consienten gobiernos vergonzosos. En suma, en nada han sido ejemplo o guía. A pesar de esto, han representado algo muy importante en la civilización occidental: siempre fueron albergue acogedor para todo perseguido, para todo inconforme, para aquel que quería mejorar su suerte. La gran extensión del territorio de nuestros países, su escasa población, la limitada explotación

de sus recursos naturales, la misma variedad de climas o paisajes, han permitido a cada hombre vivir con libertad, a su gusto, sin sentir la agobiante opresión de las grandes masas demográficas de Europa o de Estados Unidos. Nuestros hombres americanos han contado siempre con aire, luz y espacio sin limitación, y por eso, a pesar de la pobreza, a pesar de una vida política ingrata y tornadiza, han vivido su propia vida, modesta, oscura, pero suya. Nuestra libertad personal ha sido un fruto de nuestra geografía antes que de las instituciones políticas; pero éstas lo han sazonado con una filosofía y unas leyes que jamás tuvieron un sentido permanente de opresión.

Esa lucha constante por engrandecer la libertad individual ha tenido en nuestros países, y tiene, otra razón íntima de ser sobre la cual conviene también meditar, mucho y despacio. El comunismo supone para su éxito lo que en su jerga se llamó la "dictadura del proletariado", y que hasta ahora ha sido la tiranía de un pequeñísimo grupo: una suma inmensa, infinita de poder, depositado en una minoría risiblemente pequeña. No me interesa llegar a sostener que la sentencia de Lord Acton tenga una aplicación tan universal que alcance a esa extraña zona de la tierra llamada la Unión Soviética, en la cual ninguna ley humana o divina, excepto las propias, tiene validez; me parece indiscutible que en nuestros países no hay casos de excepción, quizás porque el barro de que fuimos hechos los latinoamericanos es simplemente humano, y no heroico o divino. Lord Acton decía que el poder corrompe, y que el poder absoluto, corrompe absolutamente. Debiera agregarse tan sólo que el poder indefinido corrompe al hombre indefinidamente, hasta hacerlo desaparecer, porque le quiebra la espina, y el *homo* antes de ser *sapiens*, fué *erectus*. Teniendo en cuenta nuestra historia, lo mismo la reciente que la pasada, ¿no se enchina el cuerpo de horror al imaginar a veinte mexicanos con la suma de poder que tiene en Rusia el Politburó?

¿VAMOS a trocar los bienes de la libertad y de la independencia? ¿Y por cuáles vamos a cambiarlos? El comunismo parece ofrecer sólo dos metas, pues las demás no le son peculiares o exclusivas: una prosperidad económica pronta (al repartirse entre todos la riqueza actual) y una igualdad económica (en parte conseguida por ese reparto). El sentido de justicia social,

de defensa del pobre y de subordinación del rico, de predominio del valor permanente sobre el transitorio, de producción de una mayor riqueza y de su mejor reparto, los tenía ya el liberalismo, los tuvo la Revolución Mexicana y los conserva el socialismo inglés. Y detrás de ellos, como detrás de tanto experimento generoso de reforma social, está la civilización cristiana, venero espiritual de que el hombre occidental ha bebido durante dos mil años sin mermarlo. Al lado de todo esto, la prosperidad y la igualdad económicas, el contenido espiritual del comunismo, el comunismo todo, no es sino una estepa desolada, el inmenso desierto de concreto apenas interrumpido de trecho en trecho por las agujas de hierro de una prisión colosal.

Y así llegamos al segundo grave problema revivido por sirianos y norteños. El liberal genuino ha sido siempre en tierras nuestras un espíritu progresista: con ojos de tierna sensibilidad, recogió y lleva grabada, indeleble, la imagen de su América: azotada por la plaga del hambre y por la peste de la injusticia, cuando no llagada por la tiranía, con tanto esfuerzo y tanta sangre, se ha hecho un progreso que le decepciona, no exactamente porque en sí sea pequeño, sino porque lo parece al lado del inmenso camino que queda por andar si América ha de alcanzar la felicidad alguna vez.

Hace ya muchos años el Visconde Brice decía que la democracia tiene dos modos de proliferar: uno, en que el traspaso del poder de los pocos a los muchos brota del deseo de enderezar entuertos atribuidos al mal gobierno, y el otro que nace de una convicción teórica de que a todos los ciudadanos pertenece por derecho el gobierno. En uno y otro caso existe el peligro de que la democracia mengüe por falta de sustento popular: en el primero, cuando el entuerto estuviera ya enderezado; en el segundo, si los resultados obtenidos llegaban a decepcionar. Nosotros, ni "predestinados" a la democracia, como Estados Unidos, ni con el genio teórico creador de Francia, ni con la paciencia inglesa, que acumula y aprovecha infinitas pequeñas experiencias, hemos alimentado nuestra democracia más con la fuerza explosiva e intermitente del agravio insatisfecho, que con el arrebol de la fe en una idea o teoría. Fatalmente tenía que ser así, pues, por una parte, el Memorial de Agravios, esos *cabiers de doléances* que llamaba al suyo el revolucionario

francés del 79, parecería no tener término en el caso de nuestra América, tantos, así, han sido sus infortunios; por otra, nuestros hombres mejores han sido arrastrados a la acción política, cuando sus más fecundos frutos los hubieran dado en el campo del pensamiento. Así, la decepción de la práctica democrática ha crecido sin el alivio de la fe en la idea, en la teoría. Y por eso han ido rodando las cosas hasta llegar un momento en que nuestros pueblos, más que en el gobierno *propio*, en el gobierno de todos o de las más, se interesan en el "buen" gobierno, en el gobierno eficaz... y renuncian a ese gobierno, entregándolo al especialista en eficacia. Y claro que ésta se mide con la vara indulgente de las obras públicas, del avance material. Este lamentable remate del largo proceso de decepción provocado por el desgobierno democrático y por la ausencia del antídoto de la fe que la combata, ha podido en algunos crear la ilusión de que el comunismo sería la cura radical y eterna de tanta incertidumbre y tanto mal. La definición genial del comunismo dada por un teórico marxista, Strachey: *a deep movement for better plumbing*, mide el grado de ceguera a que ha conducido el agravio insatisfecho por la democracia, pues, por lo visto, ya no es fácil acudir a reflexiones sencillas como ésta: si el comunismo es un movimiento profundo, revolucionario, subversivo, para mejorar las instalaciones sanitarias, entreguemos la tarea al plomero o al ingeniero municipal, pero no al tirano, pues, de lo contrario, violaríamos hasta las más simples normas de la división del trabajo, y cambiaríamos nuestra libertad y nuestra independencia por un plato de relucientes cañerías.

Para las grandes masas, ese es el origen y así ha sido el proceso de desilusión en la democracia; pero a los hombres reflexivos debiera resultarles indiscutible, evidente, que al menos en el caso nuestro, no todos los agravios proceden de la democracia, ni ésta puede desagraciarnos de todo. Aparte de que, según he intentado explicarlo alguna vez, la ensayamos prematuramente y en las peores condiciones posibles, ella ha debido enfrentarse con un fenómeno nuevo y reciente que le ha hecho daño, tras grande, imprevisto. Debe haber habido otras épocas históricas en que el hombre, despertando del largo letargo en que lo sumiera una tranquilidad aparentemente asegurada, se incorpora enfurecido, y sin hacer siquiera un examen de conciencia, se arroja mandoble en mano a acabar con unos enemigos cuyo peso y fuerza, cuya efigie misma no logra siquiera precisar.

Son épocas en que el hombre se torna impaciente y aun colérico, en que su único deseo es ir más y más de prisa, quizás para tornar cuanto antes a la siesta interrumpida. Todo se espera en un día, y lo que no viene en seguida, es tardo, lento, torpe, y debe desecharse y sustituirse; la mayor industrialización, la creación de tanto producto artificial, es como un deseo de burlar las "leyes de la naturaleza", que exigen tiempo, ciclos, períodos fijos y determinados, difíciles o imposibles de violar. Poco ha logrado el hombre para abreviar los cinco o seis meses que la semilla del trigo o del maíz exigen para crecer y multiplicarse; pero mucho, muchísimo, para fabricar día y noche, noche y día, la máquina y el hombre siempre rendidos, tuercas o automóviles.

Un período de letargo tuvo el hombre occidental al concluirse la guerra franco-prusiana del 70: casi completó el medio siglo sin guerras, sin fricciones internacionales serias, recreándose en las maravillas de la ciencia, de la técnica, y plantando regocijado el banderín que marcaba un nuevo trecho andado en la "marcha hacia delante", en el progreso. Brusco despertar fué para él la guerra del 14 y cuanto ella trajo: aun podía la fuerza privar sobre la razón; la ciencia, la técnica, lo mismo podían ponerse al servicio del bien que del mal, para crear como para destruir; y el hombre, después de todo, no era tan sabio como había sido vanidoso. Había que recuperar el tiempo perdido: resolver problemas, derribar obstáculos, abreviar distancias, salvar tiempo; ir directamente a todo, volar si era preciso; y volar hoy a cien, mañana a trescientos, después a seiscientos kilómetros por hora. Y no sólo el automóvil, el ferrocarril, el barco o el avión, sino... ¡también la democracia!... ¡ella, que había sido destinada, más que a nada, a impedir el abuso del poder! Que la democracia no era ni es cosa muerta lo revela su admirable recuperación de esta nueva y exigente sorpresa: la Revolución Mexicana, el socialismo inglés, el *new* y el *fair deal* lo demuestran así, y lo demuestra también, por si faltara una prueba contundente, la victoria en la segunda guerra mundial.

Oponiéndose al comunismo, el liberal progresista no debe sentirse avergonzado porque defiende una causa negativa, estacionaria o regresiva. Puede y debe avanzar, con el pensamiento y con la acción, primero con aquél, después con ésta, por el camino de la reforma social, persiguiendo siempre el bien de los demás; y puede y debe asegurar y repetir con decisión que ese avance sólo tiene un justo, un necesario término: la reforma ha

de ser libremente consentida, y no impuesta por la barbarie, la violencia o la intimidación, y ni siquiera por la fullería de una propaganda abrumadora.

EL OTRO problema revivido en Corea es el de la compañía. Abierta o silenciosamente, cuánto latinoamericano ha gritado ¡con Estados Unidos no! Cada vez se agudiza más, para desgracia de todos, la animadversión contra este país, animadversión de cuya existencia y peligros me permití hacer una pequeña profecía hace ya siete años. Esa animosidad se nutre de hechos ciertos, de agravios reales; pero crece irracionalmente y la atizan los comunistas. Que éstos, consecuentes con sus ideas y sus fines, lo hagan, lógico y natural parece; pero es ya excesivo que los liberales la enciendan con argumentos impensados, y que lo hagan a pretexto de defender a su patria. La dañan, no la defienden ni la fortifican; y el daño puede ser irreparable.

En primer lugar, no siempre es posible elegir las compañías, no ya en la vida internacional, pero ni siquiera en la individual privada, con la agravante, si así se la quiere llamar, de que todavía cabe menos en aquélla la solución que hasta en la segunda es muy relativa: el aislamiento o la misantropía. Pero por sobre esta consideración, al fin menor, y de una fuerza más lógica que de otra naturaleza, está otra, cuya presentación conviene hacer con toda claridad. ¿Desde cuándo Estados Unidos es un país de apestados? ¿Desde cuándo lo forman burladores sin conciencia, bandidos sin escrúpulos, atropelladores desenfundados? No sólo semejantes supuestos carecen de sentido, sino que pudiera hacerse un balance afinado y objetivo de la conducta internacional de Estados Unidos y de cualquier otro poder colonial de la tierra, Holanda, Francia e Inglaterra, o España, y Estados Unidos saldría mejor librado.

Entonces, ¿pretendemos por ventura tratar a nuestros pueblos como niños y educarlos con el santo terror del "coco" o "cuco", de las nanas de hace dos generaciones? La idea de que Estados Unidos no se ha ocupado de otra cosa que de impedir nuestro desarrollo y de negarnos una ayuda que sería salvación para nosotros y bagatela para ellos, no puede ser ni más inexacta ni más dañina. Poco sentido de responsabilidad tienen nuestros gobernantes y poca exigencia nuestros pueblos para juzgarlos; el día en que nos acabemos de persuadir de que todos nues-

tros males tienen su origen y su cura en ultramar, ¿qué porvenir tendrían nuestros países? El de hervir en el rencor, el de pasarse el día y la noche clavados ellos en el suelo y sus miradas en el cielo aguardando el favor de dios para moverse, para trabajar, para abrirse paso, crecer y ser fuertes, sanos y ejemplares. En la faena de abrirse paso y de crecer y ser fuertes incluyo, y a la cabeza de la lista, derribar cualquier obstáculo que Estados Unidos ponga en nuestro camino, y crecer y ser fuertes a su pesar.

La experiencia de esa lucha no es, ni con mucho, desalentadora, hasta para nosotros los mexicanos, a quienes tan cara nos ha resultado la mala vecindad. En el transcurso del tiempo, hemos sido nosotros los latinoamericanos, los débiles, quienes nos hemos impuesto, quienes hemos logrado hacer prevalecer el derecho sobre la fuerza: todavía hace treinta años era posible una intervención armada de Estados Unidos en cualquiera de nuestros países (la hubo, de hecho, en México); no lo es hoy. Frank Tannembaun, por ejemplo, ha hecho la penetrante y halagadora observación de que el nacimiento de la política del buen vecino se debe tanto a Roosevelt como a Carranza, pues la terca, insobornable firmeza de éste (que no ha tenido muchos imitadores después), le enseñó a Estados Unidos, hasta la saciedad y la evidencia, que el *big stick* había perdido su eficacia: no intimidándolo ya, o Estados Unidos iba a la guerra, o inventaba un enfoque radicalmente distinto de sus relaciones con México.

Estados Unidos fué en el siglo pasado fuente de inspiración para todos los países hispanoamericanos cuando éstos buscaban, afanosos y desconcertados, los medios mejores de organizarse políticamente, de ser libres e iguales. Y esto ocurrió durante una larga época en que aquél no era ni remotamente una potencia mundial y ni siquiera el país de mayor promesa en el Continente. Entonces lo llamábamos, henchidos de admiración y de respeto, la "gran nación". Con el andar del tiempo, y puede decirse que con un sincronismo alarmante, Estados Unidos gana en fuerza material hasta llegar hoy a pesar, él sólo, tanto casi como el resto del mundo todo; mas su fuerza moral, su capacidad de emulación, su papel rector, fueron reduciéndose hasta quedar confinados al campo importante, pero estrecho, del conocimiento y la aplicación de las técnicas. Al convertirse en una nación grande, ha concluido por ser el

más vivo exponente de las fallas peores de la civilización occidental y el más débil de sus mejores aciertos. En los últimos tiempos, por añadidura, ha comenzado a identificársele con la conservación de los más groseros intereses materiales, de un reaccionarismo político desconcertante, de la mayor y más atropellada incompreensión humana. Nada de extraño tiene, así, que al sonar la hora del peligro y de convocar a la lucha, quedara solo, o fuera acompañado por quienes, faltos de una fe propia, se movían con la tardanza y la cautela del temor al triunfo del adversario. La situación de Estados Unidos como caudillo del mundo, o de la mitad del mundo, será precaria mientras descansa sólo en la fuerza material y mientras tenga su vida un signo político conservador. Y he aquí cómo y por qué los liberales latinoamericanos tenemos por delante una tarea que da gusto y orgullo llevar a cuestras, tal es su urgencia, tal su magnitud. Consiste ella en hincar, alta y desplegada, la bandera de la libertad y del progreso en nuestros propios países, y llevarla alguna vez a Estados Unidos.

El mejor camino para acometerla será el de una valerosa amistad; pero de una amistad entre iguales, con un sentido crítico persistente y franco que señale en cada caso los puntos de coincidencia y de desacuerdo, que dé y que reciba en cambio. Por eso, en el conflicto de Corea, o en el más general que pueda presentarse mañana, nuestro camino sólo debe determinar la respuesta a esta pregunta: ¿Estados Unidos defiende intereses semejantes o idénticos a los de México, a los de la América Latina?

Esta *Reflexión* pretende tan sólo incitar a una respuesta meditada.

REVOLUCION INDUSTRIAL EN MEXICO

66 **A**NTES —dice el historiador económico inglés H. L. Beales— la agricultura constituía la base económica de la vida inglesa; después, la base fué la industria, extractiva y de transformación. Una población escasa se convirtió en grande: un equipo material estrecho se amplió: los bajos niveles de consumo cedieron ante una mayor abundancia: las clases obreras se hicieron articuladas. Una civilización basada en el arado y el pastizal pereció, quedando en su lugar un orden nuevo que descansaba, quizá peligrosamente, en el carbón, el hierro y las materias textiles importadas. . . El término "revolución industrial" sintetiza estas transformaciones. . . En la vida económica y social de muchas naciones existe una fase tan claramente diferenciada que requiere algún término que la describa. El término revolución industrial llama la atención hacia un aspecto muy importante de ella".¹ Ese mismo término, "revolución industrial", agrega Beales, fué generalizado por Arnold Toynbee hacia 1884, para describir el proceso económico y social de unos cien años que dió por resultado la Inglaterra de la era victoriana.

¿Es esto lo que está ocurriendo en México, aun cuando sea en sus comienzos solamente y teniendo en cuenta la diferencia de situaciones y épocas históricas? No creo que el profesor Mosk, pese al título atractivo que ha dado a su estudio,² lo afirme con decisión. Su espíritu de historiador económico, acostumbrado a la perspectiva de muchos años, no deja de dar un tono de duda y de reserva a todo lo que dice sobre el reciente movimiento industrial de México a partir de 1940, diez años que son un segmento insignificante de la historia de México, demasiado corto para formar todavía juicio de un solo aspecto del desarrollo económico, el de la industria, que el profesor Mosk analiza tan acuciosamente y con tanto lujo de detalle. Digamos entonces esto: Mosk no nos dice si está ocurriendo una revolución industrial en México —incluso sus conclusiones, que se comentarán más adelante, contradicen la idea— pero realiza un examen muy encomiable de los hechos, de las estadísticas, de las ideas sobre industrialización y de los problemas de

1 H. L. BEALES, *The Industrial Revolution 1750-1850: an introductory essay*, London, Longmans, Green and Co., Workers Educational Association Outlines, 1934, pp. 4-5.

2 SANFORD A. MOSK, *Industrial Revolution in Mexico*, Berkeley y Los Angeles, Calif.: University of California Press, 1930. Pp. xii, 331.

la industria mexicana, y no importa cuál sea el modo de pensar que se tenga respecto a la industrialización, su estudio servirá al lector para llegar a conclusiones independientes. Digámoslo más claro: ningún mexicano ha escrito algo equivalente a la obra de Mosk en el terreno del que él se ocupa. Grande es la deuda que tendremos con él, lo mismo los economistas, los industriales y los funcionarios, por la forma eficaz en que examinado el material estadístico y documental, organizándolo, clasificándolo y analizándolo. Nos ha ahorrado mucho trabajo, y no poca de la deuda la tenemos con la Fundación Guggenheim que facilitó al profesor Mosk su permanencia de un año en México para elaborar su estudio. Muchos recordamos su presencia siempre bienvenida, su infatigable actividad y búsqueda de datos dispersos y la forma concienzuda en que examinaba su material, planteaba dudas y persistía en hallar la verdad hasta donde lo permitían nuestros defectuosos datos o nuestro medio desorganizado.

Ahora bien, en esta obra hay que desligar los hechos presentados por Mosk, por los cuales debemos estarle agradecido, de las opiniones que expresa, sobre las cuales puede decirse mucho —y en privado ya se dice— lo mismo en favor que en contra.

Empecemos por sus conclusiones generales. El impulso industrializador de México, afirma Mosk, ha sido desproporcionado en relación con el adelanto de otros aspectos de la actividad económica y especialmente desproporcionado en relación con la capacidad o magnitud del mercado interno. La falta de un desarrollo paralelo del mercado rural, de la agricultura, de la energía eléctrica, del transporte y de la técnica industrial han dado lugar a que se presente una tendencia fuerte hacia la inflación. Una de las formas de contrarrestar esta tendencia sería la reducción de las inversiones y otros gastos gubernamentales; otra sería disminuir el ritmo de desarrollo industrial dejando de otorgar apoyo financiero y exenciones fiscales a las nuevas industrias, con el objeto no de interferir con las que ya están iniciadas sino de reducir radicalmente la construcción de nuevas fábricas, lo cual tendría la ventaja de permitir a las existentes consolidar y fortalecer su posición. "La industrialización febril como la que ha venido experimentando México milita contra semejante consolidación debido a que surgen escaseces extremas de ciertas clases de personal obrero y técnico, de combustible y energía y de medios de transporte" (p. 306). Mosk teme que las probabilidades de que se disminuya el ritmo de la industrialización, es decir, de la edificación de nuevas fábricas, sean muy pequeñas, en vista del convencimiento de funcionarios públicos, industriales y grupos obreros de que la industrialización es el mejor medio de lograr el progreso económico

y social de México. Incluso teme Mosk que antes de sacrificar el desarrollo industrial, se sacrifique el programa agrícola, el desarrollo hidroeléctrico o la construcción de caminos secundarios. "... La política más prudente sería la de reducir fuertemente la tasa de desarrollo industrial y llevar a cabo las obras básicas de fomento en la agricultura, irrigación, bonificación de tierras, energía y caminos lo más plenamente que se pueda. Estas obras no sólo son convenientes por sí mismas, sino que son fundamentales para una industrialización sana de México" (p. 307). "Lo que México necesita en la actualidad quizá pueda describirse mejor con el término planeación económica... no la edificación de una economía rigurosamente controlada, sino más bien la formulación de un orden de prelación, primero para cada campo de actividad a desarrollar y luego para el conjunto de las actividades... No ha habido ningún plan de industrialización... El único plan del gobierno ha sido estimular a los inversionistas privados, tanto mexicanos como extranjeros, a construir nuevas plantas industriales... pero sin darle orientación al proceso industrializador... Sólo en las líneas de desarrollo donde el gobierno actúa por sí solo, o en gran parte por sí solo, ha habido planeación... la Comisión Federal de Electricidad... la Secretaría de Recursos Hidráulicos..." (pp. 307-308). Aludiendo al optimismo con que algunas personas ven la industrialización de México, paragonando la situación de México hoy día con la de Estados Unidos hace cien años, cuando estaba Norteamérica en los albores de su gran fase de desarrollo industrial, Mosk hace hincapié en las limitaciones de los recursos agrícolas mexicanos y en lo incierto de la situación general mundial. En estas condiciones, "México debe procurar hacer el mayor uso posible de sus magros recursos humanos y físicos... México no puede darse el lujo de un desarrollo completamente carente de plan, como ocurrió en Estados Unidos en el siglo XIX" (p. 310). El que el proceso que se está iniciando constituya una verdadera transformación a largo plazo de la vida económica y social del país—una revolución industrial—requiere que el Gobierno mexicano "examine las consecuencias y peligros potenciales del ritmo de desarrollo de las diversas ramas de la economía y decida si no debiera ser más selectivo en la promoción del desenvolvimiento industrial de lo que ha sido en años anteriores... El gobierno debe hacer frente al problema de si la tasa de desarrollo industrial no debiera reducirse sustancialmente hasta que el resto de la economía haya evolucionado lo bastante para servirle de apoyo. Esta es la cuestión económica vital de México hoy en día" (p. 311).

Todo lo anterior es correcto y sin embargo se tiene la sensación de que una gran parte de ello ya no es aplicable a la situación actual. En

1946-1947, cuando el profesor Mosk realizó su estudio, parecía, efectivamente que la construcción de plantas industriales—en buena medida sin ton ni son, es decir, sin plan orgánico—era desproporcionada en relación con la capacidad del mercado interno. Hubo sin duda alguna sobreinversión, lo mismo que en las construcciones urbanas. Pero el Gobierno no tuvo que reducir drásticamente el desarrollo industrial; lo detuvo la crisis de la balanza de pagos en 1947-1949. De entonces acá, la atención del Gobierno se ha dirigido quizá más intensamente que durante la guerra hacia las obras públicas y el desarrollo agrícola, sin el cual la evolución económica del país quedaría coja. Las industrias en lo general se han consolidado y aun ampliado moderadamente. Todo ello con la ayuda de la devaluación y la nueva estabilización del peso y de las medidas proteccionistas y de restricción a las importaciones.

¿No estará ocurriendo entonces precisamente lo que pide Mosk? Muchos concluirán que sí y algunos dirán que por la fuerza de las circunstancias y no por acción positiva o por efecto de algún plan. Pero sea como fuere, creo que lo que Mosk critica—el desproporcionado impulso a la industria—puede defenderse eficazmente, aun cuando sus consecuencias hayan sido inconvenientes. Sucede que el desarrollo industrial *no es un proceso continuo*. Qué más quisiéramos que así fuera, y así fueran otros aspectos del desarrollo económico. Pero la realidad es otra. Es un dato elemental que los medios de producción se presentan en unidades indivisibles mínimas, sobre todo en la época moderna. Para unir dos poblaciones por carretera, se requiere un camino de tales y cuales especificaciones y costo, inicialmente en exceso de la capacidad presente de tráfico. El desarrollo hidroeléctrico requiere siempre que la capacidad instalada preceda en cierta medida a la demanda. Y así también, las plantas industriales tienen que establecerse con una capacidad mínima dada por la técnica o requerida por las potencialidades del mercado. Es posible que en México el exceso de capacidad de producción industrial haya sido muy grande en un momento dado, al terminar la pasada guerra, demasiado grande en relación con el mercado más o menos inmediato. Y ello sí puede achacarse a la falta de planeación a que alude Mosk, así como al ambiente especulativo de tiempo de guerra que sirvió de impulso a muchas actividades nuevas. El reajuste ya se ha experimentado y la consolidación y fortalecimiento de las empresas ha venido ocurriendo, a la par que se intensifica el esfuerzo del Estado en la agricultura, el riego, la energía, el combustible, el transporte, etc. Pero la discontinuidad en el proceso de industrialización quizá no sea evitable, y probablemente nuestro desarrollo económico se signifique por etapas sucesivas de intensificación y desproporción en un

campo tras otro. Lo esencial, y en eso no se puede discrepar con Mosk, es que se amplíe el mercado consumidor interno y que exista un mínimo de orientación o de plan orgánico a fin de evitar las tendencias inflacionarias que destruyen las mejoras de los ingresos nominales de los consumidores y matan el incentivo al ahorro. Un programa de rápida industrialización, dice Mosk, tiende a ser inflacionario (p. 281). Más bien, un programa de rápido desarrollo económico en un país mal dotado de recursos y con capacidad de ahorro muy limitada. Entonces, un desarrollo sin inflación requiere una selección cuidadosa de los campos de inversión, su coordinación y su sincronización con las posibilidades del ahorro nacional y de las inversiones y empréstitos extranjeros. No es cuestión de industrialización solamente.

Me parece que la posición de Mosk es fundamentalmente justa, aun cuando presentada quizá con demasiado dramatismo. Son diez años de industrialización los que él comenta, en los que ha habido excesos. Pero si junta él esos diez años con los anteriores de reforma agraria y social, obras públicas y desarrollo de los transportes, y les agregara ahora lo que se está haciendo en otros aspectos y lo que probablemente se hará en otros diez años, tendría un ciclo evolutivo más completo en el cual la aparente desproporción que él ve no sería tan seria. Mosk ha presentado al público un rollo de una película de episodios en el que muestra a la heroína al borde del precipicio y no ha hecho la advertencia suficiente de que falta por ver otro episodio en que la heroína recupera el equilibrio y es ayudada por otros elementos antes no presentes. Lo que no quiere decir que no vuelva a correr peligros. No hay que ser demasiado optimistas, pero tampoco hay que perder la perspectiva histórica.

Mosk no encuentra injustificada la industrialización. Dedicó su primer capítulo a explicar el porqué del impulso industrializador en América Latina, tema ya bien conocido entre nosotros pero aún no lo bastante entre el público anglosajón para el cual se ha escrito el libro. Como factor de impulso e iniciativa, Mosk concede bastante importancia, entre otras cosas, a las nuevas actitudes e ideas de los industriales, que en México ejemplifica con algo que él llama el "Nuevo Grupo" (léase Cámara de la Industria de Transformación), a cuya ideología o programa y características destina dos capítulos extensos. En esto quizá pueda decirse que Mosk le hace al "Nuevo Grupo" un buen favor al darle a sus ideas una organicidad que quizá no hayan tenido en la realidad, y por tanto exagera la influencia de tal agrupación; pero no cabe duda que es un factor de consideración y que no se limita a México, sino que se encuentra también en Brasil, Colombia y otros países del

continente. Para Mosk, lo que distingue al Nuevo Grupo de otras agrupaciones industriales es su actitud conciliadora y de cooperación hacia el trabajo organizado, su apoyo de la intervención del Estado o, mejor dicho, de la ayuda y protección del Estado a favor de la industria y su hostilidad hacia la participación del capital privado norteamericano en la industrialización de México. Mosk examina con algún detalle el programa del Nuevo Grupo y ve en él muchos aspectos positivos. Poco dice acerca de otros grupos industriales, pero, como él observa, tampoco ellos presentan un frente tan unido ni tienen un programa positivo. Este es un tema que merecería explorarse más detenidamente, pues no cabe duda, también, que los sectores industriales "desunidos" ejercen influencia en la política industrial. Y luego hay la política del Gobierno mismo, que tiene independencia de las anteriores.

Un largo capítulo destina el profesor Mosk a la política industrializadora del Estado y presenta en él objetivamente las medidas de fomento que el Gobierno ha adoptado a partir de 1940 a través de exenciones fiscales, protección arancelaria, restricciones a la importación, reglamentación de inversiones extranjeras y obtención de empréstitos y otras medidas. Se apoya en una abundante documentación y recoge comentarios y críticas que demuestran una lectura cuidadosa de todas las revistas y publicaciones de la época. La promoción por medio de exenciones fiscales es objeto de otro capítulo (pp. 189-197) en el que, aprovechando el poco material estadístico disponible, hace un resumen de sus resultados. Deja ver que con todo y que las exenciones han sido un importante factor de impulso, el programa ha sido algo amorfo, falto de suficiente regulación y no muy eficazmente administrado. Afirma que las exenciones, en un principio una ayuda transitoria, han tendido a convertirse en subsidios permanentes para evitar la competencia extranjera. Ciertamente, este aspecto de la política de desarrollo industrial dista mucho de aproximarse a un plan orgánico. En alguna ocasión se ha dicho que es un sistema de ruleta: las exenciones se dan para actividades—como quiera que se defina lo que es una industria nueva, necesaria o fundamental—elegidas al azar. Este comentario está implícito en lo que dice Mosk y sugiere la necesidad de que las exenciones se otorguen con mayor parsimonia. Pero los aspectos positivos no los menosprecia el autor y en particular corrige una idea, expresada por algunos críticos de la política de exenciones, de que las industrias exentas son en su mayoría muy pequeñas e insignificantes; antes bien, Mosk demuestra que son en general mayores que el promedio de las industrias, tanto en capitalización como en número de obreros empleados (pp. 192-194).

La parte central de la obra hace un examen de los principales renglones de desarrollo industrial, enfocado principalmente sobre las industrias que el autor juzga tienen especial importancia en la transformación industrial y económica del país: la textil de algodón, lana y artíseta; la siderúrgica, la química, la de cemento, la papelera, la de conservas alimenticias y la azucarera. Considera en seguida algunos proyectos especiales que ejemplifican nuevas modalidades industriales en México: maquinaria agrícola, equipo eléctrico, muebles y otros artefactos metálicos, envases de hojalata, materiales refractarios, productos de aluminio y otros. Para muchos lectores, quizá sea ésta la parte mejor del libro (y la que más trabajo debe haber costado al autor). Se encontrarán allí no solamente una descripción de la evolución de las industrias citadas y de su relación con otras actividades, sino también expuestos con franqueza muchos de los errores cometidos y muchas de las dificultades que el optimismo oficial suele soslayar. La impresión general que deja el relato de Mosk acerca de las industrias que selecciona es, sin embargo, una de progreso material extraordinario, que demuestra que no se trata de un desarrollo industrial embrionario sino ya con vida propia. El peligro que ve Mosk, y es aquí donde se liga esta parte del trabajo con sus conclusiones finales ya comentadas, está en que en casi todas las industrias que se mencionan se había llegado ya en 1946 a una capacidad de producción en exceso del mercado nacional, o por lo menos se estaban edificando sobre esa base muchas de ellas. Y hasta la fecha, no obstante la recuperación general de los últimos dos años, no son pocas las industrias que trabajan a muy baja capacidad y costos consiguientemente demasiado elevados. No cabe duda, pues, que hay un fuerte elemento de razón en las conclusiones de Mosk. El no las saca del aire; las deduce de los datos.

Para completar y redondear su estudio, el profesor Mosk destina un capítulo a la magnitud estrecha del mercado interno —la escasa capacidad de consumo rural— y a los problemas que entraña su ampliación, que necesariamente tendrá que ser lenta. Junto con lo que dice sobre la capacidad excesiva de la industria, la lenta evolución del mercado interno es un argumento más para Mosk en pro de la tesis de disminuir el ritmo de desarrollo industrial, como ya se indicó. El capítulo XII, sobre fuentes de capital y de crédito para la industrialización es especialmente bueno también, sobre todo la parte en que critica la excesiva promoción de sociedades financieras durante la guerra y la poca atención prestada a la correcta canalización del ahorro. Para Mosk, las financieras privadas han contribuido muy poco al desarrollo económico de México, no sólo por haberse dedicado excesivamente a activida-

des comerciales sino por haber descuidado sus mismas funciones de promoción. Mosk anticipa a este respecto algunas de las ideas que más tarde condujeron a una reforma a la ley de instituciones de crédito en la parte relativa a las financieras. Sus comentarios acerca de la inadecuada canalización del ahorro son, sin embargo, todavía válidos; apenas se empieza a ver en su correcta perspectiva el problema del ahorro y todavía subsisten confusiones acerca de la diferencia entre el mercado monetario y el de capitales. La falta de datos estadísticos sobre el producto y el gasto nacionales impide siquiera cuantificar el problema de las fuentes de ahorro para la industrialización o para inversiones en otros campos.

Una de las advertencias oportunas de Mosk es la relativa al uso de capitales extranjeros para suplir la falta o deficiencias del capital nacional. Hace notar las ventajas inmediatas del capital extranjero, pero también las desventajas que ofrecerá a la postre, tanto por su efecto en la balanza de pagos como por las complicaciones políticas que puede traer. Su argumentación es curiosa. Afirma que la importación de capitales tiende a hacer menos enérgicos los esfuerzos por canalizar los ahorros nacionales. "El ahorro lo realiza en México una pequeña parte de la población, pero la suma total es apreciable en relación con la economía" (p. 258). Desgraciadamente, Mosk no indica cuál es la magnitud de esa "pequeña parte" ni qué tan "apreciable" es la suma total de ahorros. Peor aún, nosotros mismos no lo sabemos, por la insuficiencia de elementos estadísticos y el escaso desarrollo de los estudios sobre ingreso nacional. Sin embargo, Mosk parece creer que el total de ahorros es suficiente para no tener que recurrir tanto al uso de capitales extranjeros y sostiene que el uso de éstos hace que se desvíe el capital nacional hacia los campos de inversión que tienen efectos fuertemente inflacionarios (construcciones urbanas, especulación, préstamos comerciales) o hacia el atesoramiento o la fuga de capitales. Si la importación de capitales hace que el capital nacional se comporte en forma inflacionaria, se crearán "tensiones sociales y políticas" (p. 259) que terminarán por tomar como chivo expiatorio al capital extranjero, con la ayuda de ideas tendenciosas del trabajo organizado. . . ¡y hasta del Nuevo Grupo! Desde luego que el profesor Mosk elabora una teoría bastante original para justificar el máximo uso del capital nacional en lugar del extranjero, pero no nos parece que sea la parte más seria de su análisis; podría haber buscado argumentos económicos de carácter sólido. Pero como quiera que sea, su conclusión encontrará eco en muchos sectores mexicanos: "Parecería una política prudente que el Gobierno mexicano hiciera mucho más que lo que ha hecho hasta

ahora para movilizar los recursos de capital hacia la industria e hiciera mucho menos para atraer la importación de capital norteamericano. El ingreso de capital, especialmente de capital privado para inversión en la industria, debiera ahora reducirse a mantenerse en un nivel bajo hasta que México haya tenido oportunidad de hacer un examen de su desarrollo industrial y decidir en qué sectores de la economía, si acaso los hay, pudieran emplearse nuevas inversiones extranjeras con ventaja desde el punto de vista de la nación" (pp. 260-261).

La planeación por la que aboga Mosk, aun cuando sólo consista en establecer un orden de prelación del desarrollo, requiere, lo mismo que la política que se siga para fomentar y canalizar el ahorro, una base de datos estadísticos que aún no existe. Mosk no tiene pelos en la lengua para comentar la naturaleza del material estadístico con que se cuenta en México. "No es exagerado afirmar —dice— que todo lo relativo a la estadística en México —recolección, compilación y publicación— se encuentra en un estado deplorable" (p. 109). No menosprecia Mosk las mejoras, pero aun así encuentra que a pesar de todos los esfuerzos y haciendo a un lado la cuestión personal, "el cuadro estadístico que presenta México es aún muy confuso" (p. 109): no sólo existen a veces tres distintas series de cifras "oficiales" para el mismo fenómeno, sino que llegan hasta a inventarse los datos, o se publican cifras provisionales que jamás llegan a corregirse. No es para menos tampoco la "actitud antiestadística" de los sectores comerciales e industriales, o la falta de responsabilidad de empleados públicos mal remunerados. Mosk sostiene, en un plano de buena voluntad, que la falta de estadísticas adecuadas es uno de los principales obstáculos que tiene el Gobierno mexicano para desarrollar su política económica y para tomar medidas a tiempo. El Gobierno, agrega, se da cuenta de la importancia de hacer un esfuerzo mayúsculo para mejorar la estadística. Creemos que a este respecto Mosk es un tanto optimista, o demasiado cortés. La falta de realizaciones en materia estadística no es más que un síntoma de esa otra falta tan palpable que hace observar Mosk: la falta de un plan orgánico de desarrollo económico. No es ocioso preguntarse hasta cuándo México podrá seguir progresando dando palos de ciego. Ni siquiera podemos invocar el argumento de que somos un país todavía atrasado: países como la India, Sudáfrica, Filipinas, Puerto Rico, tienen material estadístico generalmente mejor, más oportuno y más utilizable que nosotros. Sólo nos queda el consuelo de "muchos" de compararnos con otros países latinoamericanos "atrasados".

Mosk ha escrito un libro que, además de informarnos, nos plantea muchos problemas. Es fácil darle una interpretación torcida a las con-

clusiones de Mosk y en efecto ya se ha hecho en algún semanario de la Capital. Mosk no se opone a la industrialización ni tampoco busca que México sea un apéndice de la economía norteamericana para consumir los productos de ésta. Mosk pide un equilibrio entre los distintos campos de la actividad económica, una ampliación del mercado interno, un uso más juicioso del capital nacional y del extranjero, una idea más orgánica del desarrollo económico. Quizá sea exagerada su posición respecto al desarrollo industrial de los últimos diez años; desestima la forma discontinua en que tal desarrollo tiene por fuerza que realizarse. Además, el énfasis sobre aspectos agrícolas y de transportes ya se ha producido de nuevo, y Mosk ya no alcanza a comentarlo en su libro. El desarrollo industrial que él observó no es propiamente una "revolución industrial", sino parte de un proceso de altas y bajas, estira y afloja, que, de llevarse bien orientado, deberá elevar el nivel de vida de las futuras generaciones de mexicanos.

Victor L. URQUIDI.

Aventura del Pensamiento

CONOCIMIENTO DE AMERICA

(APUNTES SOCIOLOGICOS)*

Por Pablo GONZALEZ CASANOVA

UN viejo problema es motivo de estas páginas. ¿Hasta qué punto la idea del ser hispanoamericano ha correspondido al conocer europeo?, o, más concretamente: ¿En qué forma ha correspondido la evolución del ser, que descubrimos en nuestro mundo de América, al que descubren en el mundo Occidental? En verdad la primera pregunta supone a la segunda, pero ésta aclara una idea esencial: que el problema del conocimiento de América es también el problema de la historia del conocimiento.

Antes de seguir adelante cabría hacer una aclaración. A los enormes horizontes que abre la pregunta inicial, corresponden preguntas y respuestas de mucho menor envergadura. Dos de ellas merecen ser planteadas desde ahora, y podrían quedar formuladas de la siguiente manera: ¿Qué relación ha habido entre lo que Europa dice que es el hombre y lo que nosotros decimos que somos? ¿Qué relación hay entre lo que Europa ha dicho que somos lo que nosotros hemos creído ser? Con estas cuestiones nos acercamos más al objeto de nuestras búsquedas: fijar la atención en aquellas gentes y en aquellas ideas que han tenido relación con nuestras gentes y nuestras ideas, es decir, en aquellos extranjeros que han sido íntimos y en aquellas ideas extrañas que han sido nuestras. Pero naturalmente allí no puede todo: porque es necesario preguntarse cómo surge la curiosidad y el interés de otros mundos por el nuestro, y del nuestro por ellos, cómo aparece la selección que hacen, al parecer, de ciertas ideas, y valores, y verdades, y cómo realizamos nuestra selección e imitación, si la hay, todo lo anterior en torno a nuestra América. Estas preguntas no se

* Ponencia presentada en el "Primer Congreso Nacional de Sociología".

pueden hacer de una manera abstracta, si queremos ser congruentes con la esencia de la cuestión original, pues ello nos obligaría a quedarnos envueltos en una historia ideológica desconocida, y en supuestos concretos que resultan problemáticos por sí mismos. Por ello procuraremos seguir la junta de las preocupaciones del hombre que sabe de América, con las de su historia real, lo cual debe conducirnos, según creemos, a sentar las bases de discusión de una sociología del conocimiento de América, uno de cuyos infinitos sectores hemos estudiado en estos años, aquel que corresponde al conocimiento de América Hispánica por los franceses y, particularmente, por los historiadores franceses anteriores a la primera República.

La investigación de estos problemas no puede ser ni una pura historia de las ideas, ni una pura historia de las influencias que las ideas de Europa han ejercido sobre las de los americanos.

La historia de las ideas—que entre nosotros ha enriquecido tanto la historia de nuestra cultura—, aun comprendida a la manera diltheyana, en que se relaciona el pensar de un hombre con el pensar y vida espiritual del mundo en que vive, descuida el estudio de la relación esencial entre estructuras sociales y pensamiento, entre historia de los hechos sociales e historia de las ideas. El filósofo no deja de señalar esta relación en ciertas ocasiones, pero de manera tan poco metódica y tan fragmentaria, que está muy lejos de satisfacer una muy justa curiosidad de nuestro tiempo, y un problema vertebral de la filosofía moderna, el del sociocentrismo del conocer, el de la relación del conocer con las estructuras sociales fácticas del mundo en que surge. Por sí sola la historia de las ideas es incapaz de analizar exhaustivamente el fenómeno histórico del saber. Si no supone que los problemas filosóficos son exclusivamente filosóficos sí parece gustosa de conservar ciertos ídolos, de asentar que son exclusivamente espirituales o de descuidar su relación con las estructuras sociales. Es este un error propio de la metafísica que la sustenta, no obstante su renegar de toda metafísica, y de la ya antigua desviación de un importante sector de la filosofía alemana al problema del conocer, que fuera de tanta mengua para sus intereses y preocupaciones ontológicas. Quizá corresponde también a un deseo, aún más viejo, de escapar del mundo real, para encontrar un refugio en el puro mundo de las ideas, deseo que en el siglo XIX re-

torna y se agudiza por el panorama angustioso que presenta al intelectual el mundo, amenazado de tiranía, de guerras intestinas y de muerte, y que hace exclamar a Burckhart en su carta del año nuevo de 1870: "En cuanto a mí, como profesor de historia, he llegado a una conclusión manifiesta, y es la desvalorización súbita de los meros acontecimientos pasados. En adelante, mi cátedra insistirá en la historia de las ideas, sin retener más que una armazón de acontecimientos indispensables...".

La historia de las ideas tiende a convertirse así —valga la comparación—, en platonismo histórico. Por más que descubra la historicidad del conocer, no deja de separarlo, suavemente, de la tierra que lo alimenta y de la tierra en que acciona, que transforma según su condición social real e histórica. Está condenado a ser desde el punto de vista epistemológico un escepticismo y desde el punto de vista histórico una abstracción. Y si lo abstracto por incompleto es condenable, lo escéptico lo es por abstracto, porque conduce a un ignorar las interacciones del mundo real, en el que el propio escéptico se agita. Por otra parte la historia diltheyana de las ideas conduce a un individualismo histórico de todo lo viviente, a una concreción absoluta de hombres y pueblos. Es una réplica a todas las metafísicas que pretenden haber agotado la verdad, a exclusión unas de otras y, además, una crítica violenta al naturalismo del siglo XIX, que lleva a su autor a decir que en la historia nada puede derivarse como un resultado. Su defecto es el llegar a ser abstracto por su exclusiva concreción. Su virtud el haber reafirmado la historicidad, la variedad, la dispersidad del pensamiento metafísico, el no haber reducido el ser humano a un "conjunto de facultades de conocimiento". El haber intentado pintar al "hombre total" con la variedad de sus necesidades y aspiraciones, virtud ésta que se diluye por la falta de categorías sociales y por ignorar la relación entre metafísicas e interacciones humanas con el mundo y los hombres.

No es este tipo de filósofos historiadores el único que domina el siglo XIX, pero sí es uno de los que más han influido en nuestra comprensión reciente de la historia de las ideas e, incluso, uno de los que más han determinado indirecta y directamente nuestro interés en la historia de las ideas. Sólo que en la mayoría de nuestros trabajos el esbozo de un "hombre total" ha desaparecido. Podrían contarse con los dedos las relaciones

que se han hecho en nuestra historiografía entre ideas y realidades sociales, no se diga ya de manera sistemática, sino esporádica y accidental. Quien más se ha preocupado de este problema ha sido Leopoldo Zea en sus estudios sobre el Positivismo en México y sobre el pensamiento en Hispanoamérica, y quien de manera más significativa se ha despreocupado ha sido el autor de una aguda y brillante historia del indigenismo en México, que la concibe como si fuera la historia de una especie de Robinsón que pierde y cobra conciencia de sí mismo, en sus encuentros con Lunas.

Por otra parte si la historia de las ideas, así entendida, no puede explicarnos con justicia el fenómeno histórico, la historia de las *res gestae* o la sociología entendida a la manera positivista, tampoco podrían hacerlo. Los grandes historiadores de los hechos fundan su tradición en Tucídides, en su realismo, en su crítica, en su espíritu objetivo, en la belleza de la exposición. Viajan en el más sólido barco de la historiografía. Su capacidad para pintar el mundo histórico, suele alcanzar proporciones descomunales, como en un Ranke. Pero su espíritu conserva el sabor de la metafísica. Son realistas como los españoles del siglo de oro, porque no tienen temor alguno de encontrar contradicciones en el mundo, seguros de encontrar la armonía en el cielo. Son como el Critilo de Gracián que se decía: ¿Dónde irá uno que no guerree? En la edad se oponen los viejos a los mozos; en la complexión los flemáticos a los coléricos; en el estado los ricos a los pobres; en la región, los españoles a los franceses; y así en todas las demás calidades los unos son contra los otros. . .” Pero ya pertenecen a la historia y sería pleito de villanos partir lanzas con ellos porque no hicieron de la historia social una preocupación integralmente filosófica, y porque se dedicaron con mayor fruición a hablar de las “grandes personalidades individuales”, que de los fenómenos históricos de la sociedad, o porque pensaban que las ideas (de origen divino en Ranke) llegaban a la tierra, la conmovían y se iban empobreciendo y diluyendo a su contacto, hasta perder su capacidad creadora.¹ Simplemente los recordamos para observar que, en términos generales, cuando se hace la historia de las ideas se abandona el mundo real, y cuando se escribe la historia de los hechos se recurre, en apelación de última instancia, al mundo sobrenatural, a un mundo inmortal, increado.

¹ Cf. E. CASSIRER, *El Problema del Conocimiento*. México, 1948.

Otro es el cuento del positivismo, que surgió en contra de esta teoría y que entre nosotros, se halla en la vergüenza desde 1910. Vale mencionarlo en prevención a las críticas, porque en su orgullo de hombre de ciencia adolescente, y en su afán de explicar la vida espiritual por las formas sociales, es el atolladero de los sociólogos. Un simplismo intolerable, una codificación de la historia real y de la historia espiritual son sus características principales. Hace anatomía de la historia, biología de la historia, física de la historia, todo, menos historia, y la libertad que hay en ésta, el trastorno y la traición que el hombre y su vida espiritual hacen a todas las cantidades y a todos los números, se le escapan entre las manos, junto con los poetas y los metafísicos.

Estas oscilaciones y parcialidades del espíritu han sido advertidas por la sociología del conocimiento, particularmente por aquella que siendo congruente con su carácter de ciencia de las metafísicas, de la religión, de la ciencia, etc., logra al mismo tiempo conservar la concreción y multiplicidad de la vida y las categorías sociales reales en que ésta se desarrolla y actúa. La sociología del conocimiento es una ciencia relativamente joven, aun cuando desde los tiempos de Estrabón ya hayan sido relacionadas al azar ideas, curiosidades, conocimientos, y realidades sociales. Quizá podrían seguirse sus huellas en la vida accidentada de la crítica humanista. Pero hasta nuestros días no se ha establecido como disciplina particular de la sociología, con Mannheim, Scheller, Sorokin, Gurvitch, etc., que cuentan entre sus antecesores, sobre todo a Marx, a Weber, a Durkheim, a Mauss, a Levy-Bruhl, etc. En esta sociología del conocimiento un nuevo elemento, que obviamente aparece, es el de la relación sistemática entre sociedad y pensamiento; pero, como cabe suponer, no basta su aparición para resolver el problema, porque no siempre se acepta la correlación sociedad-conocimiento como consubstancial, ni menos la relación sociedad fáctica-conocimiento, ni menos aún la relación total sociedad-conocimiento-mundo. Del primer caso es un buen ejemplo Znaniecki que sólo consiente en creer que el conocimiento influye en la sociedad —haciendo por ende de uno y otro elementos, derivados metafísicos—; de la segunda es un buen ejemplo Sorokin, que sólo acepta, en su definición de la sociología del conocimiento, el que los tipos culturales sociales influyen en los sistemas de verdad, y de la tercera podrían serlo, o Scheller que sólo admite

el que la sociedad permite o impide la intuición de las esencias, o Raymond Aaron, que afirma que la sociología del conocimiento lleva inevitablemente a un relativismo; o Gurvitch, que afirma que la sociología del conocimiento debe exclusivamente concretarse a la correlación de realidades sociales y espirituales. Cualquiera de estas posiciones indica una separación ontológica y gnoseológica de la realidad total sociedad-conocimiento-mundo y, siendo la sociología del conocimiento ciencia de las metafísicas, ciencia exclusivamente, resulta metafísica, o tiene el defecto de super-estimar grotescamente ciertos datos de una ciencia particular, por ejemplo de la biología, como Scheller, autor que desemboca en una sociología, que a la vez que metafísica es racista.

Toda separación y división de la vida sólo puede tener un carácter didáctico, so pena de mortificar la explicación de la totalidad del ser. El animal muerto y hecho pedazos, de que habla un historiador antiguo, no puede darnos a conocer su belleza y su vida. La posición de Sznajewski, que es completamente injustificada, desde el punto de vista de la sociología del conocimiento, es, por metafísica, un problema de dicha sociología; de la posición de Sorokin se puede decir otro tanto. Gurvitch la criticaba en unas conferencias que dictó en 1947, diciendo que: "lo que llama la atención en la definición y, sobre todo, en la exposición de Sorokin, es el que no ponga los sistemas de verdad que estudia en correlación con los tipos de estructura social". Cabría añadir que los tipos culturales son también problema de la sociología del conocimiento, en tanto que ésta tiene que analizar los tres elementos señalados, que en sus diferencias, corresponden a una realidad única, es decir, a la totalidad del ser. ¿Pero la sociología del conocimiento debe analizar la totalidad del ser? Desde un punto de vista didáctico o práctico puede no hacerlo; mas es indiscutible que los problemas que plantea tienen una trascendencia epistemológica, y crean la necesidad de elaborar una epistemología genética de la cual la mejor y más reciente expresión es la obra de Jean Piaget, quien dice con gran acierto algo, que ha escapado a muchos de los que cultivan la disciplina; que: "Toda sociología desemboca forzosamente en una sociología del conocimiento y ésta en una epistemología".

Según Raymond Aaron la dimensión filosófica de la sociología se manifestaría en el absurdo del relativismo; según Gur-

vitch esta dimensión deberá ser descuidada, y no podrá ser materia de preocupación por parte del sociólogo. Por todo ello, y a fin de tener una conciencia más precisa del problema, debemos discutir esas posiciones, antes de proponer las bases de un estudio histórico-sociológico del conocimiento de América. Porque ¿a dónde nos va a llevar una sociología semejante? ¿Al relativismo de todo lo que se piensa sobre América? ¿A la imposibilidad de juzgar lo que el filósofo contemporáneo piense sobre América? Claro es que podríamos legítimamente proponer un estudio sociológico, científico, de nuestro conocer y del conocer de otros de América, advirtiendo que así haríamos un análisis más claro y completo de la historia de nuestras ideas; pero ¿cómo no preguntarnos sobre las consecuencias de nuestra proposición, sobre nuestra futura afirmación ya no de lo que pensamos y de cómo lo pensamos sino de lo que somos y hemos sido en realidad? Lo anterior equivale a decir que podemos legítimamente hacer un estudio sobre lo que en un tiempo y un lugar determinados se ha pensado que es América; pero que al plantear el problema general de la sociología del conocimiento de América, no podemos quedarnos con la curiosidad de saber lo que un conjunto de estudios sociológicos, o un estudio sociológico general, podrían implicar en nuestro conocimiento actual o futuro de América. Analicemos el problema mirando primero lo que dicen Gurvitch y Aaron, sobre el conocimiento y la sociología. Estos dos pensadores sostienen, respectivamente el primero, que hay una separación tajante entre filosofía y sociología, y el segundo, que la sociología del conocimiento desemboca forzosamente en un relativismo, en un historicismo relativista. . .

Decíamos antes al aceptar las ideas de Piaget, que la sociología del conocimiento deviene inevitablemente una epistemología y que de hecho la supone. Un sociólogo puede limitarse a hacer correlaciones entre realidades sociales y conocimiento; pero la sociología no. En todo caso el sentido de esas correlaciones tiene que encontrarse en una explicación del mundo y no puede dejar de oprimir toda epistemología y aun de suponerla. El sociólogo puede indicar la aparición conjunta de dos fenómenos, uno espiritual y otro estructural y social; pero el filósofo—el mismo sociólogo si se quiere—no tardará en considerar en esa relación una determinación social del pensamien-

to, un ser condicionado de éste, ser que lo llevará al relativismo o a la afirmación de que hay la posibilidad de encontrar un puerto seguro. Si es fiel a sus razonamientos comprenderá que la sociología del conocimiento no puede excluir ningún fenómeno cognoscente de sus análisis y que no puede excluirse a sí misma, sin ser dogmática. Ese será un problema filosófico y hará explícita una epistemología implícita. Descubrirá pues, que no viene al caso relacionar filosofía y sociología como dos entes singulares que más o menos tienen contactos superficiales o profundos, sino como dos aspectos de un mismo problema, que se implican esencialmente, aunque sea de manera tácita. Esto ocurre si bien se mira, no sólo con la epistemología, sino con la ontología y la moral, etc. Así, podríamos añadir que si toda sociología deviene una sociología del conocimiento, y una epistemología, ésta conduce a su vez a una ontología. El camino inverso es válido y lo es porque unas y otras disciplinas están unidas en su realidad. El verbo escolástico sigue siendo, en toda filosofía y en toda ciencia, ser y saber.

La postura del señor Gurvitch lo lleva a contradecirse evidentemente cuando define el conocimiento filosófico y dice que es siempre un conocimiento de segundo grado, por ejemplo, un conocimiento del conocimiento —otro tanto ocurre con la sociología del conocimiento—, como un conocimiento distante, separado por ejemplo del conocimiento del sentido común o del conocimiento perceptivo —otro tanto ocurre con la sociología del conocimiento—, como un conocimiento esotérico —vale decir que a un esoterismo filosófico también corresponde un esoterismo sociológico—, como un conocimiento partidarista, que "toma posición" —podríamos decir que en aquellos casos en que la filosofía toma posición explícitamente, también la toma la sociología, fenómeno que se observa igualmente cuando la toma de posición es sólo implícita—. Ahora bien, esta última característica que tiene la filosofía, según Gurvitch, nos lleva al problema de la epistemología nuevamente, y en un plano distinto, porque, afirma el sociólogo francés, la toma de posición hace que la filosofía sea un conocimiento menos racional que el conocimiento propiamente científico, en el que quedaría colocada la sociología. Eso supone dos cosas: que hay un conocimiento más racional y que hay otro menos racional. ¿Pero no es evidente, en todo caso, que la sociología del conocimiento

tiene que estudiar a uno y a otro, so pena de dogmatismo, es decir, de espíritu anticientífico? ¿Y no es verdad también que ello la obligará a explicar el conocimiento científico, es decir, a hacer una epistemología de la ciencia, es decir a hacer una filosofía de la ciencia? ¿Y si la hace y es congruente con la afirmación anterior no dirá que a un conocimiento más racional sirve de base uno menos irracional? ¿Y esa preocupación netamente filosófica no lo llevará a una "toma de posición" puesto que declara que hay un conocimiento más irracional y otro más racional y que aquél fundamenta a éste, que a su vez estudia a aquél, lo cual sería condenar la sociología del conocimiento al absurdo? ¿Y si no conforme con declarar como ontológico ese absurdo, quiere saber por qué un conocimiento es más racional que otro, no tendrá que recurrir a un elemento distinto del pensar, a la unión del pensar con el mundo, de la filosofía con el mundo y de la ciencia con el mundo, unión histórica, viva, que produce la transformación del mundo y la transformación del pensar? ¿Y si declara que la base del pensar es irracional no se convierte por ello mismo en motivo de estudio de una sociología del conocimiento que tome en consideración el mundo y la relación del hombre con el mundo, como la citada sociología de Piaget que dice: "en la vida social como en la vida individual el pensamiento procede de la acción y una sociedad es esencialmente un sistema de actividades, cuyas inter-acciones elementales consisten en acciones que se modifican unas a otras según ciertas leyes de organización y de equilibrio: acciones técnicas de utilización y fabricación, acciones económicas de producción y repartición, acciones morales y jurídicas de colaboración, de obligación o de opresión, acciones intelectuales de comunicación, de investigación en común o de crítica mutua, en breve, de construcción colectiva o de organización de operaciones? ¿Es decir no se expone a una fundamentación de la ciencia que siendo sociológica cuente con la relación, con el "quehacer", como diría Zea, del hombre en el mundo? ¿De una sociología que cuente con los motivos del hombre y, si cabe decirlo, con los motivos del mundo?

Pero vamos a analizar esta cuestión con mayor amplitud, mirando con cuidado la afirmación de Aaron, sobre el inevitable desembocar de la sociología del conocimiento en un relativismo. Al relativismo—historicista o no— se llega porque se considera también que la verdad está aislada del mundo, aislada:

en el hombre. El historicismo dió un paso adelante al afirmar que la verdad está ligada al hombre histórico, y se olvidó de la relación del hombre con el mundo, de la transformación del mundo por el hombre y de la transformación del espíritu de éste por su relación histórica y activa con aquél y con los demás hombres, considerados como parte del mundo sobre el que se actúa y que actúa sobre uno. "Toda proposición es relativa al hombre que la dice—parece afirmar y se olvida de añadir—que también es relativa al mundo de que se dice". Se olvida que Berkley es el gran saltador de los metafísicos tímidos y que está, encapotado y oculto en todos los caminos.

Por otra parte no se considera que verdad y mentira son dos elementos activos del conocer. No se observa que el descubrir algo implica un ocultar algo y que los motivos del descubrir son a su vez motivos del ocultar. Si se acepta la realidad de esos motivos y si, por otra parte, se investiga cuáles determinan un ocultar y un descubrir que es contrario al ocultar y descubrir opuestos, se entra de lleno en el centro del problema de la verdad del mundo real—del algo—sobre el que se polemiza y se discute, de una manera congruente, pues no se podría reconocer la realidad total del hombre, sin reconocer la realidad del mundo. Ese mundo real descubierto y oculto implica motivaciones, pero éstas a su vez están implicadas en ese mundo, que desconocido es reconocido, para ser desconocido en nuevos planos. Las motivaciones diversas del conocer-desconocer hará que éste exista en su variedad, mientras ellas existan en su diversidad; pero no sólo, porque esa diversidad de motivaciones dependerá de la acción esencial sujeto-objeto, tanto como de las acciones y desajustes intersubjetivos de carácter social. Parece necesario hacer hincapié en que son igualmente importantes a éstos, los desajustes y acciones con la realidad que se halla en el proceso conocimiento-desconocimiento y que es así parte esencial de la motivación. La sociología del conocimiento no puede olvidar la doble estructuración de hombre y mundo: influencia del mundo social dado en el hombre, influencia del mundo objetivo dado en el hombre y viceversa: influencia del hombre en el mundo social y en el mundo objetivos dados. Pensando en estas viejas ideas, que traigo a colación para que no quede incompleto nuestro análisis, parece uno llegar a la conclusión de que "Si los hombres son la medida de todas las cosas, las cosas son a su vez la medida de los hombres", contradicción que, evolucionan-

do concretamente, es la que determina la evolución del conocimiento del hombre y de sus ideas generales y particulares, valores, etc. Por todo lo anterior podemos ver que una sociología del conocimiento de América tiene que impedir forzosamente el que la filosofía juzgue sobre lo que es América, independientemente de la sociología, y el que ésta lo haga independientemente de la filosofía. Por otra parte podemos ver que una sociología del conocimiento de América no nos conducirá finalmente a un relativismo que, al fin y al cabo, permitiría la dogmatización y la pontificación, y que, por otra llevaría al absurdo del escepticismo sobre el conocimiento de las realidades americanas pasadas y presentes. Así, todo mito pasado o presente sobre América, deberá sufrir una solución crítica, que lo coloque en un lugar del tiempo, de la vida y del mundo de América... por lo menos en algunos libros de historia.

En esta forma hemos llegado a una segunda cuestión. Habíamos dicho que la historia de las ideas sobre América no puede ser, ni una pura historia de las ideas, ni una pura historia de las influencias que las ideas de Europa han ejercido sobre las de los americanos. Hemos tratado de reafirmar el primer punto, enfrentando unas a otras algunas de las tesis más significativas de diversos pensadores. Veamos el problema de las influencias.

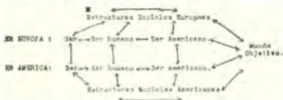
Ya de un tiempo para acá se ha dicho que el estudio de las ideas americanas, que se hace tomando exclusivamente en consideración la influencia que las ideas de Europa han ejercido sobre las de América resulta superficial. O'Gorman señaló este hecho en sus "Fundamentos de la Historia de América", criticando igualmente toda afirmación que se base exclusivamente en "antecedentes", o en "explicaciones" causales que "presuponen la independencia histórica de los dos mundos (Europa y América), violando así, desde el principio y de modo inconsciente, su esencial unidad". La afirmación es justa—salvando su fundamentación historicista—y fué realmente original cuando surgió, pues la costumbre de echar mano al pasado de Europa, como a una bolsa de mendigo, para sacar algo que se pareciera a lo de aquí, era más que común—y creo que lo sigue siendo en parte—. Desde el punto de vista sociológico queremos recordar lo expuesto arriba sobre la doble estructuración de hombre y mundo, reparando en que, a la evidente comunión de ideas que hay entre América y Europa, a partir de la

Edad Moderna, corresponden diversas estructuras sociales reales y espirituales, que siendo comunes o diversas condicionan las simpatías y diferencias del pensamiento americano-europeo (siendo a su vez condicionadas por éste) y que, por otra parte manifiestan un doble espíritu creador, el europeo y el americano, así se minimice en ciertos períodos históricos, la importancia científica o filosófica de las ideas y el conocer propiamente americanos. Esta doble estructuración integral, impide concebir toda historia de las ideas en América, como la evolución y difusión de una idea europea en el mundo de América. Si esa influencia existe en la estructura mental americana, también existe un condicionamiento real de ésta, propiamente americano, que depende de las interacciones humanas de América y de los hombres de América con el mundo. Asentado lo anterior creemos estar más cerca de la cuestión que nos planteamos originalmente: ¿Hasta qué punto la noción del "ser" americano evoluciona en relación con el conocer europeo? Al resolverla ya no podremos perseguirla en sus solas implicaciones ideales sino en sus interacciones sociales, fácticas e ideales a la vez, y, finalmente, en sus relaciones con lo objetivo, con el mundo objeto de la acción, de la transformación. Estas implicaciones e interacciones plantean nuevos y más particulares problemas que deberán ser resueltos históricamente, y que hemos dividido de la siguiente manera:

- 1.—Según relaciones entre la noción del ser en Europa y en América.
- 2.—Según relaciones entre la noción de ser humano en Europa y en América.
- 3.—Según relaciones entre la noción de ser americano en Europa y en América.
- 4.—Según relaciones en Europa de la noción de ser, ser humano y ser americano.
- 6.—Según interacciones de la realidad social europea con las nociones de ser, ser humano y ser americano.
- 7.—Según interacciones de la realidad social americana con las nociones de ser, ser humano, ser americano.
- 8.—Según interacciones entre realidad europea y realidad americana.
- 9.—Según interacciones con el mundo objetivo.

Estas son las correlaciones que nos ha parecido indispensable establecer, después de haber realizado investigaciones his-

tóricas en un sector particular, determinado. El contenido de ellas sólo podrá ser descubierto por medio de investigaciones concretas. Suponen, claro está, un punto de vista sociológico y la idea de la variedad y unidad del mundo histórico, del mundo americano y del mundo europeo, del pasado y el presente históricos, de las sociedades americanas y europeas, de la cultura y la sociedad. Es decir, suponen precisamente las conclusiones a que llegamos, al exponer las diversas teorías sobre el mundo histórico-social, en las notas precedentes sobre la sociología del conocimiento y la historia de las ideas. Para darse cuenta de que son el abstracto de un mundo concreto, la teoría de una realidad histórica, es conveniente analizar el siguiente cuadro, que apunta investigaciones amplísimas, variadísimas, cuyos resultados es imposible prever tan sólo teóricamente.



Si se observa este complejo de correlaciones e interacciones, que traslucen el movimiento histórico de las estructuras sociales, de las instituciones, de las ideas y del conocimiento de América en Europa y en América, se verá cómo sería aventurada y parcial toda afirmación que precisara la importancia y variedad de ellas, sin un estudio previo de carácter filológico, erudito, estudio que requiere de nuestro mayor cuidado y atención. El complejo de la realidad humana no puede ser comprendido sino por una "filología filosófica, sociológica".² Las aventuras de todo ensayo de explicación total, en que la imaginación y la reflexión espontánea se lanzan a afirmar que el hombre es azul o amarillo, recuerdan la facilidad con que los alquimistas de la

² Cf. A. GRAMSCI, *Il materialismo storico et la filosofia di Benedetto Croce*. Torino, 1949; y, como un ejemplo concreto: M. BLOCH, *La société Féodale*. Paris, 1940, una de las obras maestras de la historiografía contemporánea.

Edad Media emitían teorías sobre la materia, y, más aún, recuperan el espíritu poético y mítico de los presocráticos, con los que media alguna distancia en el tiempo y suelen mediar enormes distancias estéticas. . . Ni la política, ni la vida intelectual diaria, ni la sociedad pueden evitar el brote de la mistificación, cuyo verdadero atractivo es, cuando lo tiene, la poesía que encierra. Por su lado los estudios eruditos vaciados de humanismo y filosofía se han expuesto tanto a las burlas de nuestros contemporáneos, que nada nuevo queda por decir en su contra. Ensayismo de aventura y filología —como la entendía Croce— son plagas del tiempo. Una tercera, más joven quizás, consiste en relacionar mecánicamente ideas y estructuras sociales, sin investigar concretamente, filológicamente de ser posible, la variedad histórica de la realidad social, el pensamiento y el mundo, sin investigar la diversidad de las estructuras sociales reales, las diferencias entre la movilidad y evolución de las ideas y la movilidad y evolución de las estructuras sociales, etc. Es necesario pensar en el hombre que sabe de América en tanto que ligado a su variadísima y opuesta realidad histórica, precisando su relación concreta con las categorías sociales señaladas, pero sin facilitar el trabajo de correlación de manera simplista y mecánica, lo cual contrariaría evidentemente los propósitos de una sociología integral del conocimiento del Nuevo Mundo, y la libertad social que a cada paso se descubre en la historia del hombre. Esa libertad aparecerá al investigador, como aparece en la realidad, pero ya no de una manera disparatada y abstracta, sino sometida a la historia del hombre y del mundo en que vive, manifestándose individual o colectivamente, pero siempre bajo un aspecto social e histórico, como interacción que niega o transforma las estructuras sociales dadas, las estructuras mentales y la naturaleza dadas, ya sea de generación a generación, ya de clase a clase, ya de país a país, ya de grupo a grupo, etc. Sólo el estudio de la vida humana en tanto que historia social, del conocimiento humano en tanto que historia social, y, en nuestro caso, del conocimiento de América, permitirá que aparezca en toda su plenitud la libertad concreta del pensamiento.

Pero volvamos a una de nuestras cuestiones iniciales y preguntémosnos ¿qué importancia puede tener un estudio histórico-sociológico sobre la correspondencia entre la noción del ser hispanoamericano y el conocer europeo? ¿No resulta en cierta forma alarmante el que nuestro ser, en tanto que conocimiento,

corresponda a un conocer que está en relación con estructuras sociales fácticas, extrañas y propias? Y si nuestro autoconocimiento, las ideas sobre el hombre y nosotros mismos, han modificado nuestra vida toda, en el curso de estos cuatro siglos ¿no debemos pensar que toda ontología supone históricamente una ética y toda ética una ontología? Y entonces ¿aceptando que los americanos no tenemos por qué imitar servilmente las ideas europeas, no debemos comprender que, como miembros de la cultura occidental debemos sólo aceptarlas una vez que las hayamos discutido en su raíz, que hayamos visto a dónde nos llevan en el conocimiento histórico del hombre y del americano, y en la relación sociedad-pensamiento-mundo? ¿No debemos pensar que nuestro filósofo americano está encadenado a los datos de la cultura europea y americana, del mundo europeo y americano y que ni puede romperlos totalmente, ni puede dejar de hacerlo?

No es nuestra relación con la cultura occidental lo que podemos negar, pues existe desde que Aztlán y Atenas trabaron contacto bélico y erótico; no es nuestra correspondencia con Europa y la cultura humana lo que puede ser motivo de reproches, sino nuestra correspondencia en tanto que acrítica, abstracta, sociocentrista. El problema de la verdad y del conocimiento no se puede plantear y resolver en América de una manera regionalista, extraña a Occidente; pero, claro está, se debe plantear concretamente, históricamente, activamente.

Por ahora creemos que es necesario, puesto que hay en nuestro país un interés tan marcado por la historia de las ideas, hacer que este estudio se encamine de una manera más profunda. Y esa mayor profundidad sólo se logrará si se trabaja en terrenos históricos determinados, y si se emplea un método sociológico integral, recordando que entre el que escribe la historia y el que la hace no hay sino una solución de continuidad fáctica o didáctica.

ALGUNOS PROBLEMAS DEL ACTO VISUAL

Por Manuel MARQUEZ

Las funciones de relación que caracterizan al animal tienen su punto de partida en *los sentidos*, de los cuales ya dijo Aristóteles que "nada hay en la inteligencia que antes no haya estado en ellos".

Todos los datos, pues, que del mundo exterior proceden han de pasar forzosamente por tales aduanas: de aquí la enorme importancia que los sentidos tienen para la educación. De aquí también las enormes dificultades con que tropieza el pedagogo en los casos de alteraciones congénitas o adquiridas de los mismos.

Las impresiones que del mundo exterior llegan a cada uno de los sentidos tienen lugar en la porción periférica de éstos, con la cual los respectivos estímulos se ponen en contacto y constituyen la materia prima para las actividades del cerebro al que aquéllos han de ser conducidos por los nervios correspondientes. *En contacto*, hemos dicho, porque en efecto todos los sentidos no son más que diferenciaciones del tacto, el más elemental de todos ellos. *El tacto* cuyo órgano receptor es la piel, recoge las impresiones groseras de los sólidos; *el gusto* y *el olfato*, sentidos ya más especializados, reciben las de los líquidos, o de las de los sólidos o gases *disueltos* el primero, y las de los gases o vapores el segundo, al ponerse en contacto con las mucosas buco-lingual o con la de la pituitaria respectivamente; *el oído* y *la vista*, los dos sentidos más cerebrales y los de mayor complicación en su estructura y funciones, aprecian ya, no sustancias materiales, como los anteriores, sino vibraciones u ondas del aire o de la luz que impresionan respectivamente ese admirable teclado que es el órgano de Corti o esa finísima y sutil membrana sensible que es la retina. Mas de todos ellos es indudable que el sentido de mayor finura estructural en lo anatómico y el de mayor delicadeza en lo fun-

cional es *el de la vista*, del cual ha dicho Buffon que es "un tacto que se extiende hasta las estrellas" las cuales percibe merced a las vibraciones tan pequeñas como numerosas de *la luz*, su excitante natural y fisiológico. A este último sentido se referirán las consideraciones que van a ocuparnos. Resultando la sensación visual del conflicto entre los dos elementos, *la luz* y *el aparato visual* hemos de referirnos sucesivamente a cada uno de ellos.

¡**L**A luz! Y ¿qué es la luz? No intentaremos definirla, pues todos sabemos lo que es aunque nadie pueda dar de ella una definición absolutamente precisa. De lo que no cabe duda es de su existencia real, independientemente de que existan o no órganos dispuestos para recibirla; y en contra de la erudita pero falsa aseveración de ciertos filósofos, para los cuales ¡las cosas no existen hasta tanto que son percibidas por la conciencia! lo que nos llevaría al absurdo de que si todos fuésemos ciegos la luz no existiría.

Para el físico, trátase de flúido, vibración o *cuanta*, es algo a la vez material y dinámico que forma parte de la extensa escala de las *radiaciones*: mas existiendo de éstas unas *54 octavas* que van desde las más extensas, de 100 ó más kilómetros de longitud de onda, como las hertzianas que utiliza la telefonía sin hilos (fig. 1) hasta las más diminutas conocidas que parecen ser las ondas *γ* del radio *B* cuya longitud, es de . . . 0,000,000,009 mms. sólo *una octava*, la que va (en números redondos) desde los 8.000 Å (la unidad Angstrom equivale a 0,0001 de *micra*, o sea 0,000,000,01 mms.) del rojo hasta los 4,000 Å del violeta que forman el llamado *espectro visible*. es la que impresiona *como luz* la retina humana. Las restantes radiaciones, desde el infrarrojo para arriba y desde el ultravioleta para abajo, no impresionan nuestro aparato visual. ¿Existirán acaso otros seres con sentidos diferentes de los del hombre que puedan ser impresionados por otras radiaciones que no sean las luminosas, tal como las que deben impresionar el *sentido eléctrico* para ciertos peces o el *sentido emigratorio* para ciertas aves, faltando en cambio, en otros, el sentido luminoso del hombre, como ocurre con ciertos animales cavernarios cuyos ojos, por inactividad funcional prolongada desde sus ancestros, han llegado a ser atróficos?

Para el artista, la luz, como ya decía Le Monnier (Paris 1803, *Dissertation sur quelques phénomènes relatifs à la vision*) es uno de los más bellos presentes hechos al hombre: sin ella el universo no sería más que un caos y estaríamos sumergidos en una noche eterna, pero en seguida que ella lanza sus rayos todos los objetos se dibujan y se pintan en nuestros ojos".

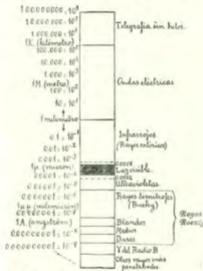


Figura 1. Longitudes de ondas de las diversas radiaciones.

Por otra parte en los tiempos modernos ciertos artistas profesionales como el decorador, el arquitecto o el ingeniero, necesitan estudiar la distribución racional de la luz sobre los objetos y locales, para el mejor aprovechamiento de dicha energía.

Para el industrial la luz es un elemento indispensable, en vista no sólo de que el hombre pueda en general ejercer sus diversas actividades, sino también para la fabricación y la venta, utilizando para ello unidades y medidas adecuadas, constituyendo así a su vez una de las industrias más útiles y lucrativas.

El Dr. Wright (*Photometry and the eye*, London 1949) dice a este propósito: "comercialmente la luz es vendida hoy en el mercado del mismo modo que cualquier otra mercancía y si queremos comprar luz inteligentemente es deseable tener algunos medios de medir lo que nosotros queremos obtener con nuestro dinero"; deteniéndose después en el estudio de las diversas unidades para dicha medida y en los aparatos y modos de empleo en la práctica.

Para el biólogo en general, hay que considerar la luz, de una parte como el excitante normal y natural del aparato visual y desde otro punto de vista la producción de luz por cierta clase de seres vivos, animales o vegetales. A este propósito citaremos las curiosísimas experiencias de Dubois acerca de la llamada *luz fría fisiológica* obtenida por medio de cultivos de microbios luminosos con adición a los medios habituales, de ciertos alimentos especiales (glicerina, manita, esparraguina, etc.), obteniendo así *lámparas vivas* con las cuales pudo en la exposición de París de 1900 iluminar una vasta sala del Palacio de la Óptica que ofrecía el aspecto de un bello claro de luna; siendo también conocido el hecho de ciertos gusanos que en las noches cálidas del verano destacan su luminosidad sobre los campos, contribuyendo a aumentar el ambiente de poesía que la naturaleza nos ofrece.

Para el médico, en fin, la luz es un agente que interesa desde dos puntos de vista: 1º desde el general de la influencia ejercida sobre el organismo *in toto*, y segundo desde el especial de servir de estimulante específico del aparato de la visión.

Desde el punto de vista de su acción general no dejaremos de indicar que la luz ejerce una gran influencia sobre el desarrollo de los seres vivos. Existe, como es sabido, el llamado *fototropismo* en virtud del cual, desde los seres más elementales, como las amibas dentro de un depósito, hasta otros ya más elevados como los peces en un acuario, se les ve transportarse a las partes más iluminadas. Y en cuanto a su influencia sobre el hombre, consideremos la anemia de los forzados a vivir durante mucho tiempo en locales oscuros (aparte como es natural de otros motivos distintos de la privación de luz). En cambio, es conocida la influencia favorable sobre los cambios orgánicos de los baños de sol o por medio de aparatos con los que se intenta sustituirle y sobre el desarrollo general del niño que hizo decir al higienista Fonsagrives que "el niño es

de todas las flores la que más necesita el sol", siendo también conocido el aforismo de que "donde no entra el sol entra el médico". No olvidemos sin embargo las acciones nocivas que el exceso de luz puede acarrear, como las *quemaduras de luz* en las altas montañas y las que se producen sobre la piel y sobre las partes exteriores del aparato de la visión en los artistas y en los aficionados que actúan en el cine cuando se exponen sin protección a las fuertes intensidades luminosas que son necesarias para la obtención de las películas. Sin olvidar tampoco las que en la piel, sobre todo de jóvenes delicados y de niños, se producen en los teatros y otros sitios públicos por una irracional distribución de los focos luminosos.

Merecen también ser leídos con atención los párrafos que nuestro Cajal (*El mundo visto a los 80 años*, Madrid, 1935, págs. 85 y siguientes) dedica a la influencia perturbadora de los baños de sol abusivamente empleados. "Harto estoy —dice el maestro— de topar en los sanatorios de la sierra docenas de infelices tísicos tostándose concienzudamente bajo el luminar del día, sin embargo de lo cual dan un contingente de fracaso igual poco más o menos al de los dolientes tratados en casas de campo pasaderamente higiénicas".

MAS dejando ya a un lado este aspecto de la influencia de la luz sobre el organismo en general ha llegado el momento de limitarnos a las acciones especiales que dicho agente ejerce, señalando algunos de los más importantes mecanismos que la naturaleza emplea para lograr la máxima acción útil de dicho agente sobre *el sentido de la vista*.

¡La vista! ¡Hermoso don de la Naturaleza! Admirable sentido que proporciona al hombre las impresiones más bellas y atractivas. El sentido de la luz y de los colores; el de la belleza plástica; el que suministra al espíritu el mayor número de impresiones y por tanto el más necesario para la educación.

El sentido de la vista es sin disputa el más representativo de todos. El recuerdo de toda clase de objetos, así como el de los hechos más culminantes de la historia vivida por cada sujeto está hecho preferentemente de imágenes visuales. Y entre todas las diversas clases de memoria *la visual* es sin disputa la más importante. A título de ejemplo recordemos la anécdota histórica de Holbein referida por Reveillé-Parisse en su *Hygiène oculaire* (París, 1845): Hallándose el célebre pintor en Suiza

un señor inglés le instó vivamente a que fuera a establecerse en Inglaterra, lo cual sólo hizo tres años después y habiéndole preguntado el canciller Tomas Moro por el nombre del citado señor, Holbein no supo decirselo por haberlo olvidado totalmente; mas habiendo retenido sus rasgos fisiognómicos le pintó de memoria y entonces el canciller reconoció en ellos al conde de Arundel, general de la corte de Jacobo I de Inglaterra y gran protector de artistas y de sabios. De Lucas Jordán se dice igualmente que pintó a su mujer de memoria, abundando por lo demás estos casos, sobre todo entre pintores y caricaturistas.

No es ocasión de hacer una descripción anatómica detallada del aparato visual, pero sí habremos de recordar algunas de



Figura 2. Vista de conjunto del aparato visual.

sus disposiciones interesantes para explicar ciertos hechos desde el punto de vista fisiológico y patológico. Digamos ante todo que esquemáticamente puede concebirse el aparato visual (fig. 2) como compuesto de dos estaciones telegráficas extremas:

*una periférica y superficial: el ojo, que asoma en la cara, y otra central que reside profundamente en el cerebro, y ambas reunidas por medio de una vías nerviosas conductoras del fluido nervioso que circula por ellas, a semejanza de como lo hace el eléctrico por los hilos metálicos de los cables. Como a la mitad aproximadamente del trayecto de dichas vías existen otras dos pequeñas estaciones subordinadas, por las que derivan sin llegar a la estación central estímulos reflejos: unos para los movimientos de los globos oculares y otros para la regulación del diámetro de la pupila, movimientos a los que después habremos de referirnos. La estación receptora periférica es la retina R; las vías son, el nervio óptico, N el quiasma Q y las cintillas ópticas, V que se extienden hasta las dos estaciones subordinadas a que acabamos de aludir, situadas en la base del cráneo y llamadas cuerpo geniculado externo Cg y tubérculo cuadrigémino anterior De la primera de ellas parte una nueva neurona cuyos cilindros ejes forman la vía óptica central, V' que llega por la sustancia blanca del cerebro hasta la circunvolución occipital de éste C en su cara interna en donde en la llamada *área striata* (campo 17 de Brodmann) que rodea la *cisura calcarina*, se halla el *centro cortical de la visión* o sea la estación central antes señalada. Este centro se encuentra a su vez unido por *fibras de asociación* con otros centros más elevados: los de la percepción y la memoria visual, y con otros aún más distantes que son el *substratum material de los actos psíquicos más elevados* que se relacionan con las actividades del aparato visual.*

Después de esta simple enumeración —que no descripción— de las diversas partes de la vía sensorial desde la retina hasta los centros y antes de entrar en otros detalles hemos de dar la explicación de los términos *ver* y *mirar*, con tanta mayor razón cuanto que muy a menudo son confundidos.

Ver es un acto *sensorial* consistente en que desde la retina impresionada por un objeto, hasta el cerebro se establece una corriente nerviosa *centripeta* a través de la vía óptica hasta el centro cerebral en donde es percibida.

Mirar es un acto *motor* en virtud del cual cada ojo separadamente y los dos a un tiempo dirigen la línea visual que pasa por la *fovea centralis* hacia el sitio de los objetos. Se realiza por una corriente nerviosa *centrifuga* que va desde los centros óculo-motores de la corteza cerebral a través de las vías óculo-motoras hasta los músculos del globo del ojo. ¿En qué

orden ocurren estos dos actos? Los hechos tienen lugar en tres tiempos, que se suceden con más rapidez que la empleada en decirlo, en este orden:

1º *Visión imprecisa.* Cuando un objeto aparece en el campo visual de un sujeto no prevenido es una casualidad verdaderamente excepcional que los ojos se encuentren ya en la *dirección* de aquél, a la vez que *convergiendo* y *acomodando* hacia el mismo para la distancia a que el objeto se encuentra. Como consecuencia de ello se forma en cada ojo una imagen fuera de la *fovea* o sea del sitio más sensible de la retina, y por tanto el sujeto ve imperfectamente.

2º *Mirar, para ver mejor.* En virtud de lo anterior tienen lugar tres reflejos simultáneos, a saber: a) *el de dirección*, contrayéndose el músculo o los músculos de los ojos capaces de poner la *fovea* en línea con el objeto. b) *Ambas líneas visuales convergen* hacia el mismo punto para que el sujeto por un mecanismo estereoscópico, del que a su tiempo nos ocuparemos, pueda observar, *en vez de dos imágenes, una sola*, del objeto y *con relieve*. c) *Acomodación.* Cada ojo entonces *enfoca* el objeto con su músculo ciliar o músculo de la acomodación, para ver perfectamente sus detalles. d) Se puede añadir aún, *como acto asociado con la visión de cerca* (no como un reflejo, como erróneamente se dice a veces) la *contracción del esfínter del iris* que ocasiona la *disminución del diámetro de la pupila*, facilitando así la *pureza de las imágenes retinianas*, suprimiendo aberraciones.

3º *Ver correctamente.* como consecuencia de la puesta en práctica de los anteriores reflejos.

A su vez el tercer tiempo del acto visual se descompone en *tres momentos* que se suceden también rápidamente, los cuales son:

1º *El momento físico.* Desde el objeto luminoso o iluminado hasta la retina del observador todo transcurre con arreglo a las leyes de la óptica geométrica: *trayecto aéreo* de la luz desde el objeto hasta el ojo y desde la córnea hasta la retina: *trayecto intraocular*, del modo que en seguida diremos.

2º *El momento fisiológico.* La "imagen" del objeto produce una impresión en la retina, acompañada de un *proceso biofotoquímico* sobre la sustancia o sustancias fotosensibles que en dicha retina existen. Se produce después la *transmisión* de la

corriente nerviosa a través de las vías ópticas hasta el centro visual cortical en donde es apreciada como *sensación visual*.

3° *El momento psíquico* (que en realidad es la última y más delicada parte del acto fisiológico) consiste en que la sensación es apreciada y transformada en otros centros más elevados, dando lugar a la percepción, ideas, juicios y memoria visual. Ocupémonos de estos momentos en el orden que acabamos de señalar, refiriéndonos a los hechos más importantes que en ellos tienen lugar, y desde luego sin pretender agotarlos, ya que nos viene a las mientes la frase de Voltaire de que "le secret d'ennuyer est celui de tout dire".

1° *Momento físico del acto visual*. Nada hay que decir del *trayecto aéreo* de la luz hasta llegar al ojo. Pasemos, pues, al *trayecto intraocular*. La *estación receptora periférica* del aparato visual es como ya hemos dicho la *retina* o sea la placa sensible de la cámara oscura a que desde antiguo se viene comparando el ojo. Pero este órgano, el globo ocular como también se le llama, aludiendo a su forma esferoidea, es, como ha dicho Rochon-Duvigneaud, "una cámara oscura construida con materiales vivos" y esto, dada la blandura y la fácil deformabilidad de los mismos, explica las pequeñas imperfecciones que posee, de sobra compensadas con otras excelentes cualidades, que no poseen, ni con mucho, ninguna de las magníficas cámaras que la industria construye, las cuales no son más que toscos remedos del maravilloso instrumento de óptica que es el ojo humano; a pesar de la célebre "boutade" del ilustre Helmholtz al decir: "si yo hubiese encargado a un artista un aparato de óptica y me hubiese presentado el ojo humano se lo hubiera rechazado con las expresiones más duras". Más en lo justo creemos que está Mascart al decir que si bien el ojo aun el normal, tiene algunos defectos como las aberraciones cromática y de esfericidad, los tiene sólo en la mínima proporción para que no resulten perturbadores para la visión, teniendo en cambio preciosas propiedades que hacen de él, y mejor de ambos ojos asociados estereoscópicamente, uno de los aparatos más maravillosos que se conocen, tanto en su forma exterior macroscópica como en su estructura íntima y en sus delicadísimas funciones.

La forma esférica del ojo, sostenida por la presión en sentido centrífugo de su contenido, en gran parte líquido o semilíquido, es necesaria para el mejor cumplimiento de sus

funciones ópticas y con el fin de que la imagen de los objetos se forme correcta sobre la retina. Esta, en los animales superiores constituidos con ojos como cámara oscura, es de forma *cóncava* y de *imagen invertida*—a la inversa de lo que ocurre en los ojos de otros animales, por ejemplo, en los insectos, con retina *convexa* e *imagen derecho*—lo cual permite recoger en una pequeña superficie la imagen de un extenso panorama. Asombra el considerar cómo esto sucede no ya sólo en la retina del hombre sino en la del ojo diminuto de un pajarito y el asombro crece al considerar los infinitos detalles que al microscopio se pueden observar en la misma y que con tanta minuciosidad han estudiado los histólogos y muy especialmente el ilustre Cajal "el más grande de los neurólogos de todos los tiempos" como con razón ha sido llamado.

El ojo está hecho para proteger y nutrir la retina y para facilitar por su forma esférica la formación de la imagen sobre ella.

En la cámara oscura teórica, la que estaría formada por una cavidad en una de cuyas paredes hubiese un orificio muy pequeño las imágenes que de los objetos exteriores se forman

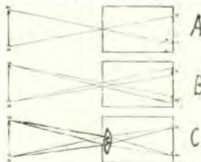


Figura 3. La cámara oscura teórica y la piel

en su fondo son invertidas en virtud del cruzamiento de los rayos al nivel de dicho orificio (fig. 3-A) siendo además correctas, pero de una muy débil intensidad que las hace inaprovechables en la práctica. Si hacemos que el orificio sea mayor, la imagen gana en intensidad pero pierde en precisión en virtud

de que por dicho agujero penetra procedente de cada punto del objeto un haz de rayos divergentes que forma círculos de difusión sobre la pantalla, los cuales al montarse unos sobre otros dan imágenes desenfocadas (fig. 3.B). Ahora bien, para que éstas resulten enfocadas será necesario poner al nivel del agujero una lente convexa (c) que tenga su foco al nivel de la pantalla del fondo y entonces tendremos sobre ésta una imagen a la vez enfocada y luminosa (fig. 3.C). El objetivo puede ser una simple lente o un sistema de lentes convexas. En el ojo parecería a primera vista y así se suele consignar en los tratados, erróneamente, que el objetivo es sólo el cristalino o sea la lente biconvexa antes señalada, pero esto no es exacto, pues en la cámara oscura ocular se trata de un *objetivo complejo*, compuesto de *todos los medios refringentes reunidos*, desde la delgadísima capa de lágrimas que cubre la córnea, siguiendo por ésta, el humor acuoso, el cristalino, el humor vítreo y las capas anteriores de la retina, pues esta membrana además de ser la pantalla sobre la que se forma la imagen es un medio transparente toda vez que la imagen ha de formarse en la penúltima capa de la misma o sea en la de *conos* y *bastones*, para lo cual la luz ha de atravesar primero las capas anteriores sin impresionar a sus elementos para llegar a dichos conos y bastones (fig. 4).

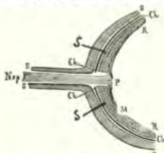


Figura 4. La retina y el nervio óptico.

Si tenemos en cuenta las diversas curvaturas de las superficies de separación de los medios refringentes y los índices de refracción de éstos se demuestra en óptica fisiológica que todo rayo de luz paralelo al eje principal al penetrar en el ojo con-

verge cada vez más hacia dicho eje al que corta en la intersección de él con la retina en el ojo llamado *emétrope* u *ópticamente normal*.

Existen otros ojos *ópticamente anormales*: cuando los elementos refringentes tienen un mayor poder convergente se trata de la *miopía*, convergiendo los rayos *antes* de la retina y hallándose el ojo enfocado para una distancia más o menos *corta* y necesitando para ver a lo lejos vidrios cóncavos cuya divergencia neutralice el exceso de convergencia del ojo; si los elementos refringentes son poco convergentes se trata de la *hipermetropía*, los rayos convergen *detrás* de la retina y se corrige con vidrios convexos que prestan al ojo la convergencia que le falta; si en los diversos meridianos del ojo, suponiendo por ejemplo que éste ha sido aplastado de arriba a abajo, el poder refringente es diferente en cada meridiano y se constituye el *astigmatismo* o la *astigmia*, que se corrige con vidrios especiales cilíndricos. Todos estos defectos son demasiado conocidos por lo que no insistiremos aquí sobre ellos.

Todavía en estado normal y en lo que se refiere a la visión de cerca, el cristalino tiene una misión importante: la *acomodación del ojo a las distancias*, la cual consiste en que, como a medida que el objeto se aproxima al ojo su imagen se forma cada vez más atrás de la retina, el músculo de la acomodación interviene y el cristalino aumenta su curvatura anterior y por tanto el poder refringente (fig. 5). Donders definió la acomodación diciendo que es "el poder que tiene el ojo de añadirse a sí mismo una lente convexa". Pero si una causa debilitante,



Figura 5. El cristalino acomodado según Donders.

especialmente la edad, produce en el músculo un estado de insuficiencia, el ojo no puede "añadirse a sí mismo dicha lente convexa" y sobreviene lo que el público llama "vista cansada" y los científicos *presbicia* y entonces tiene el arte que venir en su auxilio y prescribirle una lente convexa cada vez más fuerte

a medida que pasan los años, puesto que la potencia del músculo ha disminuido y la resistencia del cristalino a dejarse deformar ha aumentado.

Por todo lo anterior se ve que, comparando un ojo con una lente convexa, mientras que *las lentes de la industria son de curvatura constante y de foco variable con la distancia, el ojo es una lente de curvatura variable y de foco constante a pesar de la distancia*, gracias a la falta de homogeneidad del cristalino que permite los antedichos cambios de forma.

Con el ojo normal, *emétrope*, o con los ojos *amétropes* corregidos, debe formarse en este primer momento del acto visual una imagen correcta sobre la capa sensorial: conos y bastones, de la retina en donde la luz provocará a su vez la impresión sobre los mismos, lo cual nos conduce a tratar de:

El segundo momento del acto visual o momento fisiológico. Este se descompone a su vez en otros tres: *transformación bioquímica* en la retina, *corriente nerviosa visual* transmitida por las vías ópticas y *sensación* en la corteza cerebral.

La biofotoquímica retiniana es conocida desde que Bohl y Khüne en 1876 descubrieron en el artículo externo de los bastones una sustancia fotoquímica que llamaron *fotoestesia*, *rojo retiniano*, *púrpura retiniano*, etc. Esta sustancia se gasta por la luz descomponiéndose y convirtiéndose primero en *amarillo* y después en *blanco retiniano* mas una sustancia albuminoidea llamada *ret. negro*. En condiciones normales dicha reacción es reversible, de modo que en la oscuridad se vuelve a formar el púrpura retiniano. Se cree, con mucho fundamento, que la sustancia fotoquímica se forma a expensas del pigmento y por esto cuando hay exceso de luz ésta rodea a cada cono o bastón de un forro negro y esto forma parte de *los mecanismos defensivos del aparato visual contra el exceso de luz*, los cuales son sucesivamente, desde el exterior al interior, tres: el de *cierre de la abertura palpebral* que no puede ser total por que esto sería incompatible con el acto visual pero que hace al sujeto entornar los párpados disminuyendo así la cantidad de luz que entra en el ojo; el de *cierre de la pupila*, al que le ocurre lo mismo, disminuyendo el diámetro de la pupila, sin llegar ésta a cerrarse; y por fin el *reflejo pigmentario*, que es el que ahora nos interesa y que consiste en que las células del dicho epitelio pigmentario emiten prolongaciones entre los conos y bastones rodeando a cada uno de éstos de un forro negro tanto más lar-

go cuanto mayor es la intensidad luminosa, existiendo un engranaje íntimo entre el epitelio pigmentario y el epitelio sensorial constituido por los conos y bastones de la retina entre los cuales penetran las prolongaciones amiboideas de las células del epitelio pigmentario, formando el forro oscuro a que nos hemos referido. Esto se ha podido comprobar sacrificando animales expuestos a la luz o a la oscuridad observando microscópicamente cortes de retina y viendo como en el primer caso las prolongaciones dichas avanzan hacia la capa siguiente (fig. 6-a y 6-b) bien se retraen en el segundo caso separándose de la misma. Artificialmente podemos hacer que en el hombre se produzca esta segunda acción de déficit luminoso por medio de cristales ahumados, conviniendo que sepan los que ocurre sobre la pupila y sobre la retina para no perturbar, en ciertas enfermedades en las cuales dichos efectos pueden ser perjudiciales. Así por ejemplo en los miopes, candidatos al terrible desprendimiento de la retina, es contraproducente el empleo de dichos cristales ahumados o coloreados que al disminuir la luz

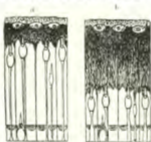


Figura 6. El reflejo pigmentario.

aumentan el desengranaje entre ambos epitelios facilitando la separación entre ellos y por tanto el desprendimiento de la membrana. La dilatación de la pupila, lograda también por dicha clase de vidrios, puede en otros casos, como en los predispuestos a la afección llamada *glaucoma* producir un acceso agudo de la misma, con gran hipertensión, dureza del ojo, dolores, etc. a causa de la dificultad a la salida de los líquidos intraoculares por el engrosamiento del iris en su periferia y la obstrucción consecutiva del ángulo de la cámara anterior.

El aumento de luminosidad favorece la mayor sensibilidad de la retina a los rayos de la extremidad "caliente" del espectro: el rojo, el amarillo y el verde, mientras que la disminución de la luz, produciendo el llamado *fenómeno de Purkinje*, sensibiliza dicha membrana para las radiaciones de la extremidad "fria": azul y violeta, del mismo.

Según Gómez Ocaña la eritropsina o rojo retiniano haría un papel semejante al de los vidrios rojos de los gabinetes fotográficos, atenuando la acción de la luz excesiva, mientras que en virtud de la propiedad de la *fluorescencia* del púrpura retiniano que como es sabido aumenta la amplitud de onda, haciéndose visibles radiaciones como las ultravioletas que por su pequeñez ya no impresionan la retina, aumenta la sensibilidad, por el antes citado fenómeno de Purkinje, a las débiles intensidades de luz.

Después de este paréntesis, que nos ha servido para exponer el papel fisiológico de la sustancia fotoquímica de los bastones, digamos aun lo que ocurre en condiciones patológicas. En las afecciones llamadas "de carencia" en la sangre de la vitamina A o de las provitaminas que la engendran, facilitada por la falta de los alimentos que contienen carotenos, los que especialmente existen en las remolachas y zanahorias, se produce el fenómeno llamado *hemeralopia* que nuestro malogrado amigo el Dr. Terson llamaba mejor *hesperanopia* (ceguera crepuscular o nocturna) en virtud de la cual, aun poseyendo el ojo una agudeza y un campo visual normales durante el día o con fuerte iluminación, en cuanto ésta disminuye lo hace igualmente dicha agudeza sin que el examen oftalmoscópico demuestre la existencia de ninguna lesión orgánica responsable. En tales casos *el sentido luminoso está considerablemente disminuido* y coloca al sujeto en condiciones extremadamente desfavorables de inferioridad. Aparatos especiales llamados *adaptómetros*, *umbrolómetros* o *biofotómetros* miden la intensidad del defecto que es muchas veces corregible sometiendo al sujeto a la triple influencia de la oscuridad, que favorece la regeneración del púrpura retiniano, la vitamina A o sustancias que la contengan y las inhalaciones de oxígeno, ya que la privación de este elemento para las células nerviosas (a las cuales pertenecen las de la retina) produciendo en ellas la *anoxemia*, inhibe su función. Lo mismo ocurre en las grandes alturas con su disminución de presión y de oxígeno y ya es sabido cómo los aviadores y las

personas que suben a grandes alturas, necesitan de este recurso del oxígeno inhalado para combatir los trastornos no sólo visuales sino también cerebrales que en tales casos pueden producirse. Aun hay casos que pudiéramos decir más brutales y son aquellos en que la luz obrando de un modo verdaderamente traumático: *fototraumatismo* no se limita ya a destruir la sustancia foto-química sino el órgano mismo que la alberga y por tanto los bastones retinianos, siendo estos casos verdaderamente graves, pues suelen ser ya parcial o totalmente irreversibles, quedando para siempre un *escotoma* o sea una laguna, mayor o menor en el campo visual. La observación, por ejemplo, de eclipses mirando al sol sin protegerse con vidrios fuertemente ahumados (pues en este caso no bastan los ahumados ordinarios) la luz de la soldadura autógena, los relámpagos intensos, las grandes explosiones pueden provocar desde un *deslumbramiento*, más o menos reversible todavía, hasta la pérdida definitiva de todo o parte del campo visual.

Todavía hay otros casos en que se puede hablar de un *espasmo del reflejo pigmentario*, pues sin llegar a la destrucción de los bastones quedan éstos cubiertos durante cierto tiempo por las prolongaciones amiboideas del epitelio pigmentario de la retina. Yo emití esta opinión hace varios años con motivo de la observación de varios casos de ceguera consecutivos a la observación de un eclipse (*Sobre la acción nociva de la luz*. Revista Ibero-Americana de Ciencias Médicas, Madrid, 1900). Acaso aquí intervienen las fibras *centrifugas* que Cajal descubrió en la retina y en el nervio óptico, las cuales traerían de los centros una corriente que, por intermedio de las células amacrinas y de las bipolares, llegaría hasta los bastones y el epitelio pigmentario los cuales reaccionarían en la forma antes dicha.

Hasta ahora se observará que no hemos dicho nada de *los conos* en relación con la luz. Se ha creído hasta estos últimos años que en los conos no existía ninguna materia foto-química semejante a la eritropsina de los bastones, pero investigaciones recientes de Vidal y de Studnis parecen haber demostrado, 1º la existencia de una y después de tres sustancias diferentes, habiéndose querido relacionar esto último con las hipótesis cromáticas de Joung-Heimholtz o con la de Hering de la existencia de tres clases de fibras nerviosas o de la de tres clases de sustancias respectivamente, que dichas investiga-

ciones parecen apoyar; pero en realidad es asunto que todavía no está maduro para darlo como definitivo.

De todos modos *hay un hecho biofotoquímico* al comienzo de la impresión luminosa sobre la retina y desde las clásicas investigaciones de Parinaud y de Von Kries es aceptada por los autores la teoría *dualista* de que hay dos clases de retinas en una: *la retina de los bastones* que aprecia la luz *cuantitativamente*, sin distinción de colores y tan sólo como *intensidad luminosa* y *la retina de los conos* que aprecia las diferencias *cualitativas* de la diversa longitud de onda de las radiaciones. La primera, llamada por Parsons *visión escotópica* está en relación con la visión a bajas intensidades de luz y es la de los animales de visión nocturna, como el mochuelo, la lechuza, etc. La segunda, *visión fotópica* de Parsons, es la de las grandes intensidades de luz sin la cual los colores no se aprecian y es la de los animales diurnos.

Pero ¿es que el fenómeno fotoquímico es el fundamental de la visión? Digamos que las esperanzas que el descubrimiento del púrpura retiniano había hecho concebir al principio, queriendo explicar la visión como una reacción fotoquímica no han correspondido a la realidad. Se creyó que, como en la placa fotográfica la sal argéntica, el púrpura retiniano se reducía y decoloraba también por la acción de la luz y, llevando más adelante la analogía, se vió que ciertos cuerpos, como el alumbre tenía la propiedad de *fixar* dicha sustancia, obteniéndose así verdaderos *optogramas* de los objetos exteriores, que a la inversa de las fotografías obtenidas por el arte, son *positivos* desde el primer momento, pues quedan claras las partes impresionadas por la luz y oscuras las no impresionadas. En fin, fantaseando ya, se llegó hasta querer ver grabada en el fondo del ojo de la víctima la última actitud y hasta la propia fisonomía del criminal. ¡Precioso servicio en verdad el que la medicina hubiera prestado a la ciencia del Derecho! Mas tales ilusiones se desvanecieron bien pronto al ver que la decoloración de dicha sustancia por la luz necesita de cierto tiempo, mientras que la visión es prácticamente instantánea; que después de consumida la eritropsina por la luz los animales seguían viendo —y hoy añadiremos que en la avitaminosis A con gran hesperanopia los animales ven perfectamente con la luz intensa.

El papel por tanto, de la sustancia fotoquímica de los bastones, y lo mismo cabría decir de la de los conos, es más mo-

desto. ¿Se limita a ser el botafuego provocador, a modo de fermento físico del acto visual de la transformación de la energía luminosa en corriente nerviosa? Así parece, aunque el mecanismo íntimo todavía se nos escape.

Esto nos conduce al 2º tiempo del momento fisiológico en el cual consideraremos: un pequeño trayecto retiniano, otro en el nervio óptico, otro en el quiasma, otro en la cintilla óptica, terminada en los centros ópticos primarios y otro desde éstos por la neurona central terminándose en el centro cortical de la cisura calcarina en donde es apreciado como sensación.

a) *Trayecto retiniano.* Hemos dicho que la retina es transparente durante la vida y que la luz la atraviesa sin impresionarla (fig. 4) hasta llegar a la capa de conos y bastones. Convertida ya la impresión en corriente visual, ésta vuelve ahora en sentido inverso a través de las tres neuronas retinianas clásicas descritas por Cajal (fig. 7) hasta el nervio óptico y por las fibras de éste hasta el quiasma y las cintas. Un foco hemorrágico, por ejemplo, en las capas anteriores no deja pasar la luz hasta los elementos sensibles y entonces éstos perciben delante de sí una mancha negra, observándose en el campo visual un escotoma *positivo*. Por el contrario, si las capas ante-



Figura 7. Las tres neuronas retinianas, según Cajal.

riores están sanas y la capa sensible es destruida en una porción, la luz llega a ésta sin obstáculo, pero no es percibida y el ojo tiene delante de sí un escotoma *negativo* es decir un sitio en que no ve nada.

b) *El nervio óptico.* Este nervio, constituido por las fibras nerviosas continuación de los cilindros ejes de la capa de células ganglionares de la retina, sale del ojo por dentro del

polo posterior, llega al vértice de la órbita y después de salir de ésta por el agujero óptico entra en el cráneo en donde se une al nervio óptico del otro lado para constituir el quiasma óptico. El nervio, especie de cable de multitud de alambres microscópicos (de 500,000 a 1.000,000 según los anatómicos) que al salir del ojo se revisten de una vaina de mielina aisladora y nutritiva a la vez, se componen de haces y hacillos entre los cuales penetran tabiques de tejido conjuntivo y neuroglia y microglia, bien estudiada por Cajal, Río-Ortega y López Enríquez, y de vasos nutricios: los vasos centrales, que van o vienen de la retina. El extremo del nervio es visible en el fondo del ojo por medio del oftalmoscopio, apreciándose allí bien *la papila* o sea la cabeza del nervio óptico, ora normal o bien inflamada y tumefacta en casos de tumores del cerebro que comprimen sus vasos; o bien excavada por estar dicha cabeza rechazada hacia atrás por la presión intraocular aumentada. En los dos últimos casos las lesiones coinciden con graves trastornos visuales. Otras veces con el oftalmoscopio no se ve nada aunque el sujeto se queje de trastornos visuales: es que entonces las lesiones son más posteriores y están fuera del alcance de nuestra vista y sólo las denuncian los *síntomas subjetivos*. Estos son muy diversos pero pueden reducirse a dos clases: de *agudeza visual*, más o menos *disminuida* y de *campo visual* más o menos *estrechado*. En muchos casos, sobre todo en las personas sensibles al alcohol y al tabaco se observa un *escotoma central para los colores rojo y verde* y más tarde para todos los demás porque las sustancias tóxicas atacan al haz central macular. La lesión es reversible aún, en las primeras fases si el paciente deja el vicio e irreversible en las fases avanzadas en que las fibras del nervio llegan a atrofiarse totalmente, hechos que hemos comprobado muchas veces en nuestra práctica.

c) y d) *Quiasma y cintillas ópticas*. Cuando los dos nervios ópticos llegan al contacto, forman una lámina rectangular aplanada (fig. 2 q) de eje mayor horizontal situada por encima del diafragma de la silla turca que cubre la hipófisis. Las fibras que proceden de las mitades externas o temporales de ambas retinas se continúan en la cinta óptica de su mismo lado, mientras que las que proceden de las mitades internas o nasales de las mismas se cruzan, después de haber descrito en el quiasma unas curvas especiales o "rodillas" que dan caracteres especiales a las lesiones del quiasma en las cuales ahora no va-

mos a entrar, pasando a la cinta óptica del lado opuesto. De ello resulta que cada cinta óptica, la derecha, por ejemplo (v. en la fig. 2) es continuación de las fibras de las dos hemiretinas derechas: la temporal del ojo derecho y la nasal del ojo izquierdo, las cuales recogen las impresiones del lado opuesto del cuerpo: el izquierdo en este caso, siendo ya directo en el resto del trayecto de las fibras de su mismo lado. De ello resultan estos hechos: una lesión *antes del quiasma* o sea en el nervio óptico (1) produce un trastorno funcional tan sólo en el ojo del mismo lado; una lesión situada *detrás* del quiasma o sea en la cinta óptica o en el resto de las vías ópticas produce en las dos mitades de cada ojo, dando lugar a las llamadas *hemianopsias* en las cuales el sujeto no ve lo que hay en un lado (no hay que confundir esto, como lo hacen muchos pacientes que creen que han dejado de ver, por ejemplo, del ojo *derecho* cuando lo que han dejado de ver es del *lado derecho de los dos ojos*). En cuanto a las lesiones del quiasma mismo pueden interesar uno solo o los dos ojos según el sitio y la extensión de la lesión. El caso más frecuente es el de la compresión de la parte central y posterior del quiasma interesando las fibras cruzadas que vienen de las dos mitades internas o nasales de cada retina produciendo la abolición del campo visual en las dos mitades externas o temporales: *hemianopsia bitemporal*. Otras veces la lesión no está exactamente en el centro y el campo visual no resulta *congruente* en lo que se refiere a las dos mitades del mismo en relación con las fibras del quiasma que hayan sido atacadas.

Nos interesa ahora dar a conocer una vez más, (como lo hago en todas las ocasiones que se me presentan) la genial teoría de Cajal (no tan conocida por oftalmólogos, neurólogos, médicos y biólogos como debiera serlo), referente al cruce quiasmático.

Nociones teóricas sobre el quiasma óptico. Hemos de conjugar aquí dos importantes teorías: primera, la de Cajal referente al cruce quiasmático y los entrecruzamientos nerviosos en general y segunda, la del "ojo de ciclope" de Helmholtz, "ojo superpuesto" de Hering, "ojo único" de Parinaud y que yo he creído preferible presentar bajo la forma inversa con el nombre de teoría del "ojo desdoblado"; teorías que se complementan, para dar una explicación satisfactoria de la existencia del cruce quiasmático y de sus distintas variedades.

Cuando Cajal expuso su genial teoría en 1898¹ causó una gran sensación entre oftalmólogos y neurólogos y en general entre médicos y naturalistas. Con ella se explicaba *por primera vez*; el hasta entonces enigmático cruzamiento de las fibras en los centros nerviosos como una consecuencia del cruce quiasmático y éste a su vez lo era de la imagen invertida que en los ojos se formaba por el mecanismo de la cámara oscura. Es interesante echar una ojeada sobre lo que ocurre en la serie de los vertebrados.

El cruce quiasmático se produce, según Cajal, en los animales de *campos visuales independientes*, de visión *panorámica*, para evitar la "incongruencia" que al no existir dicho cruce hubiera resultado en los centros (fig. 8) entre las dos mitades laterales de la llamada "imagen mental"; incongruencia que

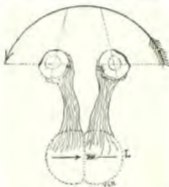


Figura 8.

desaparece desde el momento en que se verifica entre sus fibras un *cruce total* (fig. 9). Como consecuencia obligada de este primer cruce aparecen otros compensadores, tales como el de las fibras sensitivas (S) y el de las motoras (M) ya que las sensitivas han de llevar sus impresiones al mismo hemisferio al que llegan los impulsos visuales y las motoras han de

¹ S. RAMÓN Y CAJAL, *Estructura del quiasma óptico y teoría general de los entrecruzamientos nerviosos*. Rev. trim. Micrográfica, 1898, reproducido en Arch. de Oftalmología Hispano Americana, 1901.

transmitir órdenes desde el mismo hemisferio cerebral a los músculos 'M' del mismo lado de donde partió la excitación.

En cuanto los animales poseen una parte, por pequeña que sea, de *campo visual común*, las fibras más externas de ambas



Figura 9.

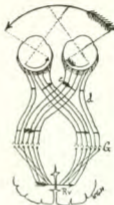
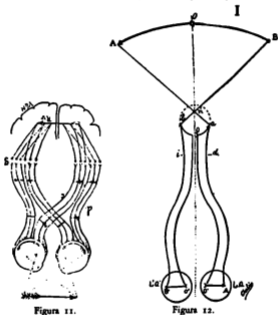


Figura 10.

retinas empiezan a desentrecruzarse, apareciendo un pequeño haz directo (fig. 10-d) y cuando el campo visual es totalmente común a los dos ojos los dos haces, directo y cruzado, son iguales (fig. 11), superponiéndose las fibras procedentes de las dos mitades derechas de la retina en el lado derecho de los centros, recogiendo las impresiones de la mitad izquierda del espacio y haciendo lo mismo las fibras procedentes de las dos mitades izquierdas de las retinas en el lado izquierdo de los centros para ver lo que hay en el lado derecho del espacio. De este modo se logra, con la reunión de las fibras procedentes de los llamados puntos "correspondientes" evitar la *diplopia* o visión doble, que hubiera resultado en los centros si hubieran ido dichas fibras a sitios diferentes; y al mismo tiempo se facilita considerablemente la apreciación del relieve binocular junto con otros datos referentes a la parte motora del aparato de visión binocular (asunto en el que ahora no entramos).

Ha llegado el momento de ver cómo la teoría del ojo "único" y su inversa la del ojo "desdoblado"² refuerzan y completan la teoría de Cajal. Le faltó al maestro—decía yo en un trabajo—suponer no sólo que los dos campos visuales estuviesen superpuestos sino que también los dos ojos estuvieran reunidos en uno central (fig. 12), es decir, pensar qué ocurriría



en el ojo único, porque entonces hubiera llegado a la conclusión inesperada de que, dominando del todo el haz directo, el haz cruzado no existiría (es decir, lo inverso de lo representado en la figura 9 en la que hay *dos* ojos, *dos* campos independien-

² MÁRQUEZ, *El quiasma y los ojos lenticulares*. Gac. Med. Española, Arch. de Oft. His. Amer. y Revista d'Oto-Neuro-Oftalmología, 1930.

tes y *dos haces totalmente cruzados*). Se ve además en la figura 12 que la imagen que en dicho ojo central y único se forma es totalmente invertida con relación al objeto formándose la de la mitad derecha de éste (OB) en la mitad izquierda de la retina (ob) y viceversa (la OA en oa). No existiendo ningún nuevo motivo para que las fibras nerviosas que van a los centros se crucen se forman *dos haces directos* (d, i) hasta los centros ópticos primarios (L o, L' o) siendo en ellos la imagen semejante a la retiniana y "congruente entre sí" sus dos mitades laterales. Resumiendo: en el ojo único, que con fines pura-

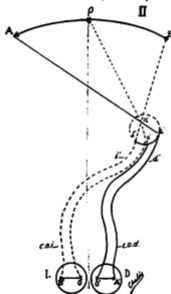


Figura 13.

mente didácticos hemos supuesto, se cumple *una ley general* que rige en todos los casos de ojos lenticulares y es la de que *la imagen sobre la retina es totalmente invertida con relación al objeto, pero que la imagen en los centros tiene la misma dispo-*

sición que la de la retina no existiendo inversión entre estas dos últimas.

Este es el momento de considerar la utilidad de la teoría del ojo "desdoblado" por mi propuesta. Supongamos que el ojo central se desplaza, por ejemplo hacia la derecha (fig. 13) se ve entonces que el haz directo del mismo lado (d') continúa siendo directo mientras que el del lado opuesto que era antes

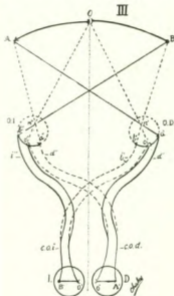
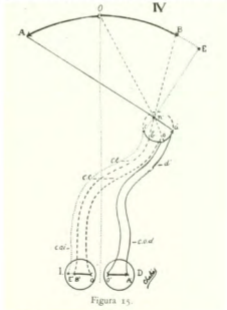


Figura 14.

también directo (i, fig. 12) se ha convertido en cruzado (C, fig. 13). Nótese que las fibras *directas* o sea las que no se cruzan son las que proceden de la mitad temporal de la retina, que corresponde a la mitad del lado opuesto del campo visual

³ MÁRQUEZ, *La teoría de los dos ojos superpuestos y la del ojo desdoblado*. An. de la Soc. Mex. de Oft. Mayo y junio de 1942.

y que las que se cruzan son las que proceden de la mitad *nasal* de la retina que recibe la impresión de la mitad del campo visual *de su mismo lado*, no dejando por esto de cumplirse la ley general antes citada. Si ahora suponemos que el ojo central se desplaza *hacia la izquierda* ocurrirá una cosa análoga (no siendo necesaria una nueva figura que sería simétrica con la anterior). Y si suponemos que a la vez se desplaza el ojo hacia los dos lados "desdoblándose" el ojo central (fig. 14) pero de modo que ambos ojos tengan un campo visual común (A C B) habrá *dos haces directos* ($d' i'$) y *dos haces cruzados* ($d' i'$) (como en la figura 11 de Cajal) uniéndose los dos dere-



chos y los dos izquierdos respectivamente en las cintas ópticas derecha e izquierda (*cod* y *coi*). En el caso que suponemos de que el campo visual sea totalmente común ambos haces

directos y cruzados serán exactamente iguales (*nervios hemiopticos* de Grasset).

Más en realidad esto último no ocurre ni aun en el hombre, en el que el haz directo alcanza su máximo desarrollo, si tenemos en cuenta que en la parte más externa del campo visual existe una zona en cada lado exclusiva del ojo correspondiente (B E, fig. 15) que impresiona la parte más anterior e interna de la hemirretina nasal, pequeña zona (b c) de la cual proceden

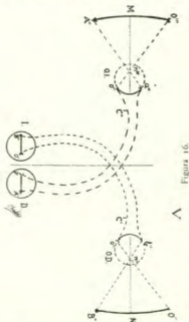


Figura 16.

exclusivamente fibras cruzadas que no tienen puntos "correspondientes" con la retina del otro lado, resultando de ello que por sumarse estas fibras (c e) a las del haz cruzado correspondiente (c c) el haz cruzado resulta ser más voluminoso que

el directo (d'), hallándose ambos en la proporción aproximada de $3/5$ por $2/5$ del total de fibras.

Por último si los dos campos visuales son por completo independientes resultaría (fig. 16), como Cajal lo había sugerido, (fig. 9) que los dos haces son totalmente cruzados.

Observemos ahora, en una ojeada de conjunto, que mientras el *cruce inicial óptico* se verifica *en todos sentidos* en las dos retinas, como consecuencia del mecanismo de la cámara oscura, no ocurre ya lo mismo en el *cruce compensador histológico* de fibras en el quiasma óptico, pues *sólo se realiza este cruce en sentido horizontal* y de modo que se cumpla siempre la ley general citada al principio o sea que la imagen retiniana es en cada ojo inversa del objeto y la llamada "imagen mental" es directa con relación a la retiniana, es decir, inversa también con respecto al objeto.

La existencia del quiasma no está, pues, ligada *directamente* a la visión lenticular, toda vez que *en el ojo único no existe quiasma* y si sólo dos haces directos, puesto que aun en la visión con los dos ojos no existe tampoco cruce de fibras en el sentido vertical ni en los oblicuos y si solo en sentido horizontal, *como consecuencia de ser dos los ojos y de hallarse situados en dicho plano*, para lograr la "congruencia" en los centros entre las dos mitades laterales de la imagen total.

Refiriéndonos ahora al *quiasma* del hombre la Naturaleza ha logrado hacer de los *dos ojos* que pudiéramos llamar *anatómicos dos dobles semiojos fisiológicos*, compuesto cada uno de las dos mitades derechas o izquierdas de ambos ojos en relación respectivamente con el centro visual derecho o izquierdo para ver lo que existe en el lado opuesto del espacio, izquierdo o derecho (fig. 17). La contradicción que a primera vista parece existir entre la anatomía y la fisiología desaparece en cuanto dejemos de considerar como eje de simetría del aparato visual la línea media de la cabeza y consideremos esta desdoblada y trasportada a la línea media de cada ojo. En cuanto al quiasma de los otros animales los cruzamientos de fibras van aumentando a medida que los campos visuales van siendo más independientes y esto en combinación con la inversión de la imagen óptica que en los ojos lenticulares se produce da lugar a las distintas variedades de quiasmas que hemos ido sucesivamente examinando.

f) *El cuerpo geniculado externo* cuya estructura no vamos a detallar aquí y en el cual terminan las fibras procedentes de las cintillas ópticas que entran en él por delante y por debajo; por encima y por detrás salen otras fibras procedentes de las grandes células que constituyen *la neurona óptica central*: son las *fibras genículo-calcarinas* de Balado y Malbrán (v. fig. 2) las cuales rodean unas por encima y otras por debajo la prolongación occipital del ventrículo lateral y ascendiendo y dirigiéndose hacia atrás constituyen las *radiaciones ópticas* de Gratiolet y se terminan en ambos labios, superior e inferior de la cisura calcarina (C. fig. 2).

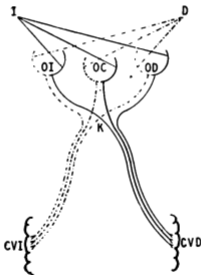


Figura 17.

g) *La cisura calcarina* está situada en la parte interna y posterior del lóbulo occipital y corresponde al campo 17 de Brodmann (Fig. 18 y 19) o *arca estriada*, por existir en su espesor una estria blanca: *estria de Gennari*, cuyas fibras han sido muy bien estudiadas por Cajal terminadas por arborizaciones

libres y dividiendo la capa cuarta de la corteza occipital en dos zonas. Este centro cortical es el llamado también *retina cortical* porque se considera como la proyección de las dos hemirretinas



Figura 18. Cara interna del hemisferio cerebral derecho, según Brodmann.

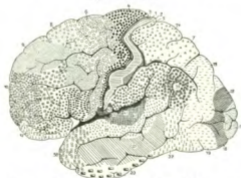


Figura 19. Cara externa del hemisferio cerebral izquierdo, según Brodmann.

de su mismo lado (fig. 20). La copiosa experiencia de las dos últimas guerras mundiales ha establecido de un modo evidente que la mácula está representada en la parte más posterior; la

correspondiente al campo visual común de su lado y del opuesto en la parte media y la parte exclusiva de la porción más externa del campo visual del lado opuesto; la llamada "hoz temporal" en la parte más anterior de dicha cisura.

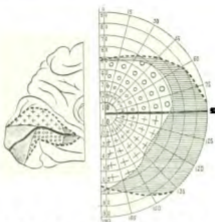


Figura 20. Representación de la mitad derecha del campo visual en el *área striata izquierda*, según Holmes.

De acuerdo con los datos anatómicos anteriores las lesiones según interesen parcialmente unos u otros centros o todos a la vez darán lugar a trastornos del campo visual que pueden ir desde un escotoma central de origen cerebral al interesar el centro o las fibras de la mácula o a una abolición tan sólo de la "hoz" temporal del lado opuesto o a las cuadrantopsias o a la hemianopsia completa del lado opuesto o, conservando la parte correspondiente a la mácula o a la hoz, etc., teniendo en cuenta que hay sobre todo lesiones de origen vascular: obstrucciones, hemorragias con reblandecimientos consecutivos, etc., que pueden interesar las citadas regiones aisladamente o a la vez.

Además del centro cortical de la visión en el *área estriada* que acabamos de señalar, en el cual la corriente nerviosa óptica

se convierte en *sensación* y después en *percepción visual* existen otros centros situados en su proximidad: los campos 18 y 19 de Brodmann o *area paraestriata* y *periestriata* (figs. 18 y 19) y otros aún más lejanos relacionados con el primero por fibras de asociación. Pero las actividades de estos centros entran ya en el llamado momento psíquico al cual vamos a dedicar aún breves consideraciones.

El tercer momento o momento psíquico del acto visual.

Aunque por los motivos dichos al comienzo de este trabajo, este momento es tan sólo una parte del fisiológico las actividades que durante él y después se verifican en el aparato visual, que al decir de Brewster "puede ser considerado como el centinela que guarda el paso entre los mundos de la materia y los del espíritu", son de una naturaleza y sutileza tales que bien vale la pena de considerarlas aparte. Si tenemos además en cuenta las relaciones entre las partes esenciales del aparato visual y los centros nerviosos veremos que, al comienzo o sea en la porción orbitaria: globo ocular y nervio óptico, es por completo independiente de ellos; que después, en la porción intracranéal basilar: el nervio, el quiasma, las cintillas ópticas y el cuerpo geniculado externo se aplican a los otros órganos de la base sin confundirse con ellos; que la neurona central, geniculocalcarina se introduce bajo la forma de radiaciones ópticas en la sustancia blanca de lóbulo occipital, llegando hasta el centro cortical de la visión en la cisura calcarina (campo 17 de Brodmann) pero conservando aún su autonomía funcional; y que, finalmente, en la corteza y en la sustancia blanca del resto del cerebro, otros centros relacionados con la visión, unos próximos al centro visual: áreas *paraestriata* (campo 18) y *periestriata* (campo 19) y otros situados más a distancia aunque todavía relacionados con la visión como los referentes a la percepción, a la memoria visual, a la palabra escrita, a los signos visuales y a los movimientos oculares así como a las restantes áreas sensoriales, relacionadas con centros psíquicos más elevados en los que se producen ideas, juicios, etc. Todos los citados centros se hallan unidos entre sí por fibras nerviosas de asociación que forman haces diversos como el *longitudinal superior*, el *l. inferior*, el *uncinado*, etc., dentro del hemisferio del mismo lado o entre los dos hemisferios como las comisuras anterior y posterior y sobre todo el cuerpo calloso. Todos estos centros psíquicos de diversas categorías "reciben, aprecian, integran y

coordinan las sensaciones e inician las reacciones correspondientes a ellas". (Lille, *Neuro-ophthalmology*, pág. 44).

Los centros nerviosos de la corteza cerebral (fig. 21), sintetizando las opiniones, principalmente de Flechsig y de Cajal, se pueden dividir en dos clases: 1º *centros perceptivos* los cuales serían la terminación en la corteza cerebral de los sentidos en su porción central: en nuestro caso el centro visual de la cisura calcarina, los cuales estarían unidos a otros centros infe-

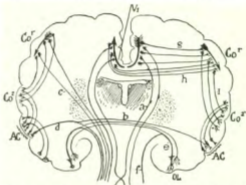


Figura 21. Los centros perceptivos y conmemorativos del cerebro, según Cajal.

riores subordinados: los ya dichos, cuerpo geniculado externo por *fibras de proyección centripetas* o sean las radiaciones ópticas antes citadas que *suben* a la corteza los que correspondientes a la parte motora del aparato visual cuyas fibras van en dirección *centrifuga* desde la cisura calcarina o desde otros centros y *descienden* hasta el *tubérculo cuadrigémino anterior* y otros centros óculo-motores. 2º los *centros representativos* unidos a los perceptivos por *neuronas de asociación* los cuales reciben la *sensación*, las ópticas en este caso, transformándoles en *percepciones, ideas, juicios y recuerdos visuales*. Cajal hace notar que los centros perceptivos son *bilaterales*, mientras que los representativos suelen ser *unilaterales* y residen en el hemisferio izquierdo por lo general (excepto en los *zurdos* en los que están en el derecho), aunque tengan en cierto modo como su-

bordinados a los que existen *en potencia* en el hemisferio cerebral del otro lado, con los cuales se hallan en relación por las *comisuras*, especialmente por la del *cuerpo calloso*, pudiendo en ocasiones los últimos suplir a los primeros cuando éstos se inutilizan a consecuencia de lesiones vasculares que producen embolias, trombosis, hemorragias, reblandecimientos, etc. Estas mismas clases de lesiones pueden dar lugar en los centros citados a una serie de trastornos funcionales de los que sólo indicaremos unos cuantos ejemplos relacionados con el acto visual: trastornos *psico-ópticos*. Así la *afasia sensorial* de Wernicke en la que el sujeto ve y oye las palabras pero éstas no tienen para él significación alguna, interesando la lesión el llamado pliegue curvo. Otras veces el sujeto ve y copia y escribe al dictado, pero no puede leer lo que acaba de escribir: *ceguera verbal*, ya de palabras enteras: *alexia* ya de sílabas, *asilabia*, ya de letras: *ceguera literal*. A veces esta alteración es parcial, por ejemplo para los signos musicales: *amusia*, o al contrario conservándose por ejemplo la memoria de las cifras, de lo que yo observé un caso de un librero muy conocido de Madrid. En las *agnosias ópticas* el sujeto ve, pero no puede reconocer los objetos ni por tanto nombrarlos, haciéndolo en cuanto se pronuncia el nombre de los mismos; en otros casos existe *astereognosia* o sea falta de sentido de la situación y de la posición de los objetos en el espacio, incluso del cuerpo mismo del enfermo o de partes de él, como los miembros, etc. En la *dislexia* el sujeto lee bien al principio pero se cansa en seguida a pesar de que el ojo y la acomodación se conservan intactos: se trata de una insuficiencia funcional del centro cerebral correspondiente por isquemia transitoria de la corteza, restableciéndose la normalidad con el reposo, etc.

El análisis de estos y de varios otros trastornos *fisico-ópticos* merecería más amplios desarrollos, pero el estudio de las actividades psíquicas del aparato de la visión desborda de las alteraciones visuales propiamente dichas y del propósito que nos hemos hecho al escribir este trabajo.

ARTE ABSTRACTO-ARTE FIGURATIVO- ARTE FUNCIONAL

Por *Margarita NELKEN*

“**T**ODO arte no es sino la suma, o el producto, de las soluciones de un número de pequeñas y sucesivas dificultades”, dice Gide. Y también: “Muchas cosas se le escapan a nuestra razón, y aquel que, para comprender la vida, aplicárase a ello, tan sólo con la razón, se asemejaría a alguien que pretendiera agarrar una llama con unas pinzas”.

He aquí, quizá, la mejor definición de la creación artística, a lo largo de la evolución de todas sus Escuelas. Y, a la vez, la mejor explicación del desajuste entre la creación artística, fruto de un ambiente, y su aceptación por dicho ambiente. Entre la operación cristalizadora de determinada, o determinadas impresiones, en la mente o la sensibilidad —o en ambas conjuntamente— del artista, y la visión inmediata con que el público, en general, acepta, o rechaza, la obra de arte.

Porque, no vale engañarse: la obra de arte, casi nunca, y en muy raras épocas, es de seguida tenida por el público por su expresión cabal. No es cosa de enumerar aquí los ejemplos, ni aun siquiera los más escandalosos y recientes, de ese que pudiéramos llamar desnivel, entre espíritus creadores y espíritus receptivos: de las primeras exhibiciones de la Escuela Impresionista, y las primeras esculturas de Rodin, a los primeros Picassos, la lista es interminable, y comprende, para bochorno de nuestro tiempo, que de tan enterado se precia, junto a un Van Gogh y un Cézanne, todos los nombres de artistas, de unos lustros atrás, hoy tenidos por clásicos. El hecho debería servir para recordar la conveniencia de la humildad, o, cuando menos, de la modestia, a esa inmensa mayoría —no sólo del público, sino también de la crítica que más autorizada se considera— que todavía no ha aprendido, a costa de sus yerros más sonados, que no basta con tener ojos para ver, como no les basta

ba, a los oyentes del estreno del *Tannhäuser*, en París, con tener oídos para captar la importancia de lo que estaban oyendo.

Lo cierto es que, en tales cuestiones, nada hemos progresado desde la cueva de Altamira, cuyas estilizaciones, de seguro hubieron de pasmar a sus contemporáneos. Y que el asombro causado por el arte llamado abstracto, y las mófas de que es objeto por parte de muchos, nada nuevo nos cuentan, ni siquiera en sus términos. Ahora bien: ¿basta, acaso, la repulsa de parte del público; incluso de esa mayoría que, según Renán, no tiene nunca razón; bastan ciertas muestras de incompreensión por parte de ciertos sectores, reconocidos como los menos preparados estéticamente, para afirmar el valor y trascendencia de una obra?

No lo creemos. Como no creemos baste la aprobación apriorística del snobismo internacional, o de la masonería de los marchantes de arte, para imponer, como creación perdurable, un motivo de simple, de descarada especulación. "Lanzar" un artista, al modo de una marca de chocolate o de perfumería no supone forzosamente que tenga interés el "mensaje" de dicho artista, ni siquiera que exista tal mensaje. Mas, si hemos de suponer, en cambio, y ello indefectiblemente, que no basta una afirmación filisteas, de aquellos que ya tenemos por filisteos, para tener por superchería una creación que aparece hermética a los ojos de quienes no se han preocupado de penetrar en sus intenciones.

Y esto, a cuanto del arte llamado abstracto, que podrá, o no, responder a la sensibilidad del que se enfrente con él; pero que es ya un fenómeno que responde a la hora presente, y del cual, por lo tanto, no podemos prescindir, simplemente encogiéndonos de hombros ante sus abundantes, universales, y, con frecuencia, y en lo que a sus puntos de origen atañe, perfectamente diferenciadas producciones.

P PRIMERA objeción que le sale al paso, por parte precisamente de algunos sectores que de avanzados, en cuanto a ideología, se jactan: el arte abstracto se halla divorciado de las masas. El pueblo, ningún pueblo, lo reconoce por su verdadera expresión.

O sea: arte de capilla. Refinamiento dedicado exclusivamente a una minoría que nada significa en la genuina representación de un pueblo, ni en la marcha hacia adelante de los pueblos; ni tan siquiera en las preocupaciones que a todos

los pueblos impone este momento de su evolución. Como contraste: el arte "social"; el arte cuya finalidad específica estriba en satisfacer anhelos colectivos, y, en especial, populares; el arte a imagen y semejanza de las reacciones de los más, por igual ideológicas que sentimentales. Y aquí es donde el equívoco, el "malentendido", la confusión, aparecen como factores más insoportablemente primarios.

No se trata de defender, o de atacar, una modalidad artística. Es cuestión, únicamente, de situarse, para opinar acerca de ella, en terreno firme. No en el movedizo de las hipótesis atrevidamente asentadas como verdades inconcusas, y dogmas "sine qua non". Arte del pueblo; arte para el pueblo: no es lo mismo. El primero, cuyas expresiones confinanse, en todo tiempo y lugar, en las llamadas artes menores, es, en efecto, emanación prístina de la sensibilidad colectiva, de la intuición estética de las masas. De aquí, que ciertos pueblos, verbigracia los aborígenes de ciertos países americanos, y los extremorientales y del oriente europeo, dotados de singular instinto artístico, hayan logrado un arte popular que eleva su folklore a destacadísima categoría. El segundo, o sea el arte para el pueblo, el que el pueblo apetece; el que es susceptible de satisfacer y deleitar a las grandes masas sin especial educación para percibir las intenciones de la creación artística; ese arte, si sinceramente aspira a brindar, a estas masas, una válvula de escape en sus preocupaciones cotidianas, ni en poco, ni en mucho, puede ser remedo o evocación de las mismas preocupaciones. Una cosa es la realidad, y otra, totalmente reñida con ella, la demagogia: el campesino, el obrero manual, el trabajador ligado cotidianamente a labores que no dejan resquicio al menor vuelo imaginativo, al encontrarse frente a la obra de arte que pretende ofrecerles esa imagen de su existencia cotidiana de la que aspiran a librarse, a olvidarse, en su anhelado, en su necesario descanso, y no nos referimos, sobra decirlo, al descanso físico, instintivamente, y con toda energía, con toda franqueza, la repudian. No hay un obrero que pueda recrearse con la lectura de una novela "populista". No hay un solo trabajador de fábrica que guste de colgar, en su casa, una estampa de un interior de fábrica. Es menester dedicarse a tareas muy distantes de las de un taller, para disfrutar en la contemplación de una escena, o de un tipo, que constituya una evocación de los trabajos de un taller.

El rechazar el arte abstracto aduciendo, como razón plausible, su divorcio de las preocupaciones ordinarias de las masas, no deja, pues, de ser burda demagogia. O infantilismo semejante al del papá que, por ser militar, le obsequia a su hijo, como el juguete que más le ha de gustar, un uniforme y una pistola; y todos sabemos que son los pequeños de familias adineradas los que sueñan con ser bomberos y las mecanógrafas y costureras las que se desviven por las películas con amores de aristócratas y millonarios. Ahora bien, este arte abstracto, aun sin ser más ajeno a los anhelos de las masas que las representaciones de tipo popular, quizá no responda a las inquietudes, a los móviles profundos de esta hora. Esto, y sólo esto, es lo que importa dilucidar para aceptarlo como verdad o rechazarlo como impostura; aparte, por supuesto, las inclinaciones personales de cada uno de los que tengan que aceptarlo o rechazarlo, como aspecto integrante de su propio horizonte.

REMONTÉMONOS hasta aquellos años inmediatamente posteriores a la primera guerra mundial. Fué el tiempo en que, desde la Alemania que se sentía a fuerza desvinculada de su pasado, expandíanse, por toda Europa, modalidades estéticas desvinculadas de toda norma tradicional. Fenómeno que sólo a los muy profanos en Historia del Arte, y hasta en Historia a secas, hubo de sorprender. El hombre que ha de sacar de sí mismo, de su propio instinto de supervivencia, las razones de esta supervivencia, antes que hacia ritmos equilibrados que habrían de exigirle un esfuerzo demasiado penoso, de inmediata readaptación a la realidad, y, con frecuencia, a una realidad que puede creer por siempre esfumada, vuélvese hacia cuanto le ofrece una justificación de su falta de equilibrio. Los Alejandrinos que habían proclamado la necesidad de levantarse su propia estatua, como norma de equilibrio interno, en el período helenístico llegaron a proclamar, como canon, las proporciones arcaizantes. Y el hombre de cultura occidental, formado en la religión de las proporciones partenaiicas, al descubrir, en aquellos años de ruptura de todos sus diques ideológicos, la monstruosa desproporción del arte negro y del gigantismo amorfo de la Isla de Pascuas, creyó haber dado con el manantial que había de infundir nueva inocencia por tanto, una verdad nueva, a sus especulaciones.

¿Que "aquello" ya pasó? ¿Que el mismo carácter efímero de tales realizaciones dice de su falta de solidez, de la superficialidad de su pasajero triunfo?

No. Dicen de lo pasajero de este triunfo, que no es lo mismo. Una planta puede tener la raíz débil: no por ello deja de tener raíz, y de hallarse, mientras vive, enraizada en tierra. "Aquello", y por "aquello" comprendemos lo mismo la boga de la estatuaria primitiva, de los tonos estridentemente combinados por Poiret, y del dadaísmo: "aquello" pasó, cierto. Pero "aquello" fué. Y no podrá, desde entonces, haber Historia de la Estética, ni de las Ideas, con pretensión a un panorama completo, que deje de registrar en qué consistió "aquello". Porque, pasajero, efímero, deleznable si se quiere, fué un instante del ideal estético, y, como tal, tuvo sus repercusiones invisible, pero certeramente prolongadas, en los instantes que vinieron después. En cuanto se produjo después.

"Realidades nuevas", titulan su "Salón"—ya celebrado por quinta vez, o sea cinco años seguidos—grupos de artistas "abstractos", congregados en París, a donde llegaron de muy diversos puntos de origen, y desde muy distintas formaciones. ¿Nuevas? Si a su apariencia exterior nos atenemos, desde luego; si queremos ahondar en el propósito, quizá ya no tanto. Cuando la realidad resulta por demás amarga, o por demás abundante en desasosiegos e inquietudes, es impulso instintivo, en muchos artistas, creadores de aspectos plásticos o poetas, buscar, en una transposición de esta realidad en síntesis de tipo rigurosamente personal; en los que pudiéramos llamar raptos imaginativos, una nueva realidad que responda a anhelos personales, de difícil alcance. De difícil comunicación. Es como una protección contra interferencias extrañas, contra la violación, por ajenas sensibilidades, de una intimidad en carne viva. Y no deja de resultar curioso, que lo que no sorprende en poesía; mejor aún: lo que, en poesía, es comúnmente admitido, y también en música, sea tenido, en artes plásticas, y muy principalmente en pintura, por anomalía que conviene rechazar más allá de las fronteras de la sensibilidad en que, hoy por hoy, nos hemos de reconocer. Disonancias cromáticas, pasen; disonancias policromas ¡en forma alguna!

(Y ya que a este terreno hemos llegado, séanos permitido un paréntesis, para recordar la distancia que media entre la estimación visual actual, y la de otros periodos históricos, uni-

versalmente admirados en sus sucesivas transformaciones a lo largo del tiempo transcurrido desde su creación. No ya la policromía de la estatuaria helena nos resultaría hoy insoportable en sus estridencias, pero ese mismo arte dieciochesco, aducido como suprema encarnación de medida, de presentársenos en su crudeza de tonos originales nos aparecería, de seguro, insufriblemente vulgar. ¡Tantos oros y carmesís, unidos a tantos verdes, yuxtapuestos al brillo de tantos rasos y al refulgir de tanta pedrería multicolor! ¡Y esos mármoles, esas purpurinas, esos revestimientos de estucos multicolores y maderas de toda laya; ese no dejar, para reposo de la vista, una sola pulgada libre, en la pared o en la indumentaria! Pero es corriente ver a Versailles al son atenuado de un minué, y los mármoles partenaios en su actual nitidez).

Al arte abstracto, los franceses le dicen mejor arte no figurativo. Definición más justa, ya que puede una pintura no representar específicamente ninguna forma de la realidad visible, y, sin embargo, ser muy concreta en sus intenciones. Claro que esta concreción, el espectador ha de ir en su busca, procurando asociarse, in mente, a las intenciones perseguidas por el autor. Lo cual no siempre se da de seguida, ni tampoco le es dado a quien, en el desenvolvimiento de su sensibilidad e imaginación, permanece al margen —inexorablemente— del proceso intuitivamente seguido por el artista. Un ejemplo: la obra del pintor Climent, considerada como de la "segunda época" de este artista. Los que sin reservas aceptaban sus obras "primera manera", interpretaciones realistas, cuyos aspectos, en su significación, comprendía más o menos a fondo cualquiera que los contemplaba, muéstranse, en su mayoría, remisos a aceptar unas realizaciones cuyo proceso desconocen, o deliberadamente se niegan a procurar conocer, y que, en consecuencia, lisa y llanamente, tildan de invenciones gratuitas. Empero, la materia aparece, en las pinturas de esta segunda época, infinitamente más rica, más trabajada que en las de la primera; el oficio, más seguro, y dueño de recursos infinitamente más amplios y variados. ¿Por qué, entonces, suponer, en el artista, un engaño incluso un fraude para consigo mismo, que a todas luces implica más riguroso empeño? ¿Por qué no suponer, por el contrario, un proceso de depuración, análogo al que un poeta —un Apollinaire o uno de sus epigonas— le lleva, tras la creación de obras de intención al alcance de todos, a la de unos "Anas", en cuya

brevedad elíptica concentrarse la intención antes explayada con mayor facilidad? O, mejor aún, ¿por qué no asociar esta pintura, cuyas formas el artista ha ido depurando hasta el extremo de emanciparlas de su envoltura externa, a las composiciones musicales —ya unánimemente aceptadas— que traspasan, en brinco de riesgo mortal, es decir cacofónico, las leyes tradicionalmente respetadas de la armonía polifónica?

Y cuando un Germán Cueto, cuya sinceridad queda sobradamente probada por el inveterado desinterés de su producción, da a sus investigaciones acerca de posibles materias escultóricas: flejes, tierras de todas clases, asbestos mezclados con dinelita y laca de piroxilina; estructuras de hierro revestido de cemento armado, y éste, a su vez, revestido de lacas, de polvos, cuyos colores constituyen naturalmente una policromía que, saltando por encima de siglos de escultura monocroma, enlaza con normas naturalmente adoptadas por la estatuaria cuyo principio determinante consistía en fundirse con las formas naturales y arquitectónicas; cuando un Germán Cueto, dejando de lado la interpretación realista, utiliza las adquisiciones y posibilidades de la técnica más innovadora para dar, en síntesis de formas y volúmenes, una exaltación de volúmenes y contornos ¿qué derecho tiene el espectador a desconocer, a priori, un lenguaje de signos que respeta supersticiosamente, en ciertas modalidades del arte de culturas que a causa de su alejamiento, en el espacio o en el tiempo, forzosamente le permanecen herméticos en lo fundamental? (Arte americano precolombino; arte hindú; simbolismo extremo-oriental, etc. . .)

Cuestión de reeducación de sensibilidades y retinas. No se trata de saber si el arte hoy llamado abstracto, responde, o no, a las inclinaciones personales de cada visitante de exposición; se trata de comprobar si sus formas, o sea las consecuencias patentes del anhelo de depuración de cada uno de sus autores, responden a exigencias susceptibles de extenderse fuera de una inspiración estrictamente individual, que, por serlo, dejaría de interesarnos como expresión de su momento. Se trata, en fin, de dilucidar si esta expresión, hermética para los más, permanece hermética para los menos; y si, en época ninguna, fueron los más los que supieron determinar la veracidad, o impostura, de la obra de arte, en relación con su propio momento primero, con la inmediata y mediata evolución espiritual después.

ARTE figurativo: ¿acaso lo es siempre, lo fué siempre, el tenido por más realista?

Arte realista: ¿acaso revistió siempre, la representación realista de figuras y objetos, formas de inmediato acceso a la comprensión de todos?

Baste ver la pobreza, por no decir la superficialidad, de los aspectos actualmente tenidos, por ciertos sectores "progresistas", por normativos de realismo socialista, para percatarse de la confusión que impera, entre aquellos para quienes la interpretación artística, y la representación, de escenas o figuras, servidoras de su ideología —y de su propaganda, sobra decirlo— han de ser fatalmente inseparables. Mas, dejemos de lado ciertas necesidades esporádicas: el arte, que ha de anticiparse a las reacciones sentimentales de los que se benefician con la creación artística sin participar de ella, y que, en sus categorías más elevadas, se prolonga mucho más allá del instante que lo proyectó: el arte, nada tiene que ver con ampliaciones al óleo o al fresco, de cromolitografías ni con representaciones meticulosas de todos los botones, uno por uno, de túnicas de generales inmovilizados en bronce o en piedra. El realismo, en la creación artística, nunca fué "eso", y tan distante de esos óleos de propaganda de un imperativo político se halla una "Familia de Carlos IV" goyesca, o un grupo de "Meninas" velazqueño, o, para citar una interpretación rigurosamente apegada al detalle de la realidad, un retrato de Holbein o de Dürero, como la menos figurativa de las interpretaciones actuales. Por igual en unas y en otras, la realidad perseguida por el artista no es la que se ofrece a primera vista a quien sólo con los ojos contempla la obra de arte.

Con todo, cierto es que el arte hoy llamado figurativo se halla exteriormente más próximo a la realidad que no precisa exégesis para ser plenamente captada, que aquel en el cual los tonos, aisladamente, o en la combinación de sus yuxtaposiciones, y las formas, en su primera dimensión o en las tres dimensiones de su volumen al más profano, si no se le revelan por entero al menos algo le expresan. Mas, fuera de los que, en la representación artística, buscan el simple recreo visual, ¿habrá quien le regatee, a la pintura y escultura hoy tenidas por específicamente figurativas, sus intenciones segundas?

La misma "Montaña Santa Victoria", de un Cézanne, necesitó varios lustros de adaptación de la retina de los más de

sus espectadores, para ser comprendida como representación de una realidad visible. A este respecto, nada tan aleccionador como el hojear la prensa de la época de su aparición; y es, este, ejercicio que nos agradaría recomendar, a cuantos toman sus propias inclinaciones por rasero para medir creaciones ajenas, y su ceguera, o sordera, por oscuridad o silencio absolutos.

¿Es figurativo, este "Paisaje" de Rodríguez Caracalla, planimétricamente interpretado? ¿Lo es, acaso más, este otro ("Paisaje de Santa Rosa en ocre") de Ricardo Martínez? El primero obliga al espectador a la reconstrucción de los volúmenes, lo cual puede tomarse, contrariamente a una operación imperativa de esfuerzo intelectual, como facilidad de operación de síntesis ya realizada; el segundo, en relación a los paisajes impresionistas, y no digamos ya a las representaciones a lo Constable, se nos aparece singularmente abreviado en su potencialidad de evocación. Mas, si tenemos la fidelidad en el detalle por ingenuidad (y esto vale para "El Aduanero Rousseau", para "Serafina", para las obras infantiles, y para Memling o Van Eyck) hemos de tener la supresión del detalle por madurez espiritual. Incluso, por madurez excesiva. La escultura de un Lipchitz, o de un Henry Moore, o, para quedar en el terreno de lo mexicano, y dentro del panorama artístico de México, la de una Geles Cabrera, al suprimir, no menguan, sino que multiplican por exaltación. Es la línea del "Balzac" de Rodin, y de los Picassos más directamente inspirados por los cubos naturales del paisaje tarraconense. Pero, mucho antes, fué la de los bisonces de Altamira, y del primitivismo micénico, o precortesiano de Anáhuac.

MAS queda el drama, y también el effluvio lírico.

Una exposición reciente, en México, la de la pintora inglesa Leonora Carrington, nos ha mostrado cómo el lirismo exterior, nacido del colorido, podía reforzarse con el lirismo interior—si se quiere mental—brotado de muy hondas e indefinibles emociones. Arte figurativo, éste, desde luego, puesto que traslada al lienzo formas realmente existentes; y, sin embargo, arte ajeno a la representación de la realidad, puesto que, en lugar de someterse a formas visibles, en sus proporciones ordinarias, somete las formas a la deformación emocional. Lo abstracto no aparece aquí en la carencia de motivos vivientes,



El abrazo del amor. Frida Kahlo.



Tristán e Isolda. Carlos Mérida.



El filósofo. Germin Cueto.



La artista visija de incógnito. Leonora Carrington.



Paisaje. Francisco Rodríguez Caracalla.



Paisaje de Santa Rosa en ocre. Ricardo Martínez.



Cabeza y manos. Geles Cabrera.



Pintura infantil presentada en la Exposición de Pinturas de las Escuelas Primarias en el Palacio de Bellas Artes.

sino en lo abscondito de estos motivos. Es, llevada a la interpretación pictórica, la operación intelectual, y emocional, de la composición musical. (Al menos, de toda música que no sea imitativa o "verista"). El espectador que, en una pintura de Leonora Carrington, reconoce una expansión lírica análoga a la suya, definida o indefinida, o que, movido por la sugestión de una apariencia que le es grata, automáticamente se sitúa en el plano espiritual y sentimental en que hubo de situarse la artista para realizar su creación, sin quizá advertirlo, lleva a cabo la operación que a un artista no figurativo le permite dar una representación por signos de la realidad concreta. Y es, asimismo, la operación que al poeta le lleva a traducir, en asociación de vocablos y selección de imágenes, una realidad, interior o exterior, que al común de los mortales se le ofrece desperdigada en emociones imprecisas.

Un paso más, y justamente en el camino de la depuración—o abstracción— de la realidad patente, y surge el drama. El que, a modo de potencia telúrica, siente la Frida Kahlo de "El abrazo del Amor". ¿Que, con todo, y pese a todo, es, una obra de esta apariencia, de más fácil acepción que una creación absolutamente extraña a formas de inmediato conocibles? Puede. Y puede ser, también, que la facilidad de acepción, de comprensión, sea meramente ilusoria, y que el espectador que cree penetrar completamente la intención de la autora de esta obra, se engañe respecto a las dimensiones de su percepción.

Claro que hay, en todo arte figurativo, y por muy hermética que sean su intención primera y su finalidad última, una facilidad de explicación, inexistente en la obra cuyas formas no guardan, al parecer, relación con aquellas entre las cuales nos movemos. En este sentido, el espectador, o sea el profano, se encuentra siempre más próximo a un artista creador de pinturas o esculturas figurativas, que a un artista que empieza por prescindir de toda referencia a la realidad tangible. Pero, también el auditorio medio se halla más "a mano" con el autor de una partitura de ópera, que con el Bach de las Fugas: sólo que lleva ya muchos lustros de habituar su oído a las Fugas de Bach, y apenas unos años de resistirse a aceptar formas distintas de aquellas que le rodean. (Sin contar que la música puede seducir, por natural, por insoslayable imposición, aun a aquellos en cuyo espíritu no penetra, y que son incapaces de penetrar en ella; al igual que un poema, por su musicalidad, puede envol-

ver con sus ritmos a aquellos que permanecen impermeables a la intención de estos ritmos. Mientras que la musicalidad de una combinación de tonos o de líneas, o el ritmo de unas formas expresamente deformadas, requiere, para producir una satisfacción espiritual, o una emoción, una especial preparación, a la vez de la retina, y de los sentidos y, muchas veces del intelecto).

El drama, hemos dicho. El drama surge cuando hay falta de concordancia inicial, o cuando la armonía de la relación entre los factores de una unidad se quiebra. Nadie, por muy optimista que sea, podría decir, de la hora presente, en parte alguna del mundo, que existe un acorde entre el hombre y sus anhelos; entre el hombre y las sujeciones de su existencia. La falsedad del arte hecho a semejanza de imágenes de épocas pretéritas, en que el hombre, o no vivía en tamaña desarmonía, o no tenía cabal conciencia de ella, es, pues, flagrante. Es la imagen del espejo convexo, que podrá resultarles a algunos muy divertida, pero que no existe sino como deformación intencionada de la realidad. Si preferís: el cromo iluminado en colores invariablemente tiernos. Pero el drama está ahí, y no es posible olvidarse de él, a menos que se pretenda volverle la espalda a la misma realidad. Y ya que así es ¿qué representación artística es más verídica: la que pretende todavía repetir ejemplares de realidades ha tiempo esfumadas, o la que afanosa, torpemente incluso con frecuencia, procura lograr representaciones de esta desarmonía, que sentimos latir, a modo de continuo acuciamiento, en nuestra disconformidad?

Esto no será una definición exhaustiva de formas que todavía nos sorprenden, o cuya sorpresa quedará como expresión esporádica de fugaces—más o menos fugaces— tanteos y experimentos; en todo caso, si es una explicación de la razón de ser de estas formas. Y son precisamente las representaciones figurativas de irreprimible lirismo, o reveladoras de intenso drama, las que mejor justifican—independientemente de las inclinaciones de cada cual— las representaciones cuya inquietud no se detiene en las lindes de la realidad formal.

Y TORNAMOS al principio. Al principio, se entiende, de la misión aceptada por el arte.

Arte funcional. La expresión es relativamente moderna: data apenas de los años en que, a tenor de las realizaciones de

Le Corbusier, la pintura y la escultura, de nuevo, aspiraron a integrarse al muro. Empero, el hecho constituye la etapa más remota de las artes plásticas. Fué menester el júbilo del Renacimiento, con su advenimiento del deleite por el deleite—el arte por el arte—y de la obra artística creada como objeto de satisfacción individual, para que el artista creyera en la finalidad del arte en sí. Por igual un templo pre-cristiano o cristiano, que la decoración de un edificio, religioso o no; por igual una representación de una figura destinada a acompañar al original en su tumba, en su viaje por los dominios de la muerte, que una representación destinada a desempeñar en un altar, o junto a un lugar de oración, el papel de orante perpetuo; por igual la tabla del Primitivo, que la propia representación de la divinidad; la figura que realza la fachada de la catedral, que aquella que, en Pompeya, servía para excitar la sensualidad de los comensales, siempre la creación artística anterior al Renacimiento, y a sus mecenas privados, era realizada en función de una misión precisa. Y si consideramos la extensión de los periodos de la Historia del Arte en que esta misión se impuso como inspiración inicial, y aquellos en que el artista pudo, sin más obligación que la de su propia inspiración, obedecer a esta última, veremos cómo el arte que a sí mismo se basta es, no sólo de origen reciente, sino de muy breve existencia.

Siglos de individualismo; siglos en que el individuo creyó constituir una unidad perfectamente delimitada dentro del conjunto de unidades de la Humanidad, y aún de la Naturaleza: para emplear la frase corriente, esto ya pasó a la Historia. Al igual que los Derechos del individuo desligados de los de la colectividad. Vuelve el hombre, ya de vuelta de unas civilizaciones que, en su máximo desarrollo, le han mostrado la imposibilidad de una cultura que no tenga en cuenta, ante todo, las exigencias de la colectividad; vuelve ese hombre, desengañado, y no obstante, por instinto de conservación, empecinadamente esperanzado en un futuro mejor, a pensar en expresiones de significación indefinidamente prolongadas y prolongables. La música de cámara es ya un lujo, o es todavía un lujo, y el concierto sinfónico, o simplemente el jazz, despiertan emociones que le son superiores, por cuantas receptividades abarcan. El cuadro de caballete sirve tan sólo para mansiones que pueden permitirse el espacio, y el costo, de una decoración, de un lujo personal e improductivo, y son cada día menos las viviendas

particulares que pueden por su capacidad abrigar una escultura. Tornamos, pues, a la etapa del arte por algo y para algo, y no ya sólo para alguien. Y como la etapa no es aun ciclo cerrado, ni siquiera completamente desarrollado, ese arte que ya, en buena lógica, sabe no poder existir con fines particulares, aspira, aun cuando todavía ha de responder únicamente a estos fines, a revestirlos de apariencias en consonancia con una función que los sobrepase.

Arte funcional. La arquitectura, en función directa de su cometido. La pintura y escultura, en función integrante, y no ya sólo ornamental, de la arquitectura. No es imperativo general, pero sí lo es ya de mayoría. De aquí el auge creciente—renaciente—de la pintura mural, y de la estatuaria que pretende ser complemento. Y de aquí, también, el aparente despropósito de unas modalidades artísticas que aspiran a formar indisoluble conjunto y que, cada una por separado, se revela como expresión de tendencias y sensaciones puramente individuales.

¿Cómo compaginar, verbigracia, la justificación del arte abstracto, con la necesidad de doblegar el arte a una función de tipo genérico?

¿Cómo integrar, verbigracia, al muro, una expresión pictórica que se deja sentir por signos y, por sí poco fuerte, por signos herméticos para la inmensa mayoría de los espectadores?

¿Cómo encomendar a una escultura de formas adrede alejadas de la realidad visible, una misión de ornamentación perceptible al profano?

La paradoja, en apariencia, es insoluble. Y, sin embargo, de ella precisamente habremos de sacar su inmediata solución.

Tomemos, para basar nuestra especulación, el ejemplo aquí, en México, y hasta en todo el Continente americano, a la vez más a nuestro alcance y más concluyente: el de Carlos Mérida. He aquí un artista—un pintor que, al cabo de varios años de pedirles, a las formas directamente brotadas de una idiosincrasia de la que se tiene, en su más rigurosa intimidad, por parte y resultado, y al cabo de varios años de normas de estilización lógica y de haber logrado dar, de esta estilización rigurosa y natural, expresiones acordes con nuestra época, con el medio en que crea y con la actual etapa de la evolución de la pintura, a un artista, decimos, que cree obedecer a un mandato explícito de esta inspiración aflorada de los más remotos estratos de su emotividad, al encauzar sus realizaciones por un camino que, al

agrandarlas en su intención exterior, las disminuye en cuanto a expresión individual.

Del Carlos Mérida de las pinturas aisladas, cuyo objetivo limitábase a resucitar, en formas y policromías de hoy, formas y tonos que fueron, siglos atrás, expresión de culturas indígenas, ya estancadas en un pintoresquismo superficial, o cuya supervivencia, para ser plenamente captada, requiere primero una readaptación de la sensibilidad; de aquel pintor, cuyas investigaciones, en su arte, versaban sobre aspectos susceptibles de ser estilizados en "muy antiguo y muy moderno", al que dedica ahora sus esfuerzos a experimentos técnicos, que le permitan devolver su pintura a su misión fragmentaria dentro del conjunto de las demás artes, media toda la distancia que separa el arte que en sí mismo comienza y acaba su periplo, del arte cuyo camino, hoy por hoy, no descubre todavía su etapa final.

Dejemos, naturalmente, de lado, la cuestión de la aceptación personal de este arte. Intencionadamente, ni siquiera apuntaremos, respecto a él, el sentimiento personal de quien aquí procura situarlo en el lugar que le corresponde dentro del círculo (¿sereno? ¿infernal?) de nuestras inquietudes actuales. Consideremos únicamente esta realidad que ya nadie, le agrade o disguste, puede negar: que es precisamente el arte en apariencia menos asequible a la mayoría; que la mayoría menos se aviene a reconocer por su expresión contemporánea; en una palabra: el que más frecuentemente es tildado de hermético, dándole al vocablo un sentido netamente peyorativo, el que con más ahínco y fervor procura cumplir una misión colectiva.

Aspectos voluntariamente despojados de toda veleidad de representación realista, y aún de interpretación directa de formas naturales; aprovechamiento, para estos aspectos, del resultado de múltiples experimentos, al parecer extraños a la obra pictórica: yuxtaposición de piedras, en sus tonos naturales o no; de azulejos, de tonos pacientemente conseguidos, etc. . . . Propósito de revestir, sin que se les despeguen visualmente, muros de edificios, externos o internos, con decoraciones íntimamente correspondientes a su función para con lo cotidiano actual. Junto a estos murales de un Carlos Mérida, situemos las cerámicas de un Picasso, la fusión de un Léger con un Le Corbusier, y, en fin, la resurrección del arte religioso en manos de un Matisse, las ilustraciones de un Miró, y hasta esas extraordinarias litografías de un Piabert para los sonetos de Cassou, en

que, las treinta y tres sensaciones carcelarias del poeta se hallan traducidas por simples contrastes en blanco y negro. (Una mancha oscura: la espera de lo que será, quizá, nuncio de muerte; un rasgo claro entre dos manchas oscuras: el crecimiento de la esperanza; un trazo curvado pegado —que se le pega— a una línea vertical: el acoso de la incertidumbre, etc. . .) El arte como complemento, o suplemento, queda atrás. La función, también en arte, crea el órgano.

Y DECÍA, uno que no se dejaba convencer:

Así será bueno; pero así no fué en otros tiempos, en que —usted lo ha dicho— antes del Renacimiento, el arte desarrollábase y evolucionaba, en función de misiones específicas a todos asequibles. (Bueno, esto último, lo suponemos. Lo que-remos suponer).

Y es que es muy difícil, por no decir imposible, retrotraer nuestra sensibilidad. Pero, cuando el Greco les presentó a sus contemporáneos su "Hombre de la mano al pecho", no todos, de seguro, pudieron hacer el ejercicio de despojamiento intelectual necesario para penetrar en aquella realidad interna, disimulada tras la supresión de detalles —mil y uno, y todos inútiles para el pintor— de la realidad fisionómica, tal como se les ofrecía. Y era el mismo proceso, sólo que a la inversa: proceso de asociación emocional con una visión que no era la del espectador, y que, sin embargo, el artista había exaltado, basándose, primero, en la del espectador.

Y es que lo sentimos, o nos olvidemos de ello, estamos, sin excluir el fenómeno de la creación artística, exactamente en el año de 1950. Ni en el de los retratos que habían, ante todo, de fijar rasgos que la fotografía no inventada no podía fijar en su exterior; ni en el de los frescos destinados a ilustrar, en religión o en lo que fuere, a las masas que no podían acceder a la ilustración por la lectura; ni en el de las tallas de capiteles y sillarías de coros que, por intermediario de un escultor anónimo, les servían de picota a las rebeldías populares; ni, desde luego, en el de las realidades plásticas limitadas a la sola representación de la realidad.

Ahora bien, esto de rechazar, sin más, innovaciones, supone, ante todo, tenerlas de seguro por innovaciones. Sin salir de este continente cuyo arte aborigen permanece todavía, en su

mayor parte, insuficientemente conocido, y hasta totalmente ignorado: allí están, en todas las manifestaciones plásticas anteriores a los contactos europeos, los simbolismos con frecuencia alejados, intencionadamente, de las formas reales. Y allí están, en su lenguaje que entendemos apenas en su mínima parte, esos signos, expresión de realidades profundas y, sin duda, permanentes, y cuyos autores o, si preferís, traductores incrustaron en el muro o en piedras sueltas, como apariencias necesarias.

El arte abstracto, mucho más que el figurativo, fué, en el México precortesiano y en Egipto; en el Extremo Oriente y en la Alta Edad Media, arte esencialmente funcional.

Lo cual, si bien explica —o pretende explicar— su razón de ser hoy en día, no quiere decir que en él queden comprendidas todas las posibilidades de las artes plásticas acordes con las exigencias, espirituales y materiales, de la vida que a nosotros, exactamente en nuestro tiempo, nos ha tocado en suerte vivir, en sus pormenores y en su plenitud.

CIENCIA ECONOMICA Y CIENCIA POLITICA

El problema de las vinculaciones entre economía y política ha despertado siempre vivo interés en los medios intelectuales italianos. A este propósito es suficiente pensar en la "reducción" de la actividad política y jurídica a la actividad económica realizada por Croce en los primeros años de este siglo, y a las discusiones e investigaciones que desarrollaron después constantemente filósofos, juristas y economistas sobre este tema y sobre los temas particulares de las relaciones entre ciencia política y ciencia económica y entre ciencia política y actividad política, ciencia económica y actividad económica.

Este año, el interés todavía vivo y profundo por estos temas ha sido demostrado por el hecho de que, por una rara coincidencia, a pocos días de distancia, en dos de las más antiguas universidades del norte de Italia, en la de Turín y en la de Pavia, los discursos inaugurales para el año lectivo han tratado estos temas. Exactamente, el primero de los discursos mencionados ha sido pronunciado por un anciano maestro de economía, partidario de la escuela liberal, el actual Presidente de la República, Luigi Einaudi, que, justamente con aquel discurso, por haber alcanzado los límites de edad, se ha despedido de su cátedra; el segundo, ha sido pronunciado por un joven filósofo del derecho, Bruno Leoni, actual decano de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Pavia quien, en estos últimos tiempos se ha destacado también por la labor realizada en el campo de la ciencia económica que a su juicio, como veremos, coincide y casi se identifica con la ciencia política.

En su discurso que acaba de aparecer publicado por la Universidad de Turín con el título "Ciencia económica y economistas en el momento presente",¹ Einaudi, sustancialmente, ha defendido los valores de la tradición contra las tendencias más decididamente renovadoras de la ciencia económica; ha lamentado que esta ciencia, a pesar del alto nivel alcanzado, exagere en lo relativo al análisis, sin un punto de partida seguro en las investigaciones; ha afirmado la exigencia y la esperanza de que se llegue pronto a una síntesis que ilumine el camino de las investigaciones sin destruir nada de lo que la ciencia económica ha construido en dos siglos de gloriosos progresos; y por fin, ha hecho

¹ LUIGI EINAUDI. *Scienze economica ed economisti nel momento presente*. Memorie dell'Istituto giuridico dell'Università di Torino, ed Giuppichel U. Torino 1950.

recaer la culpa de los principales defectos de la ciencia económica actual en la obra del más grande renovador de la misma, en Keynes que, según Einaudi, "ha exagerado en la búsqueda de lo novedoso y se ha burlado de los errores de los grandes que han errado solamente por haber visto un momento de la realidad distinto del momento que él vió; mas resulta dudoso saber cuál de estos momentos sea efectivamente el sobresaliente, y resulta dudoso también, si los heréticos elogiados por Keynes merecen ocupar el lugar de los clásicos, aporte que ha sido consagrado por el tiempo".

El aspecto más importante y de interés del discurso de Einaudi, al despedirse de su cátedra, no se encuentra sin embargo, a mi manera de ver, en los párrafos donde defiende a los clásicos en contra de las concepciones renovadoras, sino en los puntos en que el actual Presidente de la República ha sentido y valorado la profunda diferencia que existe, entre la vida práctica y política que él ha tenido que vivir en estos años y la vida del sabio que antaño vivió. Einaudi por muchos años, durante la dictadura fascista, se dedicó pura y exclusivamente a las investigaciones teóricas y a la labor didáctica. Exactamente, el aspecto más atractivo de su discurso se encuentra en las páginas donde Einaudi ha tratado de aclarar en qué consiste esta diferencia, particularmente cuáles relaciones deben establecerse entre la actividad que desarrolla el economista como sabio, vinculado exclusivamente "a la aristocrática cofradía de los sabios" y la actividad que debe, en cambio, desarrollar el mismo economista como hombre práctico, en el mundo de los hombres prácticos.

Tratando de establecer ante todo cuál es la misión específica del economista como sabio, como investigador de la ciencia económica, Einaudi observa que esta misión debe tener un carácter puramente teórico, de observación de los hechos, de interpretación de los fenómenos, de aclaración y sistematización de los conceptos. El sabio economista, a su juicio, debe ser "un puro esteta dedicado constantemente a estudiar los esquemas, los instrumentos, los conceptos transmitidos por las generaciones pasadas y a perfeccionarlos, a modificarlos, a sustituirlos para que sirvan para interpretar mejor los hechos ya conocidos o para dar una representación de los hechos nuevos que la experiencia de la vida cada día crea o transforma". El trabajo de interpretación y de conocimiento constituye así la única tarea del sabio y esta tarea impone un trabajo y un esfuerzo sin fin porque la verdad es inalcanzable. Perteneció a la cofradía aristocrática de los sabios economistas sólo quien tiene el anhelo de saber y la conciencia de que no sabe. "Desdichado el día, dice Einaudi, en el cual uno de nosotros sabe. Si nos ocurre leer

que un escritor dice que sabe, que afirma saber que la verdad es aquella y no otra, que quien no cree en esa verdad es un hereje, nosotros tenemos una sola y absoluta certidumbre: la certidumbre de tener el derecho de echar afuera al sabio presumido, a quien afirma saber, a quien declara poder enseñar a otros la verdad; de echarlo sin piedad, a latigazos, fuera del templo".

Si exclusiva y modestamente teórica debe ser la tarea del sabio economista y del economista como sabio, no puede salir de los límites de una vida contemplativa e interpretativa; sin embargo, como hombre, como hombre íntegro, no está obligado a quedarse encerrado en los límites de esa vida; puede y debe salir de estos límites porque es miembro de una sociedad, ciudadano de un estado, defensor de este o de aquel credo político. Pero, cuando sale del templo de la ciencia pura y participa en la vida de la calle "donde se desbordan las pasiones y los hombres luchan entre sí", el sabio economista debe ser consciente de que ha salido del templo y que está en la calle. En el templo, el economista no debe tener otro fin que buscar la verdad sin preocuparse de los efectos y de las consecuencias que los resultados de sus búsquedas puedan tener para la vida práctica; en la calle, por la misma razón, el sabio no debe poner su ciencia al servicio de las pasiones y de los intereses políticos y sociales. "Dice una blasfemia terrible quien atribuye al sabio la tarea de trabajar en favor de un orden, de un grupo social, de una clase, de la clase más numerosa, de la humanidad misma". El sabio economista no debe preguntarse si sus teoremas y sus doctrinas sirven a uno, a pocos, a muchos, o a ninguno. El sabio economista inventa teoremas y desarrolla doctrinas que, cuando sean exactas, otros tendrán que seguir las y perfeccionarlas y, en este caso, puede terminar su vida "satisfecho por haber llevado un pequeño, imperceptible ladrillo para la construcción del edificio que, sin descanso, se está construyendo y haciendo siempre más hermoso y majestuoso".

Pero, cuando el economista ha salido a la calle con perfecta conciencia de haber salido a la calle y de estar fuera del templo ¿cómo debe comportarse en la calle? A esta pregunta Einaudi contesta comparando al economista que ha dejado el reino de la ciencia pura para dedicarse a las actividades de la vida práctica, con el "esclavo sentado a los pies del triunfador en Roma a quien estaba confiada la tarea de recordar al vencedor que al lado del Campidoglio está la Rupe Tarpea". Esta comparación significa, que, a su modo de ver, la tarea del economista en la vida práctica y al lado de los hombres políticos, consiste en recordar a éstos, a cada momento, que "desde que Dios arrojó al

hombre del Paraíso terrenal", los medios económicos de los cuales dispone, son limitados y no alcanzan para satisfacer todas las aspiraciones y realizar todos los ideales que son infinitos. Más exactamente, la tarea del economista consiste en obligar en cada momento al político a elegir entre los fines y los medios de que dispone, calculando siempre en esta elección "las ventajas presentes y las desventajas futuras". El economista, según Einaudi, en la vida práctica tiene la tarea de recordar que las discusiones alrededor de los distintos ideales sociales, resultan estériles y producen sólo odio y destrucción cuando se mantienen en el puro campo de los ideales y de las buenas intenciones, sin tomar contacto con la dura realidad de las limitaciones económicas y sin tratar de encontrar los medios necesarios para la realización de los fines. El economista que ha salido a la calle, "el esclavo economista", como dice Einaudi, debe oponerse a que el entusiasmo de quien aspira a salvar a un pueblo, se transforme en fanatismo; debe recordar siempre al hombre político que "los ideales son nada, son negativos, si su realización choca contra lo inadecuado de los medios o con la necesidad de emplearlos con mayor urgencia para alcanzar otros ideales".

En la primera parte de su discurso donde determina los caracteres y los fines efectivos de la ciencia y la tarea específica del hombre de ciencia me parece que el pensamiento de Einaudi es claro y perfectamente acertado. Su concepción, evidentemente, se opone a la de quienes, como Mac Leish durante la última guerra, han sostenido que el intelectual debe luchar "como intelectual" para la defensa de las democracias y debe poner su inteligencia y su sabiduría al servicio de la parte de la humanidad que es a su juicio la mejor. Poner la ciencia al servicio de una clase, aunque sea la más numerosa, aunque comprenda toda la humanidad, significa, en cambio, para Einaudi, traicionar la ciencia, traicionar la cultura. En este punto, el discurso de Einaudi reafirma una tesis que durante la guerra del 14, sostuvo en Italia con gran energía Benedetto Croce, en numerosos artículos y ensayos que se encuentran reunidos en su volumen "Pagine sulla guerra". En aquella época, en efecto, el filósofo italiano protestó contra las declaraciones en favor y en contra de la cultura alemana que hacían muchos sabios de los distintos países en guerra; afirmó que quienes intentaban transformar la ciencia en arma de lucha política, traicionaban la ciencia y traicionaban la cultura de su propio país, y declaró decididamente que, a su juicio, el sabio que durante una guerra, quiere participar en el esfuerzo y en el sufrimiento de su patria, no debe

participar en la lucha en su calidad de sabio, sino como hombre, como ciudadano, como soldado.

En la última parte de su discurso en la cual Einaudi expone el problema de la tarea que debe cumplir en la vida práctica, no ya el sabio en general, sino el economista en particular, me parece que su pensamiento resulta menos claro y algo incompleto. Sustancialmente, a su juicio, "el esclavo economista" en la vida práctica tendrá que seguir siendo un "sabio economista" que desarrolla un trabajo típicamente científico de aclaración e interpretación. El economista, en la vida práctica, deberá explicar las relaciones que vinculan los medios con los fines; deberá definir los términos del planteamiento de los problemas; deberá establecer los límites entre los cuales estos problemas puedan resolverse; pero no tendrá que intervenir nunca en la elección de los fines hacia los que se dirige la acción concreta y alrededor de los que se desarrolla la lucha política y social. La tarea de esta elección, según Einaudi, pertenece exclusivamente al hombre práctico, al hombre político. ¿Pero, qué se entiende por hombre político, por hombre práctico? ¿Cómo, este hombre debe proceder para la elección de sus fines después de que la ciencia económica lo ha ilustrado sobre los medios de que puede disponer? Si en la elección de los fines está el punto de partida de la actividad política y en esta elección no puede intervenir la ciencia económica, ¿puede, por lo menos, intervenir la ciencia específica de esta actividad: la ciencia política? Einaudi se preocupa por establecer solamente los límites que separan la ciencia económica de la política, pero no explica qué entiende por política, no aclara cuáles relaciones existen entre ciencia económica, ciencia política y actividad política.

A estas preguntas contesta Bruno Leoni en su discurso que lleva justamente el título: "Ciencia económica, ciencia política, acción política".²

Leoni no cree en la posibilidad de una ciencia política entendida como ciencia de los fines últimos de la acción política y observa que esta imposibilidad de determinar, de "calcular", los fines supremos no constituye solamente un límite para la ciencia política, sino para todas las ciencias. En efecto, observa Leoni, "La historia de las ciencias demuestra que el progreso en los más distintos campos de la investigación está condicionado por la renuncia, por lo menos provisional, a extender la investigación más allá de un límite establecido de antemano. Si Euclides no hubiese resuelto enunciar sin demostrarlos algunos

² BRUNO LEONI, *Ciencia Económica, ciencia política, acción política* en "L'Industria", fasc. 4, Milano 1950.

famosos principios de la ciencia geométrica, el desarrollo de esta ciencia no habría sido ni siquiera pensable". Y lo que ocurre a las ciencias físicas y matemáticas, ocurre también con las ciencias humanas. La ciencia económica, por ejemplo, ha conseguido realizar verdaderos progresos sólo cuando ha renunciado a la búsqueda de leyes absolutas, valederas para cualquier organización económica, y se ha limitado a estudiar los efectos que corresponden a los fines perseguidos y a los medios empleados para alcanzar estos fines.

Puesto que la ciencia política, como las demás ciencias, debe renunciar a la búsqueda y a la valoración de los fines últimos, esta ciencia, según Leoni, debe limitar su tarea al estudio de las relaciones entre los fines propuestos y los medios disponibles y a la determinación de las consecuencias que derivan no sólo de los fines que se quieren alcanzar, sino también de los medios que es necesario emplear. Desde este punto de vista, la ciencia política demuestra pues, una perfecta analogía, casi diría una identidad con la ciencia económica. Leoni recuerda que Max Weber en un notable escrito de 1904 tuvo el mérito de afirmar que el principio fundamental de las ciencias políticas y sociales consiste en examinar si los medios empleados por los hombres son adecuados a los fines que se proponen alcanzar y observa que hoy entre los más destacados economistas contemporáneos como Robbins y Hayek, domina la tendencia de aplicar a la ciencia política en sentido estricto los esquemas de la ciencia económica y de entender esta ciencia en sentido amplio como ciencia política. La tarea que Leoni atribuye a la ciencia política en la vida práctica resulta ser sustancialmente la misma tarea que Einaudi, como hemos visto, atribuye a la ciencia económica. En efecto Leoni, como Einaudi, compara esta tarea a la del esclavo sentado a los pies del triunfador en Roma y afirma que la ciencia política como la ciencia económica, nunca debe aconsejar al político práctico la elección de los fines de su acción sino sólo recordarle que es siempre necesario precisar su elección porque sus medios por grandes que sean, no logran jamás conseguir todos los fines. Como se ve, la concepción de Leoni comparada con la de Einaudi, por un lado quiere someter la acción política a un control mayor y por el otro quiere atribuirle una mayor independencia. Por un lado, afirma que el hombre político debe controlar su acción adquiriendo la conciencia de la necesidad de elegir entre fines distintos y medios limitados, no solamente por medio de la ciencia económica, sino también por medio de la ciencia política; por otro lado declara que, en el acto por el cual el hombre político elige sus propios fines, no solamente no puede intervenir la ciencia económica, sino tampoco la ciencia política.

Leoni se da cuenta de que esta concepción por la que también la ciencia política está excluida de la valoración y de la elección de los fines políticos puede parecer a muchos demasiado modesta, hasta servil, "como parece servil a Platón la actitud del sabio que se limita a sugerir a los hombres políticos el medio más idóneo para alcanzar sus fines"; mas observa que no hay otra salida, porque no existe la posibilidad de hablar en sentido objetivamente valedero del fin o de los fines absolutos de la actividad económica y política.

Se puede observar que esta imposibilidad no deberá constituir un motivo suficiente para excluir la ciencia política de toda intervención en la elección de los fines de la actividad política; porque, si la ciencia no puede alcanzar y valorar los fines últimos, puede y debe estudiar e interpretar el sentido de los fines relativos, históricos y contingentes y porque la elección de estos fines no es, y muchas veces tampoco pretende ser, objetivamente valedera. El mismo Leoni que afirma tan radicalmente que la ciencia política no debe intervenir en la elección de los fines políticos, reconoce sin embargo que esta ciencia, además de las tareas indicadas, tiene también la tarea de dar al hombre político la conciencia del significado de lo que quiere, es decir de los fines de su propia acción. Pero esta conciencia no debe intervenir en la elección de los fines políticos, sino que debe limitarse al conocimiento de los medios necesarios para conseguirlos ni de las consecuencias que derivan del uso de estos medios; sino deberá extenderse a todo el conjunto de los móviles históricos, psicológicos, sociales y de todas las causas racionales e irracionales que impulsan al hombre político a la elección de sus propios fines, de su propia ideología.

Leoni observa que la ciencia política se distingue de la ciencia económica por el hecho de que tiene la tarea de dar al hombre político la conciencia del significado de lo que quiere. Me parece que esta observación es acertada e importante. Si Leoni la hubiese desarrollado más, habría llegado quizás a la conclusión de que esta tarea no tiene sólo un carácter diferencial sino que constituye la esencia misma de la ciencia política.

A mi juicio la ciencia política no tiene sólo la finalidad práctica de indicar los medios disponibles para elegir los fines, sino tiene también el fin teórico de explicar el sentido de estos fines, el sentido de las distintas ideologías políticas y el significado del acto por el cual estos fines han sido elegidos. Es deseable que este acto se realice en forma racional y con perfecta conciencia de que se cumple una elección entre fines distintos y medios limitados; pero esto puede no ocurrir. Muchas veces en efecto la actividad política se desarrolla irracional-

mente, por la fuerza de los sentimientos, de las pasiones, de las emociones, y este hecho, a mi modo de ver, no es motivo suficiente para que la ciencia política deba renunciar a explicar y a entender el sentido de esta actividad. En llevar a la conciencia lo que es inconsciente, en descubrir los motivos profundos de las acciones políticas, en disolver los mitos que envuelven y dirigen esta acción, consiste, a mi juicio, la tarea fundamental de la ciencia política. Y esta tarea, que es esencialmente teórica, puede tener una importancia práctica quizás mayor de la que tiene la tarea de indicar las relaciones entre medios y fines porque esta última indicación sirve sólo para las acciones futuras de los políticos que quieren actuar con el cálculo y con la razón, mientras que la tarea que he calificado como fundamental, descubriendo y determinando los móviles inconscientes e irracionales de las acciones, muchas veces, puede obligar al hombre político a rectificar y racionalizar su acción, a apagar las pasiones y a deshechar los mitos.

No es mi propósito discutir aquí más ampliamente el punto de vista de Leoni sobre ciencia y acción política, ni de oponer a la concepción que resuelve la ciencia política en ciencia económica, la concepción que entiende la ciencia política esencialmente como ciencia de las ideologías políticas. Mi propósito ha sido solamente el de informar a los lectores latinoamericanos sobre estos trabajos que acaban de aparecer en Italia y que expresan exigencias ampliamente sentidas en algunos sectores del país: la exigencia de racionalizar la acción política sometiéndola al control riguroso de la ciencia, la exigencia de independizar la ciencia salvándola de las ingerencias de la política práctica; en fin, la exigencia de atribuir una importancia secundaria a las ideologías políticas. Estas exigencias y en particular la última, pueden ser discutibles, pero sin duda, son todas perfectamente explicables cuando se considera la situación espiritual y política de la Italia de hoy.

Renato TREVES.

Presencia del Pasado

PANORAMA CONTINENTAL DEL INDIGENISMO

Por Juan COMAS

AUNQUE "lo indígena" expresa una idea universal, aplicable a cualquier país, tiene un valor específico refiriéndose al Continente americano. Se trata de un movimiento social preocupado por la difícil y precaria situación material y espiritual en que se encuentran los indígenas de América (llamados "indios" o "amerindios") y que aspira a lograr su mejoramiento en ambos aspectos hasta incorporarlos a la vida ciudadana del país en que residen, elevando su nivel socio-económico y cultural y convirtiéndolos por tanto en factores de producción y consumo.

A) Historia

A través de las distintas épocas, entre los siglos XVI y XVIII, el concepto de Indigenismo ha sufrido transformaciones diversas que no podemos exponer en detalle, aunque ha motivado copiosa literatura.¹

La Corona de España, los conquistadores, religiosos y colonizadores de las primeras épocas, bien en forma aislada, bien en representación de sectores sociales claramente definidos por sus intereses y filosofía, manifestaron criterios contradictorios en pro y en contra del "indígena" o "indio" del Nuevo Mundo, que se tradujeron en Leyes, Disposiciones, Decretos, Ordenanzas y Reglamentos que a través de dos siglos normaron la conducta de los gobernantes en la Conquista y la Colonia.

¹ Entre otras muchas obras véase: HANKE, L.: *La Lucha por la Justicia en la Conquista de América*. Buenos Aires, 1949. 576 pp. SVIRUCHI, ATILIO: *Derecho Indígena Peruano*. Lima, 1946. Pp. 1-98. VILLORO, LUIS: *Los grandes momentos del Indigenismo en México*. México, 1950. 247 pp.

Dos hombres y dos criterios, discutidos apasionadamente en el Consejo de Indias, pueden simbolizar la situación; las recomendaciones y sugerencias que con tal motivo se hicieron a Fernando el Católico, Carlos V y Felipe II motivaron las Leyes de Indias, las Nuevas Leyes de Indias y un sinnúmero de disposiciones aisladas, que en ciertos momentos y épocas favorecieron más al "indígena" y en otros al elemento "hispano" de la Conquista: Fray Bartolomé de Las Casas, titulado "Protector de los Indios", es el portaestandarte del "indigenismo" en el siglo XVI; su adversario más famoso fué el eminente teólogo Juan Ginés de Sepúlveda, apoyado por G. Fernández de Oviedo y Fray Toribio de Benavente o Motolinía.²

La discusión de si los indios eran o no hombres, de si podía legalmente hacerse esclavos y despojarles de sus propiedades, de si era o no justa la guerra que contra los mismos se organizó, etc., han sido temas motivo de copiosa bibliografía y enconadas controversias sin resultados prácticos. Evidentemente no es justo en modo alguno afirmar, como hace Thorstein Veblen, que "la empresa española de la colonización de América fué una empresa de rapiña, atizada e inflamada por el fanatismo religioso y la vanidad heroica".³ Si se tiene en cuenta la época en que se llevó a cabo, está mucho más ajustada a la realidad la afirmación de L. Hanke de que "La Conquista de América por los españoles fué... uno de los mayores intentos que el mundo haya visto de hacer prevalecer la justicia y las normas cristianas en una época brutal y sanguinaria".⁴ Máxime si recordamos la forma como otras naciones europeas iniciaron y llevaron a cabo la colonización, tanto en parte del Continente Americano como de otras regiones del globo, exterminando sistemáticamente a los nativos.

Cabe reconocer sin embargo, que casi siempre la Corona de España legisló teniendo en cuenta los derechos humanos del

² LAS CASAS, BARTOLOMÉ DE: *Historia de las Indias*. Barcelona, 1929; 3 tomos. Nueva edición crítica de A. Millares Carlo y L. Hanke, por el Fondo de Cultura Económica (en prensa). Otras obras de Las Casas pueden encontrarse en el libro de L. Hanke, ya citado. SEPÚLVEDA, JUAN GINÉS DE: *Tratados de las Justas causas de la Guerra contra los Indios*. México, 1941. 179 pp.

³ MITCHELL, W. (editor): *What Veblen Taught*. New York, 1936, p. 370 (transcrito de L. Hanke, obra citada, pp. 14-15).

⁴ *Obra citada*, p. 13.

aborigen, aunque en la práctica tales disposiciones no se cumplieron.

Estas consideraciones no deben entenderse en modo alguno como aprobación por nuestra parte de la *realidad* de la Conquista en cuanto se refiere a los hechos de expoliación y trato durísimo que se infligió a los habitantes autóctonos del Continente por la gran mayoría de conquistadores y colonizadores, en su afán de adquirir rápidamente riquezas y dominio. Por el contrario recordamos y nos adherimos a lo dicho por J. Ingenieros: "leyendo el *Derecho Indiano* y la *Política Indiana* de Solórzano o la *Recopilación* promulgada por Carlos II, verdaderos monumentos de literatura jurídica, llégase a pensar que las Indias españolas tuvieron la más sabia administración política concebible en los siglos XVI y XVII. Frente a esta 'historia de papel', que tanto regocija a los juristas, existe otra compuesta de hechos reales; basta abrir cualquiera de sus páginas para asombrarse de la discordancia entre ambas. Nunca se ha legislado más, ni cumplido menos; lo que se infiere de las leyes escritas es un poema de esas mentiras con que los funcionarios públicos ocultan las verdades que no pueden confesarse. Desde el Rey hasta el último regidor todos violaron lo que mentan en esos doctos papeles, en cuya difícil manufactura se atendía más a la lógica jurídica que a su aplicación efectiva".⁶

Las Leyes de Indias son representación genuina de una política indigenista de tipo tutelar; trataron de ser guía del indio en lo espiritual, en lo social, en lo económico y en lo político, rodeándolo de una serie de garantías para evitar el abuso, los malos tratos y la explotación inicua de que era o pudiera ser objeto por parte de los españoles. Pero esta política tutelar quedó en teoría, sin que llegara a resultados positivos. Su fracaso es patente, puesto que el indio, después de 300 años de gobierno bajo leyes de protección y amparo, quedó tan miserable y desvalido como antes. Los intereses de colonos y la inmoralidad de autoridades inferiores anularon los nobles propósitos de esa admirable legislación.

No cabe aquí discutir la veracidad o la inexactitud de "la leyenda negra" de España en América por ser tema ajeno a nuestros propósitos. Lo dicho es sólo antecedente obligado para referirnos al indigenismo contemporáneo que, sin la menor

⁶ INGENIEROS, JOSÉ: *Evolución de las ideas argentinas*. Buenos Aires, 1937, tomo I, pp. 41-43.

duda, arranca de los sermones de Fray Antonio de Montesinos, en Santo Domingo (1511), pues con ellos se inicia la lucha de preclaros varones españoles para lograr que los primitivos pobladores del Nuevo Mundo fueran tratados como seres humanos; es decir que, siguiendo a Montesinos y apoyando la campaña de Fray Bartolomé de Las Casas, deben considerarse —entre otros— como precursores del "movimiento indigenista" a Reginaldo de Morales, Vicente de Santa María, Padre Matías de Paz, Francisco de Vitoria, Gaspar de Recarte, Tomás López, Juan de Torres, Pedro de Angulo, Sebastián Ramírez de Fuenleal (Obispo de Sto. Domingo), Jacobo de Testera, Antonio Ramírez de Haro (Obispo de Segovia), etc.

No estará demás sin embargo, transcribir la opinión de un anglosajón refiriéndose a la "leyenda negra" de la conquista de América; decía en 1935 el inglés Pelham H. Box: "La observación de que a no ser por el Apóstol de las Indias [Fray B. de Las Casas], España habría escapado a la hostilidad de vecinos celosos, es demasiado ingenua para valer la pena de discutirse. Ninguna potencia que posea un rico imperio puede esperar verse libre de la envidia... Si él [Las Casas] exageró en los detalles, tenía razón en lo fundamental y su verdad no queda afectada por el empleo que extranjeros hipócritas hicieron de sus obras... No es la menor de las glorias de España haber producido a Bartolomé de las Casas y haberle escuchado, aunque ineficazmente".⁶ Criterio que nos parece muy justo para valorizar con exactitud la obra de Las Casas y de España en la conquista de América.

La independencia de los países latinoamericanos no trajo sensible mejoría en cuanto a la situación del amerindio. Al promulgarse constituciones y códigos reconociendo la igualdad de todos los ciudadanos en nombre de los más elevados principios morales, se logró de hecho empeorar la situación del indígena, ya que los deberes que le incumbían pudieron hacerse efectivos sobre todo mediante los impuestos y el servicio militar, en tanto que sus derechos y prerrogativas carecían de efectividad gracias a su ignorancia para ejercitarlos. Dice A. Svirichi a este respecto:

"El mestizaje, saturado de las ideas revolucionarias de Estados Unidos y de Francia, proclamó en alta voz los principios de Liber-

⁶ BOX, PELHAM: *Fall of the Inca Empire*. 1935, p. 66. (Citado por L. Hanke, *obra citada*, p. 219).

tad, Igualdad y Fraternidad. Su llamado tuvo un eco lejano en la conciencia del indio, quien tomó parte en las gestas heroicas, fué inconciente libertador del Continente, armó su brazo contra el despotismo y aclamó la victoria de las armas de la libertad. América se fraccionó, a capricho, en pequeñas Repúblicas". "Los indios así entraron desapercibidos en la vida republicana, ansiosos de justicia, anhelantes de libertad; pero el gobierno pasó de las manos de los dominadores hispanos a las de los dominadores mestizos quienes, olvidando la tradición, perennizaron con otros métodos y con otros sistemas el feudalismo y la servidumbre. El indio siguió siendo el mismo siervo explotado y vejado"... "Los próceres de la libertad de América y los organizadores de las nuevas nacionalidades, saturados del liberalismo individualista y racionalista francés, trataron de destruir toda la obra de la Colonia con su régimen de castas, con su desigualdad social, los tributos, los trabajos forzados y hasta la denominación de indígenas. Todos los hombres eran iguales ante la ley, por consiguiente debían desaparecer los privilegios, las legislaciones tutelares, el colectivismo y las instituciones comunales. El imperio de la Constitución no admitía distingos, todos eran ciudadanos; pero los indios no vislumbraron el imperio de la libertad y la igualdad"... "Un nuevo despotismo se alzó amenazador; se concedió a los indios todos los atributos propios del ser humano, pero también se les otorgó todas las obligaciones y deberes del ciudadano. Al amparo de la Constitución y de las leyes, los mestizos en contubernio con los peninsulares o los hijos de éstos, se apropiaron de las tierras de los indios y los esclavizaron esgrimiendo los propios códigos y leyes que la Revolución había impuesto"... "los preceptos del Derecho Romano y del Código de Napoleón quedaron convertidos en los vehículos más propicios para la explotación legalizada".⁷

Ha sido realmente en los comienzos del siglo XX cuando en ciertos sectores sociales surgió la preocupación por lograr el bienestar del aborigen, y se adoptaron las primeras medidas prácticas para tal fin.

B) Doctrina

EXISTE un sector de opinión que, por desconocimiento del problema o con deseo voluntario de tergiversarlo, clama contra

⁷ *Obra citada*, p. 10.

el indigenismo afirmando que sus defensores tratan simplemente de retrotraer al indio a su situación pre-Conquista, desterrando cuanto de cultura occidental posean hoy y reviviendo prácticas, usos, costumbres, y aun creencias religiosas, de tipo primitivo. En una palabra, enfrentan los conceptos de *Indigenismo e Hispanidad* dando a ambos un sentido totalmente erróneo. Ningún indigenista consciente, y menos todavía el indigenismo como doctrina continental, han perseguido nunca tal finalidad. El indigenismo intenta mejorar la situación material y espiritual en que se encuentran más de 30 millones de indígenas, cuyo problema socio-económico, cultural y político es distinto del que confronta la masa de población no india de las naciones americanas y, por tanto, no puede resolverse con la simple aplicación de las Leyes Generales del país de residencia.

La antropología social, la etnología y la antropología aplicada, han demostrado de manera fehaciente, la imposibilidad de realizar con éxito ningún ensayo de mejora en sectores indígenas (sanitario, dietético, agrícola, educativo, etc.), sin el previo conocimiento no sólo de las características peculiares del grupo de referencia, sino sobre todo de los procesos mentales que las rigen. De ahí que la solución del problema indígena no sea simple cuestión económica ni legislativa; aun con tales elementos la incorporación de los amerindios a la civilización nacional sólo podrá lograrse eficazmente cuando se conozcan y tomen en consideración la vida, costumbres y pensamientos del aborígen.⁶

El proceso de aculturación o transculturación, implica transformar en la vida del autóctono aquellos rasgos culturales que sean perjudiciales por otros beneficiosos y útiles; no se trata

⁶ Mencionamos únicamente, como ejemplo, algunos de los trabajos más significativos en este campo de la investigación: BARTON, R. F.: *The Calingas. Their Institutions and Custom Law*. University of Chicago Press, 1949. 275 pp. COLLIER, JOHN: *The Indians of the Americas*. New York, 1947. 326 pp. COOLIDGE, DANE: *The Last of the Seris*. New York, 1939. 264 pp. BEALS, RALPH L.: *Cheran, A Sierra Tarascan Village*. Washington, 1946. 225 pp. DE LA FUENTE, JULIO: *Yalalag. Una Villa Zapoteca Serrana*. México, 1949. 382 pp. GILLIN, JOHN: *Moche. A Peruvian Coastal Community*. Washington, 1947. 166 pp. KUCZYNSKI GODARD, MAXIME H.: *Distintos y valiosos trabajos realizados bajo los auspicios del Ministerio de Salud Pública de Lima, acerca de los campesinos ayacuchanos, Amazonia peruana, la Pampa de llave, el Altiplano del Titicaca, etc.*; publicados entre los años 1943 y 1948. LA FARGE, OLIVER: *As Long as the Grass Shall*

de sustituir *todo* lo indígena por lo occidental, ni tampoco de conservar aquello, desterrando esto; el ideal es aunar ambas tendencias, que lo indígena y lo europeo se complementen en lo que tienen de útil y digno de ser mejorado y perpetuado. El arte popular indígena y el idioma nativo (por ejemplo cuando se trata del maya o el quechua, que son vínculo de relación entre millares de seres) son rasgos que no pueden ni deben borrar-se de la cultura americana, que no es indígena ni hispánica, sino simbiosis de ambas. ¿Acaso la conservación del bretón, el walón o el vasco resta algo al principio de nacionalidad de los pueblos que los hablan? Igual criterio debe seguirse con los idiomas nativos en América cuando éstos tienen fuerte arraigo y poseen, no sólo una gramática, sino también su literatura y una riquísima tradición.

¿Quién es indígena para el indigenismo? Uno de los puntos más debatidos es fijar a *quiénes* afecta el problema, es decir, ¿quiénes son indios? La controversia ha sido larga y aun pudiera decirse que perdura, si bien la gran mayoría de antropólogos e indigenistas ha llegado a un acuerdo de principio: Descartar en absoluto el criterio biológico para definir al indio; no necesita el indigenista determinar el grado de pureza o de mesti-

Grow Indians Today. New York, 1940. 140 pp. LEIGHTON, ALEXANDER H. y DOROTHEA C.: *The Navaho Door. An Introduction to Navaho Life*. Harvard University Press, 1944. 149 pp. LEIGHTON, ALEXANDER H. y DOROTHEA C.: *The Navaho*. Harvard University Press, 1946. 258 pp. LEIGHTON, DOROTHEA C. y CLYDE KLUCHHOHN: *Children of the People*. Harvard University Press, 1947. 277 pp. MAC-GREGOR, GORDON: *Warriors without Weapons*. University of Chicago Press, 1946. 228 pp. OBERG, KALERVO: *The Terena and the Caduveo of Southern Mato Grosso, Brazil*. Washington, 1949. 72 pp. REDFIELD, ROBERT: *The Folk Culture of Yucatán*. University of Chicago Press, 1948 (4ª edición). 416 pp. REDFIELD, R.: *A Village that Choise Progress. Chan Kom revisited*. University of Chicago Press, 1950. 188 pp. REDFIELD R. y VILLA ROJAS, A.: *Chan Kom, A Maya Village*. Washington, 1934. STEGGERDA, M.: *Maya Indians of Yucatán*. Washington, 1941. 280 pp. THOMPSON, LAURA and ALICE JOSEPH: *The Hopi Way*. University of Chicago Press, 1947. 151 pp. TSCHOPIK, HARRY: *Highland Communities of Central Peru. A Regional Survey*. Washington, 1947. 56 pp. UNDERHILL, R.: *Work a Day Life of the Pueblos*. Phoenix, Ar., 1943. 173 pp. UNDERHILL, R.: *Indians of the Pacific Northwest*. Riverside, Cal., 1945. 232 pp. VILLA ROJAS, A.: *The Maya of East Central Quintana Roo*. Washington, 1945. 182 pp. WAGLEY, CHARLES y EDUARDO GALVÃO: *The Tenetehara Indian of Brazil*. Columbia University Press, 1949. 200 pp.

zaje con blancos, negros o amarillos que determinado grupo aborigen posea, para decidir si queda incluido o excluido de sus programas de mejoramiento. Puede darse el caso de individuos que biológicamente sean indios puros (hablamos en teoría, ya que de hecho no existe en la actualidad tal pureza si se exceptúa el posible caso de los selváticos del Amazonas y quizá, hasta hace poco, el de los lacandones de Chiapas, México), y en cambio posean un bagaje cultural de tipo europeo que haría inútil y superflua su inclusión entre quienes deben merecer la atención especial del indigenista. Numerosos son los casos de indios que han ocupado preeminentes situaciones en la vida política y social de su país; y son en la actualidad incontables las personalidades destacadísimas en las más diversas actividades socio-económicas y culturales de México, Guatemala, Ecuador, Perú y Bolivia que indubitadamente son de clara ascendencia indígena.

La cuestión de definición se plantea pues en el terreno estrictamente cultural. Para el indigenismo son sujetos de su atención preferente, y aun diríamos que exclusiva, aquellos grupos étnicos en su casi totalidad de ambiente rural, que (con poco o mucho mestizaje biológico) conservan suficientes características culturales de tipo material o psíquico que exigen especial y peculiar atención para lograr su mejoramiento hasta incorporarlos a la vida ciudadana normal.

a) Tal criterio distintivo resulta de fácil aplicación en los casos extremos; así por ejemplo, no ofrece para nadie dudas que deben considerarse como indígenas quienes viven en régimen comunal, en zonas geográficas delimitadas y hablan únicamente idiomas nativos en vez del castellano, portugués o inglés; es decir, los grupos aborígenes monolingües.

b) Cuando se trata de comunidades indígenas que además de su lengua nativa hablan, con mayor o menor fluidez, el idioma nacional, el criterio selectivo es más difícil y ha de tener la suficiente ductilidad para adaptarse a cada caso. Mucho se ha escrito sobre el particular tratando, desde ese punto de vista, de caracterizar y definir al indio; pero únicamente mencionamos las más importantes y recientes fuentes informativas.⁹

⁹ BERLIN, H.: *El indígena frente al Estado* (América Indígena, IV, pp. 275-280, 1944). BERMEJO, VLADIMIRO: *La Ley y el Indio en el Perú* (Íd., IV, pp. 107-111, 1944). COHEN, F. S.: *Definitions of Indian*; en las pp. 2-5 del *Handbook of Federal Indian Law*. Washing-

Hay que estudiar pues, cualitativamente, el mayor número posible de características culturales en cuanto a alimentación, vestido, higiene, hábitos de trabajo agrícola y de pequeñas industrias locales, creencias, mitos, religión, etc., para determinar si se trata de rasgos de tipo precolombino o producto de asimilación de costumbres occidentales. Si la mayoría corresponden al primer grupo, deben clasificarse los sujetos entre los que interesan al indigenista; en caso contrario sus problemas socio-económicos y culturales forman parte del acervo común de la población rural del país de que se trate.

c) Todavía hay que tener en cuenta los grupos que habiendo ya olvidado su propio idioma nativo conservan sin embargo características culturales precolombinas; aquí resulta aún más aventurado, y no siempre posible, establecer el límite para clasificarlo en uno u otro sector.

Alfonso Caso¹⁰ ha dado últimamente una definición que estimamos muy aceptable: "Es indio, todo individuo que se siente pertenecer a una comunidad indígena; que se concibe a sí mismo como indígena; porque esta conciencia de grupo no puede existir sino cuando se acepta totalmente la cultura del grupo; cuando se tienen los mismos ideales éticos, estéticos, sociales y políticos del grupo; cuando se participa en las simpatías y antipatías colectivas y se es, de buen grado, colaborador en

ton, 1942. CASO, ALFONSO: *Definición del Indio y lo Indio* (América Indígena, VIII, pp. 239-247, 1948). DE LA FUENTE, JULIO: *Discriminación y Negación del Indio* (Id., VII, pp. 211-215, 1947). DE LA FUENTE, JULIO: *Definición, Pese y Desaparición del Indio en México* (Id., VII, pp. 63-69, 1947). GAMIO, MANUEL: *Consideraciones sobre el problema indígena en América* (Id., II (2), pp. 17-23, 1942). GAMIO, MANUEL: *Las Características Culturales y los Censos Indígenas* (Id., II (3), pp. 15-19, 1942). GAMIO, MANUEL: *Calificación de características culturales de los grupos indígenas* (Id., II (4), pp. 17-22, 1942). GAMIO, MANUEL: *Consideraciones sobre el problema indígena*. México, 1948, 138 pp. LEWIS, OSCAR y E. MARS: *Bate para una nueva definición del Indio* (América Indígena, V, pp. 107-118, 1945). MENDIETA NÚÑEZ, LUCIO: *Política Cultural Indigenista* (Id., III, pp. 227-230, 1943). MONZÓN, ARTURO: *Planteamiento de algunos problemas indígenas* (Id., VII, pp. 323-331, 1947). RONDÓN, C. MARIANO DA SILVA: *Problema Indígena* (Id., III, pp. 23-38, 1943). SIVIRICHI, A.: Obra citada en la nota 1; pp. 1-29. VILLA ROJAS, ALFONSO: *La Civilización y el Indio* (Id., V, pp. 67-72, 1945). VIVÓ, JORGE A.: *Acercas del problema indígena en Hispano-América* (Id., IV, pp. 31-36, 1944).

¹⁰ Artículo citado, p. 239.

sus acciones y reacciones. Es decir, que es indio el que se siente pertenecer a una comunidad indígena”.

El indigenismo por tanto exige en la actualidad una base científica que únicamente puede dar la Antropología, en el sentido amplio de dicha palabra. El conocimiento de las características culturales de todo grupo aborigen es el paso previo indispensable a cualquier medida de administración y de gobierno que quiera adoptarse en su favor.

Angel Rosenblat¹¹ fija en 16.211,670 el número de indios existentes en 1940 en América (539,837 en Groenlandia, Alaska, Canadá y Estados Unidos; 8.105,205 en México y Centro América; 7.566,628 en América del Sur). Desde nuestro punto de vista, y de acuerdo con el criterio fijado para determinar quienes son sujetos del indigenismo, debe aumentarse mucho dicha cifra. Cálculos aproximados hechos por aventajados hombres de ciencia fijan en 30 millones los individuos que de acuerdo con sus características culturales han de considerarse indígenas y por tanto incluidos en un programa indigenista (600,000 en Canadá-Estados Unidos; 12.400,000 en México y Centro América; y 17.000,000 en América del Sur).

En su aspecto práctico el problema indígena se presenta en formas distintas:

1) La que simbolizan Estados Unidos de América, donde los grupos aborígenes están localizados en áreas geográficas bien determinadas que se denominan Reservas. En este caso existe una legislación especial para tales grupos étnicos, en general a base de convenios bilaterales, y el Gobierno Federal tiene establecida en Washington, en el Departamento del Interior, una Oficina de Asuntos Indígenas con su presupuesto especial. Esta situación de aislamiento hace que cualquier medida legislativa o presupuestaria en favor de los indígenas, tenga escasa repercusión nacional, ya que sólo afecta a grupos bien delimitados. La política indigenista en Estados Unidos ofrece ahora, desde la *Indian Reorganization Act* (1934), una clara tendencia constructiva hacia la incorporación de dichos grupos a la vida ciudadana, siendo precisamente este aislamiento lo que permite, sin trastornos ni modificaciones de tipo nacional, adoptar las medidas conducentes a tal fin.¹²

¹¹ ROSENBLAT, ANGEL: *La población indígena de América, desde 1492 hasta la actualidad*. Buenos Aires, 1945.

¹² Ver la obra de Félix S. Cohen, ya mencionada. Además, entre otras muchas fuentes informativas: *Indians at Work*, revista editada

2) Algo distinta es la situación en Brasil, Paraguay y Venezuela, donde la población autóctona, en su gran mayoría de tipo selvático, se localiza en territorios y zonas geográficamente aisladas, de difícil acceso; en consecuencia la legislación necesaria para su protección y mejoramiento no afecta directamente al resto del país.

3) Por el contrario, en las naciones latinoamericanas con elevado porcentaje de población indígena (México, Guatemala, Ecuador, Perú, Bolivia y posiblemente el altiplano de Colombia) y donde ésta forma la gran masa de la población rural y aun urbana, cualquier intento de mejora al sector aborigen presupone medidas de gran amplitud social con las consiguientes repercusiones políticas y económicas que afectan a todo el país. De ahí la mayor envergadura y dificultad que la solución del problema ofrece en estas condiciones.

4) Otra modalidad es la que presentan Chile, Argentina, Panamá, Honduras, Costa Rica, etc., donde los grupos indígenas son relativamente poco numerosos y habitan zonas más o menos localizadas, aunque no en Reservas tipo norteamericano. En tales casos el mejoramiento indígena ofrece, en cuanto a posibilidades de realización, características intermedias entre los más típicos citados anteriormente.

5) En fin, Cuba, Haití, República Dominicana y Uruguay, carecen totalmente de población aborigen.

Es claro que para los grupos indígenas incluidos en los apartados 1) y 2) se imponen leyes específicas adaptadas a las peculiares circunstancias señaladas. Para el grupo 3), el más numeroso e importante, las opiniones han estado divididas y aun hoy existen corrientes contradictorias; sin embargo parece prevalecer el criterio de que es nociva y discriminatoria toda legislación particular y que deben aplicarse a los aborígenes las disposiciones de carácter general. Ahora bien, para no caer en el fracaso que el incumplimiento de tales leyes supondría (sobre todo en los derechos que a los indios conceden y que éstos por ignorancia no podrían utilizar ni aprovechar) se ha creado en casi todos los países afectados un sistema tutelar (llamado gene-

por el Office of Indians Affairs, de Washington, desde 1933 a 1942. *Indian Education*, revista quincenal editada por la misma dependencia oficial, desde 1937 a la fecha. Y una serie de monografías tanto en inglés como en castellano, sobre problemas indígenas concretos; también de la misma Oficina Federal norteamericana.

ralmente de Procuradores de Indígenas) encargado de defender a éstos y ayudarles ante la Administración Pública para recabar y defender sus derechos. México es el caso más genuino representativo de esta política indigenista.¹³ La intervención de antropólogos y técnicos bien preparados y perfectos conocedores de la vida y cultura de los distintos grupos indígenas, permitirá en cada caso la aplicación de las leyes generales con la suficiente elasticidad para rendirlas eficaces respetando la personalidad del aborigen en todo cuanto tiene —y no es poco— de digno de ser alentado, conservado y aun fomentado.

C) Realizaciones

EN el plano continental, he aquí los principales antecedentes del movimiento indigenista que deben citarse.

a) La Primera Convención Internacional de Maestros (Buenos Aires, enero de 1918) recomendó "la incorporación de los aborígenes a la cultura moderna"; "la preparación de maestros indígenas"; "la creación de colonias escolares y escuelas rurales"; "la organización de núcleos de misioneros de enseñanza"; "la creación de cátedras y seminarios de estudios indigenistas en las Universidades"; "obtención de la posesión definitiva del suelo por los indígenas"; "lucha por la igualdad de derechos políticos y jurídicos de los indígenas"; etc.

b) Los Congresos de Economía Social de Rio de Janeiro (1923) y Buenos Aires, (1924) adoptaron diversas resoluciones sobre la obligación en que se encontraban los gobiernos americanos de proteger a la raza indígena.

c) La VII Conferencia Panamericana (Montevideo, 1933) el deseo de que se celebrara una Conferencia Interamericana de expertos en asuntos indígenas.

d) El VII Congreso Científico Americano (México, 1935) recomendó el estudio especial del problema indígena, y ratificó la resolución de Montevideo para la celebración del Congreso Indigenista Interamericano.

¹³ Véanse: *Memorias del Departamento de Asuntos Indígenas* correspondientes a los años: 1941-42 (190 pp.); 1942-43 (197 pp.); 1943-44 (212 pp.); 1944-45 (246 pp.) y 1945-46 (230 pp.). *Seis años de Gobierno al Servicio de México, 1934-40*. Secretaría de Gobernación. México, 1940; pp. 351-382.

e) En el mismo año, la II Asamblea General del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, reunida en Washington, propuso el establecimiento de instituciones científicas para el estudio de la situación de los indígenas, sobre todo en los países de fuerte población aborigen.

f) La Primera Conferencia Panamericana de Educación, (México, 1937) aprobó que "se organice un Congreso Continental para estudiar el problema de los indios en los países de América Latina".

g) La VIII Conferencia Panamericana, reunida en Lima en 1938, adoptó una resolución declarando que los indígenas "tienen un preferente derecho a la protección de las autoridades públicas para suplir la deficiencia de su desarrollo físico e intelectual", y que debería ser propósito de todos los gobiernos "desarrollar políticas tendientes a la completa integración de aquéllos en los respectivos medios nacionales", procurando que esa integración se lleve a cabo dentro de normas que "capaciten a la población aborigen para participar eficazmente y dentro del concepto igualitario en la vida de la nación". La misma Conferencia decidió patrocinar la celebración del Primer Congreso Indigenista Interamericano que debió celebrarse en Bolivia, pero que por fin se reunió en Pátzcuaro (Michoacán, México), en abril de 1940.

h) Las Conferencias Interamericanas de Agricultura, a partir de la segunda, celebrada en México en 1942, han considerado también la trascendencia de los problemas rurales (y por tanto en gran parte indígenas) en relación con las actividades agrícolas continentales.

i) El Primer Congreso Demográfico Interamericano (México, octubre de 1943) adoptó las Resoluciones X, XI y XVI recomendando a los países de América con población indígena "la elevación efectiva de los niveles culturales y económicos de la misma" "para facilitar la incorporación de la población indígena a la vida activa de la Nación".

j) La carta Orgánica de los Estados Americanos adoptada en la IX Conferencia Panamericana (Bogotá, abril de 1948), establece en su artículo 74, como uno de los objetivos del Consejo Interamericano Cultural, el de "promover la adopción de programas especiales de instrucción, educación y cultura para las masas indígenas de los países americanos".

k) Con motivo de la esclavitud y otros sistemas similares de explotación del trabajador que, con distintas denominaciones, han sido aplicados a los indígenas en muchas regiones del continente, e independientemente de la copiosa documentación que acerca de tal abuso han publicado distinguidos investigadores, la Oficina Internacional del Trabajo, en su IV Conferencia Regional (Montevideo, 1949) reconoció tal hecho al establecer una Comisión para Estudio de las condiciones de vida y trabajo de las poblaciones indígenas, afirmando que "importantes grupos de estas poblaciones viven en condiciones precarias y trabajan en circunstancias especiales que les impiden beneficiarse de la protección otorgada por la legislación a los trabajadores en general". Y la O. I. T. ha creado, en cumplimiento de acuerdos de su Asamblea General, un "Comité Mundial de Expertos en Trabajo Indígena", en el cual América está representada por distinguidos indigenistas de Ecuador (Victor Gabriel Garcés), México (Everardo Gallardo), Guatemala (Antonio Goubaud), Bolivia (Elizardo Pérez) y Perú (Manuel Sánchez Palacios).¹⁴

1) En fin la O. N. U. a través de su Consejo Económico y Social ha establecido un "Comité de Expertos contra la Esclavitud e Instituciones Análogas", que preside Moisés Poblete y Troncoso (Chile), el cual ya ha formulado su primer Informe

¹⁴ Algunas de las fuentes informativas de mayor utilidad respecto a condiciones de trabajo y salario indígenas son: ARDUZ EGUIA, GASTÓN y REMBERTO CAPRILES: *El problema social en Bolivia. Condiciones de vida y trabajo*. La Paz, 1941. BONIFAZ, MIGUEL: *El problema agrario indígena en Bolivia durante la época republicana*. Sucre, 1947. BUITRÓN, ANÍBAL: *Situación económica y social del indio otavaleño* (América Indígena, VII, pp. 45-62, 1947). BUITRÓN, ANÍBAL: *Vida y pasión del campesino ecuatoriano* (América Indígena, VIII, pp. 113-130, 1948). COMISIÓN MIXTA BOLIVIANO-NORTEAMERICANA: *Los problemas del trabajo en Bolivia*. La Paz, 1943. FRIEDE, JUAN: *El indio en su lucha por la tierra*. Bogotá, Colombia, 1944, 210 pp. GARCÍA, A.: *Regímenes Indígenas de Salarizado* (América Indígena, VIII, pp. 249-287, 1948). JARAMILLO ALVARADO, PLO: *El Indio Ecuatoriano*. Quito, 1936, 590 pp. LIPSCHUTZ, A.: *Indoamericanismo*. Santiago de Chile, 1944, 500 pp. MONSALVE POZO, LUIS: *El Indio. Cuestiones de su vida y su pasión*. Cuenca, Ecuador, 1943, 545 pp. POBLETE TRONCOSO, MOISÉS: *Condiciones de Vida y Trabajo de la población indígena del Perú*. Ginebra, 1938, 236 pp. RUBIO ORBE, GONZALO: *Nuestros Indios*. Quito, 1947, 382 pp. SÁENZ, MOISÉS: *Sobre el indio ecuatoriano, su incorporación al medio nacional*. México, 1933. SIVIRICHI, A.: Obra citada en nota 1.

analizando las variadas modalidades que la esclavitud, aun en formas atenuadas, presenta entre los grupos indígenas del Continente Americano.

Al Primer Congreso Indigenista Interamericano, antes mencionado, concurren delegados oficiales de 13 países, y se aprobaron 72 Resoluciones de capital interés, que figuran en el *Acta Final* de dicho Congreso. De acuerdo con la Recomendación 71, se redactó una Convención Internacional que es la base jurídica en virtud de la cual se creó el Instituto Indigenista Interamericano, con sede en México,¹⁵ que empezó a actuar de manera provisional en 1941 y se estableció en forma definitiva en marzo de 1942, siendo designado como director el Dr. Manuel Gamio, quien a la fecha continúa desempeñando dicho puesto, terminando su período en 1955.

El Instituto actúa como Comisión Permanente de los Congresos Indigenistas Interamericanos, y entre sus funciones más esenciales están las de: "Solicitar, coleccionar, ordenar y distribuir informaciones sobre investigaciones científicas, referentes a problemas indígenas, legislación y administración de grupos indígenas; iniciar, dirigir y coordinar investigaciones científicas a título de ensayo de aplicación inmediata al problema indígena; editar publicaciones periódicas y realizar amplia labor de difusión por los medios a su alcance", etc.

El Instituto Indigenista Interamericano fundó la revista trimestral *América Indígena* y el Suplemento informativo, también trimestral, *Boletín Indigenista*; ambas publicaciones, de amplia difusión en todo el Continente, son una fuente informativa de primer orden para quienes se interesan por estos problemas.

Los Congresos Indigenistas Interamericanos deben celebrarse cada cuatro años; pero la II Guerra Mundial impidió dar cumplimiento a tal precepto. El II Congreso Indigenista Interamericano tuvo lugar en Cusco, Perú, del 24 de junio al 4 de julio de 1949; y el *Acta Final* de dicho Congreso ha sido también editada y difundida por el Instituto Indigenista Interamericano.

¹⁵ Tanto la *Convención Internacional* que rige al Instituto Indigenista Interamericano, como el *Acta Final* del I Congreso Indigenista Interamericano (Pát. Cuatro, México, 1940), han sido editadas por el I. I. I. y se facilitan a quienes se interesen por tales documentos.

El III Congreso Indigenista Interamericano debe celebrarse en Bolivia, sin que hasta el momento se haya fijado fecha definitiva ni lugar específico.

Integran en la actualidad el Instituto Indigenista Interamericano 14 Estados-miembros: Bolivia, Colombia, Ecuador, El Salvador, Estados Unidos, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, Rep. Dominicana y Venezuela. Los Gobiernos de Costa Rica y Argentina, se han adherido a la Convención Internacional, pero para su ingreso definitivo como Estados-miembros hace falta la ratificación del Poder Legislativo.

II.—*Organismos indigenistas de carácter nacional.*—Posiblemente sea el Brasil quien primero se ocupó oficialmente de sus grupos autóctonos. Por Decreto y Reglamento de 20 de junio de 1910 estableció el *Serviço de Proteção aos Índios*, dependiente del Ministerio de Agricultura, Industria y Comercio. Actualmente dicho Organismo se rige por un nuevo Reglamento aprobado por Decreto de 16 de octubre de 1942 con las modificaciones introducidas en 27 de abril de 1943 y 26 de enero de 1945. Por Decreto-Ley de 3 de noviembre de 1939, pasó a depender del Ministerio de Agricultura, donde continúa.

El Decreto-Ley de 22 de noviembre de 1939, estableció el *Conselho Nacional de Proteção aos Índios*, siendo su Reglamento aprobado por Decreto de 27 de abril de 1943.¹⁶

En 1910 se fundó en México la *Sociedad Indianista Mexicana*, primera en su género en todo el Continente, siendo una de sus finalidades "excitar a todas las personas de raza indígena, y a los amigos de ella, para que promuevan todo lo que crean conveniente para el desarrollo de nuestros pueblos o para excitar el fenómeno de la evolución social necesario para la cultura del indio".¹⁷

¹⁶ *Colección de Leis, Atos y Memoriais* referentes ao Indígena Brasileiro. Publicación N° 94 del Conselho Nacional de Proteção aos Índios. Rio de Janeiro, 1947.

¹⁷ COMAS, JUAN: *Algunos datos para la Historia del Indigenismo en México* (América Indígena, Vol. VIII, pp. 181-218, 1948). Los antecedentes históricos del indigenismo en otros países pueden consultarse en: GARCÍA, A.: *El Indigenismo en Colombia: génesis y evolución* (América Indígena, V, pp. 217-234, 1945). COMEN, F. S.: *Handbook of Federal Indian Law*, 1947, para Estados Unidos; y también véase nota 12. Para Brasil la valiosa serie de Publicaciones del Conselho Nacional de Proteção aos Índios, que rebasa el centenar.

No es posible señalar concretamente cada una de las instituciones gubernamentales o particulares que se han establecido en los distintos países para abordar el problema indigenista; diremos sólo que Bolivia, Ecuador, Estados Unidos, México y Perú disponen de una organización especializada denominada Dirección u Oficina de Asuntos Indígenas. El Perú ha creado además en 1949 un Ministerio especial de Trabajo y Asuntos Indígenas.¹⁸

En Colombia y Venezuela los respectivos gobiernos tienen encargadas oficialmente a las Misiones Católicas de cuanto se refiere a incorporación de los grupos indígenas a la vida ciudadana.

Por lo que se refiere a instituciones de tipo científico y orientador del indigenismo están los *Institutos Indigenistas Nacionales*, creados de acuerdo con el Art. X de la Convención Internacional que rige al Instituto Indigenista Interamericano y funcionando como filiales de este último, habiéndose ya establecido los de: Bolivia (1949), Ecuador (1943), El Salvador (1943), Estados Unidos (1941), Guatemala (1945), México (1948), Nicaragua (1943) y Perú (1946). No todos han desarrollado las mismas actividades, ni trabajado con igual eficiencia.¹⁹

Además funcionan el *Instituto Indigenista de Colombia* (1943) y el *Instituto Indigenista de Chile* (1949), que todavía no tienen carácter gubernamental. Se creó también la *Comisión Indigenista de Venezuela*, dependiente del Ministerio de Relaciones Exteriores (1947). Otras entidades dedicadas al problema indigenista son: *Comisión Indigenista Argentina* (1938) y *Comisión de Protección al Aborigen Argentino* (1946), la primera de índole privada y la segunda dependiente del Ministerio de Trabajo y Previsión. La *Junta de Protección de las Razas aborígenes de la Nación*, en Costa Rica (1945). La *Asociación Indigenista del Paraguay* (1942), con carácter oficial y *Patronato Nacional de los Indígenas del Paraguay*. El *In-*

¹⁸ *Boletín Indigenista*, Vol. IX, pp. 194-197; 386-387. 1949.

¹⁹ En el *Boletín Indigenista*, se encuentran los textos legales que rigen tales instituciones (Vol. III, pp. 242-257; 260-265; 270-275; 294-297. 1943. Vol. IV, pp. 32-33. 1944. Vol. V, pp. 212-221; 330-333; 362-373. 1945. Vol. VI, pp. 154-163; 252-255. 1946. Vol. VII, pp. 318-329. 1947. Vol. VIII, pp. 172-177; 258-263. 1948. Vol. IX, pp. 128-131. 1949).

tituto Uruguayo de Estudios Indigenistas (1947), es una asociación de índole particular.²⁰

Debe citarse también la actuación de los llamados *Servicio Cooperativo norteamericano-boliviano, norteamericano-peruano, norteamericano-ecuatoriano y norteamericano-guatemalteco* que en sus tres ramas, educativa, agrícola y sanitaria, vienen realizando desde hace algunos años eficiente trabajo en regiones indígenas tan importantes como son la del Titicaca (tanto en su parte boliviana como en la peruana), el altiplano del Ecuador y los Altos de Guatemala. Sus beneficiosos resultados son ya del dominio público.

En fin, la callada pero eficacísima labor que desde hace 10 años realiza el *Summer Institut of Linguistics*, adscrito a la Universidad de Oklahoma, bajo la dirección de G. Townsend. Aunque aparentemente se trata de un grupo de investigadores de los idiomas aborígenes, su larga convivencia con los grupos más alejados de la civilización, tanto en México como en Perú, incluye siempre y en primer término una labor social de gran importancia y eficacia en los terrenos sanitario, educativo y agrícola.

III.—*Organizaciones Indígenas*.—La repercusión del movimiento indigenista ha influido ya constructivamente en la actitud de los propios interesados, quienes se han constituido en agrupaciones locales, nacionales y aun se observan intentos de coordinación interamericana, para sumar esfuerzos que logren una más rápida reivindicación de sus derechos. En este terreno deben citarse *The Six Nations Iroquois Indian Confederacy* que incluye más de 35,000 miembros tanto canadienses como norteamericanos; el *Indian Council Fire of Canada*; los *Consejos Tribales Indígenas* que funcionan en distintas zonas de Estados Unidos (Sioux del río Cheyenne, de Pine Ridge, Navajos, Pápagos, etc.). En 1945 se celebró en Denver (Colorado) el *Congreso Nacional de los Indios de Estados Unidos*, al que concurren 45 tribus representadas por 80 delegados. La *Confederación de Jóvenes Indígenas de México*, donde además se han venido celebrando Congresos Indígenas Regionales entre los cuales hay que mencionar por su importancia y continuidad los cuatro *Congresos de Indígenas Tarahumaras* efectuados

²⁰ Una excelente síntesis a este respecto ha sido hecha por Lauro J. Zavala, y se titula *Ocho años de Indigenismo Continental* (Edición mimeografiada del Instituto Indigenista Interamericano; 105 pp., 1948).

respectivamente en 1939, 1944, 1945 y 1950; el *Consejo de Lenguas Indígenas*, establecido en México en 1940 y el *Instituto de Alfabetización en Lenguas Indígenas* (1945) gracias al cual se han editado ya seis cartillas bilingües para enseñanza del castellano utilizando la lengua materna de los aborígenes.²¹

La *Corporación Araucana* en Chile; la *Federación Ecuatoriana de Indios* que ha celebrado ya distintos Congresos para exponer a los poderes públicos sus aspiraciones de mejoramiento; la *Juventud Indígena de San Blas*, Panamá, gracias a la cual se celebró el *Congreso de Indios Cunas* (1941). El *Primer Congreso de Indígenas de habla Keschwa* (1942), celebrado en Sucre (Bolivia) con asistencia de representantes de numerosas comunidades y ayllus. En 1945 tuvo lugar el *Primer Congreso Indígena Boliviano*, con asistencia de más de 1,400 representantes; como resultado del mismo se logró la supresión legal (aunque no real) del *ponguaeje* y de la *mita* así como de los servicios personales gratuitos que se acostumbraba imponer a los indios.

Es evidente que el movimiento indigenista, ya con perspectivas continentales, cuenta con un ambiente popular altamente favorable, que ha encontrado también —como hemos visto— comprensiva acogida en los medios gubernamentales de la mayoría de los países americanos. Sin embargo hay dos factores que obstaculizan la puesta en práctica de las Resoluciones y Acuerdos adoptados en los dos Congresos Internacionales a que se ha hecho referencia:

1) La cuestión presupuestaria nacional. No puede pensarse en solucionar ninguno de los problemas que afectan al indígena americano (sanidad, dotación de tierras, educación, etc.) sin la erogación de sumas considerables que sólo a largo plazo pueden ser recuperadas; y no siempre —aun suponiendo buena voluntad para ello— la economía nacional permite gastos de tal envergadura;

2) La resistencia más o menos activa de ciertos sectores, precisamente de aquellos que tienen casi siempre mayor influen-

²¹ *Boletín Indigenista*, Vol. III, pp. 184-189; 284-289. 1943. Vol. IV, pp. 304-318. 1944. Vol. V, pp. 160-181; 400-407. 1945. Vol. VI, pp. 42-54; 242-243. 1946. Vol. IX, pp. 70-81. 1949. Vol. X, pp. 164-175. 1950.

cia social, para quienes el mejoramiento de los grupos indígenas supone disminución de ingresos por aumento de salarios y pago de otras prestaciones al trabajador indígena. Muchas veces estos intereses privados pesan más en la política de algunos países que las justas demandas del sector aborígen y de sus defensores; en consecuencia las medidas legales no se dictan y aun, en ciertos casos, una vez legislado no son cumplidas.

Terminamos esta síntesis recordando el nombre de algunos de los indigenistas de mayor prestigio, aparte de los ya citados oportunamente, que lucharon y luchan sin desmayo en favor de los grupos aborígenes de América: Elizardo Pérez y Max A. Bairon (Bolivia); Gral. Cándido M. da Silva Rondon y A. Botelho de Magalhães (Brasil); G. Hernández de Alba, Sergio Elías Ortiz, Juan Friede y César Uribe Piedrahita (Colombia); Alejandro Lipschutz (Chile); Benjamín Carrión, G. Rubio Orbe, Aníbal Buitrón, Luis Monsalve Pozo, Humberto García Ortiz y Luis A. León (Ecuador); John Collier, Willard W. Beaty, D'Arcy McNickle, John Provinse y Joseph C. McCaskill (Estados Unidos); Luis Chávez Orozco, Daniel F. Rubín de la Borbolla, Gonzalo Aguirre Beltrán (México); J. Uriel García, J. A. Encinas, Hildebrando Castro Pozo, Jorge Cornejo, Luis E. Valcárcel y Gerardo Bedoya (Perú).

HOSTOS Y EL POSITIVISMO HISPANOAMERICANO

Por Victor MASSUH

EL positivismo hispanoamericano cumplió una doble hazaña espiritual. La primera, de carácter político: organizar ideológicamente las nacientes democracias nacionales sobre la base de un orden racional y moderno. La segunda, de carácter educativo: proveer a los americanos de un sistema de ideas y costumbres que superaran las formas sociales y psicológicas del medioevo, subsistentes aún. Ideas y modos de vida nuevos que estimularan el progreso material, los hábitos industriosos de sus habitantes, de modo que la sociedad pudiera resolver el caos de la Colonia rediviva al día siguiente de la Independencia. De ahí que bajo las influencias de Spencer o de Comte, las ideas positivistas se extendieron a lo largo del continente, como las únicas capaces de realizar lo que se dió en llamar: la liberación mental de América. Liberación comenzada ya, por otra parte, en la segunda mitad del siglo XVIII, bajo los auspicios del Despotismo Ilustrado. Por estas épocas, América abrió definitivamente sus puertas a la modernidad. Consecuente con esta tradición histórica, el positivismo planteó el problema de la educación del hombre americano en los términos de su peculiar concepción del mundo: progreso material, industrial, organización, educación científica. Esto es: planteó el problema en los términos indirectos de educación *social* del hombre.

Es claro que el positivismo no podía concebirlo de otro modo. Se necesitaba educar al hispanoamericano "para hacer caminos de hierro, para hacer navegables y navegar los ríos, para explotar las minas, para laborar los campos, para colonizar los desiertos" como dijera Alberdi. O como lo afirmara Varona en palabras parecidas y que sintetizan el espíritu de su Reforma Educacional: "A Cuba le bastan dos o tres literatos; no puede pasarse sin algunos centenares de ingenieros".¹ Se tra-

¹ FÉLIX LIZASO, *Panorama de la Cultura Cubana*. Col. "Tierra Firme", pág. 111. México.

taba de educar al hispanoamericano en el acrecentamiento de un saber que permitiera el dominio de esta doble barbarie: la de la naturaleza, rebelde a la voluntad civilizadora del hombre dada la rudeza de su floreciente caos; y la de la historia, rebelde a todo designio constitucional, ordenador, dado el ímpetu fiero de sus caudillos. *Barbaries*, que como se sabe, Sarmiento comendíara en un solo término.

En suma, se quería que nuestro hombre pudiera constituir una sociedad nueva, organizada en base a un orden de razón. Eso sí: con amplios ventanales al Occidente, desde donde no se perdieran de vista los arquetipos europeos unas veces, norteamericanos otras.

EN verdad, el positivismo —sobre todo aquel de los primeros constructores que Korn caracterizó, en la Argentina, como "positivismo en acción"— proveyó a estas exigencias pragmáticas. Educó al americano *para* la sociedad. Moduló aquellos estratos psicológicos que en el hombre son tangenciales al ser de la sociedad. Es decir: estimuló sus potencias menos interiores.

Ello quiere decir que el positivismo soslayó una importante tarea: centrar el acto educativo en el núcleo más íntimo del ser individual. De modo que una auténtica transformación del hombre americano se realizara con referencia directa a la interioridad humana mucho más que a su contorno social.

El positivismo no lo concibió así por una razón: desconoció el concepto de *interioridad*. Su antropología manejó una idea del hombre que poseyó todas las limitaciones familiares al determinismo naturalista. Quiso comprender al ser humano con categorías válidas para el reino de lo natural —en cuanto "homo faber"— unas veces. Otras, lo comprendió con los conceptos del clásico dualismo (naturaleza-razón) elaborado por el pensamiento de la Ilustración. En ambos casos, la idea del hombre evidenciaba una oquedad interior, una pérdida de la dimensión espiritual humana, que desde luego, la antropología posterior al positivismo intentará restaurar.

Pero lo cierto es que tal limitación tuvo entre nosotros importantes consecuencias. A pesar de sus fecundos hallazgos, el positivismo dejó abierto el camino para una errada comprensión del proceso renovador del hombre y la cultura en Hispanoamérica. En adelante se llegó a concebir que toda transforma-

ción humana o cultural se realizaría mediante la *incorporación* o *agregación* de caracteres extrínsecos asimilados en el seno de las culturas mayores. O en la medida que ciertas circunstancias sociales determinaran desde fuera, los perfiles de su ser interior.

A todas luces, esto implicaba desvirtuar las normas invariables de todo desarrollo espiritual. Desarrollo que no se da como un crecimiento por cristalización o agregación de tipo inorgánico, y mucho menos como un subproducto psicológico modelado en el cauce de un férreo causalismo social. Pero sí, se manifiesta como un florecimiento desde un núcleo interno —una semilla, un alma—, irrupción desde lo subterráneo con voluntad de rostro y altura. Rostro cuyas líneas están dadas, más que por el designio de un artífice exterior (estado, sociedad, medio, causas físicas), por las profundas oleadas conformadoras de un extraño "elan" interior. "Elan" o diástole, íntima voluntad de ser, trabajada en las zonas más intransferibles de lo humano. Aquellas en las que el hombre toca por los cuatro costados las primeras sombras del misterio. Desenvolvimiento espiritual, a partir de la actualización y dinamización de sus fuerzas interiores, a partir de su más remota y escondida realidad: aquello que acaso sólo es anuncio, proyecto, potencia. En suma, desenvolvimiento en las zonas de la interioridad, cuyas entrañas cobijan el milagro de todo nacimiento.

ESTAS zonas espirituales olvidó el positivismo hispanoamericano en su tarea educativa. Y fué un olvido condicionante, presente en la prédica y la acción de nuestros mayores positivistas americanos: Lastarria, Sarmiento, Varona, Alberdi, Barrera, Sierra. En casi todos ellos, bajo una u otra forma —ya sea explícitamente o como concepción del mundo involuntariamente asimilada— la idea del "homo faber" fué el soporte común de sus filosofías educativas. Pero lo notable es que uno de los principales intentos por superar esta limitación —ello es lo que quieren demostrar las líneas que siguen— vino del campo del positivismo. Y se afirmó sobre todo, en la conducta y la crisis interior de uno de sus hombres ejemplares, muchas de cuyas ideas pedagógicas se forjaron a la luz del positivismo occidental. Me refiero a un gran educador hispanoamericano que efectuó este movimiento de superación a costa de sí mismo y que estudiado en función de las peripecias que el tema del

hombre reviste en América, cobra un interés cada día mayor por sus incalculables aportaciones. Se trata de Eugenio María de Hostos.

La figura de Hostos nos resulta de gran importancia para el conocimiento de un momento decisivo del pensamiento americano. Momento transicional, en el cual se intenta, nada menos que la elaboración de una imagen del hombre más integral que aquella del positivismo.

Pues, Hostos tuvo la certeza de esta extraña verdad para su época: que la más importante transformación de América, era una aventura a librarse en el corazón del hombre, en el núcleo vivo de su intimidad, mucho más que en la esfera de su contorno exterior, social o político. Esto es: que el problema espiritual americano era un problema abierto a la reflexión antropológica más que a la sociología. En el sentido de ser un problema de estabilización interior de fuerzas psicológicas, de nuevas estructuras espirituales, vastos ordenamientos subterráneos en la región de los fermentos irracionales. Y por otra parte, problema de filosofía de la historia. Esto es: urgencia por sostener radicales enjuiciamientos y preguntas carnales ante la aventura total del hombre histórico, con el propósito de una preocupada toma de conciencia de la propia aventura hispanoamericana.

En suma, Hostos comprendió que la transformación americana, su "liberación mental", consistía fundamentalmente, en la *creación* de un hombre nuevo. De modo que desde el punto de vista de esta creación, el esfuerzo educativo por laborar sobre la circunstancia social, se convirtiera en la ineludible urgencia de actuar sobre el hombre mismo, sobre su propia alma.

Con ello Hostos dejó abierto el camino —como lo veremos más adelante— para la conquista de un *arte formativo* que permitiera el enfrentamiento y manejo de las potencias interiores y sus zonas intranferibles. Arte sutil de la transfiguración espiritual, que el positivismo americano, dominado por exigencias pragmáticas, había descuidado.

PERO el desplazamiento de la acción educativa hacia centros de mayor resonancia humana, no se realizó sin hondas rupturas. Hostos tuvo que recorrer un largo trecho de su propia vida sin

encontrar la verdad de una misión personal. Trecho realmente azaroso porque no se trataba de corregir una idea con otra, sino de modificar toda una conducta, un modo de acción. Y para esto, no se tenía otro campo de experimentación que el de la propia existencia. En ella, una experiencia será dejada que viva su total agonía hasta el momento de revelar su oculto significado.

Tal fué el carácter de ensayo vital que Hostos otorgó a su propia vida. Ello le permitió, tras sucesivos fracasos, ir a la recuperación de las tierras interiores del hombre. Comenzó esta recuperación, hacia 1870, al experimentar la primera sensación de desengaño frente a la revolución política como medio de liberación de Cuba y Puerto Rico. Por lo pronto, esto significaba: desengaño contra un largo período de su vida durante el cual no estuvo haciendo otra cosa que el juego del revolucionario. (Tanto en España donde intervino en la revolución del 68, como en América). Hallándose en la península, Hostos se convenció del fracaso del autonomismo y en seguida pronuncióse por el separatismo. Y vino al continente a luchar por él: las Antillas sojuzgadas sólo podrán ser libres mediante una revuelta revolucionaria que afirme su total separación del poder español. Ya en 1869, a punto de salir de España, escribió a su padre en Puerto Rico, ratificando esta misma fe: "Al despotismo, sólo el esfuerzo revolucionario puede combatirlo con fruto; luego las revoluciones son tanto más necesarias cuanto mayor sea la pasividad de los pueblos".²

Ya en New York y en contacto con grupos de emigrados, poco tiempo después de iniciadas sus tareas conspiratorias, comenzará para Hostos una etapa de hondas disidencias. Sobre vino el choque de su temperamento con los modos de conducta revolucionaria. Se puso en evidencia su irreductible inadaptableidad moral y psicológica, a las exigencias de la lucha separatista. Basta recorrer las páginas de su "Diario" para comprender de qué modo choques, rebeldías inoportunas, enojos inconciliables, acendrado individualismo, esfuerzos inútiles, fueron el saldo de sus actividades en New York. En suma, puede decirse que en estos momentos comenzó a fermentar aquel desengaño en los revolucionarios y la revolución como medio de liberación de las Antillas.

² *Diario*. Tomo I de las Obras Completas. Ed. Conmemorat.

Por supuesto, difícilmente podía engarzar su actividad individual en un esfuerzo común, quien como Hostos, profesaba un inflexible idealismo moral y político. No podía menos que provocar reservas quien, ante la inminencia de acontecimientos militares y objetivos inmediatos, tenía la mirada puesta en las estrellas más altas: "Mi ideal —escribe— es la realización de lo grande, lo bello, lo bueno, lo justo, lo verdadero".³ Evidentemente, metas lejanas y de tonos tan imprecisos, afirmadas con persistencia cotidiana, no podían tener acogida circunstancial.

Hostos sentirá entonces, crecer a su alrededor la desconfianza, la ironía, el juicio prevenido: "Para unos soy todo corazón, para otros soy insano, para otros un fanático".⁴ Se apoderará de él un sentimiento de extrañeza y desubicación entre sus propios compatriotas. Sentimiento de ser hombre a quien la corriente misma de un acontecer colectivo desplaza hacia los márgenes de un individualismo atormentado y contenido en severos límites.

Tal situación llegó a experimentar Hostos ya no sólo ante sus amigos y compatriotas, sino ante la revolución misma: aquello que hasta entonces fué el objetivo único de su vida. "Hay algo de inmoral, —escribe refiriéndose a la revolución— de repugnante al sentimiento delicado, en esta mezcla de pequeñeces que sirven de materiales a una obra grande".⁵

Y la repulsa irá en aumento. Ya no sólo reprochará a la "obra grande" su "mezcla de pequeñeces"; la acusará por lo que califica de "injustas anteponiciones del poder sobre el saber",⁶ por su "carencia de ideas"⁷ y así, hasta llegar a sentirse espiritualmente al margen de la revolución.

Todo ello, puso a Hostos en el trance psicológico de un inadaptado. Un hombre a quien su propia misión repele. Hostos hubiera querido ver en la revolución antillana la estrella clave de su destino. Pero esta misma estrella permanecerá indiferente y desconocida ante sus ojos. Sin ella, queda en total desamparo. Fuera de su centro. Y durante largo tiempo tendrá las manos quietas e inútiles, trabadas por el sentimiento de su ineficacia, por la desesperación de haber trabajado en el vacío.

³ *Ob. cit.*, p. 205.

⁴ *Idem*, p. 238.

⁵ *Idem*, p. 285.

⁶ *Idem*, p. 188.

⁷ *Idem*, p. 184.

A sólo once meses de su llegada a New York, dominado por el desengaño, escribe: "La debilidad de los hombres fracasados no ha dependido más que del exceso con que ellos han servido a las ideas, desentendiéndose de la realidad y la vida".⁸ Hostos tiene la impresión de haberse gastado en un puro gesto moral, en el fervor de una causa que no dejará su trazo en el tiempo ni se cristalizará en Historia. Tiene la sensación que muchos americanos han padecido en circunstancias parecidas: la de que Hispanoamérica se les escapa de las manos como un material huido, rebelde a toda plasmación. Y que su historia es como un extraño erial al que se podrá someter sólo por un instante al orden superior del espíritu, pero que siempre retornará a lo informe de su primitivo caos. (Raro escepticismo frente a la propia obra, rara conciencia de protagonista vencido por la fatalidad desde el comienzo, que más de una vez se reproducirá en los espíritus de nuestros héroes mayores).

PERO el disconformismo que Hostos manifestaba al ver a la revolución minada por sus "pequeñeces", no era del todo justiciero. En la revolución por la libertad de Cuba y Puerto Rico, muchos hombres encontraron destino ético y voluntad de altura. Basta pensar que esta misma obra, en la cual Hostos no encontró más que intereses y pasiones, fué el más claro apostolado de Martí y la convergencia práctica del pensamiento de Varona. Además, ella estuvo preparada ideológicamente por una cristalina tradición de educadores cubanos.⁹ ¡Pocos movimientos revolucionarios pusieron en juego mayores fuerzas morales! Por otra parte, tales esfuerzos lograron en su hora, la solidaridad y el respeto unánime de la conciencia moral, intelectual y artística de toda Hispanoamérica.

Hostos se equivocaba con respecto a la revolución porque, como lo había reconocido una vez: "estaba fuera de su sitio entre los hombres".¹⁰ Había perdido su equilibrio espiritual y el sentido de su acción entre los emigrados: "Hace diez años — escribe — que estoy padeciendo el tormento infernal de estar siem-

⁸ *Op. cit.*, p. 391.

⁹ Varela, Saco, Luz y Caballero. Ver: M. VITIER, *La filosofía en Cuba*, "Tierra Firme"; y L. ZEA, *Dois etapas del pensamiento en Hispanoamérica*, II parte, Cap. XI.

¹⁰ *Diario*, T. II, p. 97.

pre fuera de mi orden y es necesario que, o caiga en mi centro de gravedad y repose, o que arrastre otras fuerzas y me destruyen".¹¹

Cuando escribió estas palabras, Hostos tenía 31 años. Ello quiere decir que estaba ya en desencuentro consigo mismo, "fuera de su orden", mucho antes de su consagración revolucionaria tanto en España como en América. "Desde hace diez años". O sea desde aquel momento juvenil en el que Hostos se entrega a inquietudes políticas ("quise patria y como medio, aspiré a la política".¹² recuerda de aquella época) y prende en su espíritu el fervor social del krausismo.¹³ Todo ello, implica que el "tormento infernal" que padecía, tiene raíces mucho más profundas que las de su desengaño circunstancial con la revolución. Los reproches contra la negligencia de los revolucionarios, no eran más que la salida de una condena, de un disconformismo que en el fondo, sentía contra sí mismo. Bajo la piel de tal disconformismo, se estaba gestando la estructura de una conducta nueva que en adelante pugnará por inaugurar un estilo de vida.

De ahí que el sentimiento de extranjería y la idea de encontrarse "fuera de su orden", fuesen para Hostos algo así como la señal anunciadora, la profética advertencia de un fenómeno interior, oculto, de gran importancia y significado no sólo para sí, sino para la marcha posterior del pensamiento americano. Pues, en este momento, toma punto de partida el definitivo viraje hacia la recuperación de lo interior humano y con ello la conquista de una nueva imagen del hombre.

Este fenómeno significativo que en el espíritu de Hostos se venía gestando como una reacción a sus "diez años de vida" abiertos a la sociedad y sus exigencias políticas, se caracteriza por ser un movimiento profundo de retorno a lo individual. Vuelta a la valorización de sus potencias subjetivas; fidelidad a su ser total, a su angustia más íntima.

Por lo pronto, Hostos está decidido a romper con la envoltura de su conducta anterior: "Es manifiesto —escribe en 1874, de regreso a New York luego de un largo peregrinaje por Sud-

¹¹ *Ob. cit.*, T. I, p. 380.

¹² *Idem*, p. 26.

¹³ Antonio S. Pedreira, biógrafo de Hostos, señala que esta entrega a la actividad política se da en España, con los primeros esfuerzos por constituir la Federación Antillana. (Ver: *Hostos político* en "América y Hostos", Ed. Puerto Rico, 1939).

américa— que yo no soy hombre para hacer las pequeñeces que parecen necesarias para constituir un revolucionario completo".¹⁴ Esto quiere decir que Hostos ha madurado ya aquel designio impreciso de servir a la liberación de Cuba y Puerto Rico atendiendo a los dictados de un "orden" más interior y genuino. Esto es: servir a la misma causa pero iniciando un nuevo ciclo vital bajo el signo de la aceptación consciente y creadora de su propia alma. ¡¡No más mutilaciones psicológicas ni morales en aras de "pequeñeces" aun cuando parecieran necesarias al bien de la revolución! Tales concesiones habían frustrado largamente su vida. De ahí que en plena lucha revolucionaria, al experimentar la angustia de ver inactivas y al margen de esfuerzo, las mejores potencias de su ser, Hostos consignará esta dramática confesión: "Siempre sigue royéndome el descontento de mí mismo, siempre abrumándome el problema de mi vida: cómo dar realidad a esta vida interior tan saludable".¹⁵ Lo cierto es que en adelante encontrará la salida del problema. En la disyuntiva de servir a la revolución sacrificando su vida interior tal como lo venía haciendo, o intentar un modo de conducta nuevo que diera plenitud, "realidad a esta vida interior", Hostos eligió el partido de su interioridad. El más árduo, sin duda. Pero con ello, dejaba definitivamente descubierta la raíz de su escepticismo frente a la revolución, el sentimiento de su extranjería, el desconsuelo de no hallar su "sitio entre los hombres". La raíz de todo lo que Hostos padecía bajo la forma de un "tormento infernal", era esta certeza de ver cercenada la integridad de su ser personal. Durante largos años el ímpetu de una "vida interior saludable" permanecía detenido y sacrificado. Permanecía a la espera de un nuevo cauce. Puesto que a la luz de una entrega del ser íntegro, habrían de descubrirse —para la ardua tarea de transformación espiritual americana— modos de acción y pensamiento hasta entonces desconocidos.

DIJIMOS que Hostos decide, en estos momentos, no sacrificar más su vida interior. ¿Ello qué significa? Desde el punto de vista de la transformación del hombre en América, significa la audacia de plantear el problema en términos nuevos. Si hasta el presente, el positivismo había puesto en vigencia una

¹⁴ *Ob. cit.*, T. II, p. 97.

¹⁵ *Idem*, T. I, p. 227.

determinada idea del hombre y en base a ella exigido una educación del ser para la *sociedad*, en adelante se exigirá una formación del hombre para el *hombre* mismo. Y por supuesto, en base a una nueva concepción de lo humano. Concepción que acentuará su autonomía y dejará a descubierto sus profundidades creadoras y trágicas. Para Hostos ello comporta una consecuencia decisiva: En adelante la revolución habrá cambiado de sentido. El centro de su actividad libertadora se habrá desplazado, desde el núcleo político de la *sociedad* hacia el centro íntimo y personal del *individuo* humano. En virtud de lo cual, el espectáculo de la revolución espiritual cobrará a partir de Hostos, esta perspectiva original y fecunda: ya no se verá al hombre ganado—en términos positivistas—por las urgencias pragmáticas de la realidad social americana, sino a la inversa: se verá a América convertida en el drama interior de un hombre. Transformación espiritual de América que se gestará en la medida que individuos aislados se abracen a su caos, la recojan en sí y la padezcan como una llaga viva, como un destino incierto. De tal modo que allí, en el núcleo interior de lo humano, en el ardor de una llaga a un destino ciego, en el rumor de un deseo, una vocación, un sentimiento individual y único, allí en la agonía de una existencia trizada por el grito de las pasiones o en la forja silenciosa y oscura de un carácter, pueda América pulsar el ritmo de su propio cambio. Transformación de su ser que se efectuará en la medida que el hombre se enjuice a sí mismo y deleve los ámbitos de su interioridad, porque es allí donde tendrá lugar la más importante tarea.

A partir de este momento, lo que el positivismo llamó la "liberación mental" de América y que Hostos comprendió bajo la forma de la lucha política, comenzará a concebirse como una actividad de carácter *autoformativo*. Una actividad por la cual, la revolución se transformará en la rebelión del hombre contra su propia alma. Contra sus fuerzas caóticas. Contra lo que en el hombre mismo hay de pasado colonial, rupturas psicológicas, impulsivas y caracteres no logrados aún. En suma, lucha planteada en el alma humana por el paso de una etapa espiritual a otra, por la concreción de una *imagen nueva* del hombre. Imagen en virtud de la cual, el alma sienta armónicamente transfiguradas todas sus potencias retenidas y sus nacimientos frustrados. Al cabo de estas consideraciones puede verse que es el sentido de esa "realidad" nueva que Hostos pedía para su

"interioridad saludable". Hostos había descubierto la importancia que para la transformación espiritual de América tendrán todas las zonas inhibidas del ser: el mundo extraño e infinito de la interioridad humana.

Por su parte, había recuperado para sí, grandes territorios en los cuales vivir un gran ciclo de experiencias desconocidas. Sobre estos terrenos, que es como decir: sobre su propia sangre, comenzará el experimento de un hombre nuevo.

VARIOS testimonios dan fe de este extraordinario proceso interior en la vida de Hostos. Recordemos por lo pronto, que hacia 1866, al cabo de unas revueltas políticas en España, Hostos intenta su primer retorno a sí mismo. Y consigna entonces en su "diario" estas palabras: "¿Es tiempo todavía para ser hombre?" Y recordemos que dichas páginas comienzan a ser escritas con el propósito de mantener una vigilante mirada sobre el fluir de su propia subjetividad. Pero este primer intento se frustra. Hasta que solamente hacia 1874, luego de un largo viaje por Sudamérica que duró cuatro años, Hostos afirma una doble conquista: la de sus tierras interiores y la de la patria hispanoamericana a la que ha abrazado en el rodeo simbólico de un viaje continental. "Yo no tengo patria —dirá entonces— en el pedazo de tierra en que nació mi cuerpo; pero mi alma se ha hecho de todo el Continente americano una patria intelectual, que amo más cuanto más la conozco y compadezco". Ambos términos: "interioridad" e "Hispanoamérica", son palabras claves que se implican mutuamente en la vida de Hostos. Este hecho es profundamente significativo, porque al final de su apostólico Viaje sudamericano sentirá que el destino de América está extrañamente identificado con su propio destino.

Pero el testimonio definitivo lo comportan las bellas páginas de un ensayo sobre Hamlet, escritas hacia 1872 mientras se hallaba en Chile, justamente en el transcurso de su Viaje. Hostos concibe este trabajo en una particular circunstancia de su vida. En su "Diario" leemos esta referencia: "He pasado todos estos días ahogando en el trabajo la tristeza que me circunda: he escrito algo de lo que pienso sobre Hamlet: obra fácil para mí que me encuentro desde hace tanto tiempo en la situación moral del héroe de Shakespeare. ¿Qué es lo que lo hace infeliz? El detenerse demasiado en el estado de transición

en que se encuentra, el pensar demasiado lo que debe hacer, y el no hacer lo que quiere. ¿Qué es mi vida sino es ese infame estado?"¹⁶ Para Hostos, Hamlet fué el testimonio vivido de toda lucha interior. En el ensayo crítico afirma el carácter principal del personaje y su más preciso significado: "Hamlet es un momento del espíritu humano, y todo hombre es Hamlet en un momento de su vida. Hamlet es el período de transición de un estado a otro estado del espíritu".¹⁷ Pero antes ya dejó consignado cuál ha sido la mayor revelación de la obra: evidenciar lo que "para el bien colectivo resulta del progreso del ser en el ser mismo".¹⁸ En el fondo, son estas las palabras más agudas y reveladoras que pudo haber escrito Hostos para reproducir el curso de su propio proceso. Veamos por qué.

Hostos se hallaba en el mismo estado de preguntas encendidas que caracterizó al héroe de Shakespeare. Sintió que también pasaba por un "período de transición" espiritual. Y en el espejo del Hamlet reconocerá las pulsaciones agónicas de una actividad interior intensa en donde los momentos diversos del alma humana luchan entre sí desnudos, desenmascarados, quizás en busca de un designio ordenador. Esta lucha intensa —por la cual la razón atormentada enjuicia la totalidad de las cosas descubriendo su herida problemática y se sumerge en los abismos del ser, con el propósito de llegar a la raíz de la destrucción y los nacimientos—, esta lucha interior que padeció Hamlet, se presentará a la vista de Hostos como la más alta expresión de lo que buscaba: el testimonio de una revolución gestándose en los abismos interiores del hombre. "El sondeo de este abismo, lo desconocido que se alberga en sus entrañas —escribe—, la luz o las tinieblas que se sacan de él, la necesidad de internarse en lo más hondo para subir a lo más áspero y llegar desde la sima hasta al cima, desde la oscuridad hasta la luz, *eso es lo que constituye una revolución moral*. Esa es la revolución que sufría el espíritu de Hamlet".¹⁹

¿Pero nosotros podemos agregar que esta era la misma *revolución* que Hostos abrigaba en su corazón! ¿No nos había dicho antes, que se hallaba en la misma "situación" del héroe de Shakespeare? Lo cierto es que en Hamlet no hacía más

¹⁶ Tomo II, *Diario*, p. 42.

¹⁷ *Crítica*, vol. XI de "Obras Completas", p. 146.

¹⁸ *Ob. cit.*, p. 145.

¹⁹ *Ob. cit.*, p. 154.

que descubrir el curso de su propia "revolución moral" y acaso, la clave de esa nueva manera de comprender la transformación espiritual de América. Pues, en suma ¿en qué consiste aquella revolución cuyo centro de importancia, dijimos, se ha desplazado desde la sociedad hacia el corazón del hombre? Consiste precisamente, en que ya no plantea el problema del cambio espiritual dentro de los límites impuestos por el contorno social, sino que lo hace en función de una *problematización* radical que afecta a los fundamentos mismos de la cultura. De modo que a la luz de tal problematización, una pregunta por el hombre americano se convierte esencialmente, en la pregunta por el ser y destino del hombre en el mundo. Y así sucesivamente, al punto de que las cosas tórnense extrañas, desprovistas de sentido y todo pareciera ser el apronte para un nuevo comienzo cultural. "Revolución", que en virtud de ello, consiste en un encarnizado monólogo del hombre bajo una constelación de preguntas. Porque en la medida que éste pueda colonizar el misterio, librar la aventura de una verdadera creación, inaugurar nuevamente la vida, recién logrará emerger del abismo y pasar a una etapa espiritual superior. Veamos cómo describe Hostos este desarrollo: "Poneos a platicar con el huésped taciturno que albergamos no sé en qué rincón del organismo: preguntadle quién es, de dónde viene, a dónde va, su origen, su destino; sus fines, sus medios, sus principios; sus derechos, sus deberes, su carácter, su esencia, relaciones, afinidades; quién es Dios, si de allí viene; qué es absoluto, si por tal se tiene; qué es la eternidad; qué es la muerte; y todas las fuerzas parciales del ser adquirirán una tremenda intensidad de acción y chocarán violentamente unas con otras, e iguales en poder como son todas en esfera, se cansarán de combatir sin obtener victoria. El sentimiento desesperado buscará la muerte, la voluntad iracunda intentará una acción; la razón meditabunda buscará una luz; la conciencia impasible intentará una conciliación armónica. Pasarán días y más días, y siempre el dolor para el sentimiento, y siempre la irritación para la voluntad, y siempre para la razón la media luz, hasta que la conciencia haya elaborado su armonía y encadenado en su órbita precisa esas fuerzas, que son anárquicas si evolucionan a su arbitrio, que son armónicas si evolucionan dirigidas".²⁰

²⁰ *Ob. cit.*, p. 173.

Evidentemente, este inquisitivo diálogo con el "luésped taciturno", con el desconocido habitante que en toda interioridad pareciera aprisionar en sus manos el respiro de las esencias, es el lenguaje exacto de la revolución interior que el hombre americano aprieta contra sus entrañas. Porque ella es más que nada, un vasto y formidable plan de creación. No sólo de la cultura objetiva, sino del hombre mismo. Revolución que no sólo se pregunta por el nuevo contenido de las más viejas palabras: *Dios, absoluto, eternidad, muerte*, sino que penetrando en la intimidad carnal del hombre, busca dominar un arte formativo de la interioridad que transforme en "armonía" el choque asesino de "las fuerzas parciales del ser".

Verdaderamente, pocas veces una revolución se concibió en términos de tan audaz aventura creadora. Pocas veces, hombre alguno pensó que el proceso de una transfiguración espiritual abarcaría tales latitudes humanas. Pero Hostos lo sentía así. La revolución que antes concibió en términos políticos y circunscripta al pequeño escenario de las Antillas, ahora crece dentro de sí con estas dimensiones dramáticas.

PERO las páginas del estudio sobre "Hamlet" no sólo revelan a un Hostos convencido ya de que en América toda *revolución política* tiene que convertirse en *revolución interior* para ser verdadera. Había algo más que no se atrevió a confesar directamente y que sin embargo constituye su mayor secreto.

Dijimos que Hostos se había acercado a Hamlet y escrito sobre él, sólo porque sentía su ser en un mismo estado de transición abismal, herido por iguales dudas, sumido en idéntico pozo de reflexión torturante. Pero no hemos dicho que Hostos concibe otra extraña identidad. Esto es: que el estado de "revolución moral" hamletiano *era el mismo* que experimentaba América en el proceso de su transformación espiritual. Que al igual del héroe literario, América se hallaba en la etapa en que escudriñando su propio caos, preguntábase por la fisonomía verdadera de su ser.

Pues en seguida de referirse a la crisis moral de Hamlet en los términos transcritos, Hostos asimila estos caracteres a los "pueblos de Colón". Y puntualizando el significado del monólogo, escribe: "Ese monólogo es por sí solo una tragedia, porque es el apogeo de una revolución moral, el momento su-

premo de anarquía en un espíritu". Luego afirma, recordando el hecho de las independencias americanas: "En toda revolución, *igual momento*. Cuando las sociedades atormentadas de Colón rompieron para siempre la cadena que había durante tres siglos embargado el movimiento de su vida, se hallaron lanzadas al vacío, se asustaron; se encontraron en la anarquía, y se aterraron"... Pero "hubo una luz, la del progreso, para los pueblos de Colón: bebieron en ella la fe de su porvenir y continuaron".²¹

En estos párrafos, no nos interesa tanto la referencia que Hostos hace a la superación de la ruptura trágica con la Colonia, mediante la fe en el progreso, como el hecho de concebir a estas "sociedades atormentadas" en un momento de caótica transición. Porque ello quiere decir una sola cosa: Que llevado por el hilo de esta identidad, Hostos concibió a América como a un *Hamlet colectivo* que pasea sus miradas inquietas por la anarquía de sus propias entrañas. Algo así como un *continente hamletiano* que padece en su íntima realidad el "combate de las fuerzas parciales" aún no armonizadas en un orden superior. Orden que para los pueblos americanos—como para el héroe de Shakespeare y para Hostos mismo—consistirá en la elaboración, con sus propios materiales vitales, psicológicos, impulsivos y racionales, de una nueva imagen del hombre. Esto es: en la resurrección y "progreso del ser en el ser mismo" según aquella fórmula magistral que Hostos había acuñado.

PERO hay una consecuencia más que surge a raíz de una pregunta ineludible: Pues, si hace un instante Hostos nos había dicho que se sentía en una "situación moral" que lo identificaba con el drama de Hamlet y ahora descubre que este mismo drama se identifica con el de América en su desenvolvimiento, ¿ello qué significa? ¿Qué significa el juego dialéctico de estos tres términos: *Hostos-Hamlet-América* en torno al tema de la "revolución moral" o "la transición de un estado a otro del espíritu"?

Significa una sola cosa: que Hostos se siente a sí mismo como el *protagonista hamletiano de la "revolución moral" de América*. Que el drama de la formación espiritual de nuestros pueblos es el mismo que se inquieta en su propia intimidad. Y

²¹ *Ob. cit.*, pp. 174-175.

significa que en adelante, la trama del ser y el destino americanos, se forjará en la medida que Hostos se considere capaz de dar forma a sus verdades interiores. En la medida que pueda dar "realidad" al sentido de su vida y sea el sacrificado paciente de una verdadera revolución moral. Es decir, en cuanto "la conciencia" —su propia conciencia de protagonista americano— haya elaborado su armonía" con aquellas "fuerzas parciales del ser que combaten sin victoria".

En tales momentos, Hostos adquiere la firme convicción de que el problema americano de la "revolución" no sólo radica en su interioridad, sino que América misma está extrañamente implicada en el experimento de su propia vida. Desde entonces Hispanomérica será para él, como una totalidad viviente, ante cuyos movimientos y peripecias históricas se sentirá directamente comprometido.²²

A partir de entonces, poco después de la culminación de su Viaje, comenzará para Hostos un largo período de más de veintiséis años de casi ininterrumpida actividad pedagógica en Venezuela, Chile y Santo Domingo. Años de verdadera consagración en los cuales desarrolló una labor extraordinaria que lo puso a la altura de los mayores educadores de América: Sarmiento, Varona, Bello, Lastarria.

Pero esta acción educativa no era más que la envoltura exterior de un proceso profundo y de insospechados alcances. En el transcurso del esfuerzo cumplido en Colegios secundarios, Liceos y Universidades, Hostos venía encubriendo un verdadero experimento autocreador; porque toda vez que Hostos se abría sobre otro ser en la amplitud de un gesto educador, este mismo hecho repercutía sobre su propia intimidad con intención autoplastimadora. Y esta actitud de efecto reversivo, que se evidencia

²² El viaje por Sudamérica fué realmente un viaje apostólico. Donde estuvo dejó huellas duraderas. Fué un intelectual combativo, preocupado por el país en que vivía y siempre movido por una auténtica voluntad de servicio. Escribió sustanciosos trabajos sobre Perú, Chile y Argentina. Sobre nuestro Sarmiento dejó reflexiones agudas. En el Perú se ocupó del problema social padecido por chinos y cholos. En Chile desarrolló una acción fecunda. Escribió una densa memoria sobre el porvenir de este país, y sobre una infinidad de temas hispanoamericanos. (Ver: *Temas Sudamericanos*, Vol. VII de "Obras Completas"). Todo ello prueba que la experiencia directa americana, tuvo una honda sedimentación interior.

en Hostos como la otra cara de su actividad pedagógica orientada hacia el prójimo, revela más que nada, una *nueva dimensión apostólica* que nos interesa valorar aquí en sus justos términos. Una nueva dimensión en la cual Hostos trabajó a solas y a oscuras. Porque es como el reverso en sombras del esfuerzo que se cumple a la luz del día y la Historia.

Esta dimensión es la que Hostos llamó, con exactitud, la del "oscuro apostolado". Porque debía cumplirlo silenciosamente en la zona más interior e intersticial de su propia vida. Y también porque sus conquistas formativas debían lograrse más allá de ese mundo de contactos, identidades, y mutuos intercambios que caracteriza a toda relación pedagógica. Pues, se trataba fundamentalmente, de que Hostos *apostolara* en su propia vida interior. Esto es: ordenar su propio caos ("este caos que va conmigo"), dominar su imaginación desatada (convertirla "de fuego que me devora en luz que me alegrara"), afirmar el imperio de su voluntad ("voluntad dame tu impulso!"). Y se trataba de ensayar sobre sí mismo, la creación de una realidad espiritual superior dado que América había comprometido su destino en el riesgo de tal experiencia.

Era necesario de que por debajo de su contacto pedagógico con los hombres, Hostos entablara contacto con el *hombre*. Con aquellas potencias germinales y activas que en el fondo del ser americano, están a la espera de que una voluntad artesana o un llamado creador, les dé nombre y figura, es decir, el soplo de su segundo nacimiento. Veamos cómo revela en estos párrafos, su afán autocreador: "Al leer un libro, al oír a un hombre, al entrar un poco en mí mismo, he visto que todavía hay que construir y voy a tratar aun de *construir al hombre que busco*".²⁸

En definitiva, el "oscuro apostolado" consistía en la construcción de esta realidad buscada, bajando al mundo subterráneo de las oscuridades activas. Allí, en un estrecho contacto de entrañas, Hostos debía trabajar por el nacimiento de una nueva *imagen* del hombre. De tal modo que en la presencia inaugural de sus líneas, América pueda reconocer los trazos arquetípicos de su rostro. En su "Diario" llega a consignar estas reveladoras palabras: "Ser hombre, mi gran conquista, mi solemne orgullo, mi horrible mito".²⁹

²⁸ *Diario*, T. II, p. 42.

²⁹ *Ob. cit.*, T. I, p. 319.

PERO en esta lucha interior, hamletiana, por la conquista de un *hombre nuevo*, Hostos llevaba confundidas dos imágenes arquetípicas del hombre, completamente distintas y que pugnan en él.

Uno de estos dos ideales del hombre, respondía a la concepción racionalista teñida de elementos krausistas, asimilada en su juventud. Concepción que, por otra parte, se integró perfectamente con los aportes que Hostos recibió del campo del positivismo. Pues al tono moralizante e idealista del Krausismo supo aunar el criterio experimental y riguroso de las disciplinas científicas. Se trataba del ideal del hombre de "razón y conciencia".²⁵

Según esta concepción, Hostos quería formarse a sí mismo dentro del más absoluto imperio de la razón y un orden de rigurosas normas morales. "Así como el centro del mundo planetario está en el sol —escribe— y el centro de la razón está en el mundo que contempla, así el centro de toda virtud es la razón. La moral no se funda más que en el reconocimiento del deber por la razón".²⁶

Tal aprendizaje se realizaría además, según dicha concepción, sobre la base de un sistemático rechazo de todas las potencias irracionales del alma. Contra las que es menester luchar por ser extrañas y enemigas de la razón misma. "La virtud —escribe— no es más ni menos que el cumplimiento de un deber en cada uno de los conflictos que sobrevienen de continuo entre la razón y los instintos. Lo que tenemos de racionales vence entonces a lo que tenemos de animales y eso es virtud, porque eso es cumplir con el deber que tenemos de ser siempre racionales".²⁷

Lo cierto es que durante toda su vida, Hostos se inclinó por este ideal del hombre y fué el que se empeñó en realizar conscientemente. Cuando a los 27 años comienza a escribir su "Diario" con las palabras que recordamos anteriormente: "¿Es tiempo todavía para ser hombre?", el hombre que Hostos quería ser, era este arquetipo de "razón". Iniciaba su "Diario" precisamente, con el propósito de ayudarse en esta lucha contra lo no-racional de su ser: contra la fantasía ("el abuso de la fantasía ha enfermeado mi entendimiento"), la contemplación,

²⁵ *La moral social*, p. 29. Ed. Losada, Buenos Aires, Arg.

²⁶ *Ob. cit.*, p. 261.

²⁷ *La moral social*, p. 162.

la imaginación, el sentimiento ("la imaginación y el sentimiento, los dos enemigos de mi vida"), la abulia, la violencia temperamental, las pasiones ("he pasado mi vida en contener mis pasiones por medio de la razón"), consideradas todas, como zonas enemigas de su verdadero orden: el de "razón y conciencia". Su vida en función de este ideal, fué una sostenida guerra interior contra sus propias entrañas. Abrazado a una voluntad hostil, la mayor parte de su existencia fué un desesperado intento por solucionar los términos hamletianos de su "revolución moral", dentro de los cauces de esta concepción del hombre.

Et otro ideal humano que insinuó su presencia paradójica, ha dejado huellas menos claras en su obra. Por lo mismo de su originalidad y de las íntimas regiones del alma en donde habría de efectuar su experimento, este ideal asomó furtivamente en la vida de Hostos. A la inversa del ideal de "razón"—que dió a su existencia ese estilo moral adusto que todos conocemos—esta nueva presencia se dió fugaz, en islotes intuitivos. Se trata del ideal del *hombre completo*.

La imagen del hombre completo" se formó a sí misma como a hurtadillas de su cotidiana guerra. Sus líneas principales se trazaron con material enemigo, con aquellas fuerzas del alma que Hostos rechazaba sistemáticamente toda vez que volvía una mirada sobre su propia intimidad. Todas estas dimensiones psicológicas, habrían de intervenir en el ensayo del "hombre completo". Se trataba de trabajar por esta nueva realidad, en las zonas que la razón había proscripto como zonas de barbarie.

Allí, en este cerco prohibido, Hostos echó las raíces frágiles de una nueva visión de lo humano, cuyo cumplimiento y desarrollo serán esperados como el fruto de la transfiguración de sí mismo. (Transfiguración, que en virtud del proceso de identidad hamletiana aludido, implica también la del ser espiritual de América).

Y en efecto, con los últimos pedazos de su idealidad, tantas veces rota y desgajada contra el muro de lo cotidiano, con los elementos activos de su fantasía, frustraciones, sueños, cenizas de estallidos, restos de pasión contenida y de remordimientos; con las pausas de alucinantes silencios contemplativos, con todos estos elementos recogidos a espaldas de una voluntad áspera y vigilante, informe material—rumor de su propio ser

a medias confesado— Hostos modeló la figura arquetípica del "hombre completo".

Imagen que, por otra parte, resultó ser su contra-figura. Un hombre distinto del que era y se formó en su interior escapando, casi siempre, a los designios de su conciencia formativa y su ideal de "razón".

Casi siempre, decimos, porque una que otra vez Hostos llegó a tener la clara pero circunstancial certeza de que aquellas potencias de su alma contra las cuales se había pronunciado estaban, en el fondo, de su parte. Que en suma, esas fuerzas irracionales, que el rigor de una razón imperial había condenado, estaban defendiendo su mejor causa. En verdad, Hostos comprendió —fugazmente sí—, esta situación paradójica: Al querer *formarse* rechazando, aniquilando estas fuerzas impulsivas, estaba empeñado en una lucha suicida. Aquello que su razón quería matar era lo único que podría darle permanente vida. Hostos lo reconoce cuando escribe: "Sé que el sentimiento y la fantasía dificultan la realización de mis ideas, pero sé que sólo de ese *equilibrio de fuerzas*, de esa *comunicación de facultades* salen los hombres completos".²⁸ El reconocimiento de este hecho tiene un significado extraordinario para su hora: Prueba que las fuerzas irracionales son materiales creadores con los cuales *es necesario* constituir un orden espiritual superior.

PERO a esta altura, es indispensable una advertencia. El ideal del "hombre completo" no sólo se forja al margen y como a hurtadillas del hombre de "razón" que Hostos era.²⁹ Sino que frecuentemente, ambos ideales aparecen confundidos en sus escritos. Al punto de referirse a uno y otro ideal en los mismos términos. Hostos habló del hombre de "razón" usando la fórmula del "hombre completo".

Este hecho puede explicarse por varias razones. Una, de orden cultural: No es extraño en la historia del pensamiento, el fenómeno de ideas que al nacer, en estado de endeble debilidad, se escudan tras otras de mayor prestigio. O bien, tras

²⁸ *Diario*, T. I, p. 235.

²⁹ Antonio Caso le llamó "el gran racionalista americano", al puntualizar los aciertos y limitaciones de su racionalismo. (Ver: *América y Hostos*. Ed. Conm. 1930, P. Rico).

aquellas que ya gozan del patriarcal sedentarismo que otorga una tradición cultural vigente.

En lo que a ello respecta, era evidente el prestigio de los ideales de razón y conciencia a lo largo del siglo XIX americano. Nada digamos entonces de las dificultades que debió acarrear consigo la irrupción de un nuevo ideal humano, donde hasta la acuñación de la fórmula "hombre completo" fué un gesto intrépido, lleno de resonancias futuras. Por otra parte, recordemos el carácter de experimento interior que Hostos otorgó a su propia vida. Y recordemos la imperfección del conocimiento que poseía de sí mismo, dado que para ello sólo contaba con los conceptos limitados del dualismo antropológico y naturalista de su época. En suma, basta recordar simplemente su adhesión consciente al ideal de "razón", para comprender hasta qué punto era perfectamente posible esta interferencia de ideales y de formas expresivas.

PERO para distinguir en sus contenidos las diferencias de uno y otro ideal, es necesario preguntarnos en definitiva: ¿Qué elementos componen la extraña alquimia del "hombre completo"? Hostos trata de precisarlo de este modo: "Ser niño de corazón, adolescente de fantasía, joven de sentimiento en la edad de la madurez temprana, en lo que quien llama edad científica; ser armonía viviente de todas nuestras facultades, razón sentimiento y voluntad movidos por conciencia; ser capaz de todos los heroísmos y de todos los sacrificios, de todos los pensamientos y de todos los grandes juicios, y poner en todo aquella verdad, aquella sinceridad, aquella realidad del ser que sólo de ese sentimiento, que sólo de él trasciende; ser finalmente un mediador entre el racionalismo excesivo, no por racionalismo, sino por absorber en él todas las demás actividades independientes y necesarias del espíritu, y entre el pasionalismo de los que creen que todo lo hace la pasión, eso es lo que llamo yo ser hombre completo, eso es lo que yo practico".²⁹ Ya no cabe duda. Las palabras rechazadas: fantasía, sentimiento, pasión, hallan cabida ahora en la estremecida arquitectura de un ser que se reconoce como "armonía viviente". El "hombre completo" no se debate ya en el rechazo estéril de la interioridad, y también ha superado la forma rígida e insen-

²⁹ *Diario*, T. I., p. 195.

sible del hombre de "razón". En ese singular toque de las raíces espirituales del "hombre completo", Hostos llegó a poseer los perfiles mismos del hombre que buscaba y que ahora ve emerger de sus niveles subterráneos como la culminación armónica de su propio ser. El "hombre completo" ya no es la guerra contra las entrañas irracionales. Es la libre aceptación de sus potencias, transfiguradas, al conjuro de un hondo arte auto-creador.

Otras veces, Hostos llegó a sentir al "hombre completo" en su corazón como un estado emocional. Como si fuera un llamado ante el cual se abrieran las puertas de bellezas ignoradas. Y entonces él mismo se miraba cumplido, transfigurado, convertido en seguro ciudadano del misterio. Poseedor de las realidades más altas a las que sólo puede llegar el hombre en el tenso y depurado impulso de su verticalidad. "Es posible —escribe— llegar a las más altas concepciones, complacerse en las inminencias más inaccesibles, prescindir de todos los vicios, desligarse de las pasiones sensuales, y sustraerse en lo posible de las pasiones inocentes; es posible ser hombre completo, ser *hombre*, el hombre que yo deseo, el hombre que exige nuestra naturaleza".²¹

En suma, el "hombre completo" es la meta a la que Hostos quería llegar secretamente, cuando sintió sus entrañas espirituales en la situación hamletiana de una "revolución moral" concebida como un vasto plan de creación del hombre y la cultura. Recordemos que para Hostos, esta "revolución" tenía un significado especial: no era simple cambio de circunstancias políticas, sino intrépida conquista de nuevas tierras espirituales para el hombre y de nuevos contenidos para las más viejas palabras. Era una aventura de transformación de América, y en la cual, Hostos se reconocía como un angustiado protagonista.

De ahí que el ideal del "hombre completo" sea el primer testimonio de una *revolución* americana que ya es, fundamentalmente, *creación* en el mundo interior del hombre. Ello quiere decir, que como pocos hispanoamericanos de su hora, como apenas pudo entrever el positivismo, Hostos poseyó la clave misma de lo que se llamó la "liberación mental" de América. En efecto, frente a aquel dualismo irreductible que a lo largo del siglo XIX americano se presentó bajo la forma de *barbarie-civilización*, *medievo-modernidad*, *naturaleza-razón*, *ciencia-*

²¹ *Diario*, T. I, p. 196.

humanismo, el positivismo se había pronunciado por el rechazo de uno de los términos polarizantes: barbarie, medioevo, irracionalidad.

Hostos en cambio, pronunció una palabra nueva. El mensaje del "hombre completo" fué precisamente, la superación de todo dualismo. "Ser finalmente mediador entre el racionalismo excesivo y el pasionalismo de los que creen que todo lo hace la pasión", había escrito. En la íntima alquimia de su ser, la barbarie, las fuerzas irracionales, han sido aceptadas y forman parte de un orden superior.

Transfiguración de potencias y no rechazo suicida, parece ser la clave de una verdadera transformación americana. Aceptación de la *barbarie* porque ella es América y toda creación, por lo tanto, debe venir desde su núcleo. Transformación del hombre a operarse allí, *aceptando* sus fermentos irracionales, sus sueños míticos, tradiciones, primitivismos, resentimientos raciales, impulsos contenidos, misterios telúricos, contactos culturales hostiles, y *atendiendo* en fin, al oscuro lenguaje de todos estos caracteres inorgánicos de la historia hispanoamericana. Caracteres potenciales del hombre americano, que el positivismo rechazó fascinado por ordenamientos extrínsecos, pero que en adelante, serán aceptados como los materiales nobles de un ordenamiento personal y genuino. Porque estas mismas potencias, elaborarán nuevos conceptos y categorías espirituales que no disociarán el fenómeno americano introduciendo el tajo de dualismos artificiales.

El concepto del "hombre completo", en este sentido, fué un paso extraordinario en la historia de nuestro pensamiento. Porque fué el punto de partida de una gran corriente del espíritu americano volcada en la búsqueda de un arte de la *creación* interior del hombre, verdadero arte de la sublimación espiritual. Búsqueda de una sabiduría de lo profundo, lo sagrado, sabiduría de las densidades religiosas del hombre americano.

Lo cual quiere decir, que con el "hombre completo", Hostos no sólo tuvo el valor de una ruptura. Fué también el comienzo de un largo camino, de una afanosa aventura en profundidad. Aventura librada allí en las latencias subterráneas del inconsciente americano, por el descubrimiento del hombre, por el hallazgo de su rostro universal.

PERO al cabo de este recorrido, cabría una pregunta: ¿Qué buscaba nuestra ansiedad en los íntimos corredores de la venerable vida del maestro americano?

En esencia, queríamos rescatar algo que tiene directa relación con el problema de nuestro futuro. Queríamos rescatar la imagen de un Hostos que a través de experiencias claves —ruptura con el positivismo, identificación hamletiana, viaje sudamericano, interioridad, "hombre completo", contacto con la docencia— fué el gestor de su segundo nacimiento. Única vía posible de acceso al hombre, a los oscuros talleres de su creación.

Cuando Hostos dijo una vez: "el hombre completo es un edificio que no se acaba nunca", quería significar que tratábase de una obra que quedaba abierta hacia el futuro. Y en este sentido, sus palabras se nos ocurren un signo lejano y profético. Acaso el signo por el cual se deposita en manos de América, el viejo designio eternamente postergado, de *completar al hombre*, hoy fragmentado por el temor, la inseguridad, las luchas ideológicas y la mentida afirmación que cree inevitable el conflicto de *las culturas*.

Completar al hombre, armonizar sus líneas, darle plenitud, acabamiento, asegurar para la vida del espíritu el contenido de la cultura *una y eterna*, parece ser, en estos momentos, el único desafío viril y patético, a un mundo dividido que sólo atiende a los llamados de su destrucción.

LA EMANCIPACION LITERARIA DE HISPANOAMERICA

Por José Luis MARTINEZ

II

LA EMANCIPACION LITERARIA. DOCTRINAS Y REALIZACIONES HISPANOAMERICANAS

Circunstancias propicias

Los hombres de letras que a principios del siglo XIX se propusieron lograr la emancipación de nuestra expresión literaria encontraron una situación que, aunque no exenta de problemas, era la coyuntura histórica justa para emprender aquella tarea. En efecto, la corriente que se advierte en el siglo XVIII, de interés por el estudio y valoración de nuestra cultura, había abonado eficazmente el campo de nuestra conciencia intelectual. Ya se habían realizado investigaciones sobre la historia política y cultural de Hispanoamérica y estudios de carácter científico; se había iniciado nuestro periodismo y se habían fundado corporaciones académicas; la filosofía moderna comenzaba a abrirse paso entre el intrincado follaje de la escolástica y, en suma, lo que Pedro Henríquez Ureña ha llamado "florecimiento del mundo colonial",¹ era el anuncio de otro inminente florecimiento, de la cultura original de la América hispánica. Por otra parte, la independencia política recién conquistada había despertado en los hispanoamericanos los impulsos creadores que, durante los tres siglos coloniales, debieron permanecer reprimidos. Como si, por obra de aquella libertad, nuestro pasado histórico, nuestras costumbres y nuestro paisaje cobraran de pronto un relieve y una incitación para el intelectual y el artista, de los

¹ Título del capítulo III, que comprende el periodo 1600-1800 de su obra *Las corrientes literarias en la América hispánica*. México, 1949.

que carecían cuando aquellos actores y aquel escenario estaban dominados por manos extranjeras. Los seres y las cosas que formaban nuestra circunstancia nos pertenecían ya y estábamos ligados a ellos por esa solidaridad aglutinante que constituye las naciones. Nuestra historia se organizaba en torno a una directriz que nos permitía discernir quiénes habían luchado a favor y quiénes en contra de la patria. Y aunque nuestra morada fuese aún pobre y deficiente nuestra civilización, eran las nuestras y a ellas quedaba ligado nuestro destino.

Junto a todas estas circunstancias favorables para nuestra emancipación literaria, debe considerarse, con no menor importancia, el movimiento romántico que hacia estos años se introduce en Hispanoamérica. Emancipación y romanticismo eran, en efecto, corrientes paralelas y parecían alimentarse mutuamente. Ambas participaban de las mismas ideas de libertad y del mismo deseo de incrementar las peculiaridades distintivas de los pueblos. La opinión del argentino Esteban Echeverría, autor del primer poema romántico hispanoamericano, *Elvira o la novia del Plata* (1832) —que, como lo ha hecho notar Henríquez Ureña, se anticipa al primero que aparece en España, *El moro expósito* (1833-1834), del Duque de Rivas²—, es reveladora a este respecto. Echeverría concebía al romanticismo como una "revolución espiritual que abría a cada grupo nacional o regional el camino de su expresión propia, de la completa revelación de su alma".³ "El espíritu del siglo —manifestaba Echeverría— lleva hoy a todas las naciones a emanciparse, a gozar la independencia no sólo política, sino filosófica y literaria".⁴

Declaraciones de independencia intelectual

CONSIDERA Pedro Henríquez Ureña que "El deseo de independencia intelectual se hace explícito por vez primera en la *Alocución a la Poesía* de Andrés Bello".⁵ Este poema es la primera de las dos *Silvas americanas* que escribiría el maestro venezolano, y en la invocación con que principia, el poeta pide a la musa de la poesía que abandone Europa y vuele al Nuevo

² P. HENRÍQUEZ UREÑA, *Opus. cit.*, pp. 12-122.

³ *Ibidem*, p. 121.

⁴ *Ibid.*, p. 121.

⁵ *Ibid.*, p. 103.

Mundo, cuyas riquezas naturales describe con elegancia clásica y con "un toque del aroma nativo de nuestro suelo":⁶

Divina Poesía,
tú de la soledad habitadora,
a consultar tus cantos enseñada
con el silencio de la selva umbría,
tú a quien la verde gruta fué morada,
y el eco de los montes compañía:
tiempo es que dejes ya la culta Europa,
y que tu nativa rustiquez desama,
y dirijas el vuelo a donde te abre
el mundo de Colón su grande escena.⁷

Atendiendo a precisiones cronológicas, un año antes de la aparición del poema de Bello —publicado por primera vez, "como una especie de programa editorial",⁸ al frente de *La Biblioteca Americana*, en 1823—, el hondureño José Cecilio del Valle —autor de la declaración de la independencia política de la América Central (1821)⁹— había declarado orgullosamente "La América será desde hoy mi ocupación exclusiva. América de día cuando escriba: América de noche cuando piense. El estudio más digno de un americano es América".¹⁰ Sin embargo, no puede dudarse que los elegantes versos de don Andrés Bello tuvieron un eco mayor entre los escritores de la lengua española del Continente.

Cultura original

PARA los autores de nuestras primeras declaraciones de independencia intelectual, América debería ser pues el asunto propio de los escritores americanos, pero ¿ibamos a cantar a América

⁶ *Ibid.*, p. 104.

⁷ Apareció por primera vez al frente del primer número de *La Biblioteca Americana*, Londres, 1823, pp. 3-16. La revista la publicaba Andrés Bello en compañía del colombiano Juan García del Río.

⁸ P. HENRÍQUEZ UREÑA, *Opus. cit.*, p. 103.

⁹ *Ibidem*, p. 234.

¹⁰ *Sonaba el abad de San Pedro; y yo también sé sonar*, 23 de febrero de 1822. Reproducido en *Valle*. Prólogo y selección de Rafael Heliodoro Valle, Secretaría de Educación Pública, México, 1943, p. 13. El artículo habla de la necesidad de que los pueblos de América se reúnan en un concilio para lograr su engrandecimiento.

con la lección aprendida en Europa? Muchos lo habían dicho ya, pero precisaba repetirlo: era necesario conquistar nuestra independencia cultural. Ajustando los términos en que debería realizarse esta autonomía literaria, Andrés Bello, en el discurso que pronunció como rector de la Universidad de Chile, en octubre de 1848, se preguntaba con una violencia poco habitual en hombre de su mesura, como si desesperara del logro de la empresa que había iniciado: "Estaremos condenados [los americanos] —decía a la juventud chilena— todavía a repetir servilmente las lecciones de la ciencia europea, sin atrevernos a discutir las, a ilustrarlas con aplicaciones locales, a darles una estampa de nacionalidad?"¹¹ "Yo pudiera —manifestaba en otro pasaje de su discurso— extender mucho más estas consideraciones, y darles nueva fuerza aplicándolas a la política, al hombre moral, a la poesía y a todo género de composición literaria: porque, o es falso que la literatura es el reflejo de la vida de un pueblo, o es preciso admitir que cada pueblo de los que no están sumidos en la barbarie es llamado a reflejarse en una literatura propia y a estampar en ella sus formas".¹² No podía enunciarse con mayor energía la dura alternativa en que nos encontrábamos. Y porque le parecía, en efecto, que estábamos en una encrucijada decisiva en nuestra historia cultural, el gran maestro venezolano insiste una y otra vez este punto: En un artículo del mismo año sobre el *Modo de estudiar la historia* dice: "Quisiéramos sobre todo precaverla [a la juventud chilena] de una servilidad excesiva a la ciencia de la civilizada Europa" "¡Jóvenes chilenos! Aprended a juzgar por vosotros mismos; aspirad a la independencia de pensamiento".¹³ "Nuestra civilización —agrega Bello— será también juzgada por sus obras; y si se la ve copiar servilmente a la europea aun en lo que ésta no tiene de aplicable, ¿cuál será el juicio que formarán de nosotros un Michelet, un Guizot? Dirán: La América no ha sacudido aún sus cadenas; se arrastra sobre nuestras huellas con los ojos vendados; no respira en sus obras un pensamiento propio, nada original, nada característico; remeda las

¹¹ "Discurso pronunciado por el rector de la Universidad de Chile en el aniversario solemne de 29 de octubre de 1848", en *Anales de la Universidad*, Santiago de Chile, 1848. *Obras completas*, VIII, p. 372.

¹² *Ibidem*, p. 374.

¹³ ANDRÉS BELLO, "Modo de estudiar la historia", en *El Araucano*, Santiago de Chile, 1848. *Obras completas*, VII, p. 124.

formas de nuestra filosofía y no se apropia de su espíritu. Su civilización es una planta exótica que no ha chupado todavía sus jugos a la tierra que la sostiene".¹⁴

El programa de la Asociación de Mayo

EL programa que formulaba Bello, y que pudiera sintetizarse en estos términos: independencia igual a nacionalismo, y nacionalismo igual a originalidad, este programa, decía, había sido adoptado ya y puesto en práctica en dos focos culturales del sur del Continente, que dieron coherencia a las doctrinas y se encargaron de difundirlas en el resto de Hispanoamérica. El primero de ellos fué la generación argentina llamada Asociación de Mayo, que se reunió en torno a Juan María Gutiérrez, hacia 1837, y sufrió destierros en Montevideo y en Santiago de Chile. Inicialmente, el grupo se congregó en el Salón Literario, que fundó en aquel año, en Buenos Aires, Marcos Sastre. En el discurso inaugural de aquella sociedad, Gutiérrez expresó una de las declaraciones más hermosas que registra la historia de nuestra emancipación intelectual: "Si hemos de tener una literatura —dijo—, hagamos que sea nacional, que represente nuestras costumbres y nuestra naturaleza, así como nuestros lagos y anchos ríos sólo reflejan en sus aguas las estrellas de nuestro hemisferio".¹⁵ Un año más tarde, aquel mismo grupo, al que se habían incorporado distinguidos escritores uruguayos, inicia la publicación, en Montevideo, de la revista *El Iniciador*. En el prospecto que anunciaba los propósitos del nuevo órgano, Andrés Lamas hizo "una valiente afirmación de la obra de libertad y de reforma a que se sentía llamada aquella juventud".¹⁶ "Dos cadenas —afirmaba Lamas en un pasaje de su texto— nos ligaban a España; una material, visible, ominosa; otra no menos ominosa, no menos pesada, pero invisible. incorpórea, que, como aquellos gases incomprensibles que por su sutileza la pe-

¹⁴ *Ibidem*, p. 125.

¹⁵ JUAN MARÍA GUTIÉRREZ, *Discurso de apertura del Salón Literario de Marcos Sastre, 1837*. Citado por Ernesto Morales, "Liminar" a J. M. Gutiérrez, *Estudios históricos y literarios*. Angel Estrada y Cia., Buenos Aires, 1940, p. xii.

¹⁶ JOSÉ ENRIQUE ROUÓ, "Juan María Gutiérrez y su época", en *El Mirador de Próspero*, 3a. ed., Editorial Cervantes, Barcelona, 1928, p. 347.

netran todo, está en nuestra legislación, en nuestras letras, en nuestras costumbres, en nuestros hábitos, y todo lo ata, y a todo le imprime el sello de la esclavitud, y desmiente nuestra emancipación absoluta. Aquélla, pudimos y supimos hacerla pedazos con el vigor de nuestros brazos y el hierro de nuestras lanzas; ésta es preciso que desaparezca también si nuestra personalidad nacional ha de ser una realidad; aquélla fué la misión gloriosa de nuestros padres, ésta es la nuestra". "Hay, nada menos —agregaba—, que conquistar la independencia inteligente de la nación, su independencia civil, literaria, artística, industrial; porque las leyes, la sociedad, la literatura, las artes, la industria, deben llevar, como nuestra bandera, los colores nacionales, y ser, como ella, el testimonio de nuestra independencia y nacionalidad".¹⁷ Durante el año escaso en que se publicó *El Iniciador*, tan nobles propósitos fueron cumplidos. Su ejecución, en el aspecto literario, significaba, como apunta José Enrique Rodó, "la simulación de las influencias románticas orientadas en un sentido nacional".¹⁸ Allí se publicaron editoriales de Andrés Lamas en que se precisaba su doctrina nacionalista; ensayos de Miguel Cané sobre los problemas propios de América recién emancipada; agudas sátiras de costumbres y artículos doctrinarios sobre el romanticismo y sobre nuestra emancipación literaria, de Juan Bautista Alberdi; cuadros de costumbres y poesías de colorido americano, de Juan María Gutiérrez, y, entre otros, un artículo de Félix Frías sobre *Poesía nacional* en el que pedía a ella una tendencia activa, varonil, militante y didáctica en el más alto sentido. "Queremos —precisaba Frías— la ciudadanía en poesía, en arte, en política, en literatura".¹⁹ "Si de la Asociación de Mayo y de *La cautiva* [de Esteban Echeverría] fué el programa —escribe Rodó—, de *El Iniciador* fué el primer desenvolvimiento de aquel grande y fecundo arranque de ideas, que imprimió su sello a una época literaria".²⁰

El discurso de Lastarria de 1842

EL segundo de los focos culturales que, según decía, dieron coherencia y difusión a las doctrinas nacionalistas, tuvo su asien-

¹⁷ ANDRÉS LAMAS, "Prospecto", en *El Iniciador*, Montevideo, abril de 1938, núm. 1.

¹⁸ RODÓ, *Opus. cit.*, p. 347.

¹⁹ Citado *Ibidem*, p. 367.

²⁰ *Ibid.*, p. 368.

to en Santiago de Chile y su punto de partida en el notable discurso que pronunció José Victorino Lastarria en la inauguración de la Sociedad Literaria, el 3 de mayo de 1842. En aquella pieza oratoria, que llegaría a ser memorable, Lastarria comenzaba analizando las debilidades de la civilización de su patria y exponiendo la necesidad apremiante de fortalecerla por medio de la ilustración. En cuanto a la literatura, de acuerdo con el pensamiento de la época, la consideraba como la expresión de la sociedad. Pero las letras chilenas, hasta aquellos días, no habían expresado a su pueblo, sin duda porque se lo impidieron los vicios de la administración colonial. Todo pues estaba por hacer; pero importa mucho, dice Lastarria a los jóvenes escritores chilenos, que "No perdáis jamás de vista que nuestros progresos futuros dependen enteramente del giro que demos a nuestros conocimientos en su punto de partida. Este es el momento crítico para nosotros".²¹ Mas, ¿cómo emprender esa obra? La reforma, explica Lastarria, no puede ser súbita, y por ello "resignémonos al pausado curso de la severa experiencia",²² dice con elegante frase. Hay que comenzar pues por aprender de los pueblos más sabios, procurando escoger atinadamente nuestros modelos. La literatura española no es la nuestra, pero la lengua de sus grandes clásicos es la fuente de nuestro rico idioma que debemos conservar en su pureza original. Una vez aventajada esta preparación, ya es posible recibir las influencias de la literatura francesa, llena de estímulos creadores. En Francia, dice Lastarria, que no quiere aludir directamente al romanticismo, se "ha levantado la enseña de la rebelión literaria"²³ y es preciso aprender aquella lección de los franceses, no para copiarlos sin tino, "sino para que aprendáis de ellos a pensar, para que os empapéis de ese colorido filosófico que caracteriza su literatura, para que podáis seguir la nueva senda y retratéis al vivo la naturaleza".²⁴ La imitación sólo serviría para mantener la dependencia de nuestra literatura. "No, señores—increpaba vigorosamente Lastarria, a los escritores chilenos—, fuerza es que seamos originales; tenemos dentro de nuestra sociedad todos los elementos para serlo, para conver-

²¹ José VICTORIANO LASTARRIA, *Recuerdos literarios*, Santiago de Chile, 1912, p. 126. Obras Completas de Don... Edición Oficial, vol. X. Estudios literarios. Primera serie.

²² *Ibidem*, p. 127.

²³ *Ibidem*, p. 134.

²⁴ *Ibidem*, p. 135.

tir nuestra literatura en la expresión auténtica de nuestra nacionalidad. Me preguntaréis qué pretendo decir con esto, y os responderé con el atinado escritor que acabo de citaros [Artaud], que la nacionalidad de una literatura consiste en que tenga una vida propia, en que sea peculiar del pueblo que la posee, conservando fielmente la estampa de su carácter, de ese carácter que se producirá tanto mejor mientras sea más popular. Es preciso que la literatura no sea el exclusivo patrimonio de una clase privilegiada, que no se encierre en un círculo estrecho, porque entonces acabará por someterse a un gusto apoyado a fuerza de sutilezas. Al contrario, debe hacer hablar todos los sentimientos de la naturaleza humana y reflejar todas las afecciones de la multitud, que en definitiva, es el mejor juez, no de los procedimientos del arte, sí de sus defectos".²⁵ Si la literatura no expresa al pueblo y se escribe para el pueblo, permanece estacionaria y se atrasa. "La literatura debe pues —agrega Lastarria— dirigirse a todo un pueblo, representarlo todo entero, así como los gobiernos deben ser el resumen de todas las fuerzas sociales, la expresión de todas las necesidades, los representantes de todas las superioridades: con estas condiciones sólo puede ser una literatura verdaderamente nacional".²⁶ Y para concluir tan brillante y revolucionario programa, Lastarria pedía a los escritores chilenos que reconociesen y aceptasen la tarea fundamental que les tocaba afrontar. "No hay sobre la tierra —decía— pueblos que tengan como los americanos una necesidad más imperiosa de ser originales en su literatura, porque todas sus modificaciones les son peculiares y nada tienen de común con las que constituyen la originalidad del Viejo Mundo. La naturaleza americana, tan prominente en sus formas, tan variada, tan nueva en sus hermosos atavíos, permanece virgen; todavía no ha sido interrogada; aguarda que el genio de sus hijos explote los veneros inagotables de belleza con que le brinda".²⁷

Una declaración tan franca, valerosa y densa de doctrina como ésta de Lastarria no podía pasar inadvertida. Algunos la recibieron con sorpresa, pero otros comprendieron, como Sarmiento, que aquél era un "hecho nuevo" y la bandera que alzaba la nueva generación para fundar una literatura propia.

²⁵ *Ibid.*, p. 135.

²⁶ *Ibid.*, p. 136.

²⁷ *Ibid.*, pp. 136-137.

Aunque Lastarria se había preocupado cuidadosamente por evitar la palabra "romanticismo", no se podía ocultar que este movimiento era la raíz ideológica de su discurso. Y ello encendió la chispa en la batalla que librarían los jóvenes románticos, en su mayoría desterrados argentinos, contra los discípulos de Bello, adictos al neoclasicismo, disputa que habría de derivar a la discusión de un tema de larga historia en nuestras letras: la independencia lingüística de la América hispánica.

La polémica Sarmiento-Bello

Por aquellos días, Sarmiento, que había ido años antes a Chile huyendo de la tiranía de Rosas, escribía diariamente en *El Mercurio*, de Valparaíso. Y hacia la misma época, Bello y sus discípulos chilenos, entre los que se contaba Lastarria, escribían para *El Semanario Literario*, de Santiago de Chile. Inflamados los ánimos por el discurso de Lastarria,²⁸ pronto se inició una reñida batalla entre ambos grupos. Sarmiento, exponiendo sus propias ideas y llevando a sus últimas consecuencias las doctrinas de Lastarria, defendía la libertad romántica de expresión, un concepto progresista de la cultura y la soberanía del pueblo en materia lingüística. Bello, a quien el calor de la discusión llevó a afirmaciones demasiado radicales, insistió por su parte en un concepto aristocrático de la lengua y de los valores literarios.²⁹ El pretexto inicial lo dió la reseña que escribió Sarmiento sobre unos *Ejercicios populares de lengua castellana* con los que su autor, Pedro Fernández Garfias, deseaba corregir errores comunes en el lenguaje. No se contentó Sarmiento con

²⁸ En rigor, la polémica Sarmiento-Bello se inició el 27 de abril de 1842 y el discurso de Lastarria se pronunció el 3 de mayo del mismo año, viniendo, propiamente, a reforzar la polémica. Véase al respecto el relato de estos acontecimientos por el mismo Lastarria, *Opus. cit.* PF. 139 ss.

²⁹ Para mayores pormenores de esta polémica véase: RICARDO ROJAS, *El profeta de la Pampa. Vida de Sarmiento*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1945, pp. 179 ss.; ARTURO TORRES RÍOSECQ, *La gran literatura iberoamericana*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1945, pp. 67 ss. Los textos principales se encuentran reproducidos en las ediciones de obras completas de Bello y Sarmiento y, además, en la antología de la obra de Sarmiento, *Prosa de ver y pensar*. Selección por Eduardo Mallea, Emecé Editores, Buenos Aires, 1943, pp. 81-144. Cito en cada caso, además de la publicación original, las páginas en que se encuentran los textos de esta antología.

aplaudir la utilidad de aquel libro. Vigoroso en la polémica y en la doctrina, expuso categóricamente su concepto revolucionario del lenguaje: "La soberanía del pueblo—escribió Sarmiento— tiene todo su valor y su predominio en el idioma; los gramáticos son como el senado conservador, creado para resistir los embates populares, para conservar la rutina y las tradiciones. Son a nuestro juicio, si se nos perdona la mala palabra, el partido retrógrado, estacionario, de la sociedad habladora; pero, como los de su clase en política, su derecho está reducido a gritar y desternillarse contra la corrupción, contra los abusos, contra las innovaciones. El torrente los empuja y hoy admiten una palabra nueva, mañana un extranjerismo vivito, al otro día una vulgaridad chocante; pero ¿qué se ha de hacer?, todos han dado en usarla, todos la escriben y la hablan, fuerza es agregarla al diccionario, y quieran que no, enojados y mohinos, la agregan, ya que no hay remedio, y el pueblo triunfa y lo corrompe y lo adultera todo".²⁰ Y por no aceptar los escritores cultos las corrupciones del lenguaje popular, agrega Sarmiento, "llegó el día en que un gran número se sintió con ganas de aprender a escribir y se encontró con que mis señores literatos escribían como el pueblo había hablado quinientos años".²¹

Semejantes conceptos implicaban un reto abierto al grupo de Bello, adicto a la pureza del lenguaje. Como dice Ricardo Rojas, don Andrés, "gramático eminente, creyó que un ladrón entraba en su huerto, y salió a atajarlo".²² El mismo Bello, bajo el seudónimo de "Un Quidam", envió a *El Mercurio* una réplica en la que censuraba a Sarmiento por su defensa de las corrupciones del lenguaje, ya que "semejante plata [los extranjerismos] para la claridad y pureza del español es tan sólo transmitida por los que iniciados en idiomas extranjeros y sin el conocimiento y estudio de los admirables modelos de nuestra rica literatura, se lanzaban a escribir, según la versión que más han leído".²³ Y discrepaba absolutamente de las ideas que su contrincante había expuesto sobre la soberanía del pueblo en

²⁰ DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO, "Ejercicios populares de lengua castellana", en *El Mercurio*, Valparaíso, Chile, 27 de abril de 1842. *Prosa de ver y pensar*, pp. 82-83.

²¹ *Ibidem*, p. 83.

²² RICARDO ROJAS, *Opus. cit.*, p. 179.

²³ "Un Quidam", Ejercicios populares de lengua castellana", en *El Mercurio*, 12 de mayo de 1842. *Prosa de ver y pensar*, p. 142.

materia lingüística, pues para Bello "en las lenguas, como en la política, es indispensable que haya un cuerpo de sabios, que así dicte las leyes convenientes a sus necesidades, como las del habla en que ha de expresarlas; y no sería menos ridículo —agrega— confiar al pueblo la decisión de sus leyes, que autorizarle en la formación del idioma. En vano claman por esa libertad románticolicenciosa del lenguaje, los que por prurito de novedad o por eximirse del trabajo de estudiar su lengua, quisieran hablar y escribir a su discreción".³⁴

Poco le preocupaba a Sarmiento la autoridad reconocida de su contrincante en aquellas materias y, sintiéndose provocado, arremetió con todos sus bríos juveniles. Y para cada uno de los puntos doctrinales de Bello tuvo una réplica justa. Respecto a las causas de la corrupción de la lengua, aducidas por el maestro venezolano, Sarmiento contestó: "Esto es, pues escriben según la versión que más leen, y no es su culpa si la antigua pureza del castellano se ve empañada desde que él ha consentido en dejar de ser el intérprete de las ideas de que viven hoy los mismos pueblos españoles".³⁵ Cuando los hispanoamericanos desean adquirir conocimientos les es preciso buscarles en Francia, en Alemania, en Inglaterra, en Italia, a través de traducciones. "Un idioma —confirma Sarmiento— es la expresión de las ideas de un pueblo, y cuando un pueblo no vive de su propio pensamiento, cuando tiene que importar de ajenas fuentes el agua que ha de saciar su sed, entonces está condenado a recibirla con el limo y las arenas que arrastra en su curso; y mal han de intentar los de gusto delicado poner coladeras al torrente: que pasarán las aguas y se llevarán en pos de sí estas telarañas fabricadas por un espíritu nacional mezquino y de alcance limitado".³⁶ Y para dar mayor peso a sus argumentos decía haber tomado a la ventura el catálogo de una librería, y entre quinientas obras en castellano, sólo cincuenta eran originales.

En cuanto a la segunda de las afirmaciones de Bello, a propósito de la incapacidad del pueblo para legislar en su lengua, se pregunta el espíritu democrático de Sarmiento, "¿quién es ése que tan ridículo halla confiar al pueblo la decisión de

³⁴ *Ibidem*, p. 143.

³⁵ DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO, "Contestación a un quidam", en *El Mercurio*, 19 de mayo de 1842. *Prosa de ver y pensar*, p. 92.

³⁶ *Ibidem. Ibidem.*, p. 93.

sus leyes?"³⁷ y explica en seguida que cuando un cuerpo político formula leyes, representa a un pueblo del que proviene, y cuya voluntad y deseos expresa en las leyes que promulga. De la misma manera, "si hay en España una Academia que reúna en un diccionario las palabras que el uso general del pueblo ya tiene sancionadas, no es porque autorice su uso, ni forme el lenguaje con sus decisiones, sino porque recoge como en un armario las palabras cuyo uso está autorizado unánimemente por el pueblo mismo y por los poetas".³⁸ Pero no paró allí su contundente argumentación. Sintiendo picado por una alusión de Bello al dialecto español-gálico de los argentinos, no sabe contenerse ya y arremete en defensa de los suyos. Pues mientras los argentinos, dice Sarmiento, "han escrito más versos, verdadera manifestación de la literatura, que lágrimas han derramado sobre la triste patria", los chilenos "no hemos sabido hacer uno solo, lo que es uno, que parecemos perláticos con ojos para ver, y juicio sano para criticar y para admirar con la boca abierta lo que hacen otros".³⁹ ¿A qué se debe esa imposibilidad? Precisamente a la influencia de los gramáticos, al respeto que tienen por los "admirables modelos". En suma, a la atención que han prestado a las enseñanzas del gramático Andrés Bello. Y no contento con criticar a los poetas chilenos, Sarmiento los aconseja aún: "echad—les dice— miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales, y en seguida escribid con amor, con corazón, lo que se os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta; será apasionado aunque a veces sea inexacto; agrada al lector aunque rabie Garcilaso; no se parecerá a lo de nadie; pero bueno o malo, será vuestro".⁴⁰ Y finalmente, ya en tono de broma que algunos no comprendieron así, llegó a desear que se desterrase a Bello, sin otro motivo que ser demasiado literato y haber profundizado en los arcanos del idioma "más allá de lo que nuestra naciente civilización exige".⁴¹

En los artículos que siguieron, la polémica derivó, como era de esperarse, a la cuestión nacionalista provocada por la

³⁷ D. F. SARMIENTO, "Segunda contestación a un quidam", en *El Mercurio*, 22 de mayo de 1842. *Prosa de ver y pensar*, p. 98.

³⁸ *Ibidem. Ibidem.*, pp. 98-99.

³⁹ *Ibid. Ibid.*, p. 104.

⁴⁰ *Ibid. Ibid.*, p. 105.

⁴¹ *Ibid. Ibid.*

censura de Sarmiento a los poetas chilenos, quienes lo repudiaron por extranjero y aun lo calumniaron. Bello, ante el ataque personal, se calló discretamente. Sarmiento fué diluyendo la acritud del debate con ingeniosas fábulas, como la que llamó *Los gallos literarios*. Al fin, encontró un recurso excelente para acallar a sus impugnadores, discípulos de Bello que defendían el prestigio de la cultura española, atacándolos con sus mismas armas. En el artículo intitulado *La cuestión literaria* forjó un pastiche habilísimo y excelente del artículo de Larra que lleva el nombre de *Literatura*,⁴² adaptándolo a las circunstancias. Expuso allí las causas de la decadencia de la cultura española, hizo una amplia profesión de fe romántica y abogó por una literatura libre de magisterios y reducida no sólo a las galas del decir, sino hija de la experiencia y de la historia, capaz de decirlo todo al alcance de la multitud, una literatura que fuese "expresión de la sociedad *nueva* que constituimos; toda de *verdad*, como es de verdad nuestra sociedad; sin más reglas que esa verdad misma, sin más maestro que la naturaleza misma; joven, en fin, como el estado que constituimos".⁴³ Y de nuevo sobre el tema del empobrecimiento de la lengua castellana, añadió: "esta lengua, desemejante de la túnica del Señor, no había crecido con los años y con el progreso que había de representar; esta lengua, tan rica antiguamente, había venido a ser pobre para las necesidades nuevas". Y tras estos denuestos contra la lengua y la cultura españolas, Sarmiento, para confundir a sus impugnadores que no supieron descubrir la superchería, escribe el artículo intitulado burlescamente *'Raro descubrimiento'*, en el que aclara que cuanto había dicho lo suscribía nada menos que un escritor español. Y ya ganada la batalla con la dispersión de los contrincantes, Sarmiento concluye: "como nosotros [Larra] ha declarado la incompetencia de un idioma vetusto para expresar las nuevas ideas; como nosotros, en fin, ha recomendado la libertad en idioma y literatura, como en política".⁴⁴

⁴² El artículo de Mariano José de Larra se publicó entre 1832 y 1834 en la *Revista Española* o en *El Observador*, de Madrid. Puede verse en *Obras de Figaro*, Baudry, París, 1866, t. II, pp. 56-61.

⁴³ D. F. SARMIENTO, "La cuestión literaria", en *El Mercurio* 25 de junio de 1842. *Prosa de ver y pensar*, p. 135.

⁴⁴ D. F. SARMIENTO, "Raro descubrimiento", en *El Mercurio*, 30 de junio de 1842. *Prosa de ver y pensar*, p. 139.

La posición de Bello

MAS al concluir la reseña de esta polémica, no seamos injustos con don Andrés Bello guardando sólo esta imagen poco airosa de su ilustre personalidad, pues no se diría verdad si se le señalara como un enemigo de la autonomía literaria de Hispanoamérica. Recordemos que él fué uno de los primeros en manifestar el deseo de independencia intelectual, uno de los primeros en cantar la naturaleza y el pasado de América y él fué también uno de los maestros que con más constancia predicaron el imperativo de nuestra autonomía cultural. Sólo que, al igual que Lastarria, estaba firmemente persuadido de la necesidad de conservar la pureza de nuestra lengua, y no le faltaban razones en su actitud; y llevado, además, por ciertos orgullos aristocráticos, tan afines al gusto por la filología, exageró la inoperancia del pueblo en materia lingüística. Quien lea su discurso en la Universidad de Chile, en 1848, posterior a la polémica, quedará convencido de que sus ideas respecto a la independencia literaria de América estaban muy cerca de las de su contrincante Sarmiento, y tan cercanas como éstas podían estarlo a la verdad.

La autonomía del castellano en América

ESTA discusión sobre la autonomía del castellano en América hispánica, que tuviera una de sus formulaciones más elocuentes en el debate de estos maestros, ha sido una de las cuestiones de más permanente interés y vigencia en nuestros países, y ha dado origen a corrientes literarias y a teorías lingüísticas inclinadas a uno u otro de sus extremos. Muchos años antes de la disputa de Sarmiento y Bello, el hondureño José Cecilio del Valle había advertido ya que "la lengua castellana, hablada por naciones independientes de Castilla, se irá mudando insensiblemente. Cada Estado americano tendrá su dialecto: se multiplicarán los idiomas, y cada idioma será un método nuevo de análisis".⁴³ Muchos años después de haber sido escrita esta profecía, que

⁴³ JOSÉ CECILIO DEL VALLE, "América", en *El Amigo de la Patria*, Guatemala, 30 de noviembre de 1821, t. II, núms. 18 y 19, pp. 139-154. Reproducido en *Valle*, Prólogo y selección de Rafael Heliodoro Valle. Ediciones de la Secretaría de Educación Pública, México, 1943, pp. 52-71. *El Pensamiento de América*, vol. X.

hoy nos parece menos estimulante, ocurrió uno de los hechos más significativos en la historia de esta controversia: la renuncia que hizo el argentino Juan María Gutiérrez al cargo de Miembro Correspondiente de la Academia Española de la lengua, para el que fué designado en 1873. En la carta que dirigió al secretario de la Academia, don Aureliano Fernández Guerra y Orbe, exponiendo las causas que le había inducido a tomar aquella determinación, dice que le parece una incongruencia amoldar la lengua que habla su pueblo—llena de extranjerismos y provincialismos, imprescindibles por su constitución racial, y si peligrosos quizás para la gramática, fecundos para el pensamiento libre—con la lengua castellana tal como la prescribe la Academia. Gutiérrez manifiesta, muy cortésmente, que aun a los hombres cultos de su país les extrañaría si él les hablara de "pureza y elegancia" en la lengua, y que, como sudamericano, le parece peligroso aceptar un título de la Academia, a cuyas creencias y opiniones conservadoras no está seguro de poder amañar sus inclinaciones.⁴⁶

Gesto tan independiente y orgulloso como éste de Gutiérrez, leal a los principios que había defendido desde los días de la Asociación de Mayo, no pasó en silencio, y casi todas las voces que se alzaron fueron para censurarlo: Alberdi, Vicuña Mackenna y el español Juan M. Villergas, este último el más violento e impertinente. A todos contestó Gutiérrez con una agilidad que no desmentía la de sus años juveniles, y dejó una serie de diez cartas llenas de erudición e ingenio en defensa de aquella actitud suya.

En estas cuestiones de la lengua nunca podrá decirse en definitiva quién ha sido el triunfador y quién tuvo toda la razón. Sarmiento, ciertamente, ganó la batalla contra los gramáticos, pero no por ello toda la literatura hispanoamericana se encaminó por la ruta que él había trazado. Uno y otro caminos tuvieron sus adictos, y tanto contribuyeron al esplendor de las letras de América hispánica el *Facundo* o los *Recuerdos de provincia*, de Sarmiento como la *Gramática de la lengua castellana* o las *Silvas americanas*, de Bello.

⁴⁶ JUAN MARÍA GUTIÉRREZ, "Carta al señor Secretario de la Academia Española", en *La Libertad*, Buenos Aires, 5 de enero de 1876. Reproducida en J. M. Gutiérrez, *Estudios histórico-literarios*. Selección, prólogo y notas de Ernesto Morales. Colección Estrada, Buenos Aires, 1940, pp. 219-227.

Pero desde otra perspectiva que preste mayor atención a lo que pudiera llamarse la dinámica de nuestras letras, doctrinas nacionalistas y revolucionarias como las que proclamaron Gutiérrez, Lastarria y Sarmiento, han sido más provechosas para el desarrollo autónomo de la literatura hispanoamericana. Gracias al entusiasmo creador que los teóricos de la emancipación literaria supieron suscitar en el ánimo de nuestros escritores, sus obras parecieron cobrar nueva vitalidad y en toda América hubo un despertar literario que abrió los ojos asombrados a una realidad cotidiana que no habíamos sabido ver.

La "América poética"

El primer testimonio destacado que tuvo el despertar de nuestra poesía fué la primera gran antología sistemática hispanoamericana que se publicó en el Continente, la *América poética*,⁴⁷ compilada por aquel argentino que había sido uno de los abandonados en la causa de nuestra emancipación literaria, Juan María Gutiérrez. Pasada la hora de los manifiestos y de las exposiciones teóricas, Gutiérrez comprendió muy bien que era necesario mostrar qué habían hecho nuestros poetas por expresar la originalidad de América; y tanto las notas que puso a su antología, como las selecciones que incluye están encaminadas precisamente a destacar y agrupar de preferencia los aspectos nativos y más personales de los poetas escogidos. La *América poética* contribuyó, además, a la fijación de un primer cuadro de la lírica hispanoamericana en la primera mitad del siglo XIX, y no fueron menores sus servicios por lo que toca al conocimiento mutuo que hizo posible entre los poetas del Continente, por regla general tan ignorados entre sí.

Los asuntos nacionales

Y no sólo en las obras de los poetas presentados por Gutiérrez, sino en casi todas las escritas, en prosa o en verso, hacia mediados del siglo del romanticismo, se hizo patente el esfuerzo de sus autores por cantar los asuntos nacionales, con una voz que si aún no era original, estaba ya en vías de llegar a

⁴⁷ JUAN MARÍA GUTIÉRREZ, *América poética*. Colección escogida de composiciones en verso escritas por americanos en el presente siglo. Valparaíso, 1846.

serlo. Entre los varios aspectos que pueden distinguirse en estos asuntos nacionales, los preferidos por los escritores de la época fueron los temas históricos, los patrióticos, los indígenas, los costumbristas, los populares y los descriptivos.

Lo colonial y lo indígena

Los temas históricos unas veces se quedan en el pasado inmediato colonial, como en las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma o en el teatro del mexicano Rodríguez Galván, y en otras ocasiones se remontan hasta lo indígena. Por una conversión mental, explicable por la doble corriente nacionalista y anti-española vigente en la época, la Colonia se convierte en una especie de Edad Media, a la que se rechaza, mientras lo indio se eleva a la categoría de pasado clásico. Los héroes indígenas son exaltados, como en el pasaje en que aparece Huaina Capac, en *La victoria de Junín* de Olmedo, en *La profecía de Guatimoc* de Rodríguez Galván o en la novela *Guatimotzin* de la Avellaneda. Pero también se intenta interpretar el espíritu o los sentimientos indios, como lo hace en sus *yaravies*, o cantos amorosos nativos, el peruano Mariano Melgar; en forma de versiones parafrásticas de los antiguos poemas indígenas, como en *Los Aztecas* del mexicano José Joaquín Pesado, o bien en formas líricas más personales como el cubano José María Heredia en el *Teocalli de Cholula*. De paso cabe agregar que las guerras mismas de independencia se vieron complicadas a menudo por propósitos, casi siempre vagos, de restauración o vindicación de lo indígena, como ocurrió con la rebelión de Tupac-Amaru en el Perú, a fines del siglo XVIII, o como lo denuncia tácitamente la denominación de Anáhuac con que se prefería llamar a México en la época de los insurgentes. Por otra parte "estaba ciertamente en el repertorio filosófico y literario de la época la idealización del indio".¹⁴

La patria

Los temas patrióticos y cívicos eran también de los más cultivados. En la Argentina, por ejemplo, se desarrolló un ciclo de poesía patriótica en torno a la Asociación de Mayo, y en

¹⁴ FERNÁNDEZ ALMAGRO, *Opus. cit.*, p. 64.

casi todos los países de Hispanoamérica poetas como Olmedo, Bello, Fernández Madrid, Acuña de Figueroa, Juan Carlos Gómez, Abigail Lozano y Quintana Roo, cantaron las glorias nacionales, los triunfos de las armas insurgentes o los hechos heroicos de los padres de la patria, cuando no apostrofaban a los tiranos que destruían la libertad recién conquistada.

Costumbres y pueblo

Los temas costumbristas y los populares casi siempre aparecieron unidos, aunque en la poesía del guatemalteco José Batres Montúfar, el costumbrismo descubre "la antigua y reposada gracia de aquel país"⁴⁹ en la era colonial. Costumbrismo y popularismo derivaron por lo general a la creación de géneros poéticos regionales, como los "cielos" o la poesía gauchesca argentina, o los "corridos" mexicanos. En otros aspectos puede recordarse la poesía de la vida rural del cubano Domingo del Monte, o los romances costumbristas y populares del mexicano Guillermo Prieto.

El paisaje

El paisaje americano, finalmente, alienta ya con insistente aroma nativo, en el poema *La cautiva* de Esteban Echeverría; en las poesías del mexicano Fray Manuel de Navarrete; en las *Silva a la agricultura de la zona tórrida* del venezolano Andrés Bello, y en los poemas del cubano José María Heredia, y alcanza una expresión ya preciosista en las descripciones de *María*, la novela del colombiano Jorge Isaacs.

A través de todas estas modalidades, aquí ejemplificadas sumariamente, la literatura hispanoamericana del siglo XIX emprendió la realización de aquella conquista de su autonomía a la que la impulsaron los escritores que a raíz de la independencia comprendieron el deber que tenían nuestras letras de ser independientes y originales. Nacionalismo no equivale por cierto a originalidad, pero es uno de los caminos más seguros para lograrla. Mas lentamente, en aquellas primeras experiencias de libertad, nuestros escritores iban reconociendo cuáles eran las zonas más profundas en las que radicaba su más auténtico

⁴⁹ HENRÍQUEZ UREÑA, *Opus. cit.*, p. 113.

tica originalidad: eran formas y matices de sentimientos, ritmos espirituales, ideas y creencias persistentes las notas que en realidad los definían. Y en la tarea de rescate, tanto de aquella originalidad exterior de los asuntos como de esta otra originalidad psicológica, continúan todavía, cada vez más seguras en sus pasos, las letras de la América hispánica.

UN VIAJERO ILUMINADO

44 **Q**UIZÁ el más interesante libro de viajes que se ha publicado" dijo Edgar Allan Poe en "Graham Magazine" (dato que proporciona V. W. Von Hagen en "Maya explorer") al referirse a este libro de Stephens, el gran viajero diplomático norteamericano que sigue siendo gustado de inúmeros lectores. He leído el libro en que Von Hagen reconstruye la vida de Stephens, y no creo que le haya aplicado bien el epíteto, porque Stephens no era maya; sin embargo, su libro nos da noticias novísimas sobre quien, siendo abogado, prefirió ser poeta, mejor dicho humanista de la más pura tradición. "Biografía entusiasta" dice Richard Predmore en el prefacio de la última edición en inglés del clásico libro. Según Predmore éste debería "encontrar un sitio entre los libros selectos de la literatura de los Estados Unidos", y dice muy bien: porque no sólo está ese juicio ratificado por las ediciones que alcanza hasta hoy, sino porque quien tenga conocimientos generales sobre el hemisferio colombino, estará de acuerdo en que el de Stephens, como el de Humboldt sobre México, es uno de los libros de belleza primaria que leyó antes de venir a América.

John Lloyd Stephens acaso no se imaginó que sus emociones de viaje —reconstruidas indudablemente sobre apuntes cuidadosos—, le darían una popularidad tan envidiable, y conste que entre su contemporáneos viajeros, que escribieron libros, figura nada menos que Washington Irving, y un poco más acá George Ephraim Squier, el gran amigo de Centro América que debiera ser conocido más a fondo, y sobre quien prepara otro libro Von Hagen.

Stephens era un mago, por su imaginación y por su capacidad para revivir escenas, paisajes y trasmundos. Su libro tiene el encanto de una novela, con escenario en las bárbaras selvas tropicales, en que los dioses siguen disputando los pedestales a los hombres de barro que se creen eternos. Viajero iluminado e iluminante, eso fué Stephens, y es lo que ha comprobado el Dr. Predmore al repasar esas páginas de color fascinante, de entrañable hermosura, bañadas por el sol que enamora los frutos melíferos y corona con su fuego las mitologías que están

1. "Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan", por John Lloyd Stephens. Prólogo y nota de Richard E. Predmore, Rutgers University, 1949.

en pie, que lo estarán mientras el maíz y el venado saluden la gloria de las estaciones y el trópico sea el tesoro de la esperanza.

(Para comprender mejor la hazaña que Stephens pudo realizar en una época en que las comunicaciones por mar y tierra eran difficilísimas entre los Estados Unidos y Centro América, bastará saber que el Encargado de Negocios de U.S. A., Mr. Charles G. de Witt, tomó pasaje en Nueva York para dirigirse a Valparaíso, Lima y Centro América; y tuvo que modificar ese itinerario gracias a una inesperada facilidad, que le permitió salir hacia el 30 de septiembre de 1833, rumbo a Kingston, a donde llegó el 16 de octubre, continuando el viaje hacia Belice, arribando el 12 de noviembre, deteriorado por grave fiebre biliosa; el 30 de noviembre, se hallaba en Izabal, y hasta el 16 de diciembre no llegó a la capital de Centro América).

El Dr. Predmore afirma que Stephens merece el epíteto de "padre de la Arqueología maya", lo cual es discutible, porque antes de él están la célebre carta que en el siglo XVI escribió al rey el Oidor Lic. Diego García de Palacio, quien visitó Copán, y después el libro de Fray Diego de Landa sobre Yucatán y lo que sobre Palenque publicó en Londres (1821) el capitán Antonio del Río. Lo que sucede es que Stephens se colocó a la vanguardia por la publicidad venturosa que logró su libro, y bien lo merecía por el estilo cautivador, lleno de alegría, luz y novedad, y porque su po divulgarse en inglés en la grata compañía de las ilustraciones preparadas por su compañero Catherwood, quien logró rescatar para nuestro conocimiento "algunos de los edificios y monumentos que están ahora derrumbados o que se han perdido", según afirma el Dr. Predmore. Lo cierto es que la hazaña heroica de Stephens, que corre parejas con la gracia estilística de su libro, fué la de haber logrado abrir con éste la puerta a la curiosidad de innumerables estudiosos, y contribuir—según la frase de su intérprete inteligente—al "progreso de la arqueología americana ayudando a crear un interés ampliamente desarrollado", hacia una civilización que sigue siendo uno de los orgullos del hombre precolombino, un pueblo que—como Stephens recalca—"fué poblado por los salvajes" si se toma en cuenta lo que dijeron algunos historiadores de la época; pero sigue mereciendo la admiración de los hombres de ciencia y de los viajeros sin anteojos ahumados, porque "los salvajes (son palabras de Stephens) nunca elevaron esas estructuras, los salvajes no pudieron labrar esas piedras".

Un pionero, dice el Dr. Predmore; en verdad, que eso fué Stephens. Pero podríamos añadir que fué un precursor que tenía los pies bien clavados en la realidad y el espíritu hundido en el sueño poético, porque era un humanista que nos enseñó a comprender y degustar. Era así un arqueólogo que, sin creerse merecedor de tal rango, trazó una

ruta firme hacia esos horizontes en que el arqueólogo ya no se conforma con ser espectador, sino que salta sobre las piedras y las cifras para aproximarse a la verdad y teñir con luz de sol naciente la oscuridad de los símbolos. Es esa luz, ese "espíritu viril y brillante que aquí y allí resplandece a lo largo de sus páginas", lo que más preocupó a Stephens. Para el Dr. Predmore es esa una de sus calidades de primer orden. Su intérprete ha percibido algo más, con fina perspicacia: que sus anticipaciones sobre los mayas "han sido confirmadas por la erudición moderna".

El Dr. Predmore utilizó para esta edición, la duodécima (1856), y ha sabido exornarla con algunas aclaraciones que permiten identificar algunos de los sitios geográficos a que hizo referencia Stephens. Tuvo también el buen gusto de reproducir las ilustraciones magistrales con que Catherwood embelleció el libro extraordinario.

Presencia de Catherwood

HAY un momento crucial en la vida viajera de Stephens: el de su encuentro con Frederick Catherwood, arquitecto, viajero también—incurable viajero hasta el fin—, dibujante de facultades asombrosas con mucho de aventurero y algo de poeta. Stephens lo entrevió en el Levante mediterráneo, cuando ambos iban en busca de la fuente escondida o del altar de un dios que nunca hallaron en sus largas excursiones. Stephens había recorrido Egipto, Arabia Pétreá, Palestina, Grecia, Turquía, Rusia y Polonia. Eran los días en que todo lo de Egipto estaba de moda en Occidente y no faltaban señoras que, por demostrar su entusiasmo hacia la grandeza de los Faraones, no tuvieron inconveniente para sentirse momias en conserva. Se conocieron en Londres (1836), durante una conferencia en la que Catherwood habló sobre su visita a Jerusalén. Volvieron a encontrarse en Nueva York (1839) y el mismo año convinieron en buscar en una región de la América antigua los vestigios de una civilización que también había dejado huellas inmanentes en lápidas y en estelas. Viajaron en 1838 y en 1840 y en el otoño de 1841 regresaron a Yucatán. Dos años después apareció la primera edición de su libro sobre el viaje a la península de los cenotes y las mitologías. Ambos pudieron escribir sobre los álbumes vegetales del trópico las iniciales de sus nombres, que algún día lo estarán a perpetuidad sobre columnas, como los de los héroes y los dioses abolidos. Ambos poseían clara imaginación y eran realistas al consignar sus testimonios, sin dejarse arrastrar por el fácil abismo de las hipótesis al que han resbalado aque-

llos estudiosos que buscan la originalidad y concluyen convirtiendo la hipótesis en axioma. Se habían detenido en los sitios en que divagaron, a veces delirantes, Antonio Bernasconi, arquitecto de obras reales (1785), quien visitó Palenque, el capitán Dupaix, y, sobre todo, Antonio del Río, cuya obra sobre los mayas (Londres, 1822) había precipitado la vocación mayista de Stephens. Después de que éste recorrió cada uno de los estados de Centro América, tuvo tentación para ir al Perú; pero hubo de renunciar al viaje. En Nueva York se vió como prometido en la organización de la primera Compañía Marítima Americana de Vapores, y se trasladó al Istmo de Panamá "con la mira de establecer un ferrocarril a través de la angosta pero difícil lengua de tierra". Nominado presidente de la Compañía y dada la concesión por el Gobierno de Nueva Granada, se puso manos a la obra (1850); y lo que había sido arqueología pura, viaje sentimental y busca de penates en las selvas, se convirtió en la iniciación de un hombre de negocios que se incorporaba a la nómina de los que abrían otros derroteros a la penetración económica de un pueblito, ya en plena industrialización, buscaba en las riquezas materiales los paraísos de la dicha.

La misión de Stephens

ACASO la nueva ruta que seguía el viajero humanista se la señaló la diplomacia, además del libro de Antonio del Río. En la diplomacia había obtenido una fecunda experiencia, que supo utilizar para dar a su libro matices sorprendentes. He seguidos las huellas de su misión especial en Centro América a lo largo del laberinto del papel en los Archivos Nacionales de Washington. Su correspondencia con el Secretario de Estado, Mr. John Forryth, se inició con una carta desde Nueva York (17 de junio 1839) aceptando el nombramiento de agente confidencial en las tierras americanas más sacudidas por los terremotos y los generales rebeldes. Acusó recibo de las instrucciones oficiales (15 agosto) y dió las gracias con la carta de presentación que le enviaba el Secretario de Estado para el coronel Juan Galindo (4 septiembre), un irlandés que fué su predecesor en las investigaciones de Palenque y Copán y que había cambiado su nombre original por razones que se ignoran. Listos sus bártulos, emocionado porque iniciaba otra aventura hacia lo desconocido, bien documentado con la lectura de algunos cronistas de la Capitanía General de Guatemala, abandonó Nueva York (3 octubre) y apenas llegó a territorio guatemalteco fué capturado por el alcalde de Camotán, acaso creyéndosele espía, lo cual dió margen a la carta de protesta que

su compañero Catherwood envió (5 noviembre) al general Francisco Cáscaras, jefe de las armas de Chiquimula, en comarca próxima a Copán. Hubo de formalizar ante el gobierno su protesta por aquel atropello (5 diciembre) y días después (16 diciembre) el Secretario de Relaciones de Guatemala, señor Joaquín Durand, se deshizo en excusas. Desde Sonsonate, El Salvador, escribió (17 enero 1840) al Secretario de Estado, anunciándole su llegada (12 enero) y aquel mismo día entrevistó a don Diego Vijil, vicepresidente federal. Se trasladó a Costa Rica y Nicaragua, regresando a Guatemala (principios de abril) sin haber podido presentar sus credenciales (a pesar de que había saludado personalmente a Francisco Morazán, Presidente de la Federación, y a Rafael Carrera, el indio guatemalteco que habría de proclamar poco después que el Estado se convertía en República).

Stephens retornó a Nueva York (31 julio) y dió cuenta de su misión (17 agosto). Su fracaso diplomático fué explicado por Mr. Webster, Secretario de Estado al nuevo agente especial, Mr. William S. Murphy (28 julio 1841): "... como encontró a su llegada que aquel país estaba asolado por la guerra civil y el gobierno a la desbandada, consideró que no tenía objeto presentar sus credenciales".

Pero frente al desastre diplomático se alzó para siempre su libro con el fruto de una serie de investigaciones en tierras azotadas duramente por la naturaleza y por el hombre. El año de 1841 tuvo la gran satisfacción de que apareciera "Incidents of travel in Central America", y regresó a Yucatán, acompañado por Catherwood y el botánico Samuel Cabot. En aquella expedición ganó otro libro, el que publicó sobre dicho viaje (1842). Regresó a Europa (1847) y en Alemania entrevistó a Humboldt durante una hora. Al año siguiente era magnate ferroviario en Panamá, hasta 1851. Le quedaba un año de vida; pero ya su nombre era famoso y su libro había alcanzado tres ediciones más (1842, otra en Londres el mismo año, y 1844).

Un libro clásico

"INCIDENTS of travel in Central America, Chiapas and Yucatán" es uno de los libros más seductores que se ha escrito sobre temas de la América precolombina y del siglo XIX. Tiene sitio de honor entre los más interesantes de dicho siglo: los del inglés Basil Hall, los franceses Flora Tristán, Eugenio Sartiges de Lavandais, Arthur Morelet y Lafond; los norteamericanos George Efraim Squier y William B. Wells; los alemanes Karl Scherzer y G. V. Tempsky, la inglesa Francis Erskine (Madame Calderón de la Barca), y el poeta José Zorrilla, buscador de

reinos encantados en México. A excepción de los de las dos mujeres mencionadas, el de Stephens reúne las calidades de un gran libro de viajes: ojo fino para penetrar la realidad humana y los diversos escenarios históricos, mano diestra para puntualizar nombres de pueblos, ciudades y personas (el señor Vigil, Don Gregorio, Don Bartolo), pintura sobria del mundo circundante, ironía generosa, capacidad para admirar y don de narración.

En ese libro hay materiales para la geografía, la biología, la etnografía, la arqueología (Copán, Quiriguá, Tecpan Guatemala, Quiché, Palenque, Uxmal), la historia, y el folklore (salvó muchas locuciones y algunos provincialismos). Hay también muchas noticias autobiográficas (llevaba un cronómetro, un barómetro, un telescopio, un sextante y un servicio de mesa) y muchas informaciones para la historia de la Antropología. Habla en él de las supersticiones, la miseria, los pedigüenos, la poligamia, la inseguridad, las fiestas populares (procesiones, cohetes, torso, gallos); el hombre metido en el monte, desconfiado, huraño; la falta de médicos y la abundancia de enfermedades; y esas niñas bonitas, suaves, que se pasan la vida palmeando tortillas de maíz, suspirando hacia el horizonte. Todo un cuadro social que, en muchos aspectos, casi es el mismo de ahora. Y entre los obstáculos que a diario surgían, el "quién sabe señor", el "Dios dirá", y los continuos peligros de la guerra civil y sin cuartel, Stephens y Catherwood, con sus libros de apuntes y dibujos, iban —a veces haciendo el papel estratégico de médico—, alejados de la civilización, acechando ciudades inéditas que se les disipaban en la lejanía. A lomo de caballo, a veces a pie, llovera, tronara, relampagueara, o el mediodía estallase en furor, la noche les sorprendía junto a un palacio pétreo en el que rondaban la lechuza agorera o el pájaro que dilapida trinos, acaso creyéndoles sacerdotes que conducían en andas algún tesoro de peregrinación hacia una lontananza luminosa. Al día siguiente, sosegados los bríos, hallaban el vado, para continuar la marcha, contentos, bajo el aire límpido.

Y cuando en Copán, de asombro en asombro, si encontraban algo que les estremecía, Stephens apuntaba: "La belleza de la escultura, la calma solemne de los bosques tan sólo perturbada por los chillidos de los monos y el charloteo de los loros, la desolación de la ciudad, y el misterio suspendido sobre ella, todo contribuía a crear un interés mayor, se puede decir, que el que había sentido entre las ruinas del Viejo Mundo". Lo inexplicable es que Stephens haya ofrecido por las ruinas de Copán a "Don José María" la suma de 50 dólares, "creyéndole un tonto; si le hubiera ofrecido más probablemente habría creído que era algo peor".

Un libro encantador, hasta por los errores de Stephens al consignar algún nombre local. Lo justifican las ediciones que ha alcanzado hasta que anotada por el Dr. Predmore, catedrático de la Rutgers University; a la que preceden las dos de 1854 (Leipzig y Londres), la de la parte que se refiere a Guatemala (Quezaltenango, 1939), traducida por B. Mazariego Santizo; la fragmentaria —solamente los capítulos sobre Costa Rica—, que tradujo Ricardo Fernández Guardia (San José, 1921). Los capítulos sobre Honduras no han sido traducidos al español aún. De todos modos, sería conveniente hacer en inglés o en nuestro idioma la edición definitiva de este libro famoso, y, como es natural, definir el ambiente centro-americano —más que patético— en que Stephens puso en movimiento su curiosidad ultrasensible, su frenética avidez de conocimientos. Mr. Victor Wolfgang Von Hagen —que ha viajado por Honduras en busca del quetzal vivo y coleando— ha reunido muchas informaciones valiosas en su libro "Maya explorer". John L. Stephens and lost cities of Central America and Yucatán" (University of Oklahoma Press, 1947); un libro cuyo título no es apropiado, porque las ciudades mayas que Stephens visitó no estaban perdidas. Más aún: Von Hagen ha desdenado algunos libros en español, que no debió eludir, y ha equivocado algunas citas bibliográficas (le falta dominio del español) no importa que parezcan naderías. También se pueden precisar los errores que figuran en varias de las noticias que el Dr. Predmore puso a la edición de la Rutgers University; lo cual no es extraño porque algunas de ellas repiten equivocaciones de Stephens que invitan a emprender la edición formal. Se dispone ya de alguna bibliografía: la de Mireya Priego de Arjona (Mérida, 1939) y la de Arthur E. Gropp (México, 1947). El último trabajo "John Lloyd Stephens and his American book" por Roscoe R. Hill (Washington, 1949) es una comprobación más de la importancia centuria de un libro que es modelo en su género y que fué un rayo de luz bien orientado hacia las nieblas que cubrían el mundo de la cultura maya y la realidad social de Centro América en una época en que el turismo intelectual necesitaba conocer algo más que Egipto y no sospechaba que al otro lado del Atlántico había también pirámides y tesoros ocultos.

Stephens fué múltiple: abogado, escritor, viajero, político, diplomático y hombre de negocios; sobre todo, un buscador de la belleza en los países recónditos, un hombre de estudio con rica lámpara interior, y un hombre de América que, reconstruyendo imágenes, reviviendo rostros y narrando las cosas de todos los días, con un estilo poderoso supo dejarnos uno de los libros que se leen con fruición íntegra y que hacen el milagro de trasladarnos a las latitudes que, a instantes, se anto-

jan enclavadas en la geografía de los sueños. Sólo por eso y por la intemporalidad de sus imaginaciones, por su encanto actual, en que mezcló ingredientes que únicamente pueden manejar los magos. Stephens es un poeta que en la América de hoy sigue levantando el velo a varios de los altares en que reposan las divinidades de la América de nuestros ilustres abuelos mayas.

Rafael HELIODORO VALLE.

Dimensión Imaginaria

A UN AÑO DE TU LUZ

Por *Andrés ELOY BLANCO*

A un año de tu luz, e iluminado
hasta el final de su latir, por ella,
desanda el viaje el corazón cansado.

De tu voz, de tu mano y de tu huella
retorna a la niñez, donde palpita
sangres de luz tu corazón de estrella.

Vamos los dos a la esperada cita
y parece saltar de mi costado,
santa y clara, tu voz de agua bendita.

Y así al solar de la niñez llegado,
mi corazón, devuelto de tu muerte,
a un año de tu luz, e iluminado.

LUNA de Cumaná, para encenderte
la lámpara de arrullo que me duerma
y el postigo de voz que me despierte.

Luna en el pan de la colina yerma,
en el río, en el golfo, en la sabana,
pavón lunar de mariposa enferma;

y luna en el cocal, junto a Chiclana,
donde el recuerdo azul de tus amores
se echa a dormir, como una caravana;

luna para los mapas de colores
que teje la nocturna confianza
rumbo a la calle de Flor de las Flores

y luna que en tus uvas se aquerencia
para la miel de aquellas de tu parra
y el limón de las doce de tu ausencia.

ANCHA la casa que el poema narra:
blancas mujeres, de azabache el pelo,
hechas al par de hormiga y de cigarra;

buenas para el bautizo y para el duelo,
parejas en el hambre o en la medra,
del sueño canto y del dolor pañuelo.

Galaica flor en castellana piedra:
vaciada al acueducto segoviano
la ría de candor de Pontevedra.

Así te halló el Esposo y Hortelano,
Doctor para saber cómo se tienta
el pulso al corazón desde la mano.

Así el hogar, Señora y Cenicienta,
nodriza y enfermera en el manejo
y en el combate al sol, lugartenienta.

Así la lucha y la prisión, espejo
de aquella tierra de recluta y canto,
panal del niño y retamal del viejo.

Y tu niño en la flor del camposanto
y el Esposo en el sol de los caminos
y el exilio y el mar: cosas del llanto.

LA Isla de los lobos peregrinos,
de níspero el sabor, de perla el flanco,
de sal, de sol, de piedra los marinos.

Copia de espuma y ola en el barranco,
de noche y playa, Médico y Cochero,
el coche negro y el caballo blanco.

Y la Virgen del Valle y del vallero,
perla para los buzos hacia arriba,
madre del mar y de su marinero.

La Isla, como tú, del mar cautiva,
con eso de la sed y de la vela,
siempre llegando y siempre fugitiva.

DORMIR allí, bajo tu cantinela,
soñar domingos de color de playa
en la semana de color de escutela.

Dormir allí, pescado en la atarraya
de tu labor de estambre y mecedora
mi sueño, entre las dunas de tu saya.

Ay, las hermanas de durazno y mora!
Ay, mi hermano de amor y de centella!
Ay, mi Padre de luz y tú de aurora!

Ay, el claro querer sin la querella!
Tu pan, tu sol, tus ojos, para el día;
para la noche, kerosén y estrella.

PARA la noche de ponerte fría,
cuando oíste subir de tus hinojos
el llanto de mi verso que nacía.

Yo en tus rodillas, en la calle abrojos,
en la acera los dos, y una saeta
mi primer verso fué, para tus ojos.

Me alzaste en brazos; trémula y coqueta,
fuiste y volviste de la risa al lloro
y empezaste a gritar: —Tengo un poeta!

Tú quisiste decir: —Tengo un tesoro,
tengo un ovillo de torzal de plata
y una cocina de fogón de oro. . .

Así la Isla: calles de piñata,
amor de la muñeca y la gaviota,
cartas de sol con lunas de postdata.

Hasta el día en que el mar, gota por gota,
cayó desde las nubes de tu llanto
hasta los pies de tu muñeca rota;

y otro pedazo tuyo al camposanto:
niña del mar, que te prestó la tierra;
tanto te daba y te quitaba tanto.

Y al mar de nuevo, la balandra en guerra,
y el cabo al tajamar y el salto al valle
del pequeño calvario y la alta sierra.

La ciudad linda, de guirnalda al talle,
el bronce amado y el verdugo triste
y el silencio del hombre de la calle.

DE allí acá, lo que amaste y lo que diste,
pobreza alegre, dignidad del trino,
lo que rinde el canario en el alpiste

La vida cara y el caudal mezquino,
pero eran molinero y molinera
conformes al moler de su molino.

Pan blanco, traje limpio y clase entera,
nosotros, el jardín, y al riego diario,
mi Padre el agua y tú la jardinera.

El sudor de mi padre. . . y del armario
sacabas y templabas en tu seno
sus ropas de dormir, de escapulario.

Ignoraste el rencor y el veneno,
tu pañuelo jamás midió el camino
que había entre tu amor y el llanto ajeno.

Eras cuidar el vaso y dar el vino,
como el remanso, cuando da el lucero,
pero se queda con lo cristalino.

DE ti la plenitud al mundo entero,
al mundo gris, que te pasaba al lado,
fiel cobrador y amargo cobradero.

Y así hasta el fin. El hijo que ha marchado
llevando de tu voz, en el oído,
algo que no ha dormido y ha llorado.

La vuelta del amante malherido
y el trance de tu angustia a su regreso,
buscándole el regreso del olvido.

Y esa noche sin Dios que trajo eso!
mi Padre muerto, yo a su cabecera
y tú a sus pies, amortajando el beso.

SIGUIÓ tu oficio de sepulturera:
muerto el hermoso hijo en mala muerte
y sembrando algodón tu cabellera.

Presos los hombres de la casa; fuerte
se te hizo el corazón, y asombrada
se asomaba tu angustia para verte.

Una tarde te vi, por la enrejada
ventana del penal, de nieve el pelo,
sin un temblor la cruz de la mirada.

El Páramo, un lugar vecino al cielo
y una alcabala allí, donde el espía
desmoronó tu pan de bizcochuelo.

Y tus manos de bruja artesanía
en el punto cabal de la chaqueta
y en escarpines de juguetería.

(Por eso, tejedora en el Poeta,
en la dantesca red de los tercetos
engarzo a ti lazada y cadeneta).

Y el regreso a los hijos y los nietos,
feliz de tus estancias favoritas
y enredada la lengua de alfabetos;

y la puntualidad de tus visitas
a misa de San Juan, por la mañana,
o a la capilla de las hermanitas.

Morir, morir... La insustituible hermana
al reino de la nube y de la flecha,
luna descalza, huyó por la ventana.

No fué más que otra deuda satisfecha
en el trueque de savias y de flores
que había entre la tumba y tu cosecha.

Tu casa de San Luis de los Dolores
alzó al lacrimatorio de los pinos
la conciencia de ángel de las flores.

Y tú a sus pies; el odio en los caminos
y tú, ofreciendo en el cruzar del fuego
aire de amor a todos los molinos.

Era molerte el alma; el mundo ciego
luchando, y tú, en el centro de la guerra,
sin queja, sin rencor y sin sosiego.

Y al último dolor, tu vida cierra
balance de los hombres de tu entraña:
bajo la tierra, dos, y uno sin tierra.

Al mar de nuevo, a darme en tierra extraña
la valiente mirada que quería
luchar contra la gota en la pestaña.

Después, aquellos hombres de alma fría;
el inhóspito lecho hospitalario;
tu mano tejedora que tejía,

como estaciones de su itinerario,
sobre la tela del cercano cielo,
el encaje final de tu rosario.

Y el regreso al hogar, el negro vuelo:
con las dos alas el avión cortaba
varas de noche para nuestro duelo.

Aldebarán, que nos acompañaba,
las Pléyades y el mar que las refleja
miraron una urna que volaba.

Al final del estambre en tu madeja
se cuajó en tu mirada nebulosa
la última uva de la noche vieja.

Así fué. Y al morir la Dolorosa,
un ave negra le llevó al lucero
en el pico ladrón la mariposa.

Fué en un día tres veces agorero;
ese día de un mes, nos ha quedado
como el mejor para decir "Me muero"

Así fué, madre, el fin de tu bordado.
De tus hijas y nietas el gemido
puso a temblar el pino abandonado.

En hombros te llevaba el pueblo herido,
la múltiple cabeza descubierta,
y al pasar por San Luis, tu viejo nido,

el mundo de tu amor salió a la puerta
y el silencio de un hijo que lloraba
metió el pinar en tu cajón de muerta.

Aquí, conmigo estás; yo, que soñaba
viajar contigo, tengo en tu retrato
esa sonrisa que te iluminaba.

Y allá estarás, en el taller beato,
para vestir de blancos faldellines
a mi angelito negro y al mulato,

para llenar de azules escarpines,
tejidos con celajes y destellos,
la canastilla de los serafines.

Estamos con los hijos y hasta ellos
vemos caer la luz de tu mirada,
peinando con tu nombre sus cabellos.

Tenemos tu sonrisa iluminada;
la voz de tu trisagio y de tu misa
le grita a mi dolor: —¡No ha muerto nada!

Con bosque y mar, con huracán y brisa,
con esa misma muerte que te encierra,
de la gracia inmortal de tu sonrisa
llenos están los cielos y la tierra.

México, octubre de 1950.

JUAN SEBASTIAN BACH, MAESTRO CANTOR

Por Adolfo SALAZAR

VIVIMOS actualmente en una época que, en su sentido estético, es todavía una fase en la disolución del Romanticismo. A falta de un sentido constructivo capaz de equilibrar a los que sirvieron como espina dorsal en las épocas anteriores a la nuestra, el período que estamos viviendo es, como en todas las épocas de disolución, cerebral y nervioso, pero deficiente en su musculatura y su esqueleto. Las soluciones que aporta al problema del arte, sea como creación, sea como comprensión del de otras épocas, vienen por el lado de una sensibilidad hipertrófica que, inconscientemente, pero acertadamente, encontró su fórmula en el "impresionismo", o bien por los caminos de una crítica que no opera sobre la materia que tiene que analizar, sino que se ejerce sobre ella superficialmente, sin atreverse a atacarla, bajo la forma de nubecillas filosóficas que reciben el nombre de teorías.

El resultado es un arte débil constitutivamente y una crítica débil racionalmente. El espectáculo entero del arte de nuestros días es el de un "wishful thinking" en cuanto a sus teorías que, correlativamente, dan un "wishful making" para la actividad creativa. En el fondo, una ilusión de arte y de pensamiento que contrasta con lo que fué de norma a las grandes épocas creadoras. La nuestra no ha descubierto aún nuevos principios constructivos: los que pasan por tales son sólo literarios o sentimentales, a veces ambas cosas juntas: nacionalismo, neoclasicismo, socialismo. Inútil buscar esos principios en lo específico de las técnicas, porque éstas se hallan en un proceso de transformación, como es comprensible. De manera que, incluso los procedimientos "clásicos" propios a las artes anteriores, resultan inadecuados hoy a nuestra voluntad de creación y no se ve aún cómo se podrá aplicar al arte la reacción "clásica" que impera en la política, donde los extremos se tocan

en el punto sensible de la fuerza como derecho, cualesquiera que sean las ilusiones literarias y sentimentales que vengan a paliar las realidades. Si la construcción de una nueva sociedad robusta viene por este lado, es posible que el nuevo arte asiente sus bases sobre las que dieron su estructura a las artes de las grandes etapas anteriores: materia sólida y función plural; es decir, justamente lo contrario de nuestro arte, en el cual la materia es delicuescente y la función está sustituida por un credo personal, individual, aunque a veces tenga un aspecto demótico procedente del literatismo que emanan como un vaho algunas doctrinas políticas, porque ellas mismas no son sino elucubración.

Aun cuando el punto de vista de Dilthey sea incompleto, vió bien a Bach como "uno de los casos más notables de independencia de una zona cultural frente a la gran corriente de la época". Es menester traducirlo: en medio de una época de disolución del estilo y de las formas como era el bajo Barroco en el que Bach vivió, se le ve a él como una arista brava que resiste a los continuos deslaves con que los estilos extranjeros, franceses e italianos, van disolviendo la tradición germánica en la primera mitad del siglo xvii. La independencia es relativa, porque Bach se opuso a esos aluviones estéticos aceptándolos en parte, asimilándolos a su personalidad con su fuerte capacidad digestiva, pero sin que llegara a dominarlos ni sin llegar a dominarlos él. Por eso es menester considerar un doble aspecto en la figura de Bach: lo vernáculo, que era su fuerza, y lo adventicio, que era su acomodación al medio. El error de la crítica actual respecto a Bach consiste en verlo con los ojos cubiertos por antiparras románticas; en sentirlo a través de una sensibilidad románticista y en analizarlo según alguna de las teorías en boga. Bach sale así desfigurado. La crítica entusiasta de nuestros días es todavía una prolongación del carlylismo y de la "hero worship", lo cual se agrava, naturalmente, en los días de hiperestesia periodística que traen las conmemoraciones y los aniversarios. El propósito consiste en "transfigurar" a los héroes, siendo así que solamente se consigue dibujar en el aire lírico una figura de humo no consistente con la realidad histórica. El remedio, pues, habrá de consistir en volver, también ahora, a los métodos clásicos de la crítica, que consisten en el análisis objetivo de la obra y su gestación histórica.

Entre doscientos cincuenta y doscientos años nos separan de la actividad de Bach como creador de música. En el arte de

la Música, evanescente por su propia sustancia, el tiempo cuenta mucho más que en las artes de "presentación", pintura, escultura, arquitectura, que es posible considerar pausadamente y situar críticamente en su momento; es decir, lo que en un lenguaje que no está de moda en nuestras escuelas se entiende como la representación (actual) del arte y su voluntad de ser. La voluntad de existencia en un arte se desdobra en expresión y en tectónica: ambas cosas, superiores y externas al artista, justamente lo contrario de nuestra época. La expresión está predeterminada por el estilo, que es un fenómeno colectivo; la tectónica está supeditada a los materiales de que el artista dispone: lo uno es de orden espiritual, lo otro de orden físico, pero ambos órdenes se conjugan y tanto depende el estilo de los materiales que el artista *maneja* (trabaja con su mano) como este manejo depende del imperativo del estilo. *Tejnes*, que, en su sentido clásico es a la par arte (estilo) y técnica (materia).

Bach, como nosotros, trabajó en una época de disolución. Por propensión natural, por la fuerza inconsciente de su sangre germánica, su creación se orientó, como la aguja imantada, al norte de la tradición germánica, que era la tradición germánica del norte alemán, en la cual fué educado hasta su edad de razón por medio de las disciplinas férreas de la práctica de los estilos tradicionales. La anécdota que se cuenta de Bach niño copiando a la luz de la luna los manuscritos de obras que conservaba su hermano y tutor, Juan Cristóbal, en su alacena es sintomática. Entre esos manuscritos había obras alemanas del viejo tiempo y obras recientes que llegaban del extranjero. Esta dualidad es permanente en la vida entera de Bach y fácilmente discernible en sus obras. *Deseo* de conocimiento que procede de una inquietud espiritual, de un ánimo generoso y despierto; *voluntad* radical de creación que dictan las fuerzas ocultas de la conciencia. Lo primero es relativamente fácil de satisfacer; lo segundo no pide satisfacciones, sino hechos concretos. De ahí que una diferencia tajante separe la producción de Bach dentro de la música instrumental, procedente en su mayoría de los modelos italianos y franceses, y su música vocal, que es de estirpe religiosa alemana. Haendel, su gran coetáneo y su antagonista en todos los aspectos de su arte, es un músico *católico* y *européo*; Bach, un músico *protestante* y *alemán*. Es importante subrayar ese antagonismo porque se trata de dos

artistas contemporáneos (ambos nacieron en la Alemania central en 1685) procedentes de la misma tradición artística e impulsados por las mismas fuerzas ciegas de la sangre; pero una voluntad de expresión distinta trazó para ambos caminos divergentes. Estos caminos están definidos en los términos que acabo de emplear: católico y protestante, no significan aquí meras confesiones, sino puntos de vista profundamente diferentes en su alcance social; europeo y alemán, están empleados igualmente en un sentido social que, en la época de Bach y de Haendel, eran también profundamente distintos. Por eso en su tiempo Haendel fué hondamente comprendido y gustado fuera de Alemania; Bach solamente comprendido en Alemania y apenas apreciado fuera de ella. La "General History of the Science and Practice of Music" que Sir John Hawkins publicó en Londres en 1776, veinticinco años después de morir Bach y apenas quince después de morir Haendel, es elocuente en este sentido. Haendel es el gran compositor de su época. Bach es el padre de Juan Cristián, el joven compositor de sinfonías amables que aplaude el público londinense. Pero hay más. Juan Cristián, que había vivido sus quince primeros años en la casa familiar y que había estudiado bajo la rígida férula de su padre, marchó a Berlín a la muerte de Juan Sebastián para seguir estudiando con su hermano Carlos Felipe Manuel. Pero Carlos Felipe, a quien había apadrinado Jorge Felipe Telemann, el propulsor más decidido y arrollador de las nuevas tendencias estilísticas en Alemania, era ya un disidente entristecido de las doctrinas de Bach padre a quien admiraba mucho, sin duda, y de quien decía que, *como organista*, no había conocido rival, pero que, *como compositor*, era un viejo profesional autor de cánones y de fugas sin sentido ya en la nueva época, y así se lo decía al otro gran historiador inglés, Charles Burney, cuando lo visitó en 1772. Juan Sebastián estaba ya olvidado, enterrado Dios sabe donde, por ahí cerca en el camposanto de la iglesia donde tanto había trabajado; enterrado también en la memoria de las gentes que sabían, poco más o menos, que había escrito algunos cuadernos de preludios y fugas para aprender a tocar en el clave. Juan Cristián marchó a Italia a los diecinueve años a fin de aprender más de cerca la nueva música. Cuando Mozart, niño de nueve años, encontró en Londres a Juan Cristián, que aún no había cumplido treinta, en la primavera de 1764, el arte de la sinfonía nueva, de la que iba a llamarse

"sinfonía vienesa", el nuevo lenguaje que habría de ser considerado "clásico" estaba ya, también, en su más espléndida primavera.

Esta denominación no fué resultado de un capricho o de una casualidad. Las denominaciones con que un período artístico será conocido, admitido el nombre por el público consenso, pueden ser arbitrarias o caprichosas en su mero origen: *gótico*, que no fué el arte de los godos; *renacentista*, que fué un vocablo inventado en tiempos románticos; *barroco*, que en su origen era un epíteto peyorativo; *impresionista*, que tuvo en sus días un aire burlesco (y no menos las denominaciones corrientes en nuestros días). La nueva época que sucedió a la etapa barroca tenía que parecer como modelo de un clasicismo ejemplar por su orden, por su claridad, por su sentido universal, por la perfección de una estilística que había sido capaz de relegar al olvido y descrédito la estilística anterior: la de Bach. Y recuérdese esto: fué Mozart, el representante ideal de este nuevo "clasicismo", quien descubrió la grandeza del arte de Bach cuando en uno de sus viajes por el interior de Alemania, finalizando ya el siglo, encontró en Leipzig algunos manuscritos de Bach que le hicieron exclamar: "¡por fin aprendo algo nuevo!". Nuevo a fuerza de haber sido olvidado. El Romanticismo en su plenitud revitaliza a Bach en la esencia de su técnica, que, en el tercer estilo de Beethoven se llena de un contenido enteramente diferente al de Bach mismo. Finalmente, la conjunción de un clásico retrasado y de un romántico al día, Zelter y Félix Mendelssohn, operan la resurrección de Bach, amaneciendo el año romántico de 1830.

El sentido auténtico de la obra de Bach pasa, pues, a través de la etapa clásica para ir a parar al Romanticismo. Cuando se le descubre en el siglo XIX, Bach aparecerá a la vez como un clásico y como un romántico: ambos aspectos falseados en su sentido. Bach, falseado también, como consecuencia.

Todas las épocas de arte que han poseído una estilística perfecta (perfecta en el sentido de nitidez, de equilibrio en sus componentes y como adecuación a los materiales empleados, porque la idea de *perfección* en el arte es contingente y sólo puede hablarse de un estilo, de una forma, de un arte perfectos dentro de un ancho margen de relatividad) son épocas clásicas. El Románico, el Gótico, el Barroco, el Romanticismo inclusive, son épocas históricas cuya estilística alcanzó una plenitud clásica.

sica, un sentido ecuménico valedero tanto en el sentido horizontal de lo geográfico como en el vertical de los individuos. Hubo un arte y una sociedad, un estilo de arte y un estilo de vida románicos, góticos, barrocos, románticos, y cada una de esas épocas creó una estilística propia inconfundible. Pero esas épocas de gran sentido creador fueron épocas dinámicas, que es lo que se ha entendido por *romanticismo*, por lo cual perdura esta denominación en el arte del siglo XIX, sea el de Beethoven o Wagner, sea el de Mendelssohn o Brahms, tan distantes éstos de aquéllos. Lo esencial en esos períodos estilísticos radicaba en su constante inquietud, en su "devenir" incesante que permitía moverse a los individuos con libertad dentro de una gramática y una retórica preestablecidas por el estilo. Mas, entre cada dos períodos creadores de una estilística, se intercala una etapa de transición, de puente, que traslada el espíritu dinámico de una época a la otra. Esa época intermedia puede tener un carácter propio y un estilo peculiar, como el estilo Renacimiento y el estilo Clásico, pero son épocas en las que el nuevo estilo ha llegado a una rápida perfección y ha consumido rápidamente su sustancia estilística: esto es muy fácil comprobarlo teniendo a la vista el "clasicismo" vienés, que es la etapa que lleva desde el Barroco al Romanticismo, sin que quienes le dieron ese nombre, subyugados por la perfección de su estilo, se echaran a pensar que era una clasicidad efímera, como la del Renacimiento italiano y francés.

¿Y el Renacimiento alemán? El caso es profundamente distinto de los anteriores y, sin comprenderlo, no es posible comprender el Barroco alemán en general ni el arte de Bach en particular. Las dos fuerzas propulsoras del Renacimiento alemán fueron la lucha por una cohesión nacional y por su libertad religiosa: ambos motivos estrechamente enlazados entre sí. La reacción intelectual que movió a los alemanes contra la influencia "europea" de la Ilustración, es secuela de la reacción religiosa contra la catolicidad de la iglesia romana. Dos reacciones antilatinas, en un momento en que el sentido latino dominaba la cultura y la conciencia del mundo. El Renacimiento alemán no crea un estilo, sino que deja que se superponga la estilística barroca, es decir, italiana, a su fondo histórico gótico. El sentido profundamente religioso del Renacimiento alemán se expresa en la Reforma y de ahí que toda su arquitectura, su escultura, su pintura y sobre todo su música,

sean artes religiosos, artes cuyo sentido social se hace a través de la religión nacional en lucha contra la romana ecuménica. Poesía y música son artes efímeros como estilo en el Renacimiento alemán, como lo fué la lucha religiosa, pero sirvieron de transición para el nuevo estilo, que tomaba forma sólida en Alemania empapado de esencias nacionales y religiosas. Los dos siglos de música alemana que median entre la muerte de Lutero y la muerte de Bach están llenos exclusivamente por un sentido tradicional y religioso. Esto es valedero en su casi totalidad para la Alemania del Norte y sobre todo en la zona turingia y sajona, en que nacieron y desarrollaron principalmente su actividad esos dos grandes hombres. Importa poco que, como dice Dilthey, los grandes escritos de Lutero quedaran pronto a un lado sin incorporarse a la conciencia de las comunidades luteranas; pero decir "comunidades luteranas" implica que esas zonas sociales estaban ya empapadas por el sentido aportado a la vida alemana por el Reformador, inequívocamente en la poesía y la música del Renacimiento alemán. Así es cierta la fórmula expresada por Dilthey,¹ al decir que "la canción religiosa, la celebración del culto, la música combinada con él, son la expresión de la intimidad del protestantismo para la conciencia general de las comunidades. Aquí residía la posibilidad de elevar en cierto modo a la eternidad la religiosidad protestante" y, podemos añadir, de sublimar a un plano espiritual los elementos del estilo barroco italiano procedentes en su inmensa mayoría del plano profano, es decir, de la música en "stilo concertato" que llenaba la sociedad italiana en las tres etapas del Barroco, desde antes de comenzar el siglo XVI hasta su extinción, en Alemania, mediando el XVIII. "Y esto fué lo que hizo, en la religión luterana, Juan Sebastián Bach". En la religión luterana y en la música alemana del bajo Barroco, debe decirse; no sin que Bach tuviera la larga preparación, en todo el curso del siglo XVII, de sus antecesores en ambos aspectos, comenzando por la alta figura de Heinrich Schütz, cuyas Pasiones, Salmos, *Symphoniae Sacrae* y *Geistliche Konzerte* transforman, a través del laboratorio que era la potente personalidad de Schütz, una materia tomada directamente en las fuentes italianas, plenamente barrocas, en una estilística que en él es ya alemana y sobre todo es exclusivamente religiosa. La

¹ WILHELM DILTHEY: *De Leibniz a Goethe*. Trad. de E. Imaz, México. Fondo de Cultura Económica, 1945, pág. 248.

guerra de Treinta Años, que tan poderosa influencia ejerció en la vida alemana no tuvo menor influjo, por las condiciones materiales que imponía a sus artistas como Schütz, sobre la forma exterior de su arte, casi reducido al elemento vocal y, en el sector instrumental, al órgano predominantemente.

En cuanto a la materia melódica sobre la que se ejercía ese arte no era sino la piedra fundamental de la iglesia luterana: el coral. La esencia religiosa en el arte protestante alemán consistía en poner al alcance de los feligreses el coral como música, poesía y sentimiento religioso. Destinado en principio a ser cantado por la congregación, se imponía una manera especial en su confección artística que llega hasta el mismo Bach. Pero los músicos alemanes habían heredado una gran tradición en el arte de manejar las voces y en el del juego de órgano. Ambas cosas, el sentido religioso y la tradición artística, podían fundirse en un arte nacido en el período de la Reforma y que consiste en esencia en el tratamiento del coral protestante.

Esta técnica de composición se hizo patente de dos maneras: en el coro vocal, bajo la forma de grandes trozos de escritura polifónica; en el órgano, en formas menores que derivaban del arte manual de los ejecutantes: primores de virtuosismo en las artes de improvisación y ornamentación, fantasías, preludios, variaciones. Todo ello sólidamente vinculado a un principio estilístico dominante en los planos musicales de alta categoría: el estilo imitativo, o de contrapunto en imitaciones, que, universal en toda la época polifónica y sustancial a ella, tiene su más alto exponente en la forma llamada Fuga y, ésta, en Juan Sebastián Bach. Polifonía, estilo imitativo, cánones, *ricercari* y fugas son elementos formales que integran el estilo gótico de la música, entre los siglos XI y XIV. Si todos ellos pasan sin merma a Bach es a través de un estado de conciencia levantada por el Renacimiento alemán; es decir, a través del filtro luterano. En el camino, se impregnan de otros elementos estilísticos que condicionan el Barroco. La fórmula, puede, pues, enunciarse así: Bach es un artista barroco de procedencia gótica a través del espíritu de la Reforma.

Las dos corrientes estilísticas que se reúnen en Bach, son, pues, la gótica y la barroca. La primera es fundamentalmente tectónica; la segunda, decorativa; pero no hay arquitectura sin ornamentación, por elemental que sea, porque la ornamenta-

ción define el sentido dinámico de la tectónica. El ejemplo más sencillo es el de un templo dórico, cuyo conflicto, resuelto en perfecto equilibrio entre la estática de la materia y la dinámica de la línea, está resumido en el *crescendo-decrescendo* del frontón. Y, recíprocamente, no hay decoración sin tectónica, porque la ornamentación más desparramada siempre necesitará un soporte, como las vides que se enroscan en las columnas salomónicas del churriguerismo más desatado, el cual, dicho sea de paso, responde a una ordenación minuciosa; compleja, pero exacta, sin que nada falte ni sobre en la prolijidad sustancial a su estilo. Un ejercicio analítico para comprenderlo así se da en el plateresco, donde la tectónica es más aparente.

En el gótico, la profusión decorativa de sus arquerías descanza sobre el ritmo de sus columnas: ambas series confluyen y se resuelven en la bóveda. No se comprenderá bien la música de Bach, o se la comprenderá equivocadamente, si no se percibe en ella ese doble juego de la ornamentación y del ritmo, tan potentemente afirmado en Bach, en correspondencia con los arbotantes que sujetan la estructura gótica, como en un temor de que lo aéreo de su materia pueda venirse abajo. Los arbotantes meten dentro de la construcción gótica la tendencia a verse hacia afuera. El ritmo, de una rigidez mecánica en Bach, mantiene en vilo la conducción melódica, que es una conducción plural de varias líneas constructivas que se entrelazan en el aire sin más apoyo que el de las cadencias intermedias. La necesidad del bajo continuo en la música barroca proviene de la inestabilidad en el tejido decorativo, como en el gótico más florido, y es una premonición del fenómeno que está gestándose desde la polifonía profana francesa y que solamente aparecerá definido en las primeras décadas del XVIII: el fenómeno tonal, la afirmación de la tonalidad. Cuando el sentido tonal, estrechamente solidario del sentido rítmico, establezca con claridad la pulsación armónica en la cadencia perfecta T-D-T, todos esos rodrigones de arbotantes y bajo continuo podrán desaparecer, porque la música fundamentará su arquitectura en la tonalidad. Esta es la Gran Conquista de Ultramar, y el nuevo continente recibirá el nombre de Sonata. Es la época "clásica". Naturalmente, una nueva estilística vendrá a reemplazar a la antigua, puesto que la materia sonora es distinta, y sus modos de ordenación o leyes de construcción.

Todos los estilos decorativos tienen un elemento de unidad, llámese medio punto, arco apuntado, arabesco o crestería. El sentido contemplativo, no solamente la vista, percibe ese elemento de una manera sintética y, con ello, la unidad de la obra. En la música gótica ese elemento de unidad se obtuvo, desde los primeros tiempos de la polifonía, en la imitación, que es la repetición semejante, pero no idéntica. El juego más rico de la imitación se obtiene merced al motivo de la Fuga, que el oído recoge en cada presentación, pero que no necesita percibir analíticamente. El individuo que contempla la grandeza de una catedral gótica percibe sintéticamente sus valores estéticos, y esto basta, a menos que sea un crítico en trance de analizar los procedimientos técnicos del constructor. Una fuga de Bach se percibe análogamente y nunca se escucha analíticamente, no más que se oyen diferenciadas y aisladas las voces de la polifonía. Esta es la aparente paradoja de la polifonía, y, por ende, de la Fuga: obtener una unidad por la combinación, no por una fusión (en el sentido químico) de las líneas y del movimiento; esto es, de la decoración y del agente dinámico que es el motivo. La Tonalidad, que es una aspiración constante hacia la fusión de todos los elementos sonoros en un supremo sentido consonante, no opera, sin embargo, de diferente manera. De ahí el error de *oír en músico*, analíticamente, error o, por lo menos, disminución estética, como es la de ver una catedral con ojos de arquitecto.

Bach es arquitectura y dinámica: decoración múltiple de las líneas de la polifonía y palpación en el juego del motivo, en la Fuga. Equilibrio supremo entre las dos fuerzas contradictorias de la Naturaleza: el movimiento de las líneas decorativas en el que el juego del motivo es el elemento cohesivo, y reposo periódico, el gran ritmo tectónico, en la columna del acorde.

Pero hay algo más en Bach que ha inducido a las falsas interpretaciones nacidas tras de su resurrección en la época romántica. No hay, es cierto, un arte inexpressivo. Todos los artes son expresivos "per se", pero expresivos de su propia sustancia *específica*, cuya apariencia inefable consiste en el estilo. Expresión, fantasía, imaginación, riqueza, etc., son términos en la apreciación de Bach que existen, sin duda, en él, pero que quedan falseados cuando se les da la común intención romántica con la que nuestro tiempo que sufre las últimas conse-

cuencias románticas, tiende a interpretar todos los fenómenos artísticos. M. André Pirro pudo hablar legalmente de "L'Esthétique de J. S. Bach", puesto que no hay artista genuino que, aunque sea inconscientemente, no trabaje dentro de una estética. Referirse a Bach como "un musicien-poète", según lo hace Albert Schweitzer es también posible si por "poeta" se entiende el concepto griego de "creador". Entender ambos sentidos bajo las luces del beethovenismo quimérico de Arnold Schering (todas las sonatas de Beethoven son transcripciones de las obras de Shakespeare, etc.), es falsear estética e históricamente la figura de Bach.

Si se examinan críticamente los elementos decorativos de la polifonía de Bach resulta fácil encontrar sus entronques históricos, que son los que han quedado expuestos, y cuyo goticismo se aplica sobre todo a su música vocal, es decir, religiosa. Los elementos estilísticos de su música instrumental son ya, más categóricamente, los que proceden del *concerto* barroco y de la *suite* francesa del mismo periodo. Con mayor profusión decorativa en el primer caso, puesto que procede del estilo concertante italiano; con ritmos regulares más acusados en el segundo, puesto que procede de las danzas, el Barroco, en ambos casos, busca su equilibrio tectónico en la simetría. Periodos simétricamente colocados en la sucesión temporal en que se desarrolla toda música y cuya miseria puede ser simple repetición, o repetición adornada (variación), o repetición glosada (fantasía sobre un *canto fermo*); o, como habrá de conseguirse plenamente en la Sonata, simetría en la disposición de los grandes planos constructivos dentro de cada uno de los cuales se desarrolla un conflicto. Tales conflictos pertenecen a un linaje de cosas en la sonata clásica y a otro en la sonata romántica: son de índole específica (juego temático, conflicto tonal en la modulación, etc.), en la sonata clásica; son conflictos de orden patético y sentimental en las intenciones dinámicas —o inspiración—, del músico romántico, que *solamente da cuerpo en su obra merced a aquellos procedimientos específicos*.

La forma simétrica reina, en toda la música instrumental de Bach, en sus sistemas más elementales de equilibrio. Una simetría "con un conflicto dentro" se encuentra en sus Cantatas. Un drama, que está enunciado por las palabras que designan a la Cantata y cuya glosa constituye el desarrollo dramático de la misma: esto es, cada Cantata se basa en un libreto como una

ópera y es, en rigor, una ópera en miniatura y en su más limitada y escueta acepción. En la Cantata de Bach entramos en un terreno esencialmente religioso (sus cantatas profanas tienen sólo un valor accesorio, pero están construidas sobre los mismos principios), que, por su propia esencia, difiere del terreno profano, secular, de su música instrumental. No es difícil comprender, dicho todo lo anterior, que es en la Cantata y en las formas mayores de la Cantata como son sus Pasiones, Misas y demás grandes formas religiosas, donde el genio de Bach se exhibirá de una manera más genuina.

Mientras hemos hablado en general de la música de Bach aludiendo principalmente a sus formas constructivas y a su estilística hemos podido pensar, más o menos declaradamente que se trata de una música eminentemente *objetiva*. Pero las cantatas tienen un argumento dramático. ¿Bach es, entonces, en ellas, un músico *subjetivo*? En primer lugar, la pregunta es ociosa, porque todo lo subjetivo se realiza objetivamente; pero lo que quiere darse a entender es que Bach procede "esthétiquement" (en francés, para denotar la procedencia de la tesis) como Beethoven o Schumann, etc., etc. Es una segunda cuestión ociosa. Bach realiza su dramática por medio de expresiones retóricas que vienen a ser, dentro de ella, lo que las fórmulas decorativas en la ornamentación barroca del *concerto* o del *aria*; en una palabra, elementos de estilo. Lo que esas preguntas inquietan es la "vehemencia del corazón", que se ha supuesto ser actividad indispensable en la inspiración romántica. (Richard Strauss decía que nunca trabajaba con una cabeza tan fría como cuando componía los pasajes "climax" de sus dramas musicales). Un músico genuino, si se llama Bach, pone tanta vehemencia cordial en los episodios de sus fugas o en el enlace de dos líneas decorativas (hay cientos de ejemplos en las arias de las Cantatas, donde la voz está unida a otro instrumento solista, un oboe, un violín) como el músico Bluck en su "Che farò senza Euridice", o el músico Beethoven en la construcción rítmica de su Sinfonía en La.

La adecuación del estilo vocal en un *aria*, o del estilo instrumental en un *concerto* de violín o de clave puede, al parecer, obtenerse en raptos geniales de los que son imagen las melenas románticas. Bach era todavía un hombre de peluca. Lo mismo en sus conciertos que en sus cantatas resolvía sobre el terreno cada problema que se le planteaba, aplicando en la solución su

inmensa ciencia y su no menor experiencia. Si era un músico religioso en sus obras vocales lo era tanto como era un músico seglar en su música instrumental. Luterano, en el primer caso, es como decir barroco en el segundo. Ambos planos de actividad espiritual son superiores al individuo; son producto de las épocas en las que los individuos viven y a través de cuyas normas éticas y estéticas se producen como hombres y como artistas. Bach no era "voluntariamente" ni por elección protestante, alemán y barroco, como hoy se puede ser cubista, nacionalista o socialista. Bach, como Palestrina o como Beethoven creaban en libertad, pero su libertad era la del pájaro en la jaula y su trayectoria era la de la piedra arrojada por la voluntad superior del complejo social de su época.

Un examen de los patrones retóricos, tópicos o clichés que Bach aplicaba a la música de sus cantatas arroja un número muy escaso de ellos; pero se trata de los casos en que las fórmulas derivadas del "stil nuevo" monódico frente al "stil antico" polifónico están como enfriadas, de la misma o análoga manera a lo que ocurre en el idioma, cuando una vieja metáfora se contrae en un adjetivo (por ejemplo: una poesía es *lírica* porque es comparable a las poesías que los griegos cantaban al son de su lira; la imaginación se *alebresta* con la ligereza con que las liebres huyen del peligro; un músico o un poeta están *inspirados* porque un pajarito les ha soplado en el oído la melodía o la rima exquisitas, y *exquisito*. ¿qué es?: el resultado de la investigación, de la rebusca hasta dar con lo preciso). De la misma manera que la mano se mueve hacia arriba o hacia abajo acompañando inconscientemente al verbo subir o bajar, el canto llano más primitivo estaba lleno de metáforas o gestos musicales de esta índole. No se sube al cielo en intervalos melódicos descendentes (no hay regla sin excepción) ni se baja a los infiernos en sucesiones ascendentes de notas. Una simbología, sin duda muy elemental, existe ya en las más viejas épocas del canto romano. No son los niños de coro quienes entonan el *De Profundis*, ni la voz de los ángeles está encomendada a los sochantres. Una antifona de la más alta antigüedad nos "pinta" el modo con que corrían los ungüentos por la barba de Aarón: "*quod descendit in barbam Aaron*", ni más ni menos que en el tópico universal que, desde los primeros polifonistas barrocos, una sucesión cromática descendente expresa la acción del verbo *flere*, derramar el llanto. Con puntualidad alemana, esa ima-

gen aparece en cada caso en los que Bach tiene que expresar su aflicción sea por la partida de su hermano predilecto, sea en la cantata *Weinen, Klagen, Sorgen, Zagen*, sea en el *Crucifixus* de la Misa en si menor. Esa fórmula es elocuente para aclarar lo que se ha llamado el *simbolismo* de Bach, que no consiste sino en un repertorio de frases hechas retóricas que Bach guarda en su cajón y que utiliza siempre que es necesario. Charles Sanford Terry, minucioso analista de esa simbología o "esthétique" del "musicien-poète", ha llegado a reunir hasta treinta y cinco fórmulas: "Algunas, dice, tienen un sentido de dirección que denota ascenso o descenso, alturas o profundidades, anchura, distancia y así sucesivamente. El acto de apresurarse o de correr y, por lo contrario, la idea de un detenimiento, de un alto en el camino, la fatiga, se expresan por análogas fórmulas indicatrices, por ejemplo, palabras tales como longitud, permanecer, esperar, detenerse, quedarse, aguantar y las relativas a ideas de descanso, paz, sueño, eternidad están expresadas por notas de duración retenida. Las situaciones de ánimo se distinguen a su vez por temas diatónicos o cromáticos cuando se quiere expresar la alegría o la aflicción. La acción de reír está siempre representada, con un realismo ingenuo, como en la Cantata 31, *Der Himmel lacht*. Las nociones de tumulto, terror y las fuerzas de la Naturaleza, los vientos, las olas del mar, las nubes y el trueno, todas ellas tienen símbolos apropiados *que nunca varían*. Aun Satanás está tan consistentemente dibujado que podemos fácilmente captar la concepción que Bach tiene de él, no como el Lucifer de Isaías, la Estrella del Día, el Hijo de la Mañana, sino como la engañosa serpiente del Génesis, el gran dragón de las Revelaciones. Naturalmente, su pintura más viva está en las cuatro Cantatas para el día de San Miguel (números 19, 50, 130, 149). Obsérvese la escritura de los temas que definen su forma repulsiva, la marcha ondulante de su gigantesca contextura. Incluso en la Cantata 165, en la cual Jesús está comparado con la serpiente de Moisés en el desierto, el simbolismo de Bach lo impulsa a dibujarla como un diminuto gusano sinuoso. Sus pausas, sus detenciones, además, son elocuentes, como en la última corchea, tan afirmativa, del gran Credo, o en el Magnificat, en donde los ricos están condenados a una parada en seco, y al hambre y a la escasez, por medio de un compás vacío!". Fuera de estos *leit-motifs*, que volverán a encontrarse en la estética wagneriana, el contenido

dramático general, la expresión interna no traducida en esas etiquetas parece, por lo menos en ocasiones, practicado en frío por Bach, lo cual un modo de comprobación en sus frecuentes préstamos o traslados de obras, con una intención original, a otras, a veces, enteramente distintas: el caso del *Osanna* de la Misa en si menor, que procede de la cantata profana núm. 15, *Preise den glücke* o el de la cantata Hércules en la encrucijada, al pasar al *Oratorio de Navidad* son bien elocuentes o la adaptación del tiempo inicial del primero de los *Conciertos de Brandeburgo*, tan alegre con su *fanfare* de cornos de caza, que servirá para preludiar en una *sinfonía* instrumental a la Cantata 52, de desoladores acentos: *Falsche Welt, dir traui' ich nicht...*

Sería pueril creer que Bach procede únicamente merced a esos recursos, como en un trabajo de marquetería; pero el supuesto simbolismo no va más allá de lo que es normal a la actividad subconsciente de un artista. Entenderlo de aquella otra manera, con la minuciosidad que pone un Schering en sus análisis, de Beethoven sobre todo, es lo que parece inadmisibile. La expresión dramática en Bach —fuera de esos motivos conductores o de elemental armonía imitativa, que tuvo tan viva acogida en la *chanson* polifónica francesa—, proviene de hontanares más hondos. En general, el estilo dramático del bajo Barroco fué formándose como por un fenómeno de transfusión, o por permeabilidad, de las inflexiones propias a la ópera del XVII, incluso con los giros decorativos o vocalizaciones que eran propias a su estilística. Al adquirir carta de naturaleza el *aria da capo* en las escuelas napolitana y veneciana, el estilo dramático peculiar a la *ópera seria* barroca se extiende por donde no había un estilo propio capaz de detener su avance, caso éste, el de Francia, con Lully. El "stil nuovo" entra en Alemania, donde está observado con mucho interés, y logra penetrar en recintos que eran la "feste Burg" de la tradición alemana, como la música de las Pasiones. Bach, postulante a la cantoría de Santo Tomás, en Leipzig, estaba muy interesado en mostrar cuán bien sabía practicar ese estilo, y lo demuestra en su *Pasión según San Juan*, que se canta en 1723 y que decide a su favor el voto de los jurados. Pero esa nueva manera de música, aunque sorprendente para los feligreses, que estaban acostumbrados a un tipo de Pasiones que no se había renovado desde los tiempos heroicos de la Reforma, no presentaba a Bach como un revo-

lucionario desenvuelto, porque dos años antes había tenido un precedente en otra "musicirt Passion" en el nuevo estilo, o estilo de Oratorio, como también se decía, denotando así su origen, y fué la *Pasión según San Marcos* del anterior Cantor de Santo Tomás, el famoso autor de las Cantatas Bíblicas, Johann Kuhnau, cuyo menudo descriptivismo hace de ellas, realmente, un tipo declarado de "música de programa", que deja en un plano tímido, y discreto, el realismo simbolista de Bach en las Cantatas.

La grandeza de Bach no viene por ese lado, ni de sus concepciones poéticas ni filosóficas, ni de su riqueza de imaginación o fantasía, si por ello se entiende una fantasía en imágenes literarias o una expresividad en tonos de un patetismo románticista. Toda sucesión de intervalos lleva implícita cierta capacidad de expresión en parte, por el hecho simple de que esa sucesión puramente sonora está entendida o aplicada por el hombre a una actividad humana; después, porque la comprensión, inteligibilidad, del mensaje musical es un producto de reiteradas experiencias que, en la sucesión del tiempo, integran la historia de la Música. Directa o indirectamente, cada nueva experiencia se hace sentir en el arte que vendrá a continuación, enriqueciéndolo de contenido. Pero no es posible volver hacia atrás en la marcha del tiempo y de los estilos, ni la existencia de un hecho físico, material, acredita que el artista haya pasado por la experiencia tras de la cual un artista posterior ha llenado aquel hecho, o fórmula, con un nuevo contenido espiritual. Sucesiones melódicas o armónicas que se encuentran en Bach, semejantes en su forma física o sucesiones que se hicieron típicas de la música romántica, no autorizan para asentar románticamente aquéllas, que estuvieron empleadas por Bach dentro de un orden de cosas enteramente diferente. La "romantización" de Bach por algunos intérpretes actuales es no sólo una falta flagrante de gusto, sino un error histórico y estético. Las facultades imaginativas, inventivas, que se atribuyen a Bach son ciertas desde un punto de vista, y falsas si el punto de vista es el concepto romántico. Esas facultades son ciertas si se entiende que se producen en un terreno específico a cada forma o a cada caso estrictamente musical: Bach fué un inmenso contrapuntista porque su contrapunto supera a todo lo anterior como facilidad, soltura, riqueza de trabazón en el tejido polifónico; fué el más genial autor de fugas porque en sus fugas Bach maneja como

nadie el juego de los motivos y pone mayor riqueza de imaginación *técnica* en el desarrollo de los episodios; fué fecundísimo productor de obras de mérito más considerable que los fecundísimos compositores que le precedieron, los que fueron sus contemporáneos, como Haendel o Telemann y los que le siguieron; pero su fantasía e imaginación, su inspiración, si se prefiere la palabra se ejercieron sobre la materia y la forma de unas obras cuya forma y estilística estaba predeterminada desde largo tiempo antes que él, sin que él pretendiera transformarlas, ni reformarlas siquiera: simplemente, acomodar los procedimientos más viejos y tradicionales, por lo tanto más prestigiosos, a las nuevas corrientes que también traían un prestigio notorio por otros caminos. Ni fué en ello Juan Sebastián el único ni el primero en dicho propósito, pues que por haberlo estado practicando sus predecesores, cada cual según las prerrogativas de su genio o de sus capacidades en el oficio, fué transformándose la estilística del Barroco italiano y del Rococó francés del XVII en un lenguaje alemán, idóneo al contenido de esencia alemana, en la música de la Alemania del norte (especialmente) tras de una larga serie de maestros de méritos ejemplares. Bach está al fin de ese camino. La música alemana ha conocido en su historia procesos análogos: el más ilustre el de la formación de la canción medieval y posterior, hasta Bach mismo, tras de los esfuerzos de los Minnesinger por fundir la tradición vernácula, de un popularismo rudo, al arte refinado de los trovadores de la Provenza; después, con la fijación de una técnica en la etapa de los Maestros Cantores. Hay una figura de hermosura serena que se cierne sobre toda la música germánica de esos viejos tiempos y es la de Hans Sachs, el zapatero poeta, maestro en su oficio, maestro también en el oficio de contar sílabas y rimar versos. *Maestro y cantor*. Ambas cosas, en igualdad de potencia, dan un tipo de artista netamente alemán, pero cuya excelsitud es de regla en todas las artes y en todas las épocas y naciones. Si hay una figura, tras de Hans Sachs, que pueda equipararse en grandeza y en sabiduría, en humildad serena y en digno conocimiento de sí mismo, en decoroso aprecio de sí y de sus contemporáneos —justo para sí, generoso para los ajenos—, esa figura es la del Maestro Cantor por excelencia de una etapa del arte alemán que él llevó a sus últimas consecuencias, y que muere con su ser físico. Juan Se-

bastián no es el "creador de la Música", ni el "padre de la Música" ni el "fundador de la Música" alemana, ni su genio más preclaro: es un hijo de las generaciones, el hombre de su tiempo, un ejemplo fiel de la conciencia alemana de su época. Otra vez, es un *músico alemán* con todas las circunstancias que implica el concepto. Y otra vez es, en la historia de la música alemana, una figura gigantesca de Maestro Cantor. Hans Sachs había sido el primero en inaugurar esta talla magnífica. Juan Sebastián Bach fué el último.

BALZAC

CONMEMORACION DE ANIVERSARIO

Por *Maxime LEROY*

COMO Stendhal y Saint-Beuve y más aún que Victor Hugo, Balzac sigue siendo un extraordinario personaje que nos hace asistir década tras década a resurrecciones imprevistas. Tres ingenios en quienes el tiempo no hace mella. Su obra encierra una fuerza de renovación, insospechada mientras vivieron, que nos parecería enigmática si la palabra "genio" no viniese a sacarnos felizmente del atolladero. Los tres han dicho más de lo que pareció que decían cuando hablaban y más aún de lo que ellos mismos creyeron decir.

Los eruditos investigadores y los políticos teorizantes han tomado por su cuenta a estos tres escritores, pero a pesar de su celo no parece probable que lleguen a agotar nunca la curiosidad creciente que suscita su obra. De simple diversión pública, se han visto exaltados poco a poco a la dignidad de la filosofía política; pero aun ganando por este lado una autoridad que sus contemporáneos no pensaron ni remotamente en concederles, no dejan de ofrecernos maravillosos temas de controversia psicológica. Conocer el fondo de estas almas extrañas y complicadas es un permanente anhelo, y mientras quede una carta inédita de ellos sin publicar, un testimonio contemporáneo sin recoger, se volverá sin descanso al análisis de los "pecados" de Saint-Beuve, a la pesquisa tras la indiferencia de Madame Hanska, al inquietante problema de los fiascos de Stendhal, el *milanés* demasiado nervioso. Este aspectos anecdótico no carece seguramente de interés, pero lo posee en mayor medida el aspecto social. ¿Qué parte corresponde a estos colaboradores o continuadores de Saint-Simon y de Comte, especialmente de Balzac, en el alumbramiento y la descripción de lo social que surge de la revolución de 1930?

BALZAC es nuestro mayor novelista, lo que sin duda no debemos olvidar al tratarlo como teorizante de la política o como utopista social. No se le pida, pues, que sea un explorador de la sociedad tan minucioso ni aun tan meticuloso como Le Play, el reformador del trabajo; un discursivo o un dialéctico tan desprendido y fácil como Víctor Cousin, el filósofo más ilustre de su tiempo, o un economista tan riguroso y preciso como Adolfo Blanqui o José Garnier, los discípulos de Adam Smith. Si Balzac se entregó a la observación social y sugirió una teoría política, lo hizo en cuanto hombre de imaginación; hay que resignarse por ello a soportar cierto humor aventurero en sus descripciones y explicaciones. Digo que no expresó de la mejor manera todo lo que habría tenido que decir, que no describió todo lo que debió describir. La fantasía presidió la elección de sus temas y aun las partes de esos temas que más le agradaban; de ahí las lagunas e insuficiencias que no sería justo reprocharle sin faltar gravemente a las reglas de la ley de los géneros. Aprovechemos lo que vió, lo que describió, sin tratar de moverle pleito por sus omisiones. Repantigados en el confortable sillón de la posteridad, advertimos que esta obra de tan prodigiosa riqueza es la de un autor que murió hace cien años, cuando sólo tenía cincuenta. Lo sorprendente es que pudiera escribir y ver tantas cosas en tan corto lapso, y eso en una época en que apenas si se esbozaba lo que hoy vemos con claridad. ¿Cómo pudo encontrar bastante tiempo para todas esas observaciones suplementarias que se siguen pidiendo a este trabajador forzado que murió con la pluma en la mano, con el corazón roto como un caballo demasiado generoso, si se nos permite una comparación de sabor romántico?

Para conocer sus propósitos hay que leer y releer el magnífico prefacio que encabeza, en 1842, la *Comedia humana*. En él dice lo que quiso hacer: temas y planes. Es verdad que se advierte el orgullo. ¿Pero acaso no es un orgullo legítimo en un hombre que acaba de descubrirse, que acaba de descubrir la gran traza de la obra llamada a hacerle sobrevivir? Se descubre, descubriendo los datos históricos y el método de investigación que guiarán su imaginación en el formidable trabajo de esclarecimiento social que repentinamente tiene la audacia de afrontar. Orgullo, sí, pero también se advierte la moderación, la modestia. Se dirá que tales o cuales palabras, modestas, encubren su orgullo, y que lo encubren mal. Si eso se afirma

sin reservas, se incurrirá en error. Como en todos los verdaderos espíritus superiores, Balzac tuvo en el fondo de su orgullo un sufrimiento oscuro originado en el perspicaz sentido de su insuficiencia. En él es evidente el temor de no cumplir su destino, de resultar inferior a su misión. Las endiabladas correcciones de sus manuscritos prueban la existencia de esa modestia íntima.

En ese prefacio se declara discípulo de los dos grandes naturalistas iniciadores, Cuvier y sobre todo Geoffroy Saint-Hilaire. En ello hay modestia que no pasa desapercibida al lector: no se proclama el inventor de un método de investigación, sino que sólo desea adaptar el de sus maestros al estudio de la sociedad. Confía en agregar "especies sociales" a las "especies zoológicas" de aquéllos.

En su colosal empeño, ¿acaso no es nada más que un discípulo? Ciertamente no. El novelista ambiciona igualar a Napoleón con su obra. Como Chateaubriand, como Hugo, se mide con la inmensa sombra que se cierne sobre su siglo. Todo el XIX es un siglo napoleónico. El propio Sainte-Beuve, el prudente Sainte-Beuve tuvo su hora bonapartista. "Mi voluntad, declara Balzac en una de sus cartas a la Extranjera, su futura, la condesa Hanska, mi voluntad pasa por hermana de la de Napoleón". Hablando del *Secreto de los Ruggieri*, de la *Solterona*, del final del *Hijo maldito*, no duda en escribir: "Se trata de mi Brienne, de mi Champaubert, de mi Montmirail; se trata de mi campaña de Francia".¹ En suma, Balzac es modesto como trabajador y orgulloso sólo en su voluntad de gloria.

BALZAC analizó la banca y la usura, la fiscalía, el despacho del juez de instrucción, la tienda del perfumista y del pañero, la celda del presidiario, enseñándonos que los hombres no están aislados en el crimen, en el lucro o en la caridad, y que, por el contrario, dependen unos de otros. Así vió todos los hechos: interdependientes. Nos quiso mostrar la sociedad como una *realidad* que esparce sus miserias y sus lujos bajo el imperio de leyes inexorables. No hay azar. Digamos que rechazó la antigua concepción individualista de la novela, y que a su concepción social de la misma deben su originalidad, es decir, su

¹ El primero de estos dichos es de 1839 y el segundo de 1836.

valor humano perdurable, las aventuras de *Cesar Birotteau* o de *Goriot*.

No se trata ya de la fábula del amante desdichado, que no es más que eso, un amante desdichado; ni de la coqueta cruel, que sólo es una coqueta cruel; ni del tirano doméstico, que se sencillamente el déspota. Ya no es eso lo que nos cuenta, es decir, el relato de las aventuras, alegrías o sufrimientos de un héroe de novela al que hay que calificar de irreal, pues la coqueta, el tirano y el amante desdichado se mantienen ajenos a las humildes dificultades de lo tiránico cotidiano en *Berénice*, en la *Princesa de Clèves* y en *Adolfo*, mientras que si hubiesen sido personajes reales, esas dificultades les hubieran asaltado en el curso de los choques más o menos trágicos referidos por Racine, Madame de La Fayette o Benjamin Constant.

Si sus héroes prefieren o siguen la carrera del ambicioso, Balzac los encara con la banca, el despacho, la prisión, el tribunal de justicia, la enfermedad, la maldad del adversario, la malquerencia del vecino, el odio o la venganza de un empleado cesante, es decir, con las dificultades materiales a las que nadie escapa en lo humilde de cada día. Multiplicó los vínculos de estas dificultades con sus personajes, y por haberlos mostrado actuando es por lo que sus novelas, expresión de la dura realidad social, deben llamarse sociales. Por la misma razón se las puede llamar también realistas.

En la graciosa biografía que consagró a su amigo Balzac, Teófilo Gautier observó que en la *Piel de zapa* tuvo el valor de representar a un amante preocupado no sólo por saber si es correspondido por la mujer que ama, sino también por si tendrá o no bastante dinero para pagar el coche de punto en el que la conduce. "Esta audacia, subraya el autor de *Mademoiselle de Maupin*, es quizás una de las mayores que nadie se ha permitido en literatura, y ella sola bastaría para inmortalizar a Balzac. . . Todos los jóvenes que vayan a casa de alguna bella vestidos de etiqueta y con cuello duro. . . , compadecerán, por haberlas experimentado ellos mismos, las angustias de Valentin".

Hoy conocemos bien la realidad, la amplitud y la necesidad de estos vínculos, entre lo económico y lo sentimental; apenas si se comenzaba a percibirlos a principios del siglo XIX. El mérito de Balzac no está en haberlos descubierto, pues otros le habían precedido en la búsqueda, sobre todo Henri de Saint-

Simon. Su mérito es haber llevado a la novela el temible juego de estas peripecias. Tal es su genial aportación. Pero hay algo más que decir de su audacia, dicho sea con palabra de Gautier. Balzac hizo una masa viva y palpitante de lo que no eran más que opiniones, al fin y al cabo sumarias y excesivamente intelectualizadas. El esquema de la primitiva sociología de comienzos del siglo XIX, lo animó con todo el fuego creador de su vasta imaginación novelesca. De ahí los dramáticos encuentros de sus personajes con un juez, un alguacil, un notario, un carcelero, interlocutores peligrosos para aquel cuya vida ha sido trastornada por un vencimiento o una condena, una quiebra, una rivalidad comercial, el odio de un empleado o la envidia de un vecino. Toda la sociedad toma cuerpo en la novela de Balzac y también interviene en ella el hombre todo entero, pues ya no se simplifica ni se esquematiza cada hombre en una sola facultad, la sentimental.

Todos los pecados capitales, todas las instituciones del Estado forman el cortejo de Philippe Brideau, de Rastignac, de Nucingen, de Birotteau. En ningún momento se aíslan de su medio estos personajes, que compiten con el registro civil; y no son instituciones sin pasado o pecados vergonzosos y ocultos, sórdidos o fastuosos los que les dan escolta, sino la historia misma, y ello hace perder a todos esos personajes lo que todavía habrían podido guardar de individual en el bufete del abogado, en la celda de la cárcel o en la tienda, tan cuidadosamente descritas sin embargo como fuerzas sociales. La Revolución, el Imperio, la Restauración, las Tres Gloriosas, en fin, prestan su color a las instituciones que sirven de marco a presidiarios y banqueros, soldados, funcionarios, jueces y comerciantes, a todos sus vicios, que sin el dato suplementario de las particularidades cronológicas no tendrían edad y les faltaría vida: Birotteau es Luis Felipe; Crevel es Luis XVIII o Carlos X; Brideau y Chavert son el Imperio redivivo después de Waterloo.

BALZAC ha sido muy leído; continúa siéndolo, y se le lee con provecho, gracias a los trabajos que ha inspirado a tantos exégetas sabios y delicados. Queriéndolo o no, nuestros mayores se nutrieron de su concepción social de la vida, que penetró insidiosamente en el espíritu de todos sus lectores, y esta influencia fué reforzada por los discípulos de Saint-Simon y de Comte, que tanto han trabajado en el perfeccionamiento del es-

tudio de lo social. El pensamiento saint-simoniano o positivista es sin duda, en muchos sentidos, diferente del pensamiento de Balzac, tanto por el fin como por los métodos; pero a grandes rasgos existe entre ellos una semejanza profunda: Balzac, en la misma dirección sociológica que Comte, ha obligado a sus lectores a reconocer que desde 1830 hay planteada una "cuestión social" —la fórmula se difunde entonces—, a comprender que la sociedad es un complejo de relaciones sometido a leyes. Comte expuso estas leyes en términos didácticos, en forma de demostraciones científicas, como convenía a un filósofo y a un matemático. Balzac, por su parte, ha hecho sentir la existencia de esas relaciones, demasiado fríamente analizadas, animando con su fiebre las peripecias novelescas de la *Comedia humana*. Si no un mismo saber social, al menos una curiosidad idéntica por la nueva sociedad aproxima la *Comedia* de Balzac a los cursos de filosofía positiva de Comte y a los análisis sociales saint-simonianos.

Es cierto que debe subrayarse una gran diferencia. Balzac posee un humor que Comte ignoró. Balzac se mofa a menudo de sus personajes, hasta de los que prefiere, como tal o cual gran señora, eclesiástico, soldado, tendero o juez, poniendo al desnudo su vanidad, su presunción. Ha hablado de la "sandez burguesa" con la palabra que cabía esperar del autor de los *Cuentos droláticos*. Así, Balzac viene a unirse a Reybaud y a los terribles dibujantes de la época de Luis Felipe, a Henri Monnier y a Daumier, que volcaron su genio en sus caricaturas de la burguesía de 1830: el M. Prudhomme de Monnier se llama Birotteau y Crevel en la *Comedia humana*, y Jérôme Paturot en la obra de Luis Reybaud. Inmortales tipos.

En esta época existe un tipo original de ridiculez, muy diferente del que excitó el verbo de Molière. Balzac lo vió, lo captó con ironía y no sin crueldad. Edgar Quinet escribió, en tiempos de Luis Felipe, con el humor un tanto moroso que caracteriza al autor de *Abasverus*, que una cierta sandez había venido a constituir una fuerza política alrededor de 1840. Cada tiempo tiene su grotesco. Los temas de M. Prudhomme ya no son los de M. Jourdain. Los románticos, como se sabe, tuvieron muy vivo el sentido de lo grotesco, y desde este punto de vista, Balzac pertenece a su época.

En general se omite destacar la colosal ironía de Balzac; debe señalársela, recordando que Bouvard y Pécuchet son en el

segundo Imperio la descendencia de los Crevel y los Biotteau de la Restauración y de la majestad del ciudadano. No creo que Flaubert hubiera tenido nada que reprochar a esta filiación.

BALZAC, observador, es también un teorizante político. Quiso participar en los conflictos y pugnas que opusieron entre sí a liberales, fourieristas, saint-simonianos, republicanos y monárquicos. No se adhirió a ninguno de estos partidos declaradamente, pero todos los estudió. Dos de ellos atrajeron en especial su atención: los teócratas, es decir, Bonald y José de Maistre, y los saint-simonianos. Invocó de modo expreso el nombre de Bonald como el de un maestro y rechazó a Saint-Simon, pero no sin estudiarlo de cerca. Inclusive ha sido posible preguntarse si no tuvo por los saint-simonianos algo más que una simple curiosidad; si, en el fondo, no encontró algunos motivos de inspiración en el autor del *Nuevo cristianismo*, en aquel singular Saint-Simon, que en visperas del 89, camino de México, soñó durante algunas semanas en la apertura del canal que, algunas décadas después de su muerte, había de inmortalizar el nombre de Fernando de Lesseps.

En el *Médico rural* y en el *Cura de aldea* se encuentra sobre todo a Balzac como pensador político y como reformador social. Este observador de tan cruel realismo tuvo sus sueños utópicos. No pudo escapar a las sugerencias de un medio que, entre todos los que atraen el interés de los historiadores sociales, fué esencialmente utopista y se preocupó por una edad de oro.

Su utopía no es revolucionaria. Balzac es un tradicionalista. Invoca a Dios, a la Iglesia, al rey, para reformar a la familia y al Estado, trastornados por la Revolución y el Imperio. El, tan sensible a cuanto hay de nuevo en la sociedad desde la caída del antiguo régimen, fué insensible a lo que hay de indomable en estas innovaciones subversivas. Creyó que hombres enérgicos y bienintencionados podrían obligar al tiempo nuevo a retroceder, a pedir misericordia a las viejas fuerzas, que renacerían como por milagro a la voz de un cura y de un médico audaces, filántropos ilustrados, hombres de saber y de acción inspirados desde lo alto.

Balzac es, pues, un hombre que escribió bajo la influencia de una inspiración doble, con el rostro tendido a la vez hacia el

presente y hacia el pasado, sin lograr que su genial perspicacia social coincidiera con sus ciegas preferencias por un ayer definitivamente aniquilado. La industria con sus miserias obreras, la democracia con sus prematuras anticipaciones, le fueron demasiado extrañas. No conozco nada más curioso de observar que la coexistencia de tal perspicacia social y semejante ceguera política. Siempre es erróneo buscar en el espíritu del hombre una lógica rigurosa. Hasta en el más grande se acomodan tendencias que lógicamente deberían excluirse. Y esto es especialmente cierto en Balzac, el infatigable alumbrador de ideas.

Más curioso todavía es quizá que el lector actual no se resienta de esta discordancia psicológica: no la resiente porque las preferencias políticas de Balzac se mantienen casi completamente aparte de sus comprobaciones de investigador social. Lo que hay en él de simpatía por el pretérito no le impide analizar con clarividencia, sin parcialidad tradicionalista, la familia, las instituciones políticas, de las que muestra, en ocasiones hasta con paradójica complacencia, las taras, los crímenes y las miserias. Ni aun la clerecía escapa a su ojo inexorable. En este sentido, el *Cura de Tours* es una obra que hace olvidar al lector que su autor es un católico sincero y un legitimista declarado.

Numerosas páginas de Balzac sobre la justicia, sobre el Estado, sobre los comerciantes, son, en el más estricto sentido, críticas plenas de aspereza, que autores socialistas hubiesen podido suscribir.

Leído desde este punto de vista, Balzac es uno de los precursores de los modernos socialistas en cuanto, como él, han sido observadores severos y críticos duros de la burguesía. Tal es uno de los aspectos más originales de este cerebro poderoso, en el que la acumulación de lo heterogéneo, constituye una riqueza, sin dar la impresión del desorden o de la contradicción.

El genio de Balzac, serio y burlón, preciso y fantástico, está lleno de diversidad. De él nos queda la descripción, pletórica de esta diversidad, que nos ha dejado, sobre todo, de la vida en tiempos de Luis Felipe: fué el pintor no igualado de la burguesía en su apogeo económico y político. Si la perfecta exactitud de sus cuadros y de sus biografías es a veces discutible, no se puede por menos de admirar de un modo general sus

excepcionales dotes de observador, es decir, el espíritu sociológico que los anima.

Como novelista social es uno de los precursores, sin disputa el más grande entre los novelistas, de la sociología, de la etnografía, de la geografía humana, de todos esos campos de conocimiento de fronteras todavía indecisas. Es uno de aquellos, si duda el más atractivo, que han llamado la atención de los hombres hacia las leyes, todavía misteriosas, de su sociabilidad. Obligó a sus contemporáneos a indagar esas leyes no en la meditación individual, como los eclécticos, sino en la observación de los hechos, como los saint-simonianos, a imitación de los grandes zoólogos. Ha sido el poeta, el pintor de una realidad de la que Saint-Simon y Comte fueron para él los primeros investigadores científicos. Por eso para el historiador de las ideas, deben permanecer próximos y unidos los tres prestigiosos precursores de la moderna sociología.

PABLO NERUDA BREVE HISTORIA DE SUS LIBROS

Por Alfredo CARDONA PERA

LOGRO, en una rápida ojeada, juntar la noticia bibliográfica de Pablo Neruda en los momentos en que el poeta entrega al Continente su obra maestra, el *Canto General*. Viaje estupeando, salpicado de lluvias fragantes, que inaugura un capítulo ejemplar en la historia literaria de América.

He vadeado el afán erudito y la arqueología del dato completo. Me interesa la "mancha" de una obra de arte, mancha emocional y mental, antes que la malicia del gran análisis. Si lo que ofrezco no tiene apego científico, es porque creo que la noticia humana y la confesión inédita ganan más al lector: *Quod non jactantia refero*, que dijo Tácito.

Por lo demás, yo sé la cantidad de gorriones que han revolado en torno de esta poesía impresionante, unos robando, otros obsequiando, pero todos partiendo sin el amoroso unguento de su ser, esa aleación de minerales cortados de viva llama —peltre quizá del alma— y la cual ofrece regalos caudalosos de historia, de intimidad o de simple denuncia inflamable.

El pormenor editorial de Neruda permanecía inédito, y esto fué lo que se olvidaron de recoger los pájaros, seducidos por la belleza ocasional del encuentro. Y a propósito de los pájaros. . . ¿qué se hicieron? Muchos tenía este árbol con bosque en aquellos días anteriores de México, cuando no era el perseguido de hoy y su casa se alfombraba con vino. Venían estudiantes y gargantas a recitarle laudes; venían políticos de pecheras relucientes, y además, Irenes y Florisas escapadas del parque. Lo besaban y llevaban de aquí para allá como camarino con santo, adulándolo como a los dulces sapos que cantó. Pero eso fué en los días de la bonanza, cuando el viento soplabá recamando la quilla de su barco profético. Ahora no están, o si están lo saludan de lejos, como a los éticos, recordando con temor sus puestos mensuales. Recuerdo mis visitas al poeta en

aquellas mañanas en que me recibía con barba y periódicos. Me asustaba cuando ponía a prueba mi atención por el mundo y sus grandes problemas. —“¿Conoces a fulano?” Y aquí el nombre de un estadista famoso, de un canalla con guantes o de un embajador en entredicho. Yo musitaba la afirmación engañosa, y de pronto entraba Delia, su compañera, subiendo como una hormiga sembradora. Traía casi siempre un ramo de mariposas postales que él iba abriendo y leyendo para enterarse de cómo pasó la noche su pueblo en tinieblas, o qué era de los amigos desparramados en el viento, y mientras cortaba para mi hijo las alas de esas mariposas de diversos países le abríamos la ventana para que mirara la casa de cucurucho que tanto le gustaba. Veía pasar los camiones de la basura, los perros, las horas, en aquella avenida burguesa que le dieron para el descanso, y sus ojos, rozadores de tantos mares y misterios, cuajaban una nostalgia invisible. Divertía las cosas y los días, y yo observaba su risa de pequeño gigante, toda corriendo por el rostro de luna que le labraron los idus de marzo, allí en los remotos salitrales de Chile.

El 2 de noviembre de 1949, día mexicanísimo por ser de los muertos, di principio a mis anotaciones bibliográficas. Anotaciones que se fueron haciendo al correr de la vista, participando del desorden de las cascadas y del movimiento de las barquillas que corren río abajo entre salmones y peñascos. Fui relejendo a Neruda azorado de gusto, viendo cómo después de tantas esperas encontraba la vida que era para mí, llena de diminutos *alteregos* y preciosa de aceites. Mientras leía acudían a distraerme las gaviotas, y tenía que espantarlas con la mano. Venían a decirme cosas de su vida, restos de su pasado virgen, asombros, iniciaciones. Exactamente sobre mi cabeza abrían canastillos de aire de los que se desprendían los ornamentos más sensibles de su poesía: collares cenicientos, palomas degolladas como San Juan Bautista, casas deshabitadas y linternas. Contemplaban esos raros y encendidos diamantes. Me quemaba con ellos las manos, los labios, el silencio.

Pero las gentes ignoran que por encima de esas cosas, Pablo Neruda ha levantado la espada y el laurel, la batalla y la rosa de América. No saben que todo, todo lo ha dicho para ir en seguimiento de la libertad, aplastando las liras difuntas y estremeciendo las sombras con el ruido de su cuerno tritónico. No lo saben, no lo quieren saber. Si esta poesía es como una

bandeja de sol, como una barba prendida en las puntas de los rocíos, como una fuente derramada para que las patrias se bañen y los pueblos se peinen en las banderas ondulantes, ¿cómo van a entender su denuncia? Pero claro que la entienden, claro que sí. Desde el poder usurpado, desde las cuevas de los teléfonos, desde los escritorios oficiales escuchan la voz de Pablo Neruda. Fijaos si no: es de noche. Los hombres del campo duermen en sus cabañas. Tal vez plantan niños futuros o duermen entre brazos de sirenas. Entonces los egoístas, los traidores, los vencidos, despiertan sobresaltados por un súbito ruido de calderas en marcha, y es que pasa su voz, taladrando la noche como un largo convoy impaciente. Esto quiere decir que la poesía de Neruda llega a todos, al bueno y al malo, al rico y al pobre, lo mismo que el sol, las campanas y el aire.

Porque su voz es la patria de la esperanza.

La canción de la fiesta (1921)

Ese año llegó a Santiago de Chile, procedente de Temuco, el joven de dieciséis años Ricardo Eliezer Neftalí Reyes Basoalto, fresco de ríos y montañas. Un año antes —1920— había publicado sus primeros versos en la revista *Selva Austral*, dirigida por Ernesto Silva Román. Al enviarlos el joven escribió por primera vez un nombre extraño y sonoro: *Pablo Neruda*. Ni por asomo conocía la obra del escritor checo de fin de siglo Jan Neruda, ni sabía que *Pablo* significa en hebreo "el que dice cosas maravillosas". Únicamente inventó el seudónimo para huir de las amonestaciones del padre, don José del Carmen Reyes, hombre rudo y enérgico que no permitía al hijo el cultivo de los versos.

El muchacho venía espantado del ambiente montaraz. Su madre, doña Rosa de Basoalto (*colina de arriba*, en idioma vasco) había muerto tuberculosa cuando él contaba tres años. Su padre era conductor de trenes, "lastrero", como les dicen en Chile a los buscadores de lastre para los durmientes. El hijo había vivido entre gentes saturadas de campo, había sentido el florecimiento de las pequeñas ciudades rurales, haciendo sus primeras observaciones entre el viento de los hombres y de la selva, entre la electricidad y la lluvia. Se aficionó a caminar solo por la montaña. Los tipos de la comarca veían con sorpresa a un niño paseando por lugares intrincados y en premio le

traían insectos y palomas salvajes. Todos sus parientes eran hombres que participaban de lo que Concha Zardoya ha llamado "la fuerza tranquila de los elementos". Individuos primarios, tiernamente feroces y buenos para la pelea. Como sucediese que a los ocho años le viesan inclinado a "escribir versitos", lo traían a la fuerza a sus fiestas y allí, ante los invitados en círculo, le hacían tomar la sangre caliente de un cordero degollado ante sus ojos y que condimentaban con una fuente según decían "para hacerlo hombre" y apartarlo de aquellas peligrosas insinuaciones líricas.

Por aquel entonces el joven Reyes Basoalto se vestía de negro "como todo buen poeta" y para él resultaban horribles aquellas gentes y aquellas prácticas.

Pero en la capital era diferente. Allí estaba la Universidad de Santiago, la vida literaria y amorosa, el cambio de vida. . . "Llegué —ha escrito— vagamente impregnado de niebla y lluvia":

*¿Qué calles eran esas?
Los trajes de 1921 pululaban
en un olor atroz de gas, café y ladrillos.*

Con sus primeros versos había logrado interesar a un reducido grupo de amigos, quedando prácticamente desconocido del gran público. Pero la suerte no se hizo esperar: todos los años se celebraba en la metrópoli araucana un festejo estudiantil con motivo de la llegada de la primavera; se organizaba una solemne velada y se daba lectura a los poemas premiados con el tema de la estación florida. El certamen había adquirido tradición y era, como dicen los técnicos del recital, "muy sonado". Pablo Neruda envió un poema —*La canción de la fiesta*— que obtuvo el primer lugar, venciendo a poetas de consagración indudable, algunos de renombre en el extranjero como Angel Cruchaga Santamaría:

*Hoy que la tierra madura se cimbra
en un temblor polvoroso y violento
van nuestras jóvenes almas henchidas
como las velas de un barco en el viento.*

Así comenzaba *La canción de la fiesta* —poema hoy olvidado—. Los certámenes literarios, que son en todas partes farsas con liras y fomento de mediocres han dado en Chile el espaldarazo

a dos escritores de nombre continental: Gabriela Mistral y Pablo Neruda. De la primera me acuerdo que Díaz Arrieta al prologar *Desolación* nos dió la noticia de que los jurados de Santiago habían premiado *Los sonetos de la muerte* sin saber lo que hacían —*in extremis*— sólo para no declarar desierto el certamen y aguada la fiesta. Primer lanzazo del destino, quien de una cosa tan peregrina como esa lotería de las musas hizo la revelación de la gran cantadora.

Aquel triunfo de Pablo Neruda causó mucho revuelo intelectual y la atención se dirigió al joven autor, quien entró a figurar entre los primeros escritores de Chile.

Crepusculario (1923)

ESTÁ Neruda tan ansioso de cosmópolis que inmediatamente se capta las simpatías de los principales movimientos literarios. Entonces se reunían en Santiago las tendencias europeas del ultraísmo. A pesar de ser entonces muy joven, no se le ocultaron ni las elegancias ni las limitaciones de aquellas influencias latentes en Santiago. Pero como una autodefensa esperó sin precipitaciones el desarrollo de su propia individualidad. "Yo sabía que no iba a ser un poeta rutinario, y esta certeza hizo que, lejos de escribir y escribir dentro de aquellas rutas en boga, me evadiera para esperar y recibir solo el momento definitivo". Algo parecido se le presentó después con la poesía política de 1930, pues también esa corriente quería llevárselo consigo. Entonces comprendió la sinceridad y la demagogia de esa tendencia que daba, al lado de poetas sin rectificación, poetas velleidosos que traicionaban sus ideas. Todo esto le ocurría dentro de un período muy importante en la evolución de su poesía. Solamente cuando vivió en España el drama de 1936 cambió en forma natural, sin tensiones ajenas a su íntimo sentir. (Pablo fué de los primeros —si no el primero— de los poetas que escribieron sobre la guerra española en una forma extraordinaria).

Los aspectos pintorescos y bienintencionados de la juventud chilena dieron grupos como *Agú* (nombre tomado del primer vagido del niño). De este tiempo arranca su amistad con Alberto Rojas Jiménez, gran camarada chileno que murió en el alcohol. Pablo recordará a su amigo en el segundo libro de *Residencia*:

*Oigo tus alas y tu lento vuelo,
y el agua de los muertos me golpea
como palomas ciegas y mojadas:
vienes volando.*

Dos años después del bautizo cosmopolita publica *Crepusculario*, su segundo libro, escrito entre los 16 y los 17 años, y que llega a recoger sus últimas producciones.

"*Crepusculario* es un libro ingenuo y sin valor literario", me declara. Sin embargo, los editores afirman: "*Crepusculario* ha pasado así, con su romanticismo y su emotividad, a ser un libro clásico en la literatura chilena y a constituir el primer escalón de esa impresionante y formidable torre poética que se llama Pablo Neruda". Ditirambo. . .

¿Qué decir de *Crepusculario*, el primer escalón? Advertiremos las influencias francesas, y, desde luego, la cercana presencia de Rubén Darío, a quien sentimos rondar, como un fantasma en gozo, por las torrecillas de los primeros sonetos blancos, aquel de la iglesia que no tiene lampadarios votivos, y sobre todo en el titulado *¿Pantheos?* El mismo poeta lo confiesa en el poema *Final*:

*Yo lo comprendo, amigos, yo lo comprendo todo.
Se mezclaron voces ajenas a las mías.
Como si yo quisiera volar y a mí llegaran
en ayuda las alas de las aves,
así vinieron estas palabras extranjeras
a desatar la oscura ebriedad de mi alma.*

Sin embargo, este libro de Pablo Neruda anunció una formación absoluta de poeta, patentizada en un lenguaje personal desde los poemas *Farewell* y *Pelleas y Melisanda*. Si este último clausura una temática y un movimiento en la estética del autor, guardando para siempre el encanto de un desbordamiento legendario, en *Farewell* encontramos los gérmenes de su poética futura. No fué, pues, simple coincidencia y bondadoso romanticismo el hecho de que este libro tuviera influencia en la juventud de Chile. Sin acusar todavía elementos transformadores, el poemario venía con una tremenda sinceridad lírica y acusaba una gran frescura y una gran complacencia en relatar estados de ánimo que por sencillos y tiernos se recibieron en

forma entusiasta, pues equilibraban el panorama de las complicaciones demasiado rituales.

Veinte poemas de amor y una canción desesperada (1924)

*Cuerpo de mujer, blancas colinas, muslos blancos,
te pareces al mundo en su actitud de entrega.*

ESTE es el libro del éxito, el libro de la fama y del entusiasmo, a tal punto suscitado que para el sector recalitrante de América continúa siendo el mejor fruto de Neruda. Los *Veinte poemas* repiten, y aumentan, el caso del *Azul*. . . rubendariano. El mismo saludo fervoroso, la misma carta consagrada de los Valeras criollos, la misma multiplicación de ediciones. Jamás el amor, la exaltación de la mujer y el tema de la pasión habían sido tratados con un lenguaje tan espléndido. Fué, no solamente la revelación de un gran poeta, sino el nacimiento de una emoción que rompía moldes usuales y daba lugar a que las juventudes, de suyo ávidas e inflamables, se decidieran a encararse con las fuertes e incontaminadas imágenes de la libertad expresiva. La gran poesía trae consigo la propagación, el contagio, ciertas donaciones ocultas que al instalarse en el ánimo de quien las recibe producen el nacimiento del estilo dormido, fomentando una escritura inédita y organizándose en el intelecto como nuevo tipo de sensibilidad. El *nerudismo* apareció en nuestros países tras la primera edición de los *Veinte poemas*, y esto, que es el mayor elogio y el mayor peligro a que puede someterse un poeta, trajo consigo la imitación de los moldes primeros. Trajo consigo enfermedades y saludos, vicios y virtudes, negaciones y afirmaciones espléndidas. Pero Neruda no vino al mundo para escribir solamente veinte poemas de amor y una canción desesperada, como Darío no apareció para escribir *Sonatas*. Vino para expresar la obra de la transformación americana, y a estas horas, escrito el *Canto General*, quedarse en el Neruda que escribe los versos más tristes en la noche implica, no solamente un desconocimiento de los fenómenos de evolución individual, sino una traición a la poesía. El mismo, en uno de los pasajes de su última obra, explica que mientras el poeta no hiere a fondo los intereses intocables de la sociedad burguesa, mientras se prodiga en el halago de las vanidades sensuales, poniéndole máscaras a la "buena costum-

bre", recibe de esa misma sociedad la palmadita en el hombro y la flor en el hojal; pero en cuanto se decide ir al corazón de la injusticia y de la maldad, inmediatamente es encarcelado y proscrito:

*El orgulloso estaba fieramente
combatiendo en su armario de marfil
y pasó la maldad en meteoro
diciendo: "Es admirable
su solitaria rectitud.
Dejadlo".*

*El impetuoso sacó su alfabeto
y montado en su espada se detuvo
a perorar en la calle desierta.
Pasó el malo y le dijo: "¡Qué valiente!"
Y se fué al Club a comentar la hazaña.*

*Pero cuando fui piedra y argamasa,
torre y acero, sílaba asociada:
cuando estreché las manos de mi pueblo
y fui al combate con el mar entero;
cuando dejé mi soledad y pase
mi orgullo en el museo, mi vanidad en el
desván de los carruajes desquiciados,
cuando me hice partido con otros hombres, cuando
se organizó el metal de la pureza,
entonces vino el mal y dijo: "Duro
con ellos, a la cárcel, ¡mueran!"*

He aquí por qué los pequeños mundos de la pureza que pululan en nuestras ciudades americanas reprochan a Neruda su poesía política y combatiente, y exhiben con insistencia la "superior belleza" de los *Veinte poemas de amor*. Belleza justa en cuanto supone la creación ardorosa del poeta, en cuanto regala una página imposible de superar, pero injusta en cuanto la apartan de la obra completa—hoja cortada a puñal—para exhibirla como modelo de lirismo en un hombre que no puede concebir el amor sino dentro de la justicia social.

Tentativa del hombre infinito (1925)

CUANDO le pregunté a Neruda sobre este libro raro y ausente, me contestó: "La *Tentativa del hombre infinito* es el libro menos leído y menos estudiado de mi obra; sin embargo, es uno de los libros más importantes de mi poesía, enteramente diferente a los demás y del que se han hecho pocas ediciones".

Impreso en los talleres de la Editorial Nascimento, de Chile, apareció en 1926 esta tentativa que el autor califica como una de sus obras más importantes. La razón por la cual ha pasado inadvertido para muchos, y no ha merecido las ediciones de los poemas de amor, es bien sencilla: no está escrito para la fácil lectura, incomoda de buenas a primeras con su falso hermetismo y su cerrazón aparente. Mas el verdadero lector de poesía, que no es, como se cree, el que realiza los buenos negocios editoriales, sino por el contrario el que los detiene porque casi siempre recibe libros de obsequio, encuentra aquí el muestrario del lenguaje-Neruda y la clave de su constante renovación imaginativa. El libro no tiene divisiones ni puntuación alguna. Pero cada verso es un poema y en cada poema va implícita la significación del idioma-Neruda. Estos versos no tienen "lógica", y más de un lector ha querido lañarlos para descubrirles sentido, haciendo las pausas que le parecen oportunas: ha fracasado. Ha fracasado con una lectura así, porque interviene con la razón en un mundo hecho precisamente para desatar las amarras formales. *Tentativa del hombre infinito* debe ser el libro más leído y estudiado entre aquellos que admiran la obra del poeta. Pero quizá convenga su silencio, pues al caer en lectores no acostumbrados a la buena recepción poética, podría desbaratarse en imitaciones peligrosas. Si ocurre lo contrario, la *Tentativa* hace bien a raudales, como de hecho ha ocurrido en varios poetas que mucho le deben.

No tiene ni la gracia provinciana de *Crepusculario*, ni la fuerza romántica de los *Veinte poemas* ni el delirio cósmico del *Hondero*. Mas participa silenciosamente de todos ellos y encierra las imágenes contenidas en la obra total: libro milagroso, que a semejanza de los ancianos tribales se aparta del bullicio porque guarda consigo la llave del problema y sabe que la gente recurrirá a él para recibir el consejo final.

Van aquí algunas excelencias:

bogueras pálidas revolviéndose al borde de las noches...

árbol de estertor candelabro de llamas viejas...

el crepúsculo rodaba apagando flores...

oh matorrales crespos donde el sueño avanza trenes...

tenías en secreto un muerto como un camino solitario...

descienden las estrellas a beber al océano...

oh los silencios campesinos claveteados de estrellas...

... los peces móviles como tijeras...

Anillos (En colaboración con Tomás Lago. 1926)

CON el propósito de dedicar este libro al infortunado poeta chileno Alberto Rojas Jiménez, compañero en las primeras jornadas literarias, escribieron Pablo Neruda y Tomás Lago en forma simultánea unas prosas poéticas a las que dieron el nombre de *Anillos* por haber enlazado en ellos sus estilos. Pero llevado el texto a la imprenta salió a luz pública sin la dedicatoria a Rojas Jiménez, que era el propósito inicial de la obra.

Tomás Lago camina al lado de Neruda en aquellos ya lejanos días de la primera madurez; juntos acometen la empresa editorial y juntos estructuran un lenguaje literario en donde el primero se dedica a la prosa, escribiendo narraciones, ensayos de crítica y diversos estudios en el terreno de la biografía y de la historia. A través de la dirección del Museo de Arte Popular de Chile, Tomás Lago ha realizado su labor de escritor, estimada dentro y fuera del país.

Anillos, nombre insustituible, es una afinidad electiva, un ver el mundo con los mismos ojos, de tal manera que la prosa de uno y otro apenas si difiere en realización y tratamiento de imágenes.

Hay páginas en que no se advierte diferencia de estilos. Neruda lo dice al hablar de su amigo: "... de repente no me acuerdo de cual de los dos estoy hablando".

Una energía saludable, un optimismo mañanero y rural —limpio de escoriaciones nocturnas— corre por estas prosas siamesas de 1926. El campo, la tierra humedecida por el último aguacero, la noche llena de estuarios y revelaciones, el amanecer solitario de los pueblos, los vientos y los gritos de los trenes de auxilio, todo el amor y la emoción de la provincia, con el día bueno en que "Gerardo se mejora y el borracho Tomás tiene una habitación", va pasando en deliciosas acuarelas por este libro de sonoros anillos.

Se comprende que ambos escritores se mueven en una época de creación absoluta, estimulada por la confianza editorial, sin compromisos con nadie que no fuera el pueblo.

Tomás Lago ve a Neruda, no como un "verano de cuerpos redondos", sino como "la vid de las grandes uvas perezosas" que caen rodando dentro de su corazón. Lago anticipa muchos acontecimientos y profetiza la lucha de su amigo: le llama va "desterrado", dice que viste "el traje rojo de las fiestas o la venganza", que tiene "perfil justiciero" y que —lo que es más extraordinario aún— "a grandes golpes de aroma derriba el silencio donde predicar la guerra".

Por su parte, Neruda ve a Lago "grandote, con su sonrisa ancha de compañero, afirmado en un mástil y escribiendo en el suelo sus números de nostalgia".

Descripciones de dos espíritus que se mueven en libertad, esgrimiendo los puños de la victoria cotidiana.

Pablo Neruda ha publicado muy pocos libros en prosa. Me confiesa que es "enemigo de entregar a la prosa los hallazgos de la poesía". Sin embargo, estudiando la obra del poeta, encontramos poemas. No tiene la minuciosidad del prosista, carece de esa facultad que describe las cosas con fidelidad, que se sumerge en el pormenor y cultiva pacienzudamente los relieves exactos, pero en grandes saltos, en incontenibles alegrías interiores, Neruda nos da una prosa, si no comparable a los encuentros de Baudelaire, sí rica en emoción y misterio, dos cosas fundamentales para reñir con la imbecilidad del hombre "con cara de pato", donde decía Leutréamont que nunca ha existido la poesía.

El habitante y su esperanza (1926)

“**H**E escrito este relato—dice Neruda en el prólogo— a petición de mi editor. No me interesa relatar cosa alguna. Yo tengo siempre predilecciones por las grandes ideas, y aunque la literatura se me ofrece con grandes vacilaciones y dudas, prefiero no hacer nada a escribir bailables o diversiones”.

Siempre asustadizo para la prosa, Neruda entrega los originales de este libro a petición de su editor, un poco temeroso de los resultados tangibles, como lo estuvo Gómez Carrillo con aquel volumen de París, que el editor, al solicitarlo, bautizó con el nombre bastante comercial de *El Modernismo*. Esta vez no hubo bautizo de título, pero sí de subtítulo. Debajo de *El habitante y su esperanza* se puso esta palabra: *Novela*. Claro que no lo era. Se trataba de una serie de *close-ups* estupendamente vestidos. Puede cada relato separarse y hacer unidad. Se relatan las conmociones psicológicas del interior chileno, ese interior siempre a la orilla del mar, que forma el coro ante la tragedia de la acción. Lo que se puede aprehender, como suceso lógico deliberadamente enmarañado, es la pasión. Se cuenta el amor, se va a la cárcel por robar ganado, se huye en la noche, se derraman encendidos monólogos y se siente la inminencia de una fatalidad pantanosa y fosforescente, en donde el mar “roído por el color del tiempo y la asistencia de la soledad” aprisiona la voluntad de los hombres. Sucede el crimen, y parece que no es posible escapar. El personaje dice: “Voy a decir con sinceridad mi caso; lo he explicado con claridad porque yo mismo no lo comprendo. Todo sucede dentro de uno con movimientos y colores confusos, sin distinguirse. Mi única idea ha sido vengarme”. Aquí está la clave. La confusión nace de la identificación que se establece con el clima de una vegetación apasionada.

La venganza —huir, escapar de aquella red en el mundo— es la solución. El hombre es el habitante, el actor y asistente de la propia catástrofe, y la esperanza es el nuevo día, la extirpación de una inmovilidad, el sacudimiento de una postración negativa. No hay que pedirle más al libro. Lo ha dicho todo en pocas, intensas páginas. La intimidad descriptiva del mar alcanza en este relato una sabiduría que no proviene más que del contacto y la formación en sus imperios. La mujer se abraza con la furia de la lucha contra los límites. Todo parece

lleno de una vasta articulación escamosa. "Ay de mí, ay del hombre que puede quedarse solo con sus fantasmas", solloza el actor ante el mar implacable. Pero se sacude y logra vencer a los monstruos. Se pregunta dónde estuvo, que fué lo que pasó, mientras el alba "saca llorando los ojos del agua". Este es el habitante y esta es su esperanza.

Respecto al ambiente marino, invasor y perpetuo en la obra del poeta, tan palpable en este cuadro misterioso y torrencial, me ha dicho Neruda:

"Mi familia iba todos los años a la costa, al puerto llamado Bajo Imperial, y de esas excursiones arranca mi primer contacto con el mar y con un inmenso río que desemboca en aquel paraje; el sentido del oceanismo, las olas, las dunas lejanas y próximas, la vida a caballo recorriendo las playas, el clima frío y el paisaje con pinares al fondo, todo impresioné vivamente mi imaginación. Este puerto ha tenido influencia en *El habitante y su esperanza* y en *Veinte poemas de amor*. Hay en ellos mucha creación emocional de mis recuerdos marinos, los cuales te repito me impresionaron tanto que muchos más tarde no podía escribir sin pensar seriamente en el ruido de la lluvia y de las olas cayendo sobre la arena".

El hondero entusiasta (1923-1933)

*Hago girar mis brazos como dos aspas locas
en la noche toda ella de metales azules.*

POÉTICAMENTE, no corresponden los estados de excitación mental con la originalidad o independencia de expresión. Con grandes dosis de sinceridad, y en momentos de crisis para la fantasía, movidos ante el espectáculo del amor o de la naturaleza, nos sentamos a escribir un poema, pero el resultado no es siempre original. Neruda se apoya en la experiencia del *Hondero Entusiasta* y me dice: "Lo escribí a los 18 años, en el segundo piso de una casa de Temuco, en el sur de Chile, una noche totalmente llena de estrellas. Tan conmovido estaba, que escribí íntegro ese poema, quedando agotado y tembloroso, pero con la impresión de algo original en la escritura. Leyendo después el *Hondero* en Santiago, me dijeron que tenía una marcada influencia de Carlos Sabat Ercasty, el gran poeta

uruguayo de "Alegria del Mar". Decidí entonces escribir a Sabat, mandándole el poema y diciéndole si advertía influencia suya en el texto. Me contestó una hermosa carta afirmando que, efectivamente, el poema tenía influencia suya.

Entonces decidí no escribir un solo poema más; rompí y corté muchas partes. *El Hondero Entusiasta* se publicó hasta diez años más tarde, cuando ya el asunto no podía dañarme. Pero el fruto de ese cambio hizo que encontrara el nacimiento de mis *Veinte poemas de amor*.

Comprendí, al trabajar más en lo mío, dónde residían mis fuerzas y dónde mis debilidades; creo que el escritor debe estar atento y vigilante cuando llegan esas corrientes de entusiasmo creador, para saber así dónde se encuentran los obstáculos y poder evadirlos. De ese choque con lo imprevisto, y de su sonora y franca victoria, nace siempre lo propio, como sucede con el río, que golpeando las piedras y cayendo en espumas construye la hermosura de su voz. Esto es lo que caracteriza el verdadero estilo. Tenemos el ejemplo de Gabriela Mistral, la cual transforma la estructura del lenguaje para eludir —golpeándolos con la palabra— aquellos problemas que no puede afrontar. Esto no lo aprendí en Gabriela, sino en mí mismo. Que los jóvenes noten también esas fallas en sí mismos".

Por estas palabras se comprenderá la impresión que recibí el poeta al saber que una de sus páginas más queridas tenía influencias extrañas. Impresión que nunca murió del todo, ya que diez años más tarde, al entregar a las prensas la segunda edición del *Hondero*, Neruda, celoso de su puesto director en el movimiento poético de América, advierte al lector que cede los poemas a la editorial de la Imprenta Universitaria de Santiago como un documento "válido para aquellos que se interesan por mi poesía", ya que el libro no quiere ser sino el testimonio "de una juventud excesiva y ardiente". Mas los poemas del *Hondero Entusiasta*, expurgados de fragmentos caídos al roce del tiempo, se convierten en uno de los capítulos esenciales a la poesía del autor y llegan a los públicos americanos con una simpatía semejante a los *Veinte poemas*, cuyo tema amoroso y cósmico encuentra su culminación en estos himnos a la noche estrellada. A partir de ellos, la poesía de Neruda vencerá territorios de fuego, de maldad y de venganza. Conquistará su propio, invencible idioma. Abandonará la excesiva y ardiente juventud para entrar en el año de la madurez y del orden. Se hará más

cauto, menos elocuente y verbal y sorprenderá los recintos del crimen. En 1933, con un libro autodiscriminado, despide Neruda su voz de joven delirante.

Ahora bien: si dentro de la evolución de un espíritu el regreso a experiencias olvidadas produce el malestar de una detención, el íntimo atropello de planes en marcha, también sucede que dentro del movimiento perpetuo de las generaciones el libro clausurado se convierte en libro vigente. Mientras Neruda publica el *Hondero* como un documento que tiene importancia únicamente para los eruditos de la poesía, hay una generación que recoge el libro con la sorpresa de lo inédito. Esa generación ama y grita su amor y mira el cielo totalmente lleno de estrellas, y el estudio del poema que se escribió en idéntico estado de alma produce consuelo y rebeldía, estímulo y batalla. Quiero decir que el *Hondero Entusiasta* no pierde su actualidad entre la juventud revolucionaria de América. Mas algunas se valen de esta circunstancia para atacar al poeta que abandona la poesía para tomar la espada —sofística del tiempo— y ven en Neruda un poeta que se traiciona por no escribir crepusculares ni entusiasmadas hondas, cuando es todo lo contrario.

Residencia en la Tierra (1925-1931-1935)

EN la quinta edición de este libro (la de Ercilla) encontramos el siguiente colofón: "De este primer volumen de 'Residencia en la Tierra' se hizo una tirada de lujo de cien ejemplares por la editorial Nacimiento, de Santiago de Chile, el día 10 de abril de 1933. La segunda edición fué publicada por Cruz y Raya, en Madrid, en 1935. La tercera por la Editorial Ercilla de Santiago de Chile, en 1938. La cuarta por la Editorial Ercilla en 1939".

En 1925, Pablo Neruda notó, por primera vez, que había encontrado una veta original con sus poemas *Galope Muerto y Serenata*, que aparecen en el primer libro de *Residencia en la Tierra*.

"Estos poemas me señalaron el dominio de la personalidad. Con gran serenidad descubrí que llegaba a poseer un territorio indiscutiblemente mío".

*Como cenizas, como mares poblándose,
en la sumergida lentitud, en lo informe,*

*o como se oyen desde el alto de los caminos
cruzar las campanadas en cruz...*

*En tu frente descansa el color de las amapolas,
el luto de las viudas halla eco, oh apiadada...*

Poemas que desataron la exégesis correspondiente, en críticos de alto tejuelo que llegaron a escribir libros sobre la mecánica de los mismos. *Residencia* es... otra de las claves de Neruda. Pasado el estruendo verbal del *Hondero*, y la delectación amorosa de los *Veinte poemas*, aparece ya, en un conjunto bastante considerable —como que abarca más de diez años de labor— un edificio de sólido estilo, una residencia inimitable levantada con la seguridad que regala la originalidad propia. Neruda ha madurado sus visiones del mundo, ha penetrado, lenta y sigilosamente, en los sótanos del misterio expresivo. El elemento exterior se dilata con el contacto del Oriente, de donde regresa más americano que nunca, pero enriqueciendo su poesía con nuevos y sorprendentes hallazgos. El lenguaje poético tiene también su filología y su alta gramática. Y así como el idioma de un país va capitalizando su energía a través de los abonos dialectales, así la expresión estética aumenta en recursos a medida que el productor de imágenes conoce nuevos horizontes, nuevos paisajes, nuevos mundos en donde la vida es la misma, mas no su emoción, su misterioso "pathos" fatal.

En *Residencia en la Tierra* advertimos, al propio tiempo que un profundizar en la temática, un sabor lejano, un delicioso exotismo, así como una desesperación y un desprecio por lo convencional. No hay que olvidar que Neruda visitó Siam, Indochina, China y Japón durante cinco años, y que, durante el regreso —más de setenta y cinco días de navegación— escribió muchos poemas de *Residencia*, entre éstos *Monzón de mayo*, *El fantasma del buque de carga* y *El Tango del viudo*.

En breves y raudas prosas introducidas calladamente en las páginas de este libro encontramos la presencia de lo lejano, cierto cultivo a la geografía maravillosa. Cuadritos poéticos de encanto indecible, equivalentes al Gauguin que dormita en Neruda:

*Sí, quiero casarme con la más bella de Mandalay... Amor de niña
de pie pequeño y gran cigarro, flores de ámbar en el puro y cilin-
drico peinado, y de andar en peligro, como un lirio de pesada*

cabeza, de gran consistencia. Y mi esposa a mi orilla, al lado de mi rumor tan venido de lejos, mi esposa birmana, hija del rey.

No todo es amable. *Residencia en la Tierra* no es —nunca lo ha sido— un libro influenciado por el paisaje oriental. Estas decoraciones son minoritarias y como advenedizas.

Residencia en la tierra es un libro complicado y doloroso.

A propósito de la obra el autor me hizo estas declaraciones: "Cuando llegué a España por primera vez en 1927, era lo más importante en aquel momento *La Gaceta Literaria*, dirigida por el escritor fachista Giménez Caballero. Me encontré con Guillermo de Torre, que era el crítico literario de las tendencias modernas, y le mostré los primeros originales del primer volumen de *Residencia en la Tierra*. El leyó los primeros poemas y al final me dijo, con toda la franqueza del amigo, que no veía ni entendía nada, y que no sabía lo que me proponía con ellos. Yo pensaba quedarme más tiempo. Entonces, viendo la impermeabilidad de este hombre, lo tomé como mal síntoma y me fui a Francia, embarcándome poco después en Marsella con destino a la India. Tenía veintitrés años recién cumplidos, y era natural que mi sitio no estaba en la España de las postrimerías del ultraísmo. Tenía que esperar a una nueva generación y lo curioso es que ella se precipitó como te diré después. La generación de Alberti y de Lorca no era conocida aún. Después de permanecer un mes en París, estando en la isla de Ceilán, me llegaron proposiciones para editar mi libro en Francia, enviando en seguida el primer tomo de *Residencia*. Lo importante es que no se hizo en Francia, pues la casa editora estaba por terminar su negocio. Lo importante es que había aparecido en Lutecia, por una preciosa coincidencia, un poeta español que había obtenido el premio nacional de literatura en Madrid con su libro *Marinero en tierra*. Ya sabes, pues, de quien se trata. Rafael Alberti se convirtió en el campeón de mi poesía y trató de editarla. No obstante ser Alberti un camarada desconocido, me escribía constantemente a Ceilán y fué mi representante legal para todos los asuntos editoriales.

Cuando regresé a España en 1934, el panorama había cambiado. Ya no me dirigí naturalmente, a Guillermo de Torre. . . Debo decirte que personalmente no tengo ninguna molestia con él. Somos amigos, y lo que pasa es que ambos tenemos mundos diferentes. Mi poesía de *Residencia*, en fin, fué reci-

bida y aclamada en forma extraordinaria. Encontré que mi obra poética era orgánica, nacida de un ser humano que había trabajado mucho por dentro y que, al ascender a la superficie, presentaba una unión completa entre hombre y obra.

Y aquí debo aclarar para siempre que mi poesía es íntima; la concibo como una emanación mía, como las lágrimas o como el pelo mío; encuentro en ella la integración de mi mismo.

En la España de 1927 el concepto de la poesía era mecánico, exterior, influenciado por futuristas, ultraístas, etc., que tendían a hacer de ella una especie de juego de combinaciones acústicas y retóricas. De este clima jactancioso, pero vano, se desprendió el libro de Ortega y Gasset *La deshumanización del arte*, cuando precisamente la fuerza que iba a venir era de profunda humanidad en todos los órdenes de la vida.

En 1934 sucede todo lo contrario: adviene el florecimiento de la República, y en ella, fresca de realidades y copiosa de elementos creadores, una generación de poetas que era la primera después del Siglo de Oro. Llegué, pues, en un momento único para mí. Significaba para un americano, ni más ni menos, asistir al nacimiento de una República que esperábamos con tanto afán. Esta República había hecho desaparecer a los escarabajos de la monarquía y traía consigo al hombre limpio y nuevo: una nueva conciencia.

Cuando bajé del tren, estaba esperándome una sola persona con un ramo de flores en la mano: era Federico. Pocos poetas han sido tratados como yo en España. Encontré una brillante fraternidad de talentos y un conocimiento pleno de mi obra. Y yo, que había sido durante muchos años martirizado por la incompreensión de las gentes, por los insultos y la indiferencia maliciosa—drama de todo poeta auténtico en nuestros países—me sentí feliz. Tal vez lo más significativo de todo haya sido que, habiéndose tratado de editar una revista, quisieron que yo la dirigiera. Así salió *El Caballo Verde*, impresa por Manolo Altolaguirre y dirigida por mí. El sexto número no alcanzó a venderse porque en el mes de julio de 1936 estallaba la guerra.

De los poetas que entrañablemente me recibieron, además de los citados, se encontraron Vicente Alexandre, Arturo Serrano Plaja, José Herrera Petere, Luis Cernuda, Concha Méndez, José Bergamín; los pintores Rodríguez Luna, Miguel Prie-

to y otros que se me olvidan. Profunda influencia tuvo sobre mis ideas políticas la valiente actitud de Rafael Alberti, que ya era un poeta popular y revolucionario. En general había un despertar político y literario extraordinario, tanto en esta generación como en la que venía, entre los cuales contaba ya con numerosos amigos”.

No triunfa Pablo Neruda en España con la poesía fácil y gratuita. Triunfa llevando consigo un libro desesperado y doliente, cerrado para la sensibilidad musical de las mayorías. Mas la valiosa juventud de la Península acoge la obra, preparada como estaba para recepcionar el envío justísimo de la hora. Juventud española es diferente a juventud hispanoamericana; ésta no carece de visión crítica ni de genio para introducirse en una lectura atenta de la poesía, al contrario: superando los valores de apreciación, recoge lo vulnerable, se contagia de mito crepuscular y abandona la disciplina del mundo. Por eso dice Neruda: “Contemplándolos ahora, considero dañinos los poemas de *Residencia en la Tierra*. Estos poemas no deben ser leídos por la juventud de nuestros países. Son poemas que están empapados de un pesimismo y angustia atroces. No ayudan a vivir, ayudan a morir. Si examinamos la angustia —no la angustia pedante de los snobismos, sino la otra, la auténtica, la humana—, vemos que es la eliminación que hace el capitalismo de las mentalidades que pueden serle hostiles en la lucha de clases. A una ola muy grande de pesimismo literario que llena una generación entera, corresponde un avance agresivo del capitalismo en su formación. Si examinamos la actividad poética de Rubén Darío, vemos que ésta corresponde a un desarrollo menor del capitalismo. En su tiempo, las fuerzas destructoras no necesitaban mostrar aún el camino del aniquilamiento. Pero años después las fuerzas reaccionarias del Continente ven un peligro en el despertar intelectual, y de aquí la tendencia nihilista y desesperada de mi anterior poesía y de todos los poetas de mi generación. Tengo la seguridad de que no de una manera sistemática, pero tampoco menos fuerte, la reacción ha querido inutilizar estas fuerzas del verbo”.

España en el corazón (Himno a las Glorias del Pueblo en Guerra. Ejército del Este.—Ediciones literarias del Comisariado, 1938).

De este libro se imprimieron originalmente 500 ejemplares numerados del 1 al 500 bajo la dirección de Manuel Altolaguirre, terminándose su impresión el día 7 de noviembre de 1938, segundo aniversario de la defensa de Madrid, como parte del tercer volumen de *Residencia en la Tierra*.

Lleva esta *Noticia*:

"El gran poeta Pablo Neruda, (la voz más profunda de América desde Rubén Darío, como dijo García Lorca), convivió con nosotros los primeros meses de la guerra. Luego en el mar, como desde un destierro, escribió los poemas de este libro. El Comisariado del Ejército del Este lo reimprime en España. Son soldados de la República quienes fabricaron el papel, compusieron el texto y movieron las máquinas. Reciba el poeta amigo esta noticia como una dedicatoria".

El primer gran libro político de Neruda. La primera denuncia violenta, salpicada de ira, llena de una impresionante agresividad. En 1936 se encontraba en Madrid, como Cónsul de su país. Los mejores escritores convivían con él. Rafael Alberti, en una de las famosas *Coplas de Juan Panadero*, lo ha recordado:

*Puras noches nerudianas.
Miguel Hernández olía
a oveja y calzón de pana.*

Y también:

*La fuerte sangre española
le puso a Pablo en el pecho
un borbotón de amapolas.*

De improviso la guerra. Y el Cónsul-poeta, el buen Cónsul que "golpeaba sus palabras, llenándolas de agujeros y de pájaros", abandonó su jardín botánico y fué al encuentro del pueblo. A partir de *España en el corazón*, Pablo Neruda coloca al pueblo en el corazón de su poesía. He aquí lo que ha dicho Ilya Eremburg sobre este libro:

"Vi por primera vez a Pablo Neruda en el Madrid heroico y condenado. Me sorprendió su rostro, rostro de andaluz soñá-

dor o de altivo araucano. Sus ademanes eran pausados, suave su voz, se percibía que aquel hombre estaba hecho para la meditación, para la poesía; mas sus ojos ardían en luces de ternura o de cólera. Hablaba sólo de la lucha: "Casa de Campo, Londres, traición, las Brigadas Internacionales, el pueblo, Moscú, esperanza". Hacía cuanto podía, quería estar con el pueblo español. Abandonó las canciones de lluvia, las meditaciones y la "casa de las flores". Por último, el gobierno de Chile le ordenó abandonar España. En el mar, camino de Chile, escribió su libro "España en el Corazón". Un libro de poesía lleno de cólera y admiración, poesías no de un espectador, sino de un soldado. Este libro, editado en Chile, fué pronto traducido a varios idiomas. "España en el Corazón" llegó hasta el corazón de la España combatiente. Cuando se leen las palabras de odio a los fascistas, no recordamos a Victor Hugo en el "Castigo", que parece algo retórico, sino Agripa D'Aubigné y a veces a los profetas bíblicos:

*Chacales maldicidos por los chacales,
viboras odiadas por las viboras,
piedras a quienes escupen las lampazas.*

Pablo Neruda escribe inspiradas poesías sobre el heroísmo del pueblo español, habla de los albañiles y de los mineros, de los labradores y de los carpinteros, alzándose en defensa de la libertad. El poeta nos habla del sacrificio y de la fraternidad de que dieron muestras al mundo los soldados de las Brigadas Internacionales".

Destaca Eremburg el hecho de abandonar "las canciones de lluvia" para entonar las canciones de la sangre. En la hora suprema del pueblo, Neruda hace a un lado la poesía bella para escribir la poesía útil, resultando ésta más bella aún. En su voz ya no resbalan mariposas ni guisantes, sino palabras desolladas hasta la carne viva.

En el otoño de su vida, Rubén Darío escribió:

*Yo sé que hay quienes dicen: ¿Por qué no canta ahora
con aquella locura armoniosa de antaño?
Eros no ven la obra profunda de la hora,
la labor del minuto y el prodigio del año.*

Pablo Neruda supo ver la obra profunda de la hora no en la senectud, sino en la hermosa y clara juventud del solda-

do. Como el viejo Rubén, quizá en idéntica posición mental pero en diferente actitud física, ya que el uno tendía al simple sueño y el otro a la simple realidad, a la simple tierra, Pablo Neruda escribió:

*Preguntaréis: Y dónde están las lilas?
Y la metafísica cubierta de amapolas?
Y la lluvia que a menudo golpeaba
sus palabras llenándolas
de agujeros y de pájaros?
Os voy a contar lo que me pasa.*

Y cuenta su barrio de Madrid, con árboles y campanas. Allí, en ese barrio, su casa era llamada

*la casa de las flores, porque por todas partes
estallaban geranios.*

Recuerda sus amigos de entonces: Federico, Rafael, Miguel... Y una mañana las hogueras salían de la tierra devorando seres, y bandidos con aviones y con moros venían por el cielo a matar niños. El poeta, sencillamente, abandonó "la metafísica cubierta de amapolas" y entró en el corazón del pueblo, denunciando y cantando como un joven gigante humillado.

Canto General (1950)

LA primera idea fué escribir un *Canto General de Chile*. Le interesaba a Neruda la parte geográfica de su país, extraordinariamente poética, con desiertos calcinados, ventisqueros, fiords: una mezcla íntimamente ligada a la humanidad chilena. En esa forma trabajó algunos poemas en México. (En 1943 apareció en fragmento mínimo el *Canto General de Chile*). Cuando regresó a su patria, siempre en el plano de este trabajo poético, encontró dos novedades: primero, las luchas del pueblo chileno eran muy apreciables; se le hicieron más objetivas con sus viajes a las minas, a la pampa, al desierto; segundo, después de su visita a Macchu Picchu en el Perú, vió las raíces de la historia americana "confundidas y como debajo de la tierra".

"Cambié entonces el plan —me dijo— y lo transformé en un *Canto General* llevando el propósito de arquitecturar un poema a toda nuestra América".

En aquella época —1943— no tuvo tiempo para desarrollar tan ambicioso desecho. Intervino en la vida política de Chile y no podía dedicarse a escribir poesía. Luego vino la persecución. Recuérdese —en la *Carta para millones de hombres*— la petición de su Partido, en el sentido de que dispusiera de un año para realizar la obra; se iba ir a *Isla Negra*, lugar de la costa, cuando se inició el ataque del imperialismo y Chile se convirtió en una inmensa cárcel. Es famoso el "yo acuso" de Pablo en pleno senado chileno, lo que motivó su persecución, siendo escondido de casa en casa:

*Fui el fugitivo de la policía:
y en la hora de cristal, en la espesura
de estrellas solitarias,
cruce ciudades, bosques,
chacarías, puertos. . .*

Ya desde el segundo o tercer día de haber roto con el Gobierno antipopular de González Videla, y a pesar de haberse movilizado la policía en su búsqueda, comenzó la tarea de dar fin al *Canto General*.

Desde el 4 de febrero de 1948 hasta el 8 de enero de 1949 se escribió todo el libro, salvo lo que ya estaba publicado. Trabajó el autor diariamente, sin descanso, con una lucidez incomparable. Puede decirse que el *Canto General* fué realizado a grandes saltos geográficos, meditado en la cárcel, intuido en medio de una zozobra y amargura sin precedentes.

En México, pocos días antes de aparecer la obra, Neruda me dictó las siguientes palabras:

"Debo advertir que si salen muchos nombres propios, así como reseñas de actos importantes e insignificantes, esto se debe a que por una parte he querido dar la sensación de nuestras luchas continentales a través de un romanticismo revolucionario que no está en desacuerdo con el realismo a que aspira tener el libro. Causará extrañeza leer nombres sin importancia histórica, como los de González Videla y secuaces; lo he hecho deliberadamente para que caiga sobre ellos un estigma simbólico. Yo sé que el pueblo los castigará, pero en mi poema queda una acusación del molde humano de ellos: son diplomáticos, alcahuetes, periodistas pervertidos y sabuesos de una dictadura corrompida. Sé que esto es algo duro, que asombrará y molestará a no pocos lectores, pero quiero que piensen en lo amargo que es para mí concretar las realidades de este tiempo.

Creo que mi libro desde su comienzo es un libro alegre, sano, optimista, a pesar de la tristeza que lo circunda no en forma total. Sentí durante un año de trabajo encarnizado una alegría embriagadora, pues la vida me daba ocasión de vencer a todos los enemigos del pueblo cuando ya se me creía en el fondo de la derrota. Así pues tuve dos inmensas fuentes de alegría: por una parte, la satisfacción de mi libro, y por otra la realidad intangible de sus materiales de lucha.

La primera parte del *Canto General* es la América de la vegetación, de los metales y de los ríos. Luego viene la conquista con la extensión hacia Perú y Chile; este canto termina con *A pesar de la ira*, en que se cuenta cómo, por encima de los crímenes, vinieron a nuestra América las ideas y la capacidad industrial del Renacimiento. Me propuse juntar en su verdadero color la avalancha española con su superstición y su crueldad. En Chile, y en general, en la América del Sur, tenemos pedestales injustos, como el de Valdivia; una gran avenida lleva su nombre, y a su amante Inés de Suárez, rapaz desvergonzada y aventurera, se le consagra un restaurante muy popular. Se debe a que inmediatamente después de la conquista, una casta se apoderó del movimiento de liberación implantando una nueva forma de dominio sobre nuestras poblaciones. Necesitaban estos verdugos españoles un endiosamiento para tener la espada siempre levantada. Así, vemos cómo las oligarquías criollas traicionaron hasta el recuerdo de los héroes indígenas y han dedicado con pudor algunos recuerdos vergonzantes a los grandes héroes de la primera lucha americana. De estos héroes el más extraordinario es Lautaro. Este gran patriota de la araucanía fué un joven surgido de la masa primitiva que viendo la tragedia de su pueblo entró al servicio de los españoles: se hizo caballerango del conquistador Valdivia sólo para estudiar la táctica guerrera del enemigo; pudo muchas veces haber matado al capitán extranjero, pero llegado el instante oportuno, lo abandonó, regresó a su gente y fué elegido *Toqui*. Entonces dirigió la guerra contra los invasores, empleando no sólo su misma táctica, sino otra de su invención, que era la marcha hacia la retaguardia, presentando batalla por dos lados de la columna central. Así, el 25 de diciembre de 1553, Lautaro, en la memorable batalla de Tucapel, exterminó al ejército español, haciendo prisionero a Valdivia y a sus capitanes, que fueron ejecutados.

La guerra patria de los promaucas fué extraordinaria, y a pesar de los refuerzos con que contaban las tropas enemigas, no fueron vencidos. Pero Lautaro, que debió ser el símbolo de Chile, fué humillado por los nuevos aristócratas y por los nuevos aprovechados, quienes le han puesto su nombre a un villorrio del sur de Chile, no existiendo una estatua suya en Santiago, mientras hay docenas en memoria de los invasores.

Precisamente el canto siguiente se llama *La Arena Traicionada*, y es la historia de cómo fué burlada la independencia araucana por estos mismos grupos, que describo minuciosamente en Canto V (las fuerzas retrógradas que traicionaron nuestra arena son las tiranías, el imperialismo, la injusticia, etc.)

El Canto VII —*La Tierra se llama Juan*— está escrito con las mismas palabras del pueblo, con sus faltas y su modo de decir las cosas. Son vidas de trabajadores, contadas por ellos mismos.

El IX es una invocación a los Estados Unidos de Norteamérica para lograr la paz del mundo.

El X es la historia de la persecución ordenada por González Videla.

El XI relata una huelga en las minas de oro de Chile, teniendo como escenario una región desolada.

El XII son cartas a poetas vivos y muertos.

El XIII una salutación de Año Nuevo.

El XIV es el pacífico amanecer de nuestros puertos: un canto a las islas, a las aves, a las piedras de las orillas, al Antártico.

El libro termina con el canto *Yo soy*, en donde cuento mi vida, desde la infancia hasta la época actual, continuando con mi testamento.

A través de todas estas visiones he querido realizar el retrato de las luchas y victorias de América, así como parte de nuestra zoología y de nuestra geología. El *Canto General* es posiblemente el más poético de mis libros. Creo que es el ensayo de una lírica capaz de enfrentarse con todo nuestro universo".

EL 3 de abril de 1950, en la residencia del arquitecto Carlos Obregón Santacilia, tuvo lugar el acto de la firma de los ejemplares suscritos del *Canto General*. Predominó la asistencia de

extranjeros residentes en México, miembros de Embajadas europeas y españoles republicanos.

Con ese acto se daba fin a una serie de lentos preparativos editoriales y se comenzaba a distribuir la obra poética más importante de nuestro tiempo.

Los pintores Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros, mismos que habían ilustrado el libro, firmaron al lado del autor los primeros ejemplares. Los invitados salieron con una voluminosa obra bajo el brazo. Al recibir el volumen se tenía la impresión de algo extraordinario. Se abrían las páginas, se admiraban las ilustraciones, se saltaba por encima de aquella montaña de renglones cortos. Neruda estaba feliz. No podía ocultar su satisfacción personal. Su esposa me había dicho días atrás: "No pueden imaginarse la alegría de Pablo con el *Canto General*. Está como si fuera a recibir de la imprenta su primer libro".

Pocas semanas después, Neruda se embarcaba para Europa sin recibir un solo homenaje escrito por su publicación, ni siquiera un artículo más o menos interesante. Con excepción de quien esto escribe, nadie se ocupó de la obra. La primera reacción del público fué de silencio, un silencio significativo y ominoso. ¿Asombro, temor, curiosidad por saber quién sería el primero en criticar el gran poema? Creo que todas estas circunstancias se barajaron. En general, una frialdad desventurada cayó sobre el esfuerzo de quien era ya, indiscutiblemente, el primer poeta americano. Mas los estudios vendrán, indudablemente, desencadenados por la misma lógica de los hechos. Ante obras así no es preciso esperar el comentario inmediato. "Crecerá con los años", ha dicho Joaquín García Monge a propósito del poema. Pero Neruda sintió un vacío sospechoso y abandonó el país.

Tuve la suerte de asistir, durante mi cercanía con el poeta, al nacimiento material del libro. La empresa fué cobrando fuerza a medida que aumentaba el número de suscriptores y se pudo movilizar el capital necesario. Todos los días me hablaba Neruda de los adelantos editoriales, hasta que al fin me mostró las primeras pruebas de imprenta. Envió las galeras a Rivera y a Siqueiros, para que éstos escogieran sus temas. El primero se encargó de la parte prehispánica —retrospectiva— y el segundo de la contemporánea. Fué esta una prueba de paciencia para el autor, ya que los pintores prometieron una

fecha y la cumplieron meses después. Pero entregaron dos obras maestras.

El motivo prehispánico fué realizado con esa intensidad y multiplicación de formas y volúmenes que Rivera imprime a sus obras de gran espacio: un abigarramiento de cosas, pero abigarramiento que reproduce la historia a través del lenguaje realístico de la simbología. En la parte austral hay batallas, geología, cóndores, quetzales, animales y dioses. La impresionante ciudadela de las nubes —Macchu Picchu—, la figura de un arquitecto con rico gorro tamizado. En el centro la escalinata ensangrentada; en la parte superior, un contador de estrellas; abajo, la figura de un jaguar. La América del Norte —México— tiene el sacrificio humano, el volcán imponente, la sangre, la multitud afanosa, el jeroglifo, la serpiente, el resplandor trágico de Anáhuac. Rivera a quien por aquellos días visitaba para recoger su biografía, me mostró un día la tela en el suelo, invitándome a recorrerla por los cuatro lados: allí donde ponía los ojos comenzaba el cuadro o había un detalle minúsculo que sin embargo gravitaba en su centro, con unidad independiente y al mismo tiempo sometida al plan totalizador del emblema. Rivera estaba satisfecho. "He inaugurado —me dijo— una nueva época en mi pintura, pues no había hecho estas cosas antes". En efecto, era el primer mural en pequeño que salía de sus manos.

La parte encomendada a Siqueiros es un alarde político. Ya se sabe que Siqueiros deposita su fuerza en lo colosal. Toda su obra es una gigantomaquia desorbitada, henchida de una virilidad entusiasta. El espectador de sus cuadros, como ante Orozco, recibe una impresión planetaria, un entusiasmo ciclópico. Siqueiros interpretó el triunfo del socialismo en el mundo: un gigante, con los brazos en alto, emerge de la costra terrena. Es impresionante la figura en medio de un sol despedazado, entre multitud de fragmentos geológicos y vivientes. No hay silueta, no hay minucia ni anécdota, hay una garra vital que sostiene las formas y las profundiza. La guerra está aquí, pero también la paz. El cielo que corona la lejanía, con sus nubarrones encolerizados y sus pinceladas frenéticas, tiene sangre y esperma, sudor y aliento profético, estableciendo una íntima comunión con el tono de lucha del poema, con su denuncia y su latigazo creador.

No podemos establecer diferencias entre los cuadros que galardonan el *Canto General*. Uno y otro se corresponden, sostienen el haz y el envés de la doble carátula. Rivera interpretó la gesta preclásica, un pasado que alimenta secretamente las inspiraciones de América. Siqueiros visionó el triunfo del hombre, su imprecación y su gesto, poniendo intensidad en el torso, en las manos, en la materia disgregada del mundo.

Había que ponerle un "pie de grabado" a los cuadros. Neruda había señalado varios fragmentos y no se ponía de acuerdo. Me los mostraba y volvía a buscar en el poema. Al fin, leyendo, comparando, escogió para el trabajo de Rivera estos versos:

*... Los trabajos iban haciendo
la simetría del panal
en su ciudadela amarilla,
y el pensamiento amenazaba
la sangre de los pedestales,
desmontaba el cielo en la sombra,
conducía la medicina,
escribía sobre las piedras.*

Para el tema político de Siqueiros aparecieron, salvadores, los versos siguientes:

*... Y vi cuántos éramos, cuántos
estaban junto a mí, no eran
nadie, eran todos los hombres
no tenían rostro, eran pueblo,
eran metal, eran caminos.
Y anduve con los mismos pasos
de la primaveras en el mundo...*

Durante varias semanas, Neruda se dedicó a las correcciones. Lo encontraba por la mañana sentado frente a un mar de papeles. Yo le ayudaba en aquella corrección. Había sobre todo muchas faltas de puntuación, aumentadas por la costumbre del poeta de no utilizar el punto y coma. Corregíamos de prisa, desplazando los halagos de la lectura para dedicarnos a la tarea de ver las letras, las palabras. Al fin se corrigió aquella interminable catarata sinfónica. Miguel Prieto vigilaba con su sabiduría los incontables problemas tipográficos que iban surgiendo. Un día pudimos ver el libro formado. Se veía im-

ponente. Quinientas setenta y ocho páginas incluyendo los índices. El *Canto General* salió sin una errata importante. En la contraportada, la división del libro en 15 grandes cantos y sus correspondientes capítulos, en seguida el poema y por último la lista de suscriptores, 343 en total clasificados en los siguientes países: México, Argentina, Brasil, Costa Rica, Chile, Cuba, Venezuela, Panamá, El Salvador, Honduras, Guatemala, Perú, Ecuador, Checoslovaquia, Francia, Estados Unidos, República Española, Inglaterra, Hungría, Italia, Polonia, U.R.S.S. . . . En la última página se había redactado una sencilla y grande noticia:

"Esta edición, especial y limitada, la primera del Canto General de Pablo Neruda, se publicó en la Ciudad de México bajo los auspicios de una comisión editora formada por María Asúnsolo, Enrique de los Ríos, Ing. César Martino, Arq. Carlos Obregón Santacilia, Wenceslao Roces y César Godoy. La Dirección tipográfica estuvo al cuidado de Miguel Prieto. Las dos pinturas que ilustran, en forma de guardas, esta edición, fueron ejecutadas especialmente para la obra, como homenaje al autor, por los pintores Diego Rivera y David A. Siqueiros. La obra ha sido realizada en los Talleres Gráficos de la Nación y se acabó de imprimir el día 25 de marzo de 1950. Intervinieron en los trabajos de confección de la obra: Los cajistas Ricardo Macías y Manuel Gil González, los prensistas Vicente Chacón y Cirilo Ramos, el encargado del taller de offset, Jorge Seguí, el encuadernador Jesús Sánchez. Consta la tirada de 500 ejemplares en papel "Malinche", de fabricación mexicana, numerados del 1 al 500; de ellos, 300, destinados a los suscriptores, llevan las firmas de Pablo Neruda, Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros. Se han tirado, además, 50 ejemplares, en papel "Chateau", numerados del B-1 al B-50, y 50 ejemplares en papel Manila, sin numerar, unos y otros fuera de comercio".

Agotada la primera edición, que alcanza en la actualidad la suma de 350 pesos ejemplar, se procedió a la segunda, en formato menor y precio económico, con el siguiente *ex-libris*:

Esta edición del Canto General de Pablo Neruda es reproducción facsimilar de la especial y limitada que, al cuidado de Miguel Prieto, se imprimió en los Talleres Gráficos de la Nación. Se ha hecho una tirada de 5,000 ejemplares en los talleres de "offset" Gráficas Barcino, calle del Doctor García-

diego 209, por cuenta de *Manufactura de Libros, S. de R. L. Meyerbeer 57-D, México, D. F.*

Expuesta la historia editorial de la obra, cabe referirnos aquí al interrogante que se han hecho los posibles críticos literarios: ¿Es este libro de Pablo Neruda el libro poético más importante de nuestro tiempo? Es Pablo Neruda el poeta representativo de la América actual? A lo que respondemos: Sí. El *Canto General*, tanto por sus características lineales como por su enorme contenido político y social, es, en su género, el libro más importante de nuestro momento histórico. Pablo Neruda es el poeta del Continente.

No es posible volver aquí al divorcio entre arte y política, y menos aún al divorcio entre arte y lo que se ha llamado, despectivamente "propaganda política". Todo arte es propagación de algo, contagio intencionado de algo. El *Canto General* es la divulgación amplificada de la vieja idea del hombre sobre la tierra, más dueño y poseedor de su mundo. El *Canto General* es una articulación verbal de contenido ideológico positivo. Por eso fuimos los primeros en difundir la noticia de que esta obra resultaba el equivalente, en las letras, del fenómeno muralista mexicano: porque su gran espacio, y lo apretado de su universo expresivo, realizaba en igualdad de belleza la prédica de las masas.

Esta actitud revolucionaria es la única originalidad del arte contemporáneo; lo demás es adulteración, purismo, vuelta a la añagaza de las "esencias". Este libro, que no escapa a los defectos del desahogo privado ni al insulto de circunstancias, es la primera respuesta de la poesía al mundo vigente. La primera decimos, porque hasta ahora no teníamos una declaración "estética" sobre los falsos valores que por siglos mixturaron la educación social de nuestros pueblos. El gran "affaire" histórico de la conquista de América, por ejemplo. La valentía de denunciar el imperialismo aprovechando la dilatación y el contagio de la poesía, esa poesía que con sus ilusiones y carantoñas retóricas había producido en América la hipocresía y el elegantismo derrochador, así como otras calamidades mayores, como son el divorcio entre escritor y hombre, en una dolorosa batalla contra la lealtad. Esta poesía no había superado la nota "crepuscular", que ya apuntaba Henríquez Ureña refiriéndose a México, y siendo numerosa para el lirismo del *yo personal*,

se encontraba prácticamente desierto de poemas universales, esos poemas en donde el alma de lo popular se conmueve, celosa de sus capillas íntimas, de su laberinto, de su soledad intelectualizada e ilustre.

El *Canto General* marca una evolución decisiva en la historia de nuestra poesía; cierra la nota crepuscular e inaugura los ortos épicos. ¿Qué otro libro de imaginación ha demostrado el poder adquisitivo de la conciencia ante los materiales de lo informe, dando a las cosas más humilladas e insatisfechas un asombroso poder salvador?

Si el poeta, como dicen las teorías al uso, es el receptor y retransmisor de las energías anónimas de su pueblo; si en la voz del poeta —*os magna sonaturum*— se reflejan y sobrenadan las notas diferenciales de su tiempo; si, en fin, el artista es el "hombre colectivo" preconizado por Jung, la poesía contenida en el *Canto General* de Neruda reproduce, a través de las vicisitudes de la imagen, los descompuestos armazones de un mundo agotado y febril que sin embargo construye un mundo nuevo, tornándose optimista por lo mismo que emerge de la descomposición. Pero cierta crítica —eco de los encuadernados cisnes— ataca la poesía del chileno por apartarse de las "puntas de diamante" que llaman Cosmos y otras entidades metafísicas, y no perdonan el supeditar lo "incorruptible" de la poesía a lo "sucio" de la expresión social.

Todo esto es necesario explicarlo, combatirlo. Para Neruda el proceso es muy sencillo: la poesía, como reflejo del pensamiento en su forma neutral ante los movimientos progresistas del mundo, es una invención del capitalismo, quien desde luego puso atención al peligro que representaban los poetas. Con la destrucción del feudalismo y el avance del capital financiero antiguo, aparece por primera vez la noción del arte por el arte, hoy defendida por los últimos restos del surrealismo. ¿Por qué se produjo este fenómeno? Junto a la expansión de los enciclopedistas, la burguesía vió un enemigo en cada poeta, y ha querido aplastarlos por diferentes medios, impidiendo el desarrollo de ellos hacia la vida, combatiendo las iniciativas que pudieran libertarlos. Ha empleado la persecución económica implacable y la teorización de la pureza. Neruda recuerda como casos típicos de tragedias de vidas poéticas, a José Asunción Silva en América y a Rimbaud en Francia.

"Silva —dice— termina en el suicidio y Rimbaud parte al abismo por la sola voluntad de los salchicheros de Charleville. Los que están enamorados de la leyenda-Rimbaud no piensan en que, por sólo ese hecho, están al servicio de la derrota del pensamiento".

También los ideólogos han predicado el arte por el arte y la destrucción física de los escritores, aconsejándoles el alcoholismo y el suicidio, y tratando de fomentar para ellos un clima caótico y miserable. Toda esa cosa agria, cruel y descompuesta que divide a los escritores y artistas desaparecerá con el cambio social, pues dentro de la comunidad obrera hay trabajo y dignidad para todos. Los escritores que, como Neruda, se han arrojado a esta lucha, defienden el conglomerado intelectual del presente y del futuro, y los más nobles ejemplos de la tradición literaria:

*Que amen como yo amé mi Matrique, mi Góngora,
mi Garcilaso, mi Quevedo: fueron
titánicos guardiánes, armaduras
de platino y nevada transparencia,
que me enseñaron el rigor, y busquen
en mi Lauséamont viejos lamentos
entre pestilencias y agonias.
Que en Mayakovsky vean cómo ascendió la estrella
y cómo de sus rayos nacieron las espigas.*

Vemos cómo una poesía de contenido político, poesía de ojos despiertos al servicio del hombre, ama los viejos maestros del rigor y aprovecha la tradición verbal castellana como ejemplo de libertad, siendo esta libertad la del pueblo y no la de las castas o sectas ideológicas que pugnan por la salvación de las almas líricas. Esta clase de libertad está fabricada para dar una falsa noción de independencia. Dentro de ella todo parece fácil, pero es el caso que los escritores no pueden editar sus obras si no se acomodan a los puestos burocráticos y si no arreglan sus ideas de acuerdo con las del prójimo de la esquina. Los pintores —con excepción de los muralistas mexicanos— se han refugiado en el arte abstracto, han vendido su silencio, y el capital les ha hecho creer en un arte sin significación alguna.

En cuanto a los poetas... dice Neruda: "Hay que ver la cantidad de versos que se escriben disfrazados de gran profundidad. Hay que hacer un examen de sus trabajos para darnos

cuenta de que son, no sólo el retrato del cansancio y de la esterilidad, sino el espejo donde se reflejan los afanes deliberados de confundir y desorientar a la sociedad en que viven". Y concluye: "Con mayor o menor entusiasmo, estos poetas ayudan a la continuidad de un régimen que está condenado a muerte".

Expuesta la lucha, es fácil adivinar por qué una obra de la importancia del *Canto General* no ha merecido un solo comentario favorable.

No ha sido mi propósito analizar con detenimiento esta obra grande y callada como las bóvedas, en donde encontramos la epopeya de América, el poema de la esperanza y de la absoluta liberación. Días vendrán mejores. Por lo pronto, un valioso conjunto de independencias mentales, a lo largo de nuestra dilatada geografía, ha saludado el nacimiento de una obra que desde Walt Whitman y Rubén Darío esperaba el momento dorado para germinar en los hombres, las patrias y las mieses.

UNA NOVELA DESCONOCIDA

A LA amabilidad de don Jesús Silva Herzog debo el placer de haber leído una de las novelas más injustamente ignoradas entre las que hacen referencia a la Revolución: *La revancha*, *Novela mexicana de la época revolucionaria*, por Agustín Vera, fechada el 2 de abril de 1930 e impresa en los Talleres Linotipográficos *Acción*, en San Luis Potosí. Contiene 241 páginas. Tengo entendido que no se ha hecho una segunda edición y según me han informado librerías y algunos críticos de la Capital, es prácticamente desconocida allí. Tan desconocida que ni siquiera en las dos bibliografías más copiosas que del género existen —la de José Luis Martínez y la del profesor Ernest Moore— aparece citada. Tampoco existe ejemplar de ella en la Biblioteca Nacional ni se la encuentra en las librerías.

Agustín Vera parece haber sido más dado a la literatura dramática que a la narrativa. En la lista de "Obras del Autor" aparecen citadas cinco piezas teatrales y sólo una novela, además de la que aquí se comenta: *En la profunda sombra*, que no conozco. Y sin embargo, *La revancha* evidencia que su autor tenía madera de novelista y que no desconocía el arte de mantener la atención del lector.

Con esta obra podría decirse que comenzó la década de intenso cultivo del tema revolucionario —1930-1940. Agustín Vera se adelantó a Rubén Romero, a López y Fuentes, a Magdaleno, a Ferretis, a Muñoz y a todos los que en estos dos lustros explotaron el filón revolucionario. A esta luz hay que juzgar al autor para comprender su técnica tan distinta de la que luego se empleó. Vera es en realidad un precursor, pero su obra no ejerció influencia ninguna sobre los que a la zaga de él llegaron, la mayoría de los cuales, probablemente, nunca tuvieron noticia de *La revancha*.

Lo primero que hay que decir de esta novela es que la técnica es deficiente. Hay en ella varias acciones o tramas que se superponen y es necesario llegar hasta la mitad del libro para descubrir quién va a ser el protagonista central entre el gran número de caracteres que en él figuran. En los primeros capítulos se perfilan varios personajes bien sorprendidos y delineados con firmeza, cualquiera de los cuales contenía potencialidades de protagonista; pero el autor los sacrifica o se olvida de ellos. Sólo uno reaparece hacia el final de la obra para que la

heroína pueda consumir la venganza que el título implica. Tal parece haber sido el designio o tesis fundamental del autor y a él subordinada todo el acontecer de la obra. Vera observaba bien los caracteres y dibujaba su relieves físicos y morales con destreza, pero no los desarrollaba lo suficiente. Por otra parte, la concepción original —la tesis— de nítida procedencia romántica, la lleva a preferir el carácter que menos posibilidades artísticas ofrecía para en torno a esta figura femenina urdir la trama de su obra.

En realidad *La revancha* es una novela de amor —o de amores— que se desenvuelve sobre un fondo o en ambiente revolucionario. Por eso encontramos en ella dos tramas, dos acciones que se desarrollan paralelamente y también sendas técnicas que corresponden a los dos motivos que en la obra se dramatizan: el revolucionario y el enredo amoroso. Tanto el enfoque de las peripecias revolucionarias y sus personajes, como el estilo en que los pinta son realistas; la concepción de la protagonista, en cambio, es romántica, aunque la pintura esté muy aligerada de retórica romántica. (En este sentido, *La revancha* recuerda la *Amalia*, de José Mármol, en la que se da también esta dualidad temática y estilística). Huelga decir que el aspecto más interesante del libro y el de mayor médula artística y psicológica es el consagrado a los episodios revolucionarios y a los hombres que en ellos intervienen. Desdichadamente, en la concepción original del autor, esto era lo secundario y adjetivo, especie de material de relleno destinado a servir sólo de marco para dentro de él urdir una trama amorosa sin vigor ni trascendencia estética ni psicológica. Es uno de tantos casos en que la intuición artística le falla a un autor de positivas dotes narrativas.

Al contrario de lo que ocurrió después con la inmensa mayoría de las novelas de ambiente revolucionario en las que la mujer y el enredo amoroso casi no aparecen, en *La revancha* estos dos elementos constituyen el nervio central de la trama y el acontecer revolucionario pasa a un segundo término. Otro aspecto en que esta novela se distingue de las de su clase, es el concepto idealizado y de legítima ascendencia romántica que el autor tiene de la mujer y del amor. En este sentido *La revancha* entronca con las novelas finiseculares de la época porfiriana, no tanto por el estilo como por la concepción. Vera nos presenta aquí las vicisitudes y tribulaciones de una mujer de veintidós años a quien la Revolución le mata a su novio —un terrateniente— y hiere a su padre, el administrador de la finca. Pero en realidad, la muerte de Manuel, el novio y hacendado, no es una venganza de los revolucionarios sino la liquidación en buena lid de un pleito personal entre él y el cabecilla revolucionario Abundio Guerrero, cuya mujer

había sido maltratada por el hacendado y, por último, entregada a la furia erótica de la soldadesca huertista para que la violaran. La muerte de Manuel, pues, está moralmente justificada y las simpatías del lector están con el vengador que es la verdadera víctima. Por lo que a la herida que en la refriega recibe el padre de Lupe, la heroína, fué un mero accidente. Ni con él ni con los demás defensores de la hacienda que habían matado a no pocos asaltantes, se ensañan los revolucionarios de Abundio y a todos les conceden el derecho a la vida.

Pasó el tiempo, Villa fué vencido y los carrancistas en control de la Capital y de casi toda la República, se prepararon a asaltar todos los cargos públicos. Lupe, huérfana y pobre, se traslada de San Luis a México en busca de medios de vida como hicieron centenares de miles en aquel bienio de 1915 a 1917. Es bella y el autor nos la presenta tierna, honesta, pura como un ángel y fiel a la memoria de Manuel, cuya muerte había jurado vengar. Entre los muchos políticos y generales que desfilan por el despacho del licenciado Prieto donde ella trabaja, aparece un día el antiguo guerrillero Abundio Guerrero, ahora convertido en general y en un perfecto "gentleman". Naturalmente se enamora de Lupe y ella de él. Un perfecto "flechazo". Lupe se siente más que atraída, seducida, por el vigor, la gentileza y la fuerza magnética que del antiguo faccioso se desprenden; pero allá en el fondo de la subconsciencia hay algo innominado e incierto que le impide casarse con él como el galante general desea. Una noche, durante un paseo en auto por el campo, a instancias de Lupe, Abundio narra el episodio más personal y doloroso de su carrera revolucionaria, ignorante de que su novia era parte en el pleito. Lupe entonces recuerda su juramento y con el revólver de su amado lo asesina, cumpliendo así la promesa que había hecho ante el cadáver de su primer novio. Parodiando el título del más famoso y típico drama romántico español, Agustín Vera pudo haber rotulado su novela *Lupe o la fuerza del sino*.

La concepción romántica de la heroína traiciona el realismo de buena ley que el autor había evidenciado en los primeros capítulos y hace que caiga en una vacua idealización de su protagonista sin nexo con la realidad de la psicología femenina. Véase, por ejemplo, la escena de amor que el autor nos pinta entre Lupe y Guerrero en las páginas 208-209:

"Acercóse él a donde ella estaba y oprimiéndola contra su robusto pecho, la besó apasionadamente, locamente, furiosamente, en los ojos, en la boca, en las mejillas tersas y perfumadas, en las manos pequeñas y suaves y en el cuello donde la presión de la sangre corriendo tumultuosamente hinchaba levemente una delgada arteria azul. . . ."

.....

"Ella no se defendía, no hacía el menor esfuerzo por oponerse a aquellas caricias que a un mismo tiempo la hundían en un abismo de sensaciones hasta entonces no sentidas y levantaban su espíritu hacia goces de una nueva vida del alma... Sentía que una fuerza superior a ella, la dominaba, la tenía allí inerte y atada con ligaduras más potentes que si fueran cadenas asidas a sus miembros. Y cuando sobre sus labios sentía el fuego de aquellos otros labios que le cortaban el aliento, de las profundidades de su ser, de las fuentes mismas de su vida, le parecía que una voz brotaba e iba subiendo convertida también en oleada de fuego hasta sus mismos labios, donde sólo podía convertirse en un grito desesperado e imperioso que decía: "¡Te amo! ¡Te amo! ¡Haz de mí lo que quieras, porque soy tuya... tuya...!".

Esto es verídico, real, humano y certeramente expresado. Así reaccionan dos seres que se quieren y se desean. El hombre, que en nuestras tierras hispánicas se reserva el derecho—o el privilegio— a la iniciativa en el amor y es el elemento agresivo—y así quieren las mujeres que sea—le escamotea unos besos a su amada a quien por lo demás, le saben a gloria porque está enamorada de él y lo desea como toda mujer de sexualidad normal. La escena, como se ha visto, no pasó a cosa mayor. No hubo ni siquiera intento de posesión por parte de él ni de entrega por parte de ella. En esa primera y única ocasión en que los cuerpos de los amantes se sintieron vibrar al unísono con sus almas enamoradas, floreció el sentimiento amoroso en ambos y a ella, sobre todo, se le reveló la intensidad de su pasión por el hombre querido y deseado. Cualquier mujer normal, sin complejos religiosos ni traumas psicológicos—y Vera no nos pone en antecedentes de que Lupe los sufriera—se habría sentido feliz tras esta revelación de su cariño por el primer hombre que la hizo estremecer de deseo y despertó su feminidad erótica hasta entonces adormecida. Sin embargo, la escena transcrita se le convierte a Lupe en un recuerdo torturante y terrible y el dolor y la pesadumbre se la hacen insoportables. El autor no nos explica el por qué de este tormento que la aniquila por semanas y meses. No es una conciencia mojigata, ni una niña quinceañera sin experiencia amorosa ni de la vida. (Es de suponer que durante los años que fué novia de Manuel, alguna vez debieron besarse; de lo contrario apenas se explica que ella estuviera enamorada de él). Y, sin embargo, véase cómo el autor, páginas más adelante, en la 222, retrata su estado de ánimo. Se refiere a las consecuencias morales que para ella tuvieron los besos que su novio le prodigó en la escena antes copiada. Para comprender—mejor dicho, para hacer aún más absurda e incompre-

sible— la reacción de Lupe, el lector debe recordar que ambos son libres y se quieren y que el general Guerrero sólo espera a que ella fije la fecha para la boda. Y, no obstante, Lupe sufre horriblemente aunque el lector no logra descubrir la razón:

“¡Qué lucha tan tremenda! ¡Qué inmensa tragedia era la que tenía lugar en su alma! ¡Qué dolor tan agudo y tenaz, qué desencanto de la vida y de todo lo que la rodeaba ensombrecía continuamente su pensamiento! ¡Qué deseo tan grande de llorar, de desahogar en alguien que fuera como un hermano o un padre, toda la amargura que había en su pecho y que aún en sueños la martirizaba como una obsesión fuertemente arraigada a su cerebro!

“Durante aquellos días de tortura mental y espiritual en los que no tenía ni la más remota idea de lo que pudiera ser de ella y de su vida, guardó en el fondo de su pecho el dolor y la angustia que la mataban. No dejó que nadie adivinara cuál era el motivo de su honda pena. Y sólo por las noches, en el silencio y entre las sombras de su habitación, daba expansión a su llanto hundiendo la cabeza entre las almohadas para que nadie la oyera”.

Y así por páginas y más páginas y durante semanas y más semanas hasta que descubrimos o sospechamos—sin que el autor nos ponga al tanto de ello— que se trata del *fatum* romántico, de la voz secreta, de la “fuerza del sino” que le avisa en la forma misteriosa tan dialecta de poetas y novelistas entre 1830 y 1850 que no debe querer a aquel hombre porque fué el matador de su primer novio. El hecho de que Manuel había sido un canalla en su conducta para con la mujer de Abundio y las circunstancias en que éste lo mató—en buena lid y dándole a su contrincante oportunidad de que a su vez lo matara—no cuentan para nada. La fatalidad, el hado, la “fuerza del sino” es lo que al autor le interesa demostrar. Hay todavía una flagrante contradicción entre lo transcrito de las páginas 208-209 y lo que se dice en el tercer párrafo de la página 237 que no se copia para no hacer excesivamente extensa esta nota.

Tales son los defectos capitales de esta obra en cierto modo malograda. Defectos por lo demás comunes a gran número de novelas anteriores en las que los caracteres más endebles y falsos, por exceso de idealización, son precisamente los protagonistas. Desde la Prudenciana de Lizardi y su insoportable papá, hasta ciertos personajes de don Federico Gamboa y de Delgado, la lista de tales fallas es muy copiosa. Son resabios del ocaso romántico que todavía en 1930 hacía estragos

en San Luis Potosí y podía desviar y hasta malograr la intuición artística de un narrador de mérito como lo fué sin duda Agustín Vera. Aunque no he leído las comedias de ese autor, sospecho que debió ser influido por el romanticismo de procedencia echeagarayana de su conterráneo Manuel José Othón en su labor dramática. Es una mera conjetura sin base suficiente, pero se me antoja probable.

Ocurre con *Los de abajo* de Azuela, en relación con la novela revolucionaria, lo que con el *Lazarillo de Tormés* y la novela picaresca o *Martin Fierro* y *Don Segundo Sombra* y la épica y la novela gauchesca o *La vorágine*, en relación con la novela de la selva tropical. Cada una de estas obras se convirtió en una especie de modelo o arquetipo dentro del género que iniciaron o que llevaron a la perfección y muchos de los escritores que en los respectivos campos surgieron más tarde, no pudieron eludir el influjo de aquellas obras maestras. Tal le ocurrió a Agustín Vera. No creo aventurado afirmar que el novelista potosino leyó *Los de abajo* y se dejó impresionar por su crudo realismo, por el vigor y la economía de elementos con que Azuela pintó ese "fresco" hasta hoy insuperado. Esto es evidente en los capítulos destinados a retratar las figuras y el ambiente revolucionario. No hay en Vera propósito imitativo en ningún instante ni en su libro se descubre nada que mengüe su originalidad. Pero si se descubren sugerencias azuelistas de las que el autor potosino probablemente no tenía conciencia. El retrato de "el cojo Timoteo", coronel de filiación carrancista que en los primeros capítulos parece que va a ser el protagonista, recuerda muy de cerca el que Azuela nos dejó de Demetrio Macías. Por su ausencia de ambiciones personales, por su arrojo, su valentía, su rusticidad, su despego o su indiferencia por el dinero; por su individualismo, por su ingenuidad, su patriotismo sano, por su apego a la tierra y hasta por los motivos que lo lanzaron a la "bola", "el cojo Timoteo" es un hermano menor de Demetrio y ostenta un inconfundible aire de familia. Pero no es sólo este recio carácter el que recuerda la creación de Azuela. La filosofía de algunos personajes respecto a la Revolución —y quizás la del autor mismo— ciertos incidentes, el empleo del símil o metáfora de la hoja seca arrastrada por el huracán para explicar la incapacidad del hombre que se ha entregado a la Revolución para regir sus destinos, y otros detalles, nos prueban que no se trata de coincidencias fortuitas sino de poderosas sugerencias azuelistas que se filtraron en la novela de Vera sin que él se percatara del contrabando. Nada en realidad objetable. Por lo demás, son legión los que se han dejado influir por la técnica empleada en *Los de abajo*.

La figura del "cojo Timoteo" está bien dibujada y lo mismo a de su lugarteniente Abundio Guerrero. Ambos aparecen con una fisonomía moral de nítidos perfiles y vigorosos rasgos. Desgraciadamente, el autor no los desarrolla porque la concepción romántica a que antes aludí le obliga a sacrificar al primero y a transformar al segundo en una especie de "catrín" en uniforme. Estos caracteres merecían más amplio desenvolvimiento. Sin embargo, el coronel Timoteo se nos pierde de vista hacia la página 78 y no reaparece hasta la 185, y esto para morir. La parca descripción de la muerte de Timoteo es una de las páginas más logradas del libro. En cuanto a su ayudante Abundio Guerrero, tampoco sabemos nada de sus hazañas desde la muerte de su jefe hasta que lo encontramos ya de general después de la derrota definitiva de Villa. No le vemos crecer ni actuar. Aparece primero con un perfil moral definido pero no muy firme todavía; cuando de nuevo tropezamos con él, ya es otro distinto: ahora se nos ha metamorfoseado para servir la concepción romántica del autor. Todavía podrían señalarse otros personajes que no merecían el olvido en que el autor los deja. Tales es "don Juanito", el tenedor de libros de la hacienda y algunos de los compañeros de Timoteo.

Para concluir: *La revancha* es una novela interesante que en nada desmerece junto a la inmensa mayoría de las que la Revolución inspiró, y ciertamente no merece el desconocimiento y el olvido en que se la ha mantenido durante veinte años. Agustín Vera poseía talento de narrador llano, sencillo, sin grandes pretensiones literarias, pero correcto y flúido. Sabía captar la psicología popular y el lenguaje del pueblo campesino, y lo usaba con destreza en todo su pintoresco expresionismo. En él, este popularismo lingüístico es más un factor psicológico que estético. De él se sirve con frecuencia como elemento auxiliar para definir sus personajes de extracción humilde y campesina. Este es uno de los encantos de la primera mitad de la novela —la más valiosa— que desaparece en la última, porque en ésta se acentúa el influjo romántico. Por último, Agustín Vera sabe hacer justicia a tirios y troyanos. Se coloca en una posición equidistante entre revolucionarios y porfiristas y huertistas. Reconoce la justicia y la necesidad de la Revolución, pero condena sus excesos. No hay en toda la novela, sin embargo, un tipo malvado ni odioso, aunque los políticos, los licenciados y pescadores de río revuelto, abundan en ella, y todos están proyectados satíricamente. Confieso que tras haber leído más de un centenar de novelas de la Revolución, *La revancha* no me pareció inferior al noventa y cinco por ciento de sus hermanas. Las máculas que en ella he seña-

lado son achaques muy comunes a gran número de novelas hispano-americanas y mexicanas sobre todo. Prueba de ello es el hecho de que casi todos estos defectos reaparecen 18 años más tarde en 1948, en la obra de un excelente poeta novelista y dramaturgo de más recia personalidad artística que Vera: *La escondida*, de Miguel N. Lira.

Manuel PEDRO GONZALEZ.

I N D I C E S

DE

CUADERNOS
AMERICANOS

LA REVISTA
DEL NUEVO MUNDO

1950

Año IX. — Vols. XLIX al LIV. — Nos. 1 al 6.

INDICE POR SECCIONES

NUESTRO TIEMPO

Ensayos

	Núm.	Pág.
GERMÁN ARCINIEGAS. La Dictadura en Colombia	I	7
MANUEL SÁNCHEZ SARTO. Elogio de la Lealtad	I	31
ENRIQUE BELTRÁN. El suicidio del Continente	I	16
ISIDRO FABELA. Neutralidad y Soberanía	II	7
JAVIER PULGAR VIDAL. Democracia y Comunismo	II	18
GUILLERMO DE TORRE. Medios y fines, o la libertad amenazada del escritor.	II	31
JOSÉ URIEL GARCÍA. Problemas de Sociología Peruana	II	46
JESÚS SILVA HERZOG. ¿Los Estados Unidos o la Unión Soviética?	III	7
JESÚS REYES HERÓLES. El pensamiento político y económico del Partido Laborista Inglés	III	19
MARIANO RUIZ FUNES. De Lincoln a Franco	III	33
MANUEL J. SIERRA. Nuevas orientaciones en la política económica de los Estados Unidos	III	14
DANIEL COSÍO VILLEGAS. Trasfondo tiránico	IV	7
LUIS LANDER. La doctrina venezolana de Acción Democrática	IV	20
WALDO FRANK. Necesitamos crear un Mundo Nuevo	IV	40
JULIO YCAZA TIGERINO. Europa e Hispanoamérica	IV	48
CARLOS A. ECHÁNOVE TRUJILLO. El problema social en la Argelia actual	IV	56

	Núm.	Pág.
ROMUALDO BRUGHETTI. Para un retrato moral de Europa en nuestros días	V	7
BEATRIZ BABAD. La transformación económica de Polonia	V	26
LUIS ALBERTO SÁNCHEZ. El caso dramático de la América hispánica	V	55
FRANCISCO AYALA. Libertad y Tecnología	VI	7
ALVARO FERNÁNDEZ SUÁREZ. Divergencia y confluencia de Oriente y Occidente	VI	24
DANIEL COSÍO VILLEGAS. Reflexión coreana	VI	45

Notas

<i>Ciencia y humanismo</i> , por MARCELO SANTALO SORS	I	68
<i>Octavo Aniversario. Discursos</i> por LUIS SANTULLANO, ANDRÉS ELOY BLANCO y JOSÉ E. ITURRIAGA	II	69
<i>Leonor y sus recuerdos</i> , por DANIEL COSÍO VILLEGAS	III	72
<i>Daniel el de los leones</i> , por EDUARDO VILLASEÑOR	III	78
<i>La censura literaria en España</i> , por ROMÁN I. DUQUE	IV	70
<i>La Conferencia de La Habana</i> , por ANDRÉS ELOY BLANCO	IV	73
<i>La alianza grande</i> , por DANIEL COSÍO VILLEGAS	V	78
<i>Revolución industrial en México</i> , por VÍCTOR L. URQUIDÍ	VI	59

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Ensayos

OCTAVIO PAZ. El Laberinto de la Soledad	I	79
FRANCISCO ROMERO. Indicaciones sobre la marcha del pensamiento filosófico en la Argentina	I	93
EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA. El "Complejo Chandala"	I	116
CONCHA ZARDOYA. Poesía y estilo de George Santayana	I	130
ROBERTO AGRAMONTE. Implicaciones de la polémica filosófica de La Habana	II	87

	Núm.	Pág.
FRANCISCO ROMERO. Indicaciones sobre la marcha del pensamiento filosófico en la Argentina	II	117
FÉLIX LIZASO. Varona y los valores humanos	II	141
LUIS ENRIQUE ERRO. Las ideas básicas de la astronomía moderna	III	85
JUAN CUATRECASAS. Significación de la interferencia de valores culturales en el mundo americano	III	105
FERNANDO ORTIZ. La "Tragedia" de los ñánigos	IV	79
RODOLFO USIGLI. Primer ensayo hacia una Tragedia mexicana	IV	102
EUGENIO IMAZ. El mundo de los sueños	IV	126
KARL K. DARROW. El átomo desde Lucrecio hasta nuestros días	V	89
JAVIER PULGAR VIDAL. La teoría del "Reto-Respuesta" de Toynbee y el Espacio-Tiempo-Histórico	V	108
JOSÉ GAOS. Caminos del bosque	V	135
PABLO GONZÁLEZ CASANOVA. Conocimiento de América (apuntes sociológicos)	VI	71
MANUEL MÁRQUEZ. Algunos problemas del acto visual	VI	86
MARGARITA NELKEN. Arte abstracto-Arte figurativo-Arte funcional	VI	120

Notas

<i>Carta abierta a Leopoldo Zea</i> , por JOSÉ GAOS	I	157
<i>Aventura de las ideas en América</i> , por MARIANO PICÓN-SALAS	II	156
<i>El Laberinto de la Soledad</i> , por TOMÁS CÓRDOBA SANDOVAL	III	125
<i>La filosofía actual</i> , por AUGUSTO SALAZAR BONDY	III	133
<i>La filosofía latinoamericana contemporánea</i> , por OLGA QUIROZ MARTÍNEZ	III	137
<i>Historia y Geografía</i> , por EMILIO ROMERO	IV	134
<i>Retintín y entrelinea</i> , por EUGENIO IMAZ	V	154
<i>Ciencia Económica y Ciencia Política</i> , por RENATO TREVES	VI	136

PRESENCIA DEL PASADO

Ensayos

	Núm.	Pág.
LUIS SANTULLANO. La poesía del pueblo en Hispanoamérica	I	165
PHILIP RAINE. Rebeliones de los comuneros paraguayos	I	181
ALFREDO PAREJA DíEZ-CANSECO. De la vida y leyenda de Miguel de Santiago	I	192
TULLIO HALPERIN DONGHI. Tradición y progreso en Esteban Echeverría	I	203
WALDO FRANK. Dostoievski y la Rusia comunista	I	216
ROBERT C. WEST Y PEDRO ARMILLAS. Las chinampas de México	II	165
FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS. El abate Andrés y el siglo XVIII	II	183
ESTUARDO NÚÑEZ. América en la pasión de Humboldt	II	201
MIGUEL COVARRUBIAS. Tlatilco: El Arte y la Cultura Preclásica del Valle de México	III	149
SILVIO ZAVALA. Cristianismo y Colonización	III	163
MARCEL BATAILLON. Erasmo y el Nuevo Mundo	III	173
MARIANO PICÓN-SALAS. Francisco de Miranda. Meditación de centenario	III	196
PEDRO ARMILLAS. Visita a Copán	IV	143
JOSÉ DURAND. El Inca Garcilaso, historiador apasionado	IV	153
ESTUARDO NÚÑEZ. América en la pasión de Humboldt	IV	169
MARIANO MORINIGO. Universalidad del "Facundo"	IV	183
LAURETTE SEJOURNE. Ensayo sobre el sacrificio humano	V	165
FELIPE COSSÍO DEL POMAR. La pintura colonial cusqueña	V	172
JOSÉ LUIS MARTÍNEZ. La emancipación literaria de Hispanoamérica. I	V	184

	Núm.	Pág.
AGUSTÍN YÁÑEZ. Justo Sierra y el porfiriato	V	201
JUAN COMAS. Panorama continental del indigenismo	VI	147
VÍCTOR MASSUH. Hostos y el positivismo hispanoamericano	VI	167
JOSÉ LUIS MARTÍNEZ. La emancipación literaria de Hispanoamérica. II	VI	191

Notas

<i>Hidalgo: La vida del héroe</i> , por CARLOS GONZÁLEZ PEÑA	II	224
<i>Biografía del itinerario de Cortés</i> , por JOSÉ E. ITURRIAGA	III	209
<i>Libros de América</i> , por MANUEL ALCALÁ	IV	200
<i>Palma en la tradición</i> , por RAFAEL HELIODORO VALLE	V	214
<i>Un viajero iluminado</i> , por RAFAEL HELIODORO VALLE	VI	210

DIMENSION IMAGINARIA

Ensayos

PABLO NERUDA. La lámpara en la Tierra	I	229
JOSÉ MARÍA MONNER SANS. Los temas poéticos de Julián del Casal	I	246
FEDRO GUILLÉN. Tras la huella de Porfirio Barba Jacob	I	261
ARTURO USLAR-PIETRI. Lo criollo en la literatura	I	266
LUIS CARDOZA Y ARAGÓN. Pablo Picasso en el Museo de Antibes	I	279
JOSÉ RAMÓN ARANA. Xango.—Pasión y muerte del negro Blas	I	286
GUADALUPE AMOR. Décimas	II	233
CONCHA ZARDOYA. Las ciudades	II	237
ALFRED STERN. La actualidad de Balzac	II	247
BENJAMÍN CARRIÓN. La novela ecuatoriana contemporánea	II	261

	Núm.	Pág.
FRANCISCO AYALA. El inquisidor	II	275
RAFAEL ALBERTI. Elvio Romero	III	215
EMILIO ORIBE. La Medusa de Oxford	III	217
JULIETA GÓMEZ PAZ. Los antisonetos de Alfonsina Storni	III	224
WILBERTO CANTÓN. Saber morir	III	233
IDA GRAMCKO. Un poema	IV	205
RAMÓN XIRAU. Joan Maragall	IV	210
JULIO CORTAZAR. Situación de la novela	IV	223
SAMUEL MARTI. Música de las Américas	IV	244
FRANCISCO ROJAS GONZÁLEZ. Dos cuentos mexicanos	IV	261
RAÚL LEIVA. Poema del hombre	V	229
JUAN LÓPEZ MORILLAS. García Lorca y el primitivismo lírico. Reflexiones sobre el "Romancero Gitano".	V	238
RAMÓN LÓPEZ VELARDE. Renglones líricos	V	251
ANDRÉS ELOY BLANCO. A un año de tu luz	VI	221
ADOLFO SALAZAR. Juan Sebastián Bach, maestro cantor		
MAXIME LEROY. Balzac. Conmemoración de aniversario	VI	248
ALFREDO CARDONA PEÑA. Pablo Neruda. Breve historia de sus libros	VI	257

Notas

<i>Poeta en libertad</i> , por RODOLFO USIGLI	I	293
<i>Joaquín García Monge, novelista olvidado</i> , por LUIS ALBERTO SÁNCHEZ	II	291
<i>Tres libros de Alfonso Reyes</i> , por J. M. GONZÁLEZ DE MENDOZA	IV	271
<i>Un pintor europeo en América</i> , por ALFREDO PAREJA DÍEZ-CANSECO	IV	278
<i>La exposición bienal de Venecia y el arte de México</i> , por JORGE J. CRESPO DE LA SERNA	V	282
<i>Rubén Darío y Pedro Salinas</i> , por JULIO YCAZA TIGERINO	V	298
<i>Una novela desconocida</i> , por MANUEL PEDRO GONZÁLEZ	VI	290

INDICE ALFABETICO DE AUTORES

(Abrev.: N. T.: *Nuestro Tiempo*. - A. del P.: *Aventura del Pensamiento*. - P. del P.: *Presencia del Pasado*. - D. I.: *Dimensión Imaginaria*).

	Núm. Pág.
ACRAMONTE, Roberto.— <i>Implicaciones de la polémica filosófica de La Habana</i> . (A. del P.)	II 87
ALBERTI, Rafael.— <i>Elvio Romero</i> . (D. I.)	III 215
ALCALÁ, Manuel.— <i>Libros de América</i> . (P. del P.)	IV 200
AMOR, Guadalupe.— <i>Décimas</i> . (D. I.)	II 233
ARANA, José Ramón.— <i>Xango.—Pasión y muerte del negro Blas</i> . (D. I.)	I 286
ARCINEGAS, Germán.— <i>La dictadura en Colombia</i> . (N. T.)	I 7
ARMILLAS, Pedro.— <i>Las chinampas de México</i> . (P. del P.)	II 161
— <i>Visita a Copán</i> . (P. del P.)	IV 143
AYALA, Francisco.— <i>El inquisidor</i> . (D. I.)	II 275
— <i>Libertad y Tecnología</i> . (N. T.)	VI 7
BABAD, Beatriz.— <i>La transformación económica de Polonia</i> . (N. T.)	V 26
BATAILLON, Marcel.— <i>Erasmo y el Nuevo Mundo</i> . (P. del P.)	III 173
BELTRÁN, Enrique.— <i>El suicidio del Continente</i> . (N. T.)	I 56
BLANCO, Andrés Eloy.— <i>Discursos</i> . (N. T.)	II 69
— <i>La Conferencia de La Habana</i> . (N. T.)	IV 73
— <i>A un año de tu luz</i> . (D. I.)	VI 221
BRUGHETTI, Romualdo.— <i>Para un retrato moral de Europa en nuestros días</i> . (N. T.)	V 7
CANTÓN, Wilberto.— <i>Saber Morir</i> . (D. I.)	III 233
CARDONA Peña, Alfredo.— <i>Pablo Neruda. Breve historia de sus libros</i> . (D. I.)	VI 257
CARDOZA y Aragón, Luis.— <i>Pablo Picasso en el Museo de Antibes</i> . (D. I.)	I 279
CARRIÓN, Benjamín.— <i>La novela ecuatoriana contemporánea</i> . (D. I.)	II 261
COMAS, Juan.— <i>Panorama continental del indigenismo</i> . (P. del P.)	VI 147
CÓRDOBA Sandoval, Tomás.— <i>El Laberinto de la Soledad</i> . (A. del P.)	III 125
CORTAZAR, Julio.— <i>Situación de la novela</i> . (D. I.)	IV 223
COSÍO del Pomar, Felipe.— <i>La pintura colonial cusqueña</i> . (P. del P.)	V 172

COSÍO Villegas Daniel.— <i>Leonor y sus recuerdos.</i> (N. T.)	III	72
— <i>Trafondo tiránico.</i> (N. T.)	IV	7
— <i>La alianza grande.</i> (N. T.)	V	78
— <i>Reflexión coreana.</i> (N. T.)	VI	45
COVARRUBIAS, Miguel.— <i>Tlatilco: el arte y la cultura preclásicas del Valle de México.</i> (P. del P.)	III	149
CRESPINO de la Serna, Jorge J.— <i>La exposición bienal de Venecia y el arte de México.</i> (D. I.)	V	282
CUATRECASAS, Juan.— <i>Significación de la interferencia de valores culturales en el mundo americano.</i> (A. del P.)	III	105
DARROW, Karl K.— <i>El átomo desde Lucrecio hasta nuestros días.</i> (A. del P.)	V	89
DUQUE, Román I.— <i>La censura literaria en España.</i> (N. T.)	IV	70
DURAND, José.— <i>El Inca Garcilaso, historiador apasionado.</i> (P. del P.)	IV	153
ECHÁNOVE Trujillo, Carlos A.— <i>El problema social en la Argelia actual.</i> (N. T.)	IV	56
ERRO, Luis Enrique.— <i>Las ideas básicas de la Astronomía moderna.</i> (A. del P.)	III	85
FABELA, Isidro.— <i>Neutralidad y Soberanía.</i> (N. T.)	II	7
FERNÁNDEZ Suárez, Alvaro.— <i>Divergencia y confluencia de Oriente y Occidente.</i> (N. T.)	VI	24
FRANK, Waldo.— <i>Dostoiévski y la Rusia comunista.</i> (P. del P.)	I	216
— <i>Necesitamos crear un mundo nuevo.</i> (N. T.)	IV	40
GAOS, José.— <i>Carta abierta a Leopoldo Zea.</i> (A. del P.)	I	157
— <i>Caminos del bosque.</i> (A. del P.)	V	135
GARCÍA, José Uriel.— <i>Problemas de sociología peruana.</i> (N. T.)	II	46
GINER de los Ríos, Francisco.— <i>El abate Andrés y el siglo XVIII.</i> (P. del P.)	II	183
GÓMEZ Paz, Julieta.— <i>Los antisonetos de Alfonsina Storni.</i> (D. I.)	III	224
GONZÁLEZ Casanova, Pablo.— <i>Conocimiento de América (apuntes sociológicos).</i> (A. del P.)	VI	71
GONZÁLEZ, Manuel Pedro.— <i>Una novela desconocida.</i> (D. I.)	VI	290
GONZÁLEZ de Mendoza, J. M.— <i>Tres libros de Alfonso Reyes.</i> (D. I.)	IV	271
GONZÁLEZ Peña, Carlos.— <i>Hidalgo: La vida del héroe.</i> (P. del P.)	II	224
GRAMCO, Ida.— <i>Un poema.</i> (D. I.)	IV	205
GUILLÉN, Fedro.— <i>Tras la huella de Porfirio Barba Jacob.</i> (D. I.)	I	261
HALPERIN Donghi, Tulio.— <i>Tradición y progreso de Esteban Echeverría.</i> (P. del P.)	I	203

	Núm. Pág.
IMAZ, Eugenio.— <i>El mundo de los sueños</i> . (A. del P.)	IV 126
— <i>Retintín y entrelíneas</i> . (A. del P.)	V 154
ITURRIAGA, José E.— <i>Discursos</i> . (N. T.)	II 69
— <i>Biografía del Itinerario de Cortés</i> . (P. del P.)	III 209
LANDER, Luis.— <i>La doctrina venezolana de Acción Democrática</i> . (N. T.)	IV 20
LEIVA, Raúl.— <i>Poema del hombre</i> . (D. I.)	V 229
LEROY, Maxime.— <i>Balzac. Conmemoración de aniversario</i> . (D. I.)	VI 248
LIZASO, Félix.— <i>Varona y los valores humanos</i> . (A. del P.)	II 141
LÓPEZ MORILLAS, Juan.— <i>García Lorca y el primitivismo lírico. Reflexiones sobre el "Romancero Gitano"</i> (D. I.)	V 238
LÓPEZ VELARDE, Ramón.— <i>Requiones líricos</i> . (D. I.)	V 251
MÁRQUEZ, Manuel.— <i>Algunos problemas del acto visual</i> . (A. del P.)	VI 86
MARTÍ, Samuel.— <i>Música de las Américas</i> . (D. I.)	IV 244
MARTÍNEZ Estrada, Ezequiel.— <i>El complejo "Chandala"</i> . (A. del P.)	I 116
MARTÍNEZ, José Luis.— <i>La emancipación literaria de Hispanoamérica</i> . (P. del P.)	V 184
— <i>La emancipación literaria. Doctrinas y realizaciones hispanoamericanas</i> . (P. del P.)	VI 191
MASSUM, Victor.— <i>Hostos y el positivismo hispanoamericano</i> . (P. del P.)	VI 167
MONNER Sans, José María.— <i>Los temas poéticos de Julián del Casal</i> . (D. I.)	I 246
MORINIGO, Mariano.— <i>Universalidad del "Facundo"</i> . (P. del P.)	IV 183
NELKEN, Margarita.— <i>Arte abstracto - Arte funcional - Arte figurativo</i> . (A. del P.)	VI 120
NEKUDA, Pablo.— <i>La lámpara en la Tierra</i> . (D. I.)	I 229
NÚÑEZ, Estuardo.— <i>América en la pasión de Humboldt</i> . (P. del P.)	II 201
— <i>América en la pasión de Humboldt</i> . (P. del P.)	IV 169
ORIBE, Emilio.— <i>La Medusa de Oxford</i> . (D. I.)	III 217
ORTIZ, Fernando.— <i>La "Tragedia" de los niños</i> . (A. del P.)	IV 79
PARAJA Díez-Canseco, Alfredo.— <i>Vida y leyenda de Miguel de Santiago</i> . (P. del P.)	I 192
— <i>Un pintor europeo en América</i> . (D. I.)	IV 278
PAZ, Octavio.— <i>El Laberinto de la Soledad</i> . (A. del P.)	I 79
PICÓN-Salas, Mariano.— <i>Aventura de las ideas en América</i> . (A. del P.)	II 156
— <i>Francisco de Miranda. Meditación del centenario</i> . (P. del P.)	III 196

PULGAR Vidal, Javier.— <i>Democracia y Comunismo</i> . (N. T.)	II	18
— <i>La teoría del "Reto-Respuesta" de Toynbee y el Espacio-Tiempo-Histórico</i> . (A. del P.)	V	108
QUIROZ Martínez, Olga.— <i>La filosofía latinoamericana contemporánea</i> . (A. del P.)	III	137
RAINE, Philip.— <i>Rebeliones de los comuneros paraguayos</i> (P. del P.)	I	181
REYES Heróles, Jesús.— <i>El pensamiento político y económico del Partido Laborista Inglés</i> . (N. T.)	III	19
ROJAS González, Francisco.— <i>Dos cuentos mexicanos</i> . (D. I.)	IV	261
ROMERO, Emilio.— <i>Historia y Geografía</i> . (A. del P.)	IV	134
ROMERO, Francisco.— <i>Indicaciones sobre la marcha del pensamiento filosófico en la Argentina</i> . (A. del P.)	I	93
— <i>Indicaciones sobre la marcha del pensamiento filosófico en la Argentina</i> . (A. del P.)	II	117
RUIZ Funes, Mariano.— <i>De Lincoln a Franco</i> . (N. T.)	III	38
SALAZAR, Adolfo.— <i>Juan Sebastián Bach, maestro cantor</i> . (D. I.)	VI	230
SALAZAR, Bondy, Augusto.— <i>La filosofía actual</i> . (A. del P.)	III	133
SÁNCHEZ, Luis Alberto.— <i>Joaquín García Monge, novlista olvidado</i> . (D. I.)	II	291
— <i>El caso dramático de la América hispánica</i> . (N. T.)	V	55
SÁNCHEZ Sarto, Manuel.— <i>Elogio de la Lealtad</i> . (N. T.)	I	35
SANTALO Sors, Marcelo.— <i>Ciencia y Humanismo</i> . (N. T.)	I	68
SANTULLANO, Luis.— <i>La poesía del pueblo en Hispanoamérica</i> . (P. del P.)	I	165
— <i>Discursos</i> . (N. T.)	II	69
SEJOURNE, Laurette.— <i>Ensayo sobre el sacrificio humano</i> . (P. del P.)	V	165
SIERRA, Manuel J.— <i>Nueva orientación en la política económica de los Estados Unidos</i> . (N. T.)	III	54
SILVA Herzog, Jesús.— <i>¿Los Estados Unidos o la Unión Soviética?</i> (N. T.)	III	7
STERN, Alfred.— <i>La actualidad de Balzac</i> . (D. I.)	II	247
TORRE, Guillermo de.— <i>Medios y fines o la libertad amenazada del escritor</i> . (N. T.)	II	31
TREVES, Renato.— <i>Ciencia económica y ciencia política</i> . (A. del P.)	VI	136
URQUIDI, Víctor L.— <i>Revolución industrial en México</i> . (N. T.)	VI	59
USIGLI, Rodolfo.— <i>Poeta en libertad</i> . (D. I.)	I	293
— <i>Ensayo hacia una Tragedia mexicana</i> . (A. del P.)	IV	102
USLAR Pietri, Arturo.— <i>Lo criollo en la literatura</i> . (D. I.)	I	266
VALLE, Rafael Heliodoro.— <i>Palma en la tradición</i> . (P. del P.)	V	214

	Núm.	Pág.
VALLE, Rafael Heliodoro.— <i>Un viajero iluminado</i> . (P. del P.)	VI	210
VILLASENOR, Eduardo.— <i>Daniel el de los leones</i> . (N. T.)	III	78
WEST, Robert C.— <i>Las chinampas de México</i> . (P. del P.)	II	165
XIRAU, Ramón.— <i>Joan Maragall</i> . (D. I.)	IV	210
YÁÑEZ, Agustín.— <i>Justo Sierra y el porfiriato</i> . (P. del P.)	V	201
YCAZA Tigerino, Julio.— <i>Europa e Hispanoamérica</i> . (N. T.)	IV	48
— <i>Rubén Darío y Pedro Salinas</i> . (D. I.)	V	298
ZARDOYA, Concha.— <i>Poesías y estilo de George Santayana</i> . (A. del P.)	I	130
— <i>Las ciudades</i> . (D. I.)	II	237
ZAVALA, Silvio.— <i>Cristianismo y colonización</i> . (P. del P.)	III	163

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

- 1.—*Ganará la luz...*, por LEÓN-FILIFE (agotado).
- 2.—*Juan Ruiz de Alarcón, su vida y su obra*, por ANTONIO CASTRO LEAL.
- 3 y 4.—*Rendición de espíritu*, por JUAN LARREA, 2 vols.
- 5.—*Orígenes del hombre americano*, por PAUL RIVET (agotado).
- 6.—*Viaje por Suramérica*, por WALDO FRANK (agotado).
- 7.—*El hombre del budo*, por ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.
- 8.—*Ensayos Interamericanos*, por EDUARDO VILLASEÑOR.
- 9.—*Marfil escritor*, por ANDRÉS IDUARTE. (7 pesos).
- 10.—*Jardín Cerrado*, por EMILIO PRADOS. (7 pesos).
- 11.—*Juventud de América*, por GREGORIO BERMANN. (7 pesos).
- 12.—*Corona de Sombra y Dos conversaciones con Bernard Shaw*, por RODOLFO USIGLI. (8 pesos).
- 13.—*Europa-América*, por MARIANO PICÓN-SALAS.
- 14.—*Meditaciones sobre México, Ensayos y Notas*, por JESÚS SILVA HERZOG.
- 15.—*De Bolívar a Roosevelt*, por PEDRO DE ALBA. (7 pesos).
- 16.—*El Laberinto de la Soledad*, por OCTAVIO PAZ. (7 pesos).

Precio por cada volumen (excepto los Nos. 6, 9, 10, 11 y 12).

MEXICO	5.00 pesos
OTROS PAISES	1.00 dólar

OTRAS PUBLICACIONES

- La revolución mexicana en crisis*, por JESÚS SILVA HERZOG. (agotado).
- El Surrealismo entre Viejo y Nuevo Mundo*, por JUAN LARREA. (agotado).
- Sugerencias para la Tercera República Española*, por MANUEL MÁRQUEZ. (1 peso).
- Un Ensayo sobre la Revolución Mexicana*, por JESÚS SILVA HERZOG. (agotado).
- Pastoral*, por SARA IBÁÑEZ. (3 pesos).
- Un Método para Resolver los Problemas de Nuestro Tiempo* por JOSÉ GAOS. (3 pesos).

REVISTA

SUSCRIPCIÓN ANUAL PARA 1950:
(6 números)

MEXICO	35.00 pesos
OTROS PAISES DE AMÉRICA	5.50 dólares
EUROPA	7.00 ..

Precio del ejemplar:

México	7.00 pesos
Otros países	1.00 dólar

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

- Francisco Ayala* Libertad y Tecnología.
Alvaro Fernández Suárez Divergencia y Confluencia de Oriente y Occidente.
Daniel Cosío Villegas. Reflexión Coreana.

Nota, por Víctor L. Urquidi.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

- Pablo González Casanova* Conocimiento de América.
Manuel Márquez Algunos problemas del Acto Visual.
Margarita Nelken Arte Abstracto-Arte Figurativo-Arte Funcional.

Nota, por Renato Treves.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- Juan Comas* Panorama Continental del Indigenismo.
Víctor Massub Hostos y el Positivismo Hispanoamericano.
José Luis Martínez La Emancipación Literaria II.

Nota, por Rafael Heliodoro Valle.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- Andrés Eloy Blanco* A un Año de tu Luz.
Adolfo Salazar Juan Sebastián Bach, Maestro Cantor.
Maxime Leroy Balzac, Conmemoración de Aniversario.
Alfredo Cardona Peña Pablo Neruda: Breve Historia de sus Libros.

Nota, por Manuel Pedro González.

INDICE GENERAL DEL AÑO